



MACHO ALFA

Mariel Ruggieri

zafiro

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

Epílogo

Si habéis llegado hasta aquí...

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Con sólo veintiún años, Helena Miller ha recibido demasiados golpes. Malabarista callejera, estudiante, comediante de stand up... Una joven polifacética que logró sobreponerse a la más dura de las adversidades, y justo cuando creía encontrar un poco de estabilidad, Fausto Gastaldi irrumpe en su vida para arruinársela.

El cirujano de treinta y siete años representa todo lo que ella odia. Es soberbio, misógino, clasista... Un verdadero macho alfa que está a punto de subir el último peldaño de la escala del éxito al casarse con la mujer ideal.

Claro que no esperaba desear tanto a Helena. ¡Si no era más que una mocosa insolente! Y ella, por su parte, no contaba con sentirse atraída por Fausto. ¡Si era el símbolo vivo del machismo reinante!

¿Puede una activista comprometida perder la cabeza por el macho opresor?

El atractivo médico y la combativa feminista se enfrentarán en la más dura de las batallas, donde ambos se arriesgan a perder mucho más que la cordura y la libertad.

MACHO ALFA

Mariel Ruggieri

zafro[♥]

Estaba loca,
joder,
estaba loca.
Tenía en su cabeza una locura preciosa.
¿Cómo no iba a perder la puta razón por ella?

ELVIRA SASTRE

Prólogo

Cuando abrió los ojos, la luz la cegó.

Pestañeó varias veces hasta que al fin pudo enfocar lo que había a su alrededor, y fue así como recordó.

Se llevó ambas manos al vientre y, cuando comprobó lo que presentía, en su rostro se dibujó una sonrisa. Pero ¡qué poco le duró!

Acudieron a la habitación alertados por sus gritos, llamándolos.

Se sentaron en la cama, uno a cada lado, y la cogieron de la mano.

Presintió que algo malo sucedía... Era evidente que ya había nacido, así que, ¿por qué no le traían a su bebé?

—¿Dónde está? —preguntó con voz trémula.

Negaron con la cabeza y la miraron con lástima.

—No ha sobrevivido.

Esas tres palabras sellaron su destino, pues ya no volvió a ser la misma.

La mañana había comenzado francamente mal, y con el correr de las horas no mejoró para nada.

La visita domiciliaria a una paciente exigente y molesta y esos inusuales veintiocho grados, ya mediando el otoño, lo habían puesto de muy mal humor. Incluso había tenido que volver a su casa para cambiarse de ropa, pues no se sentía presentable.

Y, si a eso le sumaba la inquietante llamada de esa abogada desconocida, su incomodidad era aún mayor.

Además, el tráfico estaba imposible... Cardelores al mediodía era un verdadero infierno de niños saliendo de las escuelas y madres que no tenían mejor idea que estacionar en doble fila y ponerse a charlar con otras como ellas, perezosas amantes del chisme. *Mamis* amas de casa de clase acomodada: un mal necesario, pero cómo molestaban...

Esas señoras tenían todo el tiempo del mundo, pero él no. Llevaba especial prisa ese día, pues tenía programada una operación para las doce y media, y ya iba con retraso.

«Mierda, mierda. Esto no avanza, y la estúpida de Nancy von Kreppel ya se encontrará sentada en la silla de ruedas, en bata y sin bragas. Estará impaciente, deseando deshacerse de ese colgajo de piel flácida, secuela del bendito *bypass* gástrico que la volvió humana de nuevo. Casi puedo oír su voz entre chillona y melosa reprendiéndome falsamente. Esa risita nerviosa que intenta sofocar con la punta de los dedos sobre sus labios demasiado finos me desquicia... Y, ahora que lo pienso, no sería mala idea ofrecerle una próxima intervención para corregirlos. Una boca voluptuosa la hará menos repulsiva, o al menos engrosará mi cuenta bancaria...»

Los pensamientos se encadenaban mientras esperaba que cambiara la luz del semáforo para seguir avanzando. Y, mientras lo hacía, se miró en el retrovisor para comprobar que al menos se veía bien.

El cabello en su sitio, la barba impoluta... «La imagen lo es todo», se dijo.

Consideraba que su aspecto era un pilar fundamental en la construcción de su éxito profesional. Trabajaba en la búsqueda de la buena apariencia, y era prácticamente una obligación ser la mejor publicidad de su negocio. Más que un médico, era un mercader de la belleza y estaba orgulloso de ello.

Ya casi le tocaba cruzar cuando la luz cambió a ámbar, y luego a rojo otra vez. Maldijo en silencio primero, pero cuando ella entró en su campo visual, no pudo evitar dejarlo salir:

—Me cago en...

Allí estaba, como siempre, o, mejor dicho, como casi siempre, porque al parecer la constancia no se contaba entre sus virtudes. En ocasiones se la cruzaba temprano; también la había visto al mediodía, cuando iba a su casa a almorzar, y otras veces ni siquiera aparecía.

Observó con disgusto cómo ella se situaba delante de su coche y se ponía a hacer su «numerito». Vaya, ese día eran naranjas, pero antes la había visto hacerlo con mazas.

La chica sonreía relajada mientras hacía malabares con las frutas, pero a él no le pareció para nada simpática, pendiente como estaba de lo cerca que se encontraba del capó de su vehículo.

Con el ceño fruncido, la observó molesto, como lo venía haciendo cada mañana que le tocaba presenciar el paupérrimo espectáculo. Siempre lo hacía más concentrado en su aspecto que en sus habilidades, pues ellas no lograban cautivarlo y éste le disgustaba sobremanera. ¿Cómo podía exhibir sin pudor alguno su vientre al aire con el ombligo enjovado? Usualmente llevaba una especie de top negro que le cubría los pechos, dejando a la vista su piel tatuada. Ciertamente no tenía un gramo de grasa en el tonificado abdomen, pero su atuendo le parecía algo totalmente fuera de lugar. Sobre todo esa falda de colores vivos que le colgaba de las caderas. Parecía una gitana, pero *millennial*. Una hippie, una vagabunda. Una vulgar e indecente payasita de circo.

Mostraba demasiado, sin duda, pero lo que más lo molestaba era su horrible cabello. ¿O era que nunca había podido ver sus ojos, pues los ocultaba con unas gafas de sol de espejo de color naranja? Dios santo, esa joven era la viva imagen del mal gusto. ¡Esas rastas eran repugnantes!

Seguramente una familia de alimañas encontraría agradable habitar allí. Nunca había visto rastas tan largas... Las llevaba semienroscadas como un

turbante en lo alto de la cabeza, y aun así algunas le rozaban la cintura. Un verdadero espan...

—¡Joder! —exclamó furioso cuando una de las naranjas cayó sobre el capó del coche, interrumpiendo su minucioso análisis mental.

Ella se encogió de hombros e hizo una reverencia que al parecer pretendía ser graciosa. ¡Qué atrevida! Ni siquiera le dirigió un gesto de disculpa. Y, como si no hubiese quedado satisfecha con su osadía, le sonrió de forma insolente.

Estaba realmente indignado. Se inclinó hacia delante buscando la más mínima marca. Si la encontraba, esa tonta no iba a quedar impune. ¡Le pondría una denuncia! ¡La demandaría! Pero no vio nada, al menos desde su perspectiva.

Se sintió tentado de bajar para mirar más de cerca, pero no lo hizo. Resopló con furia al descubrir que, en lugar de sentirse aliviado, se sentía más bien frustrado por no haber hallado rastros de la torpeza. ¿Deseaba que el coche tuviese un rayón, o una abolladura? ¿Acaso estaba loco?

«No, más bien lo que tengo son ganas de poner a esa mocosa torpe en su sitio», se dijo. Levantó la vista con su mejor cara de enfado, pero fue en vano: ella ya no estaba frente a él. Ni ella ni sus estúpidas naranjas.

Miró alrededor y la descubrió de espaldas, inclinada sobre otro vehículo. Podía distinguir perfectamente la amplia sonrisa del conductor, un joven rubio y bien parecido. Lo vio darle un billete y a ella cogerlo deshaciéndose en agradecimientos.

Esperó en vano que se volviera y se dirigiera hacia él; la chica simplemente lo ignoró y se dirigió al coche que venía detrás.

Eso fue demasiado. No tener la posibilidad de increparla lo llenó de furia... ¡Además de desconsiderada e irrespetuosa, era una cobarde!

No iba a dejar que se saliera con la suya, pero aún no había puesto la mano en la manija para abrir la puerta cuando unos bocinazos lo detuvieron. La luz estaba en verde y los otros conductores lo apremiaban a avanzar.

Lo hizo, no tenía otra opción.

Pisó el acelerador con fuerza y cruzó la avenida.

Rumió su furia durante varias calles hasta que una llamada de su abogado le hizo desterrar de su mente cualquier otra cosa que no fuera el problema que se avecinaba.

Tomó un sorbo de agua directamente de la botella y luego lo escupió en el suelo. Estaba caliente. Asquerosamente caliente.

«¿Dónde mierdas estará el estúpido de Rocco?», se preguntó.

Su compañero era de lo más incumplidor. Con frecuencia dormía la mona durante toda la mañana y no se presentaba hasta la tarde, justo cuando ella tenía que marcharse.

«Te relevo», le decía sonriente, pero ésa no era la idea. El plan tenía que ver con hacer malabares en los semáforos los dos por las mañanas, pero estaba claro que con Rocco no se podía contar.

Y eso que le había dicho miles de veces que hacerlo juntos era más efectivo. Y otras miles él le había replicado que le gustaría que hicieran juntos «otras cosas».

Lo habían hecho hacía tiempo, pero ya no. Rocco era divertido y guapo, pero no tenía para ofrecerle más que un revolcón. Su inmadurez era realmente exasperante, incluso para ella, que se consideraba inmadura por excelencia.

O lo había sido, ya no lo sabía. La mujer que hacía malabares en los semáforos por las mañanas estudiaba Psicología por la tarde, trabajaba de camarera por la noche, iba a clases de *stand-up* y hacía voluntariado, era muy distinta de la adolescente que había hecho tantas locuras. Locuras de las cuales se arrepentía. Locuras que quizá le habrían costado perder lo máspreciado que alguna vez había tenido.

Con sólo veintiún años, Helena había vivido varias vidas, y la actual era la más estable de todas, pero le faltaba lo más importante: la verdad. Aunque a esas alturas de los acontecimientos más le valía no saberlo, y precisamente el intentar olvidarse de eso era lo que hacía que estuviese en perpetuo movimiento. Pensar menos, hacer más.

El semáforo se había puesto en ámbar y llegaba la hora de actuar.

Secó el sudor de su frente con el dorso de la mano, se puso las gafas y dejó la sombra del árbol para exponerse al sol calcinante en el medio de la calle.

Era su tercer semáforo del día y ya estaba agotada. Entre el calor y el enfado por el plantón de Rocco había tenido bastante. Se había visto obligada a caminar varias calles cuando se dio cuenta de que él no llegaría, para encontrar una frutería y comprar naranjas. ¿Por qué le había pedido a Rocco que llevara las mazas si sabía que no podía confiarle nada?

«Cuando te vea, te mataré, puto engendro», se dijo. Y luego suspiró y empezó su número.

De inmediato, el cansancio y el calor comenzaron a desaparecer. Siempre era así... Realmente disfrutaba haciendo malabares. Una sonrisa se instaló en su cara, y durante los siguientes treinta segundos se dedicó a ese arte que le gustaba tanto. Y que le salía muy bien, por cierto.

Había empezado hacía poco tiempo, y el propio Rocco se lo había enseñado. «Tienes mucho talento, pelirroja. No te harás millonaria, pero con ese encanto que tú tienes, aquí sacarás mucho más que con las propinas del bar», le había dicho, y tenía razón. No confiaba en sus encantos, pero sí en sus habilidades, y la verdad era que estaba resultando.

Tres horas en el semáforo por las mañanas, aun compartiendo las ganancias con su amigo, le estaban resultando más rentables que las propinas del bar, y, en proporción, también más que el sueldo fijo.

Sabía que, de hacerlo, al final del día podría ganar más todavía, pero su turno en GataPaka comenzaba a las seis y necesitaba continuar en un empleo formal, por lo de la seguridad social y para demostrar estabilidad y conseguir un crédito si fuera necesario. Pero, si de ella dependiera, pasaría todo el día en el semáforo... ¡Sobre todo, si no hiciera tanto calor!

Se sabía extraña porque le encantaba el frío. Como estaba siempre moviéndose no le afectaba en absoluto, y, teniendo una salud de hierro, menos que menos. Por eso, esa húmeda y calurosa jornada otoñal se le estaba haciendo un poquito cuesta arriba... Además, estaba en pleno síndrome premenstrual, y todo ello confabulaba para que una actividad que normalmente le resultaba en extremo placentera ese día no se lo pareciese tanto.

No obstante, continuó con una sonrisa hasta que vio a ese infeliz del Audi azul mirándola con cara de culo. Porque no podría definir de otra forma esa expresión. Ceño fruncido, mueca desdeñosa. ¿Qué se habría creído...?

Cierto que era muy guapo, pero no era su tipo, y menos con esa actitud tan engreída. Incluso hasta parecía que estuviese enfadado.

Era demasiado viejo como para mirarlo dos veces y, sin embargo, lo hizo. Disimuladamente, lo observó y notó que tenía canas en la barba y también en las sienes. ¡Y llevaba traje! ¡Con chaleco! Debía de estar loco para vestirse así con ese calor. Fuera del interior climatizado del coche seguro que lo pasaría muy mal. El *caraculo* debía de ser banquero, con ese cochazo último modelo, su expresión petulante y toda esa formalidad.

Parecía odioso, pero tenía unos ojos increíbles. Eran grises, y su mirada era extraña y penetrante.

«Qué incómodo pareces, muñeco de pastel de bodas. ¿Te molesta el calor, el semáforo o yo? Tal vez si te quitaras la corbata te sentirías menos agobiado. Y si yo te quitara lo demás creo que hasta te haría sonreír... ¿Follarás, muñeco? ¿Habrá alguna alma caritativa que te soporte lo suficiente como para que puedas descargar? Pero ¡qué mala cara tienes! Relájate un poco, por favor...», pensaba mientras continuaba con su número.

Con un ojo miraba las naranjas en el aire y con el otro observaba al tipo de la barba. Y, cuanto más lo miraba, más ganas tenía de aventarle una al parabrisas, sólo para ver qué hacía.

No lo hizo a propósito, fue un accidente. Le pasaba con relativa frecuencia el tener un fallo, pero era la primera vez que, intentando evitarlo, una inoportuna manotada hizo que una de las naranjas golpeará con fuerza el capó del Audi azul. O eso, o fue el karma instantáneo. O, como habría dicho su admirado Freud, un acto fallido.

La cuestión fue que sucedió. Para ella fue un error que, por suerte, no tuvo mayores consecuencias, así que se encogió de hombros, recogió la fruta y comenzó a recaudar.

Sin embargo, cuando pasó por delante del tipo de la barba, lo miró de reojo y pudo notar que tenía el rostro congestionado por la rabia, no por el calor.

Bueno, peor para él. El coche no había sufrido daño alguno, así que no era para tanto...

No se cortó en absoluto por la mirada asesina, y no tuvo mayores problemas en darle la espalda para engatusar a otro espectador.

Tampoco se acordó de él en todo el día, pero esa noche, mientras se masturbaba en la ducha, fantaseó con esa barba rozándole el cuello, los pechos, el vientre. Y, cuando se lo imaginó desnudo y de rodillas, con el ceño fruncido lamiendo su sexo lentamente, acabó.

Durante varios días había esperado en vano volver a verla para decirle de todo menos bonita. No pudo ser, pero no por eso su enfado había menguado.

Si bien era cierto que su coche no había sufrido daños (y lo había observado hasta con lupa buscando alguno), la actitud de la chica después de

su torpeza todavía lo indignaba. No sólo no le había pedido disculpas ni siquiera con un gesto, sino que tampoco había tenido la valentía de acercarse y enfrentar la reprimenda que se merecía.

Así era la juventud actual, irrespetuosa y desconsiderada. Se sabían impunes y lo disfrutaban, estaba seguro de eso.

Los valores estaban perdidos, y la sociedad iba camino de la debacle, debido entre otras cosas a gentuza como la desvergonzada chica de las rastas, que sobrevivía gracias a la lástima que provocaba su *show* de baja calidad.

El dinero que recaudaba seguramente iría destinado a drogas, alcohol y a hacerse más tatuajes. ¿Cuántos tendría? Cuando se la había cruzado antes del «incidente» había notado que, además del abdomen, llevaba un brazo tatuado. Y ese día, cuando la había visto inclinada sobre el coche a su lado, descubrió que tenía más en la espalda. En los omóplatos, y más abajo también.

Pero el que más destacaba era uno que tenía en el bajo vientre. Una frase que no había logrado leer hasta el momento, pero lo llenaba de intriga. Se había propuesto verlo mejor la siguiente ocasión que se le presentara, sólo que eso no había ocurrido.

No obstante, sabía que tarde o temprano sucedería. Claro que lo primero que haría sería despacharse a gusto diciéndole todo lo que pensaba sobre ella, su número de circo, su aspecto y su actitud.

Cada vez que la recordaba volvía a sentirse molesto. Y se molestaba más todavía cuando caía en la cuenta de que buceaba en su memoria buscando ese recuerdo.

Seguro que era por los tatuajes, que, a su juicio, eran horribles pero lo llenaban de intriga.

El que tenía sobre el ombligo era una obviedad que combinaba perfectamente con el aspecto de la joven. «*Girl Power*», decía junto a un puño cerrado. Ése lo había podido ver claramente la primera vez que había aparecido ante él haciendo malabares con unas pelotas de colores.

«Vaya, además de payaso circense, la niña es feminista. Y radical, o al menos lo suficientemente comprometida con la causa como para hacerse ese ridículo tatuaje. “*Girl Power*”... Qué asco de juventud, por Dios», recordó haber pensado en esa ocasión.

Tenía treinta y siete años y no era tan mayor como para tener ese tipo de pensamientos, pero lo cierto es que se sentía a un abismo de distancia de cierta clase de gente.

Gente como la malabarista del semáforo, que aparecía un día sí y dos no, con su escandaloso *look*, imponiéndoles a los conductores su horrendo espectáculo.

En esa primera ocasión en que sus caminos se cruzaron, reaccionó con cierta condescendencia. La observó con detenimiento... Evidentemente, era joven, pobre, y tal vez adicta. Por lo menos, no estaba robando, aunque no estaba seguro de que eso que hacía no fuese mendigar.

Era muy llamativa, pero de una forma absolutamente negativa. Una chica como ella podría tener un trabajo decente si tan sólo se cortara esas greñas, ocultara los sitios del cuerpo donde había cometido la imprudencia de tatuarse y reprimiera esa faceta *feminazi* que apostaba que tenía.

Pero hubo algo en la actitud de la chica que hizo que la compasión se esfumara: ella parecía feliz. Sí, se veía muy satisfecha, al igual que su compañero, con el que estaba compartiendo el numerito.

El muchacho también hacía malabares, pero con algo más de dificultad, ya que estaba montado en un monociclo, lo que requería un esfuerzo extra para mantener el equilibrio.

Ambos se veían relajados y contentos... Parecía gustarles lo que hacían, y de pronto tuvo la certeza de que lo último que querían era un trabajo formal.

Por alguna razón, eso lo molestó, y la piedad dio paso a sentimientos más mezquinos. Se tornó inexplicablemente crítico, y todo su veneno interno se volcó hacia la chica.

Desde ese día, cada vez que se la cruzaba, no hacía otra cosa que observarla con disgusto, criticar para sus adentros su irreverente apariencia, censurarla abiertamente, al menos con la mirada.

Nunca había bajado la ventanilla para hacer un aporte monetario, por supuesto, y ella tampoco se lo había pedido. En cuanto la veía aproximarse, miraba su reloj, su móvil o su propia imagen en el retrovisor, por lo que ignoraba si la joven intentaba entablar contacto visual o algo así. De todos modos, sería difícil saberlo, ya que jamás se quitaba esas ridículas gafas de sol redondas y anaranjadas.

Nunca había quedado en primera fila, hasta el día que ella dejó caer una naranja sobre el capó de su coche, y desde esa vez sólo esperaba que la próxima ocasión que la encontrara le tocara la misma ubicación, para poder decirle lo que pensaba de ella y de sus torpezas.

Estaba más ensañado que nunca y no sabía por qué. Tal vez había asociado

el suceso con la llamada de su abogado minutos después, que le trajo una noticia tan inesperada como desagradable.

Una complicación que le podría acarrear muchos dolores de cabeza en los meses venideros, y que también le podría costar mucho dinero.

Esa tarde, después de la fatídica llamada, intervino a Nancy von Kreppel con los cinco sentidos puestos en lo que estaba haciendo. Se sabía un excelente profesional, pero que le hubiesen interpuesto una demanda por mala praxis lo hacía sentirse nervioso e inseguro. Odiaba sentirse así...

Todavía no sabía los detalles, pero pronto lo haría, pues su abogado, el doctor Daniel Oliver, lo había citado en su despacho esa misma tarde.

Le había anticipado el motivo de la demanda, por lo que no esperaba sorprenderse demasiado. No obstante, resultó que sí lo hizo: se llevó una sorpresa nada agradable, por cierto. La paciente que lo demandaba no era una de las que atendía en su clínica particular, sino una de las que le había tocado intervenir en un hospital público.

—No puedo creerlo, Oliver. Soy un hombre caritativo que trabaja gratis para los menos favorecidos y me pagan con esto...

—Vamos, que tú y yo sabemos que lo haces para deducir impuestos. No olvides que en este estudio también trabaja tu asesor financiero, el que te aconsejó que lo hicieras así, y tú aceptaste de mil amores.

—Sea como sea, les dedico una hora a la semana a esos desgraciados y me ponen una demanda por mala praxis...

—Pero ya lo sabías, ¿no? La señora Frers me dijo que te había llamado esta mañana.

—Así es, pero lo único que me comentó fue que necesitaba hablar conmigo o con mi abogado por un asunto «de mi interés», así que le pasé tu número. No me imaginaba que se tratara de una demanda de este tipo, y mucho menos que proviniese de una paciente de un hospital público.

—Bueno, el misterio se ha desvelado. Una de las «desgraciadas» te acusa de haberle arruinado la nariz en una cirugía reconstructiva hace dos años.

—¿Hace dos años? ¿Y reclama ahora?

—Mi colega dice que en su momento lo hizo y que le diste la espalda. Entonces ahorró para pagarse otra operación con un médico que parece que cumplió sus expectativas, y ahora te reclama esos gastos.

—¡Increíble! ¿Y se puede saber quién es esa desagradecida?

—Se apellida López.

—Todos se apellidan así en ese hospital. ¿Y dices que reclamó y no le hice caso?

—Eso dice mi colega. ¿Te reclaman con tanta frecuencia que ya has perdido la cuenta?

—Lo hacen todo el tiempo. Rara vez quedan conformes, pues siempre pretenden que uno sea mago más que cirujano. Pero en el hospital no tanto... En fin, no recuerdo el caso, pero ¿en qué se basa para demandarme? ¡Hago lo que puedo con las pocas herramientas de que dispongo en ese sitio de mierda!

—Bueno, parece que la habían golpeado y le habían fracturado el tabique. Y dice que tú te limitaste a contemplar el aspecto médico, dejando de lado lo estético. Que no tuviste en cuenta lo joven que era y lo importante que podría ser su aspecto en su futuro profesional y personal.

—¿Y qué esperaba? ¡Debería dar las gracias porque reparé el daño gratis! ¿También quería estar más guapa? ¡Qué sinvergüenza!

—No te pongas así. Mañana o pasado llegará la demanda, la próxima semana me entrevistaré con la señora Frers y luego tal vez tengamos que fijar una reunión donde también estéis presentes la señorita López y tú.

—La señorita López... He atendido a un sinfín de señoritas López con las narices fracturadas. No recuerdo que ninguna me haya reclamado nada. Eso debe de ser falso; toma nota.

—Ya lo hago. Y tú hazme el favor de mirarlo por el lado bueno. No es una demanda por daños y perjuicios, por lo que sé. En todo caso, lo peor que puede suceder es que tengas que hacerte cargo de los costes de...

—¡Jamás le pagaré a un colega por algo que yo mismo pude hacer!

—Pero no lo hiciste.

—¿De qué lado estás tú?

—Del tuyo, por supuesto.

—No lo parece.

—Vamos... Saldremos de ésta. Recuerda: si un problema se arregla con dinero, entonces no era un problema.

—Siempre me dices lo mismo. Y siempre soy yo el que paga para que el problema se convierta en un «no-problema». Pero esta vez, estimado señor Oliver, no será así. Gánate la vida y sácame de ésta, porque jamás he pagado por el trabajo de otro y jamás lo haré, a no ser que yo mismo necesite de la ayuda de un bisturí.

—Pero...

—Nada de «peros». Y, si es posible, evítame esa reunión con la señorita López y su abogada. ¡Por todos los santos! Maldita la hora en que se les permitió a las mujeres introducirse en el sistema judicial de este país. ¡Qué error, pero qué error...! Esas dos van a querer desplumarme, estoy seguro. Averigua quién fue el médico que la intervino y tal vez logre que él minimice la situación y la termine desacreditando.

—Eh... Ya lo he hecho. No quería decírtelo hoy porque veo que no has tenido un buen día, pero, dadas las circunstancias...

—¿Quién demonios es?

—Sólo te pido que no te alteres, ¿vale?

—¡Dímelo de una vez!

—Octavio Camps.

—¡Es un hijo de puta!

—Eso no es ninguna novedad. Así que, ya sabes, no busques por ese lado porque ahí encontrarás cualquier cosa menos apoyo. Supongo que estará confabulado con su paciente para inflar la cifra y luego repartir la...

—Escucha, Daniel. No me digas más; sólo arréglalo. Y que duela lo menos posible, ¿entiendes?

—Tranquilo, que eso es precisamente lo que haré. Tú tendrás que demostrar que hiciste lo que estaba en tu mano para dejarla presentable, y ella que de verdad acudió a ti para manifestarte su disconformidad y tú te negaste a ayudarla. Pan comido... Ahora cambia esa cara y vámonos de putas.

—Pero ¿qué dices? Ya no hago esas cosas... —mintió, porque en ocasiones sí lo hacía.

—Bueno, yo creo que si te fueras de putas de vez en cuando tal vez te cambiaría el humor, hombre. Da la impresión de que no soportas a las mujeres...

—¿Insinúas que soy gay?

—Para nada. Pero creo que te comportas como un machista y, en ocasiones, como un verdadero misógino.

—Te recuerdo que estoy comprometido y con una mujer con todas las letras. Una de las que valen.

—Oh, sí. La impoluta Sabrina. Pues bien, vete a casa, échale un polvo y olvídate de todo. Yo me encargaré de tus asuntos, doctor...

Y Fausto Gastaldi eso hizo.

Siguió el consejo de su abogado y le echó un buen polvo a Sabrina.

Pero de olvidarse de todo, ni hablar.

—No sé cómo lo haces para sobrevivir comiendo hierba.

—No como nada que tenga ojos, ya lo sabes.

—¿Ni siquiera leche?

—Ni siquiera leche.

—Salvo que se trate de leche de bípedo, ¿no? Porque no te he visto abstenerte.

—Tampoco me has visto hacerlo.

—Vamos, que Rocco no ha sido precisamente discreto... En fin, tú y yo somos el día y la noche. Yo puedo vivir sin carne, pero sin pescado...

—¿Estamos hablando de comida o de tus gustos sexuales?

—De las dos cosas. ¿Nunca me dirás si alguna vez te has comido un coño? Debes comprender que, siendo lesbiana, tenga curiosidad...

—Tú no eres lesbiana. Eres bisexual. Te gusta la carne, el pescado, y todo lo que tenga ojos.

—¿Qué más da? Vamos, confiesa...

—Cynthia, ¿puedes dejarlo? Y, por favor, alcánzame la toalla, que me quiero duchar antes de marcharme.

—¿Te vas de fiesta? ¿Sin mí?

—Claro que no. Hoy es mi último día en el voluntariado.

—¿Así que no volverás al teléfono de prevención de suicidio?

—Tal vez el año próximo... Entre los teóricos y los prácticos de la *facu*, más todo lo que hay que estudiar, estoy agotada.

—¿Y te pagarán algo por los servicios prestados?

—No me pagarán; por eso lo llaman «voluntariado» y no «trabajo».

—No entiendo el morbo de...

—No es morbo. Son deseos de ayudar... ¿Sabes lo que es eso? Claro que no, si ni siquiera me has dado la toalla.

—¿Y tú sabes que eres rara?

Helena puso los ojos en blanco y se metió en el baño. «Rara» se quedaba

corto para definirla.

Toda la vida se había sentido diferente y fuera de lugar. Como que no encajaba en ningún sitio...

Ni en su casa, en la cual el padrastro de turno era el que movía las piezas a su antojo. Ni en la calle, cuando dejó de ser prisionera de esos antojos pero lo fue de sus adicciones. No sentía que encajara siquiera en la vida que llevaba en ese momento, que era la que por primera vez le permitía pensar en el futuro.

Y no encajaba porque sentía que le faltaba algo. Algo importante, algo que la había impulsado a salir de esa espiral de drogas y abusos, apostando a ser mejor.

Sin embargo, ese algo no estaba con ella. Ni siquiera tenía la seguridad de que existiera, pero de alguna forma lo añoraba, y por eso llenaba cada día de actividades que iban más allá de lo necesario para subsistir.

El voluntariado en la atención telefónica de prevención de suicidio era algo que la hacía sentir útil. Era la mejor, todos lo decían. Y lo era porque alguna vez había estado del otro lado de esa línea y alguien la había ayudado a no claudicar.

Era una tarea a veces frustrante, desgastante, y por ese motivo la obligaban a coger vacaciones cada tanto. Lo hacía, no tenía opción, pero lo cierto es que sólo podía luchar contra sus demonios cuando ayudaba a otros a enfrentarse a los suyos.

No obstante, esta vez sería ella la que le pondría un alto a esa tarea. Era una pena tener que suspenderlo ese año, pero, si no lo hacía, ponía en peligro sus estudios, y era consciente de que si quería ayudar a otros tenía que graduarse.

Ésa era su prioridad, y por eso había terminado la secundaria en un año con el fin de matricularse en Psicología. Le iba muy bien y creía que ésa era su verdadera vocación, pero por alguna razón sentía que nada de lo que aprendiera en la facultad podría proporcionarle algo que a ella se le daba naturalmente: ser empática para poder ayudar.

En el voluntariado ponía en práctica ese don que la hacía olvidarse de sus problemas para concentrarse en los de los demás, y lamentaba mucho tener que dejarlo.

La recibieron con dulces y palabras cariñosas, tanto sus compañeros como sus supervisores.

—¿Lista para tu último día?

—Prefiero llamarlo pausa. Estoy segura de que más adelante volveré...

La primera llamada fue rutinaria y la clasificó de riesgo bajo. Alguien que tenía curiosidad por saber qué clase de ayuda se podía obtener a través de una línea telefónica, y que alguna vez tenía algún pensamiento de muerte, pero sin plan ni intención. Se resolvió rápidamente.

La segunda fue algo especial.

Era una mujer mayor, con una voz muy agradable.

Al principio no sintió que hubiese señales de alarma. La señora parecía calmada, tranquila. Pero, a medida que transcurría la conversación, comenzaron a surgir elementos que se podían considerar factores de riesgo.

Edad avanzada. Aislamiento social. Enfermedades crónicas. Intentos previos de suicidio, antecedentes familiares.

Fue una llamada extraña. La mujer estaba sola, internada en un asilo. Llamaba desde el teléfono de una de sus cuidadoras, que dormía, y por ese motivo hablaba en voz baja, apenas audible.

Transmitía mucha paz. El único problema era que esa mujer quería morir.

—¿No es una ironía que me llame Esperanza y me quiera morir? —le preguntó.

—Yo lo tomaría más bien como una señal de que no debes hacerlo, Esperanza.

—Todos vamos a morir, sólo que yo deseo que eso suceda pronto. Y estoy tentada de acelerar el proceso...

Helena se tensó al oírla.

—Es cierto, todos vamos a morir. Pero hoy no será el día para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque has llamado. Estás pidiendo ayuda... ¿Por qué dices que quieres morirte?

—Estoy vieja, estoy sola, estoy enferma... Además, por más que luche contra eso, no puedo evitarlo. Mi padre lo hizo ¿sabes? Él lo logró, pero yo no pude. A mí me lo impidieron...

—Déjame decirte algo: dos cosas de las que estoy segura, y luego hablaremos de las otras. No estás sola, y estoy convencida de que puedes evitarlo.

—Sí lo estoy...

—No. Estás conmigo ahora. Tienes toda mi atención, y haría lo que fuese por ayudarte. Dime, por favor, ¿cómo puedo hacerlo?

Ya no seguía el protocolo, sino una corazonada. Hablaba guiada por el miedo a que la mujer cortara la llamada y ella perdiera la oportunidad de salvarla.

—Vamos, ni siquiera me conoces... Y la verdad es que yo tampoco. No sé por qué te estoy contando todo esto. Lo perdí todo hace mucho, y no tengo motivos para seguir.

—Alguna vez me he sentido así, ¿sabes?

—¿Vieja y sola?

—Sin salida.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio y la joven pensó que la había perdido, pero no era así.

—¿Te han obligado a dejar algo que querías mucho?

«En realidad no estoy segura, sólo es una corazonada que no me deja vivir», pensó, pero no era el momento de entrar en detalles, y menos con una desconocida a la que le urgía ayudar.

—Sí, Esperanza. Y me he sentido desolada, como te sientes tú ahora. ¿Te confieso algo? Todavía me siento así de vez en cuando, pero le planto cara a la vida y lo hago lo mejor que puedo. Pido ayuda cuando creo que la tristeza puede ganarme, igual que lo haces tú. Tal vez no me necesites, pero yo sí te necesito a ti. Necesito saber que puedo hacer algo bien... Mi vida tampoco es un camino de rosas. No me falles, por favor.

Fue un intento desesperado de darle ánimos a la pobre señora. No tenía mucha fe, pero finalmente resultó.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Helena.

—Helena... Dime: si burlo a la muerte esta noche..., ¿puedo llamarte mañana?

Ella vaciló. Ése era su último día, y lo cierto era que nadie le había pedido algo así. Inspiro profundamente y, siguiendo un impulso, le dio el número de su teléfono móvil.

—Llámame mañana y juntas lo arreglaremos.

—¿Qué es lo que arreglaremos, Helena?

—Nuestras vidas. ¿Te parece un buen plan?

Al otro lado de la línea se oyó un sonido.

Helena habría jurado que Esperanza reía.

«Sabía que tarde o temprano sucedería. Esa mocosa insolente no sabe lo que le espera», se dijo Fausto con una sonrisa el día que la volvió a ver.

El destino confabuló en su favor, y, si bien no le tocó la primera fila, estaba lo suficientemente cerca como para poder increparla por su comportamiento. Lo llevaba atragantado y tenía que sacarlo para no ahogarse.

Cuando frenó su coche, el «numerito de circo» ya había comenzado. La joven estaba sola y, al parecer, había mejorado bastante con las mazas. Eran cuatro, y las manejaba con extraordinaria habilidad.

Alzó las cejas sorprendido, y deseó con todas sus fuerzas que fallara y dañara la carrocería del coche que tenía delante. Entonces sí que se armaría una bien gorda, y él aprovecharía para apoyar al conductor damnificado, declarando airadamente que le había pasado lo mismo hacía poco.

Pero no falló... La chica lo hizo a la perfección y él no pudo hacer otra cosa más que mirarla en silencio. Esa mañana hacía algo de frío, pero ella no parecía tenerlo, ya que vestía con su atuendo habitual. Una banda negra en su torso que apenas le cubría los senos, y unos pantalones de tiro bajísimo con estampado de camuflaje. Llevaba las rastas sujetas en una cola de caballo y zapatillas Converse de color negro. Y, a pesar de que estaba bastante nublado, continuaba cubriendo sus ojos con unas gafas de sol.

Como estaba de perfil, pudo descubrir otro tatuaje. Una frase entre las costillas y la cintura, pero por la distancia le era difícil leerlo.

Lo intentó, sin embargo. Sacó una caja de chicles de menta de la guantera del Audi y se echó uno a la boca. Mientras masticaba, se afanaba por aguzar la vista y ver qué demonios ponía, hasta que ella se puso de frente y ya no pudo hacerlo.

Y, de pronto, la vio acercarse. Para su sorpresa, e ignorando el coche que estaba delante, la joven caminó hacia él directamente.

Siguió masticando, nervioso, mientras la veía aproximarse. Su mirada no pudo evitar recorrer su abdomen, tan tenso como entintado, y cuando la tuvo junto a él pudo ver de cerca y muy claramente el tatuaje que más lo intrigaba, el más grande, el que llevaba bajo el ombligo.

Eran tres palabras: «*Never lose hope*», y al pie de la frase pequeñas mariposas que parecían colarse dentro de sus pantalones de tiro bajo. Era un contraste sorprendente: mariposas azules y estampado de camuflaje. Un par de

rastas rojas rozando el hueso pélvico a la vista. Un pequeño dije plateado en forma de lágrima colgando de un ombligo perfecto, en un vientre perfecto.

Sólo eso.

Tragó saliva y a punto estuvo de tragarse el chicle también, cuando ella inesperadamente se inclinó y golpeó el cristal de su ventanilla.

Por primera vez estuvieron cara a cara, y todo sucedió demasiado rápido.

La chica deslizó un centímetro las gafas de sol sobre su nariz y lo miró directamente a los ojos. Él se quedó paralizado al descubrir esas enormes pupilas verdes que parecían traspasarlo. Viéndolo tan desconcertado, ella sonrió, volvió a golpear el vidrio y le sacó la lengua. Tenía otro *piercing* ahí...

Por un momento se sintió confundido, casi abrumado, pero de inmediato se repuso. La muchacha seguía siendo una insolente, y él cayó en la cuenta de que ahí tenía la oportunidad que esperaba de ponerla en su lugar.

Apretó el botón y la ventanilla bajó lentamente. El aire frío lo golpeó en la cara, pero a él no le importó. Estaba más interesado en sacarse la mala leche del cuerpo que en conservar la temperatura del interior de su vehículo.

Abrió la boca, pero ella se anticipó y, antes de que lograra articular palabra, ya la tenía introduciendo su mano por la ventanilla hasta dejarla casi delante de su rostro.

«Pero ¿qué mierda hace? —se preguntó atónito—. ¿Cómo se atreve a invadir mi espacio personal de esta forma?» No sabía cómo, pero lo estaba haciendo.

No sólo había sido tan torpe como para dejar caer una naranja sobre su Audi en el fallido numerito de hacía unos días, sino que no le había pedido disculpas, había tenido la osadía de sacarle la lengua y además le exigía una propina moviendo los dedos con impaciencia frente a él.

Y todo sin mediar una sola palabra.

Estaba furioso. Con ella, por ser tan impertinente; consigo mismo, por no encontrar algo que decir para hacerla pasar un mal rato, con toda la situación en general. Resopló, pero fue inútil, porque el enfado se le quedó dentro y las palabras también.

Entonces dejó de mirar la mano prepotente y levantó la vista, sólo para darse cuenta de que ella se había incorporado del todo y le sonreía al conductor de otro vehículo.

No supo qué fue lo que hizo que adoptara esa actitud tan infantil y tan

impropia de él, y durante el resto del día se sintió profundamente avergonzado por su forma de comportarse. Pero lo cierto es que se llevó la mano a la boca y, en un rápido gesto, depositó su chicle en la palma extendida frente a su rostro.

Y, un segundo después, aprovechando que por fin la luz del semáforo se lo permitía, apretó el acelerador y huyó sin mirar atrás.

—Oye, ¿podrías ser un poco más amable, por favor?

Sí que podía, claro que podía. Lo que pasaba era que ese cliente con barba que le había pedido un sándwich y un café le recordaba al hijo de puta del semáforo.

Es más, cada hombre con barba le recordaba a él, y sentía que la sangre le hervía por dentro.

Nunca antes había recibido un desplante de esa índole. Le habían apartado la mirada, la habían ignorado. Habían subido la ventanilla sin más trámite. La habían observado con expresiones poco amigables, e incluso hasta habían murmurado alguna frase desdeñosa.

Pero jamás le habían pegado un chicle en la palma.

Para ser sinceros, ella tampoco había sido tan insistente. No solía ni golpear ventanillas ni introducir la mano dentro de los vehículos, pero había algo en ese hombre que le despertaba su espíritu combativo.

La incomodaba, sin duda, y por eso ella había buscado incomodarlo también a él.

Claro que esperaba cualquier cosa menos lo que había hecho. ¡Había sido una grosería imperdonable! No solía guardar rencores, pero en este caso no sólo los estaba guardando, sino que también los alimentaba.

No sabía qué haría, pero estaba segura de que en algún momento volvería a verlo. ¿Se había enfadado por el accidente con la naranja? Bueno, ella le daría razones para enfadarse más aún.

Murmuró una disculpa y se sentó a la mesa de al lado, donde la esperaba Cynthia, su amiga.

—¿Te han regañado o me lo parece?

—Siempre me regañan. Empezando por Fedora, que me ha increpado esta mañana por haber hecho demasiado ruido de madrugada, y siguiendo por

Samuel, que en cuanto he llegado me ha exigido que controlara mi pelo.

—Es que esas rastas están fuera de control, Helena.

—Cuando me las recojo en la nuca se transforman en una cola de caballo común y corriente, como para que nadie tenga nada que objetar.

—Eso es cierto. Además, tú sí que sabes lucirlas. Pero, dime, ¿a qué se refiere Fedora con eso del ruido de madrugada? Yo he dormido como un bebé.

—Supongo que ha sido cosa de Rocco, como siempre. Pero, como es su preferido, la ha tomado conmigo. Esa mujer me odia.

—Nos odia a todas, en realidad... Ay, Helena. Vivir en una residencia universitaria debería ser una experiencia maravillosa, pero una casera como ella lo convierte en una tortura. ¡Vaya bruja!

—No obstante, reconozco que yo estoy bastante irritable desde ayer... Rocco volvió a darme plantón y, por si eso fuera poco, me he topado con un hijo de puta en el semáforo...

—¿De veras? ¿Qué sucedió, Helena?

Le contó a su amiga Cynthia lo del insignificante accidente con la naranja, y luego lo del incidente con el chicle, y logró contagiarle su indignación sin esfuerzo.

—¿Y huyó así, sin más, el muy cobarde?

—Casi se lleva mi mano consigo. Pero esto no quedará así, Cyn, porque algún día volverá a detenerse allí y yo me cobraré esa grosería.

—Pero ¿qué harás?

—Improvisaré. Soy buena en eso, ya lo sa...

No pudo terminar la frase, porque Samuel, su jefe, ya la estaba llamando.

—¡Helena! No te pago para que te sientes a tomar el té con tus amigas. Si no hay clientes, ven y pasa una escoba.

Puso los ojos en blanco y se despidió de Cynthia. Ser camarera a tiempo parcial en el bar que quedaba frente a la facultad era muy conveniente y no quería perder ese empleo por nada del mundo. Sobre todo en ese momento, porque su jefe le había prometido dejarle hacer su espectáculo de *stand-up* algún sábado por la noche. Su humor ácido encontraba la forma de canalizarse a través de esa rama de la comedia. Era inteligente, desinhibida y tenía talento. Y, por encima de todas las cosas, era una observadora crítica de la realidad y hasta un poco cínica, lo que la hacía buena, o más que buena.

Helena tenía aspiraciones extrañas y también tenía muy clara la forma de concretarlas. Claro que soportar a Samuel no era fácil, y tampoco a cierto

sector del público que era... especial.

Pseudointelectuales que se sentaban allí durante interminables horas a debatir asuntos filosóficos que no conducían a nada. Consumían poco y no eran afectos a las propinas, para su desgracia. Algunos de ellos eran compañeros suyos, pero cuando su rol era ser camarera y no compañera de estudios, hacían como que no la conocían.

Cynthia era la única que podía considerar amiga en ese sitio. Trabajaba en la conserjería de la facultad, y con frecuencia iba allí a tomarse un café con ella. Además, vivían en la misma residencia de estudiantes, y junto a Rocco habían pasado momentos muy divertidos, que incluían fastidiar a Fedora, la insufrible administradora de la pensión.

Los tres formaban un buen equipo, y era Helena la que hacía que funcionase, pues tenía puntos en común con ambos. A Cynthia la unía un pasado similar, lleno de malos momentos en los que no habían querido ahondar a pesar de su amistad, y también una clara vocación por la psicología. A Rocco la unía el amor por el arte y la vida bohemia, y durante un tiempo el sexo fue un punto de confluencia.

Trabajaban juntos en los semáforos y también en el bar, pero llevaban vidas muy distintas. Él era camarero especialista en *flair*, y cuando estaba lo suficientemente sobrio hacía unos *shows* magníficos en GataPaka. La cuestión era que no siempre estaba en condiciones... Mientras la vida de Helena parecía encaminarse al fin, la de Rocco parecía siempre a punto de descarrilarse.

Él era la oveja negra de una familia acomodada. Se había marchado de su casa a forjar su propio camino, pero lo cierto es que iba de mal en peor. Mucha juerga, muchos excesos.

Ellas sospechaban que iba por mal camino, pero nunca pudieron probar nada. Rocco juraba que sólo fumaba un pitillo de marihuana de vez en cuando y que le iba muy bien en sus estudios... Además de asistir a la Facultad de Ciencias Sociales, hacía malabarismos en los semáforos y trabajaba a tiempo parcial en el bar, así que difícilmente podría pagarse drogas con sus magros ingresos. Por ese motivo, las chicas preferían creerlo y disfrutar del tiempo juntos sin sermones ni reproches.

La suya era una amistad sin fisuras, a pesar de haber desvelado los misterios del cuerpo y ocultado los secretos del alma.

Ambas habían probado las delicias del sexo con Rocco en su momento. No

a la vez, por supuesto. Primero fue Helena y luego llegó el turno de Cynthia, una noche de juerga obnubilada por el alcohol, en la que olvidó su condición de lesbiana y no lo pasó nada mal.

Y ambas sospechaban que ese tunante también se había llevado a la cama a la sesentona Fedora, a juzgar por cómo lo consentía.

Ése era el presente de Helena junto a sus dos amigos. ¿El pasado? El pasado no incluía risas, confidencias ni sexo divertido. El pasado era una carga demasiado pesada para la espalda de cualquiera, pero ella la llevaba de la mejor manera posible: viviendo el momento.

Durante el día podía soportarlo, pero por las noches los recuerdos la atormentaban. Era una chica resiliente, y la mayoría de sus heridas ya no estaban en carne viva, pero había algo en especial que la llenaba de inquietud: presentía que su salvación le había supuesto pagar un coste muy elevado, más elevado de lo que habría querido.

Intentaba espantar esos presentimientos, pero siempre volvían. Quería defenderse de ellos con el bendito recurso de la negación, pero a veces no funcionaba como debería. Era consciente de que no podía relajarse y resignarse, pero tampoco podía recurrir a sustancias para anestesiarse y no sentir ese clamor que nacía desde lo más profundo de su corazón.

Helena había luchado contra sus demonios durante mucho tiempo y, en cierto sentido, los había vencido, pero había algo que no la dejaba vivir: la duda.

¿La habrían engañado? Y, si fuese así..., ¿de verdad querría saberlo? Porque comprobar sus sospechas la obligaría a orientar su vida hacia algo que deseaba y temía.

Así era ella, extraña y valiente. Compleja, irreverente, emprendedora. Relajada para algunas cosas, y para otras firme y persistente. Una mujer con mucho carácter, con claras convicciones y una intención de ayudar a la gente a romper sus cadenas, ser fiel a sí misma y vivir con alegría.

Por eso estudiaba Psicología. Por eso colaboraba en una ONG. Por eso militaba en el movimiento feminista.

Durante mucho tiempo había sufrido la opresión de un hombre: su padrastro. Y, luego, de muchos otros, cuando su entorno la había juzgado duramente por su vida disipada... Porque también había sido prisionera de las drogas, y de amores enfermos.

No había duda de que Helena había vivido muchas vidas en sólo veintiún

años y la que más le gustaba era la actual, aunque algo le faltara. Había salido adelante por méritos propios y sabía que debía ir a más y ayudar a los demás a hacer lo mismo. Si tan sólo pudiese estar segura de que todo había quedado atrás, de que no había nada pendiente...

Pero no lo estaba, y no sabía si algún día lo estaría. No se encontraba lista para abrir los ojos y llamar a puertas; sus heridas estaban cicatrizando, y tal vez nunca reuniese las fuerzas suficientes para enfrentarse a ello.

Tenía una única certeza: no dejaría que nadie volviera a hacerle daño. Jamás podrían pisotear sus derechos ni ir en contra de sus deseos. Nunca más la volverían a humillar.

Por eso, el asunto del tipo del Audi la indignaba tanto.

Helena Miller no sería el basurero de nadie, y mucho menos de un muñeco de pastel de bodas grosero y petulante como ése.

Ya se encontrarían cara a cara, y no habría ni cautivadores ojos grises ni masculinas barbas que le impidieran darle su merecido.

—Cariño, ¿saldrás en el Mini hoy?

Era obvio que, siendo Sabrina tan detallista, no se le iba a escapar que hiciera lo que casi nunca: sacar el Mini Morris de colección que había sido de su madre, un día entre semana.

Fausto Gastaldi levantó la vista del periódico y luego lo dobló y lo dejó sobre la mesa. Tomó un sorbo de café antes de responder.

—Lo llevaré a revisar. De no usarlo, creo que se le ha estropeado algo... Lo arranqué ayer y oí un ruido que no me gustó nada —respondió sin mirarla.

Ella sonrió y se sirvió más té.

—Ese cacharro... Deberías deshacerte de él. Casi nunca lo usas, y cuando lo haces te da problemas...

Él se atusó el bigote y luego levantó la servilleta que reposaba sobre sus piernas y la dejó encima de la mesa.

—Sabes que lo conservo por razones sentimentales.

Sabrina soltó una carcajada.

—Querido, ambos sabemos que tú no tienes sentimientos.

Fausto hizo una mueca y se puso de pie. Comenzó a abrocharse el chaleco mientras miraba a su futura esposa y se preguntaba si no tendría razón.

¿Tenía sentimientos? Odiaba con ganas, pero amar, lo que se dice amar, seguro que no. ¿Y de verdad conservaba el Mini porque había pertenecido a su madre? Por Dios... Una madre que ni siquiera había conocido, o al menos no recordaba. Una madre cuya ausencia quizá había marcado la distancia que siempre había mantenido con sus parejas. Con todas menos con la actual, porque iba a casarse pronto. ¿O lo iba a *cazar* pronto, debería decir?

Se sintió súbitamente agobiado. No era el momento de hacerse esas preguntas, era consciente de ello. De hecho, las venía evitando desde hacía tiempo, así que cogió la americana y se inclinó para besar a Sabrina, que untaba una tostada con mantequilla mientras lo miraba expectante.

Estaba claro que esperaba una declaración de afecto. Pues no, no la tendría.

Sería su pequeña revancha por haberle hecho empezar el día molesto. Y, además, mintiendo.

—Tienes razón. Ambos sabemos que no tengo sentimientos.

Logró el efecto esperado, por supuesto. ¡Era tan predecible!

—¿Sólo eso?

Fausto rozó los voluptuosos labios y se incorporó.

—¿Esperabas algo más?

Ella se puso de pie y se cruzó de brazos.

—Que desmintieras mis palabras. Que me dijeras que me amabas...

Él sonrió.

—Llévate la contraria cuando tienes un cuchillo en la mano no me ha parecido buena idea. Nos vemos mañana, Sabrina. Que pases un buen día.

La vio pestañear confusa. Sabía lo que estaba pensando, lo sabía todo con respecto a ella: «¿Al final me ha dicho que me quería o no?».

Pues se quedaría con la duda. Él estaba lleno de ellas.

Se volvió para marcharse, pero Sabrina lo detuvo.

—¡Espera, Fausto! Déjame ir por mi abrigo y mi bolso. Te seguiré hasta el taller en mi coche, y luego te llevaré a la clínica.

No esperaba ese contratiempo, y por un segundo se sintió como pillado en falta. Se repuso de inmediato y salió del paso:

—He de visitar a una paciente primero. No te preocupes.

Salió de la casa antes de que ella pudiera replicarle nada. No estaba de humor ni para escucharla ni para darle explicaciones que seguro que serían improvisadas y poco convincentes, ya que ni él mismo entendía por qué hacía lo que hacía.

Nunca se levantaba con el mejor de los humores, pero cuando ella se quedaba a pasar la noche, era peor. Se preguntaba cómo haría para soportarla cada mañana cuando se casaran. Si haber descargado dentro de ella toda la mala leche que había acumulado el día anterior no le mejoraba la disposición, nada lo haría. Y, por enésima vez, se encontró pensando en que no sería buena idea casarse todavía...

Era algo que tenía que resolver pronto y plantear con tacto, pues aparentemente Sabrina tenía bien encaminados los preparativos de la boda. Después de todo, era una organizadora de bodas de mucho prestigio que esperaba consagrarse personal y profesionalmente organizando la suya propia.

La decisión de postergarla podría costarle muy caro... Sí, sin duda era algo que debía meditar con cuidado si no quería exponerse a su furia.

Cuando se dio cuenta de que le preocupaban más las posibles represalias que perderla, inspiró profundamente.

«Joder, mi mente va a mil esta mañana. ¿Qué necesidad hay de estar cuestionándolo todo? Tengo que dejar de elucubrar, dejar de imaginar escenarios posibles y, sobre todo, dejar de postergar decisiones importantes... Debo retomar el control de mis pensamientos», se dijo. El control era la clave para llevar la vida que había planificado. No se había salido de la línea jamás, y estaba orgulloso de eso. Una carrera brillante, la novia perfecta y todos los bienes materiales necesarios como para llevar una existencia holgada y sin mayores preocupaciones.

No había fisuras en la vida de Fausto Gastaldi. Bueno, al menos, hasta ese momento, en que la dichosa demanda por mala praxis lo tenía bastante inquieto.

No lo demostraba, por supuesto. Confiaba en que las acciones de su amigo y abogado eliminaran ese problema del horizonte, así que apartó el asunto de su mente.

Pero había otro tema que le era imposible esquivar. «Lo voy a encarar ahora, a ver si deja de incomodarme de una vez», pensó, y luego suspiró y se montó en el Mini Morris, que había dejado en el camino de grava antes de desayunar.

Era un vehículo bonito, pero muy poco adecuado para un hombre de su tamaño.

Fausto Gastaldi medía un metro noventa, y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para encontrar una posición que le permitiese conducir.

A duras penas lo logró. Condujo con un fastidio *in crescendo*, y esa mañana no tenía que ver con el calor. Estaba enfadado consigo mismo.

Lo del Mini no había sido casual, sino totalmente premeditado: tenía la intención de pasar desapercibido para la chica del semáforo. «¿En serio, Fausto? ¿Pasar desapercibido en un coche como éste?», se preguntó irritado.

Era consciente de que sería más fácil desviarse cuatro kilómetros para evitar enfrentarse a ella, pero no lo hizo. Primero pensó que algo así lo convertiría en un cobarde a ojos de la muchacha, pero ¿qué más daba? ¿Qué importaba lo que ella pudiera pensar, si es que le dedicaba algún pensamiento?

No tenía idea de por qué deseaba pasar por allí, si ya no quería increparla ni hacerle pasar un mal rato. Tampoco era que le tuviese temor, más bien se sentía avergonzado y culpable por la tontería del chicle.

«Creo que le estoy dando demasiado trascendencia al asunto. No fue muy brillante mi salida, pero tampoco fue para tanto. Debió de insultarme y luego lo olvidó. Además, no voy a evitarla toda la vida, y menos por miedo. Sólo espero que no me toque en primera fila... Y que no me reconozca», pensó.

Vagamente, se daba cuenta de que sus pensamientos y su actitud eran algo contradictorias. No quería cruzársela, pero no se desviaba. No quería que lo viera, pero de todos modos iba a pasar por allí.

Ir en otro coche le había parecido una solución aceptable, pero ahora se le antojaba infantil. Tan infantil como lo del chicle.

Estuvo a punto de tomar otro camino, pero finalmente no lo hizo.

Se puso las gafas de sol y siguió adelante, porque Fausto Gastaldi no le temía a nada, y mucho menos a una mocosa insolente como la chica de las rastas.

No obstante, a medida que se aproximaba al cruce donde ella hacía su número, su incomodidad crecía. ¿O era ansiedad? ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

Y, cuando la divisó en la distancia, cuando se dio cuenta de que era inevitable que el destino lo situara cara a cara con ella, tragó saliva y se preparó para lo que fuera, incluso para enfrentarse a su indiferencia.

Mientras Fausto leía el periódico y tomaba café esa mañana, Helena pedaleaba a toda velocidad por la ciudad, seguida de su compañero de andanzas, que ese día parecía más espabilado que de costumbre.

—¡Date prisa, Rocco!

—¡Ey! Lo bueno de este trabajo es que no tenemos horario, pelirroja —le replicó el joven casi sin aliento.

Ella apretó los labios. ¿Ese cabeza hueca había olvidado la «Operación revancha»?

El día anterior les había contado a sus amigos el desplante del «muñeco de pastel de bodas» y habían decidido juntos que no lo iban a dejar pasar así como así.

Era por eso por lo que no le había permitido a Rocco seguir durmiendo.

Había entrado en su habitación con Fedora pisándole los talones mientras le gritaba que «dejara al niño en paz». Hasta la llamó «criatura perversa», lo que hizo que «el niño» soltara una carcajada.

Le encantaba que Helena entrara en su habitación. Le recordaba viejos y placenteros tiempos... Sin embargo, y por cuestiones de supervivencia, no quería enemistarse con Fedora y tampoco caer de su gracia, así que se apresuró a darle la razón a la casera, mientras le guiñaba el ojo a su amiga.

Él quería desayunar, pero Helena no se lo permitió. Igualmente, Fedora se las arregló para entregarle una medialuna calentita en el último momento.

Helena esperó hasta que la puerta se hubo cerrado para murmurar con sarcasmo: «Sé que es amor, pero no me queda claro si es maternal o del otro». Rocco se hizo el tonto y evitó responder, así que, entre empujones y risas, habían cogido sus mochilas, sus bicicletas y habían partido rumbo al semáforo.

Habían llegado a un punto de su relación en que la camaradería superaba al deseo y sólo quedaba una bonita amistad entre ellos, un afecto muy similar al fraternal que pasaba del amor al odio con facilidad y viceversa.

Helena le tenía cariño a Rocco, pero con frecuencia la exasperaba. Como esa mañana, que iba en tren de paseo y se les estaba haciendo tarde.

—Hazme caso, que no quiero que se me escape ese infeliz —lo apremió para que se apresurara.

—¿Cómo estás tan segura de que hoy también pasará?

No lo estaba, claro. Sólo presentía que volverían a encontrarse.

Y si no era ese día sería otro, pero ese cara de culo que había tenido la grosería de pegarle un chicle en la mano en lugar de darle una moneda o simplemente las gracias, pagaría cara su osadía. Como que se llamaba Helena Miller que se lo haría pagar.

—Créeme que lo hará. Pero tú tranquilo, que vienes sólo para darme apoyo moral. Haz tu número con las mazas, que yo...

—¡Las mazas! —exclamó Rocco interrumpiéndola al tiempo que se detenía—. Ya decía yo que había olvidado algo...

Helena no podía creerlo. Rocco era insufrible.

—¡No puede ser! ¡Te las has dejado en la pensión! Eres lo peor...

El chico puso cara de cachorrito al que hubieran regañado. Temía que su amiga lo terminara golpeando.

—Adelántate, Helena. Iré a buscarlas —le pidió.

Con ambos pies en el suelo, la joven apretó el manillar y giró la cabeza furiosa. Sus rastas se agitaron como serpientes y Rocco se la quedó mirando fascinado.

—Ni-te-mo-les-tes —silabeó.

—En serio, sigue, que yo vuelvo por las...

No pudo terminar de decirlo, porque Helena ya había partido entre resoplidos. Se puso a pedalear como una posesa, y no paró hasta que encontró una frutería.

Se bajó de la bici y compró tres naranjas.

Mientras las guardaba en la mochila, sintió una extraña paz. No necesitaba a Rocco para darle apoyo moral: ella se bastaba sola.

«Si el tonto del chicle aparece por allí, si no es tan cobarde como para pasar y tiene la desgracia de que la luz roja lo detenga, se le van a acabar las ganas de hacerse el gracioso. Se las voy a sacar de un naranjazo en la cabeza», se dijo al tiempo que volvía a ponerse en marcha.

Y, cuando llegó al semáforo, sonrió, porque presintió que ése sería un día memorable.

El encuentro fue antes de lo que Helena esperaba, y por eso la pilló desprevenida.

Ella aguardaba un Audi azul, pero ese Morris Mini Cooper color verde inglés le llamó la atención. No era frecuente ver un coche de colección en la ciudad... Y se llevó la sorpresa del siglo cuando se dio cuenta quién iba al volante.

El destino se lo había servido en bandeja y en primera fila. Fue de casualidad, porque otro coche logró pasar en el último minuto dejándolo a él en esa posición, que a ella le venía de perlas.

No demostró que lo hubiera reconocido. Se hizo la desentendida, se le plantó delante y comenzó su número. Sólo lo mantuvo unos quince segundos, durante los cuales no apartó la vista de las naranjas para no fallar. Mientras lo hacía, se iba acercando al vehículo, hasta que estuvo junto a él y dio por terminado el *show* de forma abrupta e inesperada. Una a una, fue recogiendo las naranjas que iban cayendo para luego apoyarlas sobre el capó del Morris

con la suficiente energía como para poner nervioso a cualquier coleccionista o amante de los coches. Sospechaba que estaba ante uno, y que el fin del acto no le había gustado nada. No podría describir la reacción de él porque no lo miró en ningún momento, pero estaba segura de que estaría furioso.

No obstante, le parecía que lo que había hecho no era suficiente como para quedarse a gusto. Y, mientras sonreía a los otros conductores, se le ocurrió el golpe de gracia.

Siempre llevaba una navaja encima, por si las moscas. El haber vivido en la calle la había vuelto muy precavida.

La sacó del bolsillo trasero y la desplegó ante sus ojos oprimiendo el botón. Luego, en un rápido movimiento, trepó al capó para terminar sentada a lo indio de espaldas al parabrisas, y, sin haber cruzado siquiera una mirada con el muñequito de pastel de bodas, se puso a pelar una naranja con total parsimonia.

El bocinazo la sobresaltó, pero no le dio el gusto de demostrárselo.

Uno, dos, tres. Y luego el sonido de continuo...

«Eso, ponte histérico. Ya no te quedarán ganas de molestar a la gente que trabaja. Soberbio hijo de puta, no volverás a burlarte de mí nunca más», se dijo mientras continuaba abocada a la tarea de pelar la naranja. Para ese entonces, el semáforo ya estaba en verde y los coches circulaban en torno a ellos, algunos sonriendo divertidos y otros con expresiones adustas por el inesperado obstáculo.

Helena saludaba con la cabeza, sonriente y feliz. Ahora sí que estaba a gusto.

El que no estaba nada pero que nada feliz era Fausto. Y, definitivamente, tampoco sonreía.

Entre irritado e incrédulo, hacía sonar el claxon al tiempo que vociferaba exaltado palabras que ella, por el ruido del tránsito, no alcanzaba a oír.

Y, cuando vio que era inútil, cuando se dio cuenta de que ella no lo dejaría marchar, se pasó la mano por la barba mientras sentía que el calor ascendía por su cuello y amenazaba con salirle por las orejas.

«No puedo creerlo... ¿Cómo se atreve a...? ¿Cómo diablos se ha atrevido a fastidiarme de esta forma?», se preguntó indignado.

Desde el momento en que la había divisado, había sentido algo extraño. Un presentimiento tal vez de que las cosas se iban a complicar. Se sabía en falta, debía asumirlo, pero de ahí a sentirse inquieto... y a buscar sentirse así... No,

eso no era propio de él. ¿Qué era lo que procuraba? ¿Ponerse a discutir con una persona de la calle? ¿Con una malabarista hippie, torpe y feminista?

No se entendía, la verdad. Él mismo se había metido en esa incómoda situación, pero con un poco de suerte no iba a verse obligado a parar.

Había pisado fuerte el acelerador, pero el Mini no estaba de acuerdo con ese tipo de presiones, así que no había llegado a tiempo de cruzar como había esperado y calculado.

Se había detenido apretando los dientes, y se había tocado las gafas de sol sólo para comprobar que las llevaba puestas, y que la dirección de su mirada permanecería oculta.

Y, mientras la veía hacer el ridículo numerito de las naranjas, por su mente cruzó un pensamiento que lo dejó confuso. Bueno, más que un pensamiento, fue una sensación. Para ser francos, lo que sucedió fue que tuvo una erección. O el comienzo de una, sin motivo alguno. Ella tenía el mismo aspecto de siempre: para su gusto, un completo desastre. Vaqueros ajustados con cortes en los muslos y en la rodilla, zapatillas Converse blancas no muy limpias, y una camiseta demasiado corta que dejaba expuesto su vientre con los ridículos tatuajes.

El de «*Girl Power*» y el otro, el que hablaba de esperanza.

Fausto no podía apartar los ojos de allí. Debía reconocer que, si no fuese por la tinta, ese abdomen era algo... Algo muy poco común. Parecía esculpido con bisturí, pero estaba seguro de que esa chica no había pasado jamás por un quirófano. No tendría los medios, seguramente.

«Dentro de unos años, y después de parir unas cuantas veces, esos tatuajes no se verán como ahora. Y ese vientre tampoco —pensó—. Es sólo cuestión de tiempo... Como ahora. Un par de minutos y ya está. Con suerte, se hará la ofendida y me sacará la lengua. Quedaremos en paz, pero igual no volveré a pasar por aquí nunca más...»

Claro que no fue sólo cuestión de un par de minutos. Sus pensamientos se vieron abruptamente interrumpidos cuando la chica interrumpió su acto y le plantificó las naranjas con inusitada firmeza en el capó del Mini. ¡Del puto Mini! ¡El coche de su madre!

Fausto no pudo contenerse y maldijo en voz alta. Y después todo se puso peor, pues ella... ¡sacó una navaja! ¡Esa chica estaba loca!

Con unos ojos como platos, la vio subir ágilmente al capó y sentarse de espaldas a él. Se quedó helado por el asombro... Frente a sus ojos tenía la

espalda baja de la joven, donde lucía aquel tatuaje que no había podido ver bien antes.

Durante unos segundos lo observó cómo hipnotizado. Era una frase que parecía estar dirigida a él... Pero ¿qué estaba pensando? ¿Se había vuelto loco también?

Golpeó el volante con furia e hizo sonar el claxon una y otra vez. Dejó presionado el botón, pero ella parecía muy cómoda allí sentada y ni se inmutó.

Comenzó a gritar palabrotas, pero el ruido de la calle y de las bocinas de los coches que tenía detrás impidieron que alguien las oyera.

La luz ya se había puesto en verde, los vehículos habían comenzado a esquivarlo, y Fausto ya tenía los nervios a flor de piel.

Ponerse en marcha sin hacerle daño no era una opción. Y estaba visto que ella no se iba a bajar... Bueno, entonces se bajaría él y arderían Troya y los territorios aledaños.

Con algo de dificultad, Fausto salió del coche. «Maldito Mini enano...»

Enderezó la espalda y cerró dando un portazo.

Se acomodó el chaleco y la americana, al tiempo que avanzaba rodeando el vehículo hasta quedar frente a la chica, que se había subido las gafas a la cabeza y se metía algo en la boca.

¿Un gajo de naranja? ¿Se estaba comiendo una naranja sobre el capó del Mini de su madre? La situación se le hacía cada vez más inverosímil.

Una demente sentada sobre su coche, pelando y comiendo una naranja. De verdad, no podía creerlo.

En otra circunstancia la habría agarrado de un brazo para quitarla de allí, pero como iba armada y probablemente era peligrosa por su insania, debía actuar con mucho tacto.

Inspiró profundamente y apoyó las manos en el coche. Se levantó también las gafas y, por segunda vez en dos días, se miraron a los ojos durante unos segundos sin decirse nada.

Verde, verde, verde. Como el mar en calma, enmarcados por largas pestañas. Una boca perfecta moviéndose al masticar; por un momento, hasta pudo ver el tenue rosa de la lengua. Un *piercing* en la ceja, que le había pasado desapercibido en día anterior. Y esas extrañas greñas rojizas cayendo sobre sus hombros.

Sin saber por qué, se sintió turbado y confuso, tanto que tuvo que bajar la mirada. Ella permaneció en la misma posición, con las piernas cruzadas a lo indio sobre el capó del coche. Entre las mismas descansaban dos naranjas y la cáscara de la tercera.

Un sonido lo hizo levantar la vista. La navaja. Ella la había cerrado y se la estaba guardando en el bolsillo trasero.

Otra vez contacto visual. Y todavía ni una palabra...

Pero alguien tenía que decir algo, y Fausto reaccionó. Debía retomar el control de la situación porque eso lo estaba superando.

—¿Qué demonios crees que haces? —siseó con furia apenas contenida. Helena sonrió.

—Habla. Vaya, vaya, el muñeco de pastel de bodas habla.

Al oírla, él se incorporó de golpe y se puso ambas manos en la cintura.

—Bájate o llamo a la policía.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y alzó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Es que no puedes bajarme tú mismo y requieres de apoyo? — se burló.

Fausto resopló indignado. ¿Lo desafiaba? ¿Esa insignificante adolescente lo estaba desafiando?

—Puedo, pero tengo miedo de tocarte y coger una infección. ¿Desde cuándo tu pelo no ve el agua de cerca? —le espetó con crueldad.

Helena apretó los dientes. Si había algo que la molestaba hasta el punto de sacarla de sus casillas era cualquier insinuación respecto a la higiene de su pelo, que desde su punto de vista era inmejorable.

Apoyó las manos en el capó y se adelantó un tanto hasta quedar con las piernas colgando, pero no se bajó.

—Eres un soberbio.

—Y tú, una niña malcriada y vulgar.

Las manos de la joven se crisparon sobre el vehículo. Parecía que el infeliz había adivinado los insultos que más podían indignarla. No era vulgar, sino extraña. No era malcriada, pero sí bastante terca. Y, definitivamente, no era una niña, sino una mujer.

La verdad es que prefería que la siguiera catalogando de sucia y no la tildara de infantil y vulgar. Justamente él, que era el prototipo de hijo de papá que se burlaba de la gente que se ganaba la vida honestamente.

Sin moverse ni un ápice, le replicó con saña:

—Mira quién fue a hablar... Un hombre de tu edad haciendo el tonto y huyendo. ¿Te sentiste orgulloso por la gracia del chicle? ¿Te pavoneaste delante de tus amigos por tu original salida?

Ella también podía pegar y hacer que doliera.

Y Fausto acusó el golpe, pero se lo devolvió. Dio un paso al frente y la increpó insidioso.

—Te lo merecías, por maleducada. Ahora te repito: bájate de mi coche o...

—¿O qué, muñeco de pastel de bodas?

Se inclinó hacia ella y le respondió a sólo unos centímetros de su rostro:

—O lo lamentarás, payasita ridícula.

La sonrisa irónica de Helena se marchitó al instante. ¿Cómo la había llamado? ¿«Payasita ridícula»? No podía creerlo.

Sin moverse un milímetro, lo desafió.

—¿Y qué harás? Vamos, estoy esperando. No me vas a tocar; ya has dicho que te doy asco. ¿Llamarás a emergencias y perderás el día haciendo la denuncia? Se verá muy maduro tu berrinche por unas cáscaras de fruta sobre tu cochecito de colección. Mejor llama a algún sirviente de esos que seguro que tienes para hacerte el trabajo sucio y que tus impolutas manitas no se contaminen. O quizá quieras hacer venir a tu guardaespaldas... Estoy segura de que todos los cabrones cobardes tienen al menos uno. ¡Lámalo y que él me baje! —le gritó abriendo los brazos—. Haz lo que quieras, no me importa. ¿Y sabes por qué? Porque no le tengo miedo a nada.

Se quedó casi sin aire. Estaba fuera de sí, y vagamente se daba cuenta de que estaba descargando en ese idiota mucha furia contenida desde hacía tiempo, pero no podía detenerse.

Fausto parecía francamente desconcertado y ya no trataba de disimularlo. No sabía de dónde salía tanta saña. Era imposible tenerla acumulada en tan pocos años y en un cuerpo tan menudo. Esa chica daba la impresión de estar poseída por el demonio, y por primera vez en su vida se encontró sin saber qué hacer.

«Joder... Mierda, mierda. Soy un cirujano de renombre que ha dado conferencias por todo el mundo y me quedo sin palabras delante de este proyecto de ser humano. No sé qué decir, y, lo que es más grave, tampoco sé qué hacer. ¡Nunca me he visto en una situación similar y menos con alguien así! Debo pensar muy bien cómo actuar porque creo que me he pasado de la raya y la he hecho enfadar. ¡Y tiene una navaja en el bolsillo! Por Dios, no sé por qué se me ha ocurrido enfrentarme a una histérica que seguramente está con la regla y es capaz de cualquier cosa», pensó.

Mujeres... Eran un dolor de cabeza o un dolor de huevos, invariablemente. También una fuente de ingresos, muchas veces un bello adorno y en ocasiones hasta necesarias para descargar, pero ésa no era ni lo uno ni lo otro..., ni lo otro tampoco. Ni siquiera podía decidir en qué categoría entraba. Una *feminazi* indignada. Una hippie drogadicta. Una loca peligrosa.

O todo eso junto.

Se la quedó mirando mientras respiraba con cautela sobre su rostro y

recibía su aliento agitado por la furia, con un ligero aroma a menta y a cítricos. Por un momento se preguntó cómo sería probar directamente de su boca esos sabores. ¿Sería ése el remedio para calmarla? Y, mientras reflexionaba sobre ello, la chica volvió a arremeter.

—¿No dices nada, imbécil? ¿Tampoco haces nada? ¿Se te ha acabado el repertorio o me tienes miedo? ¡Quién lo diría, tan grandote él! ¡Tan acostumbrado a amedrentar a la gente con su imponente presencia! ¡O a burlarse de la necesidad ajena! —le espetó.

No le daba tregua, y Fausto sabía que debía ser cauto, pero por alguna razón le costaba controlarse.

—No digo ni hago nada, pero no porque le tenga miedo a una mocosa como tú, sino por mantener las formas, aunque no te lo merezcas. ¿Por qué no haces algo de provecho en lugar de importunar a la gente con tu tonto numerito? ¡Busca un trabajo, lávate el pelo! A ver si alguien se fija en ti, echas el polvo que parece estar necesitando y liberas tensiones, vagabun...

No pudo continuar con su exabrupto por una sencilla razón: la chica lo golpeó. Fue un bofetón lo suficientemente fuerte como para hacerle volver la cara, y las gafas se le cayeron al suelo.

A Fausto Gastaldi sólo le había pegado su padre, y una sola vez. Aparte de eso, no lo había hecho ni un maestro, ni uno de sus pares en su infancia o en su vida adulta, y mucho menos una mujer.

Estaba realmente sorprendido, pero se obligó a reaccionar. Primero recogió las gafas y luego se incorporó lentamente y se tocó la mejilla. Le ardía.

Nunca había pegado a nadie tampoco, pero se sintió muy tentado esa vez. Demasiado, pero no lo haría, pues lo habían educado muy bien.

«Algunas mujeres se merecerán que las golpees, pero no caigas. Ellas se quedarán con tu dinero y tú, con una pésima reputación. No las dejes ganar. Mantenlas contentas con regalos caros y sexo, y así no tendrás problemas», le había aconsejado su padre en una ocasión. Pero esta vez esa sugerencia no le servía, porque el problema que tenía allí no se arreglaba ni con dinero ni con... sexo.

Miró a la mujer que tenía enfrente con frialdad. Era casi una niña y la consideraba perdida, pero definitivamente no la dejaría ganar.

Y a Helena no le gustaba perder, pero sentía que, al haber perdido el control, de alguna forma lo había hecho. Sabía que obraba mal, sobre todo

ella, que siempre había luchado por la no violencia, pero él despertaba lo peor de su personalidad. Dijera o no dijera nada, la forma en que la miraba con esa mezcla de soberbia y odio lograba sacarla de quicio.

Estaba tan frustrada que se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡No podía llorar! ¡No delante de ese hijo de puta!

Fausto vio sus lágrimas a punto de caer. Las percibió claramente porque esos ojos verdes tenían como un imán para él, y no pudo evitar una sonrisa triunfal.

Eso terminó de desquiciar a Helena, que volvió a levantar la mano, pero esta vez él vio venir el golpe y la detuvo. La agarró de las muñecas, de ambas muñecas, y las juntó contra su pecho al tiempo que le decía:

—Ni se te ocurra volver a hacerlo, salvaje, porque me voy a olvidar de que soy un caballero y...

No pudo continuar porque alguien que repentinamente apareció junto a ellos lo interrumpió:

—¿Qué está pasando aquí?

Ambos se volvieron hacia la persona que preguntaba y descubrieron a una mujer policía de no más de metro y medio de altura.

No sabían de dónde había salido; lo que sí supieron al instante es que ambos tenían problemas.

Esa noche, en sus respectivas y solitarias camas, tanto Fausto como Helena reflexionaron sobre los acontecimientos de ese nefasto día.

Para Helena había sido una especie de sacudida emocional que todavía la tenía temblando. Había ido a por lana y había vuelto trasquilada, como decía el conocido refrán. Justo ella, que estaba tan orgullosa de sus greñas... Las rastas simbolizaban su libertad, celebraban la diferencia. Eran la sencillez y la complejidad a la vez. Era una forma de olvidar su pasado y de redefinirse como mujer.

Y ese hombre, que ni siquiera sabía cómo se llamaba, no sólo se había metido con ellas cuestionando su higiene, sino que la había insultado en aspectos mucho más íntimos. Si había algo que Helena no soportaba era que se tratara a las mujeres de histéricas o que sugirieran que les hacía falta sexo cuando su comportamiento no gustaba.

Realmente eso la alteraba muchísimo, y quizá pudiera explicar el porqué de su violenta reacción, que no había sido la única del día porque, estando en la comisaría, había soltado otro exabrupto del cual todavía no lograba arrepentirse.

Pero mejor vayamos por partes.

La aparición de la diminuta mujer policía los pilló por sorpresa a los dos... O, mejor dicho, a los tres, porque en ese momento Rocco llegaba y se aproximaba a ellos en bicicleta, con la intención de darle una buena paliza al hijo de puta que tenía a Helena sujeta de las muñecas.

Pero cuando vio intervenir a la policía se detuvo en seco y lo pensó mejor. En la mochila tenía dos cigarrillos de marihuana y no quería problemas, así que pasó de largo, haciéndose el tonto.

Se situó debajo del árbol donde habitualmente dejaban sus cosas y desde allí observó la escena con impotencia.

El hombre había soltado a su amiga, se había recolocado las gafas de sol y hablaba con la policía al tiempo que señalaba su coche y a la propia Helena. ¿Qué habría hecho esa loca como para que él la sujetara y tuviera que acudir la poli?

Al parecer, nada bueno, pero tampoco se veía culpable. Y mucho menos se quedaba atrás en las acusaciones. Por lo que Rocco podía deducir, le estaba dando su propia versión de los hechos a la mujer policía, gesticulando airadamente.

Todo terminó bastante mal. Llegó un coche patrulla y de él descendió un gigante. Un altísimo oficial, incluso más alto que el tipo de las gafas de sol, que Rocco suponía era el «muñeco de pastel de bodas» que había pegado un chicle en la mano de su amiga.

El policía le ordenó a éste que aparcara el Mini a un lado. El hombre sacudió la cabeza con disgusto pero terminó obedeciendo. Cuando finalizó, volvió a bajar y siguió acusando a Helena. Ella hizo otro tanto, y ambos comenzaron a elevar la voz lo suficiente como para que Rocco captara algunas frases:

—¡Empezó él! ¡Se enfadó conmigo por nada y me pegó un chicle en la mano!

—Ella me pegó, oficial. Mire, seguramente aquí tengo la marca...

La policía diminuta no quería quedar fuera de la discusión, y también gritaba:

—Sargento, vine en cuanto me avisaron unos transeúntes y lo pillé con las manos en la masa: tenía sujeta a esta niña y la estaba amedrentando.

Pero el «sargento» parecía tener su propia opinión sobre los hechos:

—¡Silencio! He entendido que hay una acusación mutua de lesiones personales y, además, una obstrucción del tráfico por una riña entre ambos, pero el peor delito que yo veo aquí son los rayones en el capó de esta magnífica pieza. Un Mini Morris Minor del 72... ¿Saben qué? Van a tener que ir a declarar a comisaría. Suban al coche patrulla ahora mismo...

Al tío de la barba no le sentó nada bien, ni descubrir los rayones ni la orden de ir a declarar, a juzgar por su actitud. Había perdido la calma y ahora el que gesticulaba e intentaba convencer a los policías de que tenían que llevarse sólo a Helena era él.

Pero de poco le sirvió, para deleite de Rocco, y ambos fueron introducidos en el coche policial. El Mini Morris quedó aparcado al sol.

No hacía calor, pero buena la iba a tener cuando regresara a buscar ese cacharro, que ni aire acondicionado tendría. Rocco no era de los que apreciaran un buen coche de colección, sino que más bien era de motocicletas y bicis.

Se encogió de hombros... Seguramente Helena saldría del paso. No era la primera vez que se veía envuelta en un lío callejero ni sería la última.

Ya que se había levantado temprano, aprovecharía la mañana para ganar un poco de dinero. Y, cuando terminara, se llevaría las dos bicicletas y tal vez le pediría a Cynthia que se diera una vuelta por la comisaría de la zona, para ver si podía agilizar la puesta en libertad de su amiga.

Porque, lo que era él, no se presentaría voluntariamente a la poli ni muerto.

Y Fausto Gastaldi no admitiría que le debía una disculpa a la salvaje de las rastas ni que le fuera la vida en ello. Y mucho menos después de que lo hubiera abofeteado en plena calle antes de declarar, y escupido en la cara después.

En eso pensaba mientras intentaba conciliar el sueño esa noche sin éxito, por la indignación que sentía.

El comisario les dio una reprimenda después de tomarles declaración por separado, y luego los juntó e intentó conciliar, pero no hubo nada que hacer. Ambos continuaban acusándose mutuamente, así que optó por «ponerlos a pensar un rato» y los encerró en un calabozo. O, mejor dicho, en dos, uno frente a otro.

Cuando se vio en ese lugar, Fausto se agarró la cabeza con ambas manos. ¿Cómo era que había terminado allí? Nunca había pisado una comisaría en toda su vida, y ahora estaba en un calabozo por culpa de esa demente.

La miró con furia y ella le devolvió la misma mirada.

Fausto se quitó la americana y el chaleco. La corbata ya se la habían confiscado antes de encerrarlo.

—Perdone, señorita —le dijo a la policía pequeña que los había arrestado—. Necesito llamar a mi abogado.

—Y yo a mi amiga —dijo Helena de improviso—. Tenemos derecho a una llamada, ¿no?

Por primera vez en mucho rato estaban de acuerdo en algo y ambos lo notaron, pero no dijeron nada.

—Para usted, no soy una *señorita*, sino una *oficial* —dijo la mujer policía con una reprobatoria mirada.

Fausto temió que eso le costara su llamada, así que no tardó en excusarse.

—Disculpe, *oficial*.

—Está disculpado, *doctor*, y pronto podrá hacer su llamada. Tú también, Helena. Claro que, si hubiesen admitido sus errores y pagado la multa por aparcar en medio de la calle, no se verían en la necesidad de hacerlo.

Fausto la fulminó con la mirada, pero se guardó sus pensamientos para sí. «Pagar la multa y pedirle disculpas a esa mocosa vagabunda... Sí, cómo no.»

Cuando le tocó hacer su llamada, le explicó a su abogado lo que había sucedido. «Dentro de veinte minutos estarás fuera. De eso me encargaré yo», le dijo Daniel Oliver, y gracias a esa afirmación pudo soportar la media hora que estuvo frente a Helena, que ahora sabía que así se llamaba la chica, que más que una chica era una especie de demonio con rastas.

Helena... Un nombre demasiado hermoso para alguien así.

Al parecer, a ella no le había ido tan bien. Por lo que pudo percibir, había llamado a una amiga, que no le había respondido.

«Pues te jodes, por alborotadora. Tú te quedas y yo me voy», se dijo sonriendo.

Mala decisión, porque la tal Helena lo vio y le sentó muy mal su sonrisa. Era como una maldita bruja que le leía cada pensamiento.

—¿Y tú de qué te ríes, imbécil?

Fausto hizo una mueca irónica y se cruzó de brazos.

—De ti. De que no podrás hacer más malabares en el día de hoy... No creo

que puedas, con las esposas puestas.

Ella lo miró con odio. No llevaba esposas, pero entendió perfectamente que se estaba burlando de su situación.

—Tienes razón, quizá me lleve todo el día salir de aquí. Y tal vez yo no gane dinero en el día de hoy, pero sin duda tú estarás perdiendo un montón en este instante.

A él se le borró la sonrisa, pues ella tenía razón. El tiempo era dinero para él, y cada minuto que pasaba lo estaba perdiendo, o no lo estaba ganando, que era más o menos lo mismo.

—Eso, sin contar con la mancha en tu reputación —continuó Helena sin piedad—. Ahora que conoces una celda por dentro ya no te sentirás tan honorable, *doctor*...

Vaya, había registrado que lo era cuando la oficial lo había mencionado. No era de extrañar, pues había puesto especial énfasis en remarcar su título con ironía.

—Puede ser... No me sentiré tan honorable, pero tampoco un violento bajo una fachada de «*love and peace*» como tú —le dijo con calma.

La vio acusar el golpe; claro que se le notó.

—Deja de juzgar a la gente por su apariencia.

—Mira quién lo dice... La que no deja de llamarme «muñeco de pastel de bodas».

—Eso no es un insulto, sino una observación de una semejanza. En cambio, tú me has llamado sucia, payasa, ridícula y vagabunda, según recuerdo.

Fausto se revolvió incómodo porque ella tenía razón. La había insultado duramente, pero no lograba arrepentirse.

—Y tú me has llamado imbécil hace unos segundos —la acusó.

—Es que lo eres. Y déjame agregar algo: viejo imbécil. No es un insulto, sino una constatación.

¿Viejo? Sí, claro. Para una adolescente como ella, probablemente lo parecía.

—Pues deberías respetar mis canas. Seguro que te doblo la edad.

—Tú no te mereces mi respeto porque no me has respetado a mí. ¿O ya te has olvidado de lo del chicle?

—Te recuerdo que fuiste tú quien estuviste a punto de abollarme el coche con tu lamentable numerito.

—¡Fue un accidente!

—¡Pues te hubieses disculpado!

La oficial pequeña se hizo presente al oír los gritos.

—¿Otra vez?

Ambos hicieron silencio, pero no dejaron de lanzarse miradas como dardos, llenas de odio.

Fausto se sintió más ridículo que nunca. Era un hombre grande haciendo tonterías... Ella era casi una niña, una maleducada mocosa callejera que actuaba de manera acorde con su condición.

Decidido a guardar las formas, se sentó y cerró los ojos mientras esperaba a que apareciera su abogado.

Mas sus buenas intenciones duraron sólo diez minutos. Más o menos hasta que oyó que Helena le decía algo a una prostituta a la que acababan de arrestar, y que situaron en la celda junto a ella.

—Oye, *sister*. Tú, que tienes experiencia, tal vez puedas sacarme de dudas... ¿Ves a ese tío? Ese de ahí, el que parece un muñeco de pastel de bodas. ¿Tiene pinta de gay reprimido o no?

Eso fue demasiado. Se puso en pie dispuesto a decirle de todo, pero en ese instante se hizo presente la oficial que los había arrestado y le abrió la celda.

—Libre como un pájaro, doctor. Su abogado se ha ganado sus honorarios.

Eso fue un alivio, realmente. Estaba harto de ese lugar y de soportar las provocaciones de Helena. Se puso el chaleco y luego la americana.

Cuando salió, su espíritu vengativo tomó el mando, así que no pudo evitarlo.

Se acercó a la celda de Helena, quien permanecía pegada a las rejas sin decir palabra. Cuando estuvo a unos centímetros, inclinó la cabeza y le espetó en la cara:

—Ya quisieras tú que este «gay» te atendiera, *feminazi* malfollada.

Mala idea, muy mala idea. Se dio cuenta tarde, cuando ella ya le había escupido en la cara.

Se marchó indignado y molesto, pero no sólo con ella, sino consigo mismo por haberla desafiado y por otras cosas.... Tal vez fue por eso por lo que esa noche le contestó mal a Sabrina cuando ésta le preguntó por el Mini por teléfono.

—Ocúpate de tus asuntos, que del Mini me encargo yo.

—¡Eres un grosero! —le respondió ella visiblemente dolida, pero a él no le importó.

—Tengo prisa —le dijo, y luego colgó.

Y, justo antes de dormirse, le vino a la mente la frase de Frida Kahlo que Helena llevaba tatuada en la espalda: «Donde no puedas amar no te demores».

Eso, y el sabor de la saliva de esa loca de mierda, que no pudo evitar probar con disimulo mientras se limpiaba la cara con el pañuelo.

—Lo siento, Helena. Lamento mucho no haber podido ayudarte. Tenía el móvil apagado, pues estaba a punto de entrar con la señora Frers en el despacho del abogado de la otra parte.

Ella se encogió de hombros. ¿Qué más daba? La habían soltado de todos modos dos horas después, con una reprimenda y varias recomendaciones. Si volvía a causar un alboroto o a obstruir el tránsito, no lo tendría tan fácil.

El anterior había sido un día desperdiciado, cosa que no le gustaba nada a Helena. De hecho, llevaba un tatuaje en un costado que decía «*Carpe Diem*», y estaba empeñada en hacer de cada jornada una aventura memorable.

Claro que, si lo miraba de manera objetiva o con un extraño sentido del humor, de alguna forma lo había sido. ¡Si hasta podía describir el incidente y utilizarlo en su próxima clase de *stand-up*! Vaya, no era mala idea. Su profesor estaría encantado con algo tan bizarro.

La comedia estilo *stand-up* era un descubrimiento relativamente reciente que la tenía fascinada. En realidad, todas las ramas del arte le gustaban, sólo que no tenía mucho tiempo para asistir a clases, así que lo hacía de manera esporádica. Además, era terapéutico... En esa forma de hacer humor había encontrado otro modo de exorcizar sus demonios internos, haciéndolos salir de forma que no la dañaran a ella ni a los demás. Eso era mejor que la psicoterapia tradicional, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

Tenía la esperanza de concretar el sueño de actuar en público, y por eso el semáforo también era una forma de ensayar y exponerse. Y, cuando estuviese lista para su primer *show*, Samuel le daría la oportunidad de debutar en el bar una noche.

—Helena...

La joven se obligó a centrarse nuevamente en la conversación. Su mente solía encadenar los pensamientos de tal forma que con frecuencia la llevaban muy lejos de donde se encontraba.

—No pasa nada, Cyn. Dime cómo te ha ido con los abogados.

—No me ha ido. En cuanto entramos, la secretaria nos dijo que el señor Oliver había tenido una llamada urgente minutos antes, así que se frustró.

—Ni que fuese doctor en Medicina, ¿no?

Cynthia sonrió.

—Hablando de doctor en Medicina... ¿El muñeco de pastel de bodas era médico? ¿En qué especialidad?

La verdad era que no lo sabía, y le daba igual. Era un imbécil con o sin título.

—Ni lo sé ni me importa.

—Dime al menos si es guapo —insistió su amiga.

Helena inspiró profundamente. Claro que lo era... Incluso con ese disfraz de hombre serio y formal, lo era.

—Supongo —dijo sin comprometerse.

—No estás muy habladora hoy, ¿verdad?

—Cynthia, está a punto de entrar la profesora —se excusó. Estaban en clase de Psicopatología, asignatura por otra parte compleja, y no quería volver a desconcentrarse—. Hablamos esta noche, ¿de acuerdo?

—Está bien. Pero te noto más rara que de costumbre.

—Ideas tuyas —replicó, aunque sabía que no le faltaba razón a su amiga. Pero ¿cómo iba a decirle que se sentía desilusionada porque esa mañana el muñeco de pastel de bodas no había pasado por el semáforo?

No quería admitir esa veta masoquista que se insinuaba detrás de esa frustración, y menos frente a Cynthia. Ambas eran dos militantes feministas activas, que creían que el amor romántico era un invento del patriarcado al servicio del sistema capitalista. Se habían jurado no sufrir por ese motivo, y estaban convencidas de que la mejor forma de evitarlo era mantenerse lejos de esas atracciones letales hacia machos alfa en las que tarde o temprano terminarían perdiendo algo o todo, empezando por la cabeza y siguiendo por lo demás.

Por eso, Cynthia últimamente se relacionaba con chicas, pues creía que era más difícil que se estableciera una relación de poder entre ellas. Se mantenía al margen de toda probabilidad de caer nuevamente en las garras de la violencia machista directa o indirectamente, y por eso se aseguraba de que sus compañeras de cama no tuviesen otros vínculos que la expusieran a eso.

En cuanto a Helena... Sólo tenía relaciones de una noche o dos, y muy esporádicamente. Cuando ellos daban señales de querer algo más, ella se

apartaba. Y nunca se interesaba por alguien que no pudiese tener, así que sentirse frustrada o sufrir por causa de un macho no estaba en sus planes.

Sin embargo, esa mañana había abandonado el semáforo con la clara sensación de que le faltaba algo. ¿Discutir con el imbécil del chaleco que la había llamado de todo menos guapa? Parecía ser que sí, y eso la ponía un poco nerviosa. Tendría que encontrar pronto otro saco de boxeo para quitarse esa inquietud del cuerpo, o al menos a un imbécil que se pareciera a ése para follárselo y ya está. Eso, ésa era la solución. Conocer a un tío, ponerlo verde de insultos y luego quitarse las ganas.

No sabía para qué estudiaba Psicología, se dijo, si ella inventaba las mejores terapias. Se pondría a ello esa misma semana, decidió.

Cynthia la seguía notando extraña, así que no la volvió a interrogar sobre el incidente del semáforo que terminó en la comisaría.

—¿Esta noche no te toca el teléfono suicida? —le preguntó para cambiar de tema.

—Ya sabes que no continuaré este año. Y no es un teléfono suicida, sino de prevención de...

Se detuvo de pronto, porque recordó algo.

Esperanza. La mujer a quien, siguiendo un impulso, le había dado su teléfono. No la había llamado, ¿o sí? Había estado varias horas ilocalizable, pues la policía le había quitado el móvil, y luego simplemente había olvidado comprobarlo.

Con ansiedad apenas contenida, lo hizo. Una llamada que había caído en el contestador. Cuando vio que tenía un mensaje, sintió como una especie de miedo prematuro y visceral, totalmente sin sentido.

La profesora ya había comenzado la clase, pero a Helena no lo importó y se puso a escucharlo. «Hola, la llamamos del Banco de la Ciudad para ofrecerle una...». Colgó. Falsa alarma. No era la llamada que esperaba, pero el temor se acrecentó.

¿Y si la mujer hubiese atentado contra su vida?

—Miller, si no puede dejar en paz su teléfono, será mejor que salga. ¿Sabía que la adicción al móvil se llama nomofobia?

—Tenía entendido que la nomofobia es el miedo a no tener a mano el teléfono, señora Denver —replicó Helena—. Y puedo asegurarle que ése no es el mal que me aqueja.

Así era ella, una chica contestataria y osada. Y en ese momento, además,

era una chica preocupada, por lo que no prestó atención a la respuesta mordaz de la profesora sobre su tendencia a parecer siempre una sabelotodo o algo así.

Es que estaba preocupada por Esperanza.

Fausto Gastaldi acabó de suturar y salió del quirófano sin siquiera saludar a su equipo.

Había pasado una noche de mierda y no estaba de humor para nada. Le había resultado difícil conciliar el sueño y, cuando lo logró, tuvo pesadillas.

Una de ellas hizo que se despertara bañado en sudor: había soñado que se casaba con Sabrina. Era una boda demasiado extraña...

Parecía un circo, más que una boda. Había un tío en zancos que logró identificar como el gigantón que lo había arrestado. También estaba presente la oficial pequeña con traje de duende, regañándolo. Y, en el altar, Sabrina lo esperaba vestida de payaso, incluyendo una nariz roja de plástico y una exagerada sonrisa dibujada.

Miró a su alrededor buscando a alguien más... A otro payaso malhablado y grosero. Un payaso que hiciera malabares, con el cuerpo lleno de tatuajes. Un payaso que daba bofetones, lo llamaba «viejo imbécil» y escupía.

No lo halló, y eso lo puso de mala leche hasta en sueños. Tanto fue así que, cuando el cura le pidió el consentimiento, respondió: «No quiero, joder», y luego salió disparado en el Mini, hasta que se le atravesó una naranja en el camino y terminó estrellándose contra un semáforo.

Una pesadilla horrible que le amargó el resto del día. ¿O había sido su cobardía de no pasar por el semáforo de Helena lo que lo tenía tan disgustado?

No sabía si su conducta infantil era la causante de su cabreo o era el hecho de no haberla visto ese día. Cualquiera de las dos posibilidades era preocupante y lo inquietaba.

Tenía treinta y siete años, estaba demasiado mayor como para jugar a ese juego. Además, no tenía sentido alguno. ¿Qué pretendía? ¿Qué demonios buscaba al dar semejante rodeo para no pasar por el puto cruce? ¿No quería volver a verla o deseaba que ella lo echara en falta? ¿Qué locura!

«Lo que haré es olvidarme de ella, o, mejor dicho, de su última afrenta.

Cruzó una línea al escupirme en la cara, y estoy muy tentado de cobrarme ese insulto, pero no lo haré. Digamos que no estoy pasando por allí para no tener que reclamarle y terminar nuevamente en la comisaría. Echaré un manto de piedad sobre el asunto y continuaré con mi vida. Enfriarme y seguir adelante porque, después de todo, yo soy quien soy y ella no es nadie... Una payasa sin educación, una mocosa insolente. Un desastre con rastas a la que no miraría dos veces en ninguna circunstancia. O, si lo hiciera, sería con asco o con compasión. Reconozco que tiene unos ojos que hechizan, pero nada más. Bueno, su abdomen. La suave curva de sus caderas siempre a la vista. Su boca. Su ira. Toda esa energía. Esa juventud...», pensó. Y de inmediato se sintió aterrado, pues cayó en la cuenta de que era imposible lo que pretendía: no verla nunca más.

Es decir, no podía dar ese rodeo toda la vida, ¿no? ¿Es que iba a terminar mudándose por culpa de esa vagabunda pendenciera? ¡Por Dios! Tenía que retomar el control de sus actos, pasar por allí y hacer como que no la conocía. Eso era. La solución estaba en tratarla con indiferencia, estaba claro.

Pero la cuestión era si podría hacerlo algún día.

Esperanza llamó esa noche, cuando Helena tomaba su descanso en el baño del bar.

En cuanto su móvil sonó, supo que era ella quien estaba al otro lado de ese número desconocido, y sintió un inexplicable alivio.

—Helena.

—Esperanza.

—Me has reconocido la voz. Es muy reconfortante.

—Es una voz inolvidable y muy agradable. Y estoy segura de qué tú también lo eres.

—¿De veras? Pues, ya que estamos en plan de echarnos flores, te diré que tú no sólo eres una chica agradable, sino que presiento que eres alguien muy especial. ¿Sabías que tu nombre significa «luz que brilla en la oscuridad»?

Sentada en la tapa del váter, Helena se sonrojó por esa especie de halago.

—No lo sabía, pero desde ahora lo tendré en cuenta cuando me toque pasar por momentos difíciles.

—Ojalá no los tengas, pero son inevitables. ¿Y sabías que Helena de Troya

fue una mujer de una increíble belleza? Seguramente tú también lo eres, criatura. Si tu rostro es tan agradable como tu voz, y tu belleza tan grande como tu bondad, serás la luz de alguien algún día, eso si no lo eres ya.

Helena rio.

—¿Sabes que ayer alguien me dijo precisamente lo contrario? —le confesó sin saber por qué. Se suponía que debería escuchar a la señora, no contarle sus cosas.

—¿Cómo? ¿Qué te dijeron?

La joven suspiró.

—Bueno, entre otras cosas me llamaron ridícula, vagabunda y sucia. Ya ves que no para todo el mundo soy la luz que brilla en la oscuridad, pero ¿sabes qué? No me importa. Ni lo que me dijo ese tío, ni lo que me hizo.

—¿Quién es él, Helena? ¿Y qué te hizo?

—Un imbécil que conducía un Mini.

—¿Un Mini? Yo tuve uno. Era de color crema... Un coche maravilloso.

—Éste era verde inglés, y muy bonito también. Pero su dueño es un verdadero patán, así que más me vale olvidarme de él y no volver a mencionarlo.

—Aguarda, Helena. Presiento que esto te afecta más de lo que estarías dispuesta a admitir. ¿Por qué no me cuentas quién es y qué te ha hecho ese patán?

—Un idiota, ya te lo he dicho. Un médico que se burló de mí en la calle, yo le respondí y terminamos ambos en una comisaría de policía por unas horas.

—Los médicos son todos idiotas. Lo sé porque estuve casada con uno.

—¿De veras? Cuéntame más —le pidió la joven para volver a centrar la atención en la señora a la que pretendía ayudar, no en ella.

—Otro día. Ahora hablemos de ti y del patán... Helena, no dejes que ningún hombre te haga daño, ¿me oyes? No cometas ese error, no te calles.

—No lo hago. De hecho, fui más allá de alzar la voz, y no estoy segura de no haberme pasado de la raya... —le contó, ya que Esperanza parecía realmente interesada en sus cosas, y al final eso podía servir para alejarla de sus propios problemas.

—¿Por qué?

—Pues... lo llamé «muñeco de pastel de bodas» y «viejo imbécil». Y también le di una bofetada de campeonato.

Al otro lado de la línea, Esperanza soltó una carcajada.

—Hija mía, si se lo merecía, puedes considerarlo terapéutico para ambos. Lo pusiste en su lugar y te quedaste a gusto, ¿verdad?

—A gusto, lo que se dice a gusto, no sé. Es que creo que me pasé... Le escupí en la cara también.

Otra carcajada.

—¿Se lo merecía?

—Me llamó una cosa muy fea y no pude aguantarme.

—¿Qué te dijo, querida?

—Me llamó... «malfollada». Con perdón, Esperanza. Lo dijo él, no yo...

La mujer dejó de reír y Helena se preocupó, pero fue sólo un momento.

—A mí también me han dicho cosas igualmente desagradables. «Frígida», por ejemplo. Cuando se meten con nuestra sexualidad duele mucho, ¿verdad?

—Pues sí. Duele, indigna, no lo sé... Lo cierto es que ese hombre ha sacado lo peor de mí y eso me hace sentir muy molesta.

—No seas tan dura contigo misma, Helena. No te juzgues, que en contra ya tienes al mundo sólo por el hecho de ser joven y ser mujer. ¿Tendrás que volver a verlo?

La joven vaciló. No lo sabía.

—Espero que... —comenzó a decir, pero tuvo que interrumpirse.

¿Esperaba que no o esperaba que sí?

—¿Helena?

Suspiró y se puso en pie de un salto. No quería responder esa pregunta.

—Esperanza, tengo que irme ahora, ha terminado mi turno de descanso. Trabajo en un bar y ya sabes...

—Criatura, no tienes que darme explicaciones. Me ha hecho mucho bien hablar contigo esta noche.

—Pero si sólo hemos hablado de mí...

—Y del muñeco de pastel de bodas —dijo riendo la mujer—. Precisamente esa charla es lo que me ha hecho tanto bien. ¿Puedo volver a llamarte algún día?

—Por supuesto; a mí también me ha gustado hablar contigo. Hasta pronto, Esperanza —se despidió.

Y cuando retomó la tarea lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

Tres días.

Aguantó el fin de semana y un día más, pero el martes claudicó.

Tal vez lo que había pasado la noche anterior con Sabrina tuvo algo que ver; no lo sabía. Lo cierto era que Fausto había vuelto a su ruta habitual sólo para comprobar francamente decepcionado que ella no estaba en el cruce.

Admitirse a sí mismo su frustración por no verla no fue tan duro; ya había comenzado el proceso de descubrir que algo le pasaba con esa chica unos días antes, estando con Sabrina en la cama.

No era que no hubiera funcionado, sino que lo había hecho a medias. Tenía la cabeza en otro sitio y su novia lo había notado.

—¿Qué te sucede, Fausto? —le preguntó cuándo él le dio la espalda después de hacerla acabar.

Cerró los ojos. Sabía qué le estaba pasando, o por lo menos con quién le estaba pasando, pero eso no era algo que pudiera confesarle a ella.

Porque... ¿qué podía decirle? «Cariño, no encuentro satisfactorio hacértelo a ti. Vamos, ni a ti ni a la puta que levanté de una esquina el sábado de madrugada y me la chupó en el coche. ¿Por qué? Tengo una vaga idea. Tiene que ver con una indigente de la calle de ojos verdes y un cabello que da miedo. Una loca de lengua afilada, con el cuerpo lleno de tatuajes y *piercings*. La única mujer que me provocó de tal forma que estuve a punto de hacerle daño. ¿Que qué quiero de ella? Creía que no verla nunca más en la vida, pero va a ser que no. Es decir, yo sigo creyéndolo, sólo que mi cuerpo no está de acuerdo y la polla se me pone tiesa cuando pienso en su cintura o recuerdo su aliento muy cerca de mi boca. Fantaseo con romperle la ropa. Con cogerla de ese pelo odioso y arrastrarla a mi cama. Con hacerla callar a pura lengua... ¿Si sé que estoy mal? Pues claro que lo sé, joder. Claro que sí. Es una especie de perversión que he descubierto que tengo: someter a esa *feminazi* demente hasta tenerla sumisa a mis pies comiéndome la polla. Y luego ponerla a cuatro patas y metérsela hasta hacerla gritar. Puede que sea un capricho, uno extraño,

pero capricho al fin y al cabo: follarme a una tía exótica, alguien muy diferente de mí y de ti, querida. Domar a esa salvaje, con eso fantaseo. Pero, claro, no puedo decírtelo. Supongo que no te lo tomarías muy bien...», pensó, y luego suspiró.

Tenía que racionalizar lo que sentía y buscarle una explicación coherente. Era eso, o asumir que era un enfermo o que la tal Helena era una bruja. ¿Qué vendría después? ¿Calentarse con una anciana? ¿Con una niña, con un tío? ¿Sería posible que se estuviera convirtiendo en una especie de perverso por su culpa? Porque hacía una semana esa chica le provocaba entre pena y repulsión. Y, ahora, parecía que lo calentaba hasta el punto de obsesionarse. ¿Era ella o lo inaccesible que resultaba lo que lo atraía? Se hacía esas preguntas mientras Sabrina lo apremiaba a contestarle pasándole las uñas por la espalda suavemente.

—¿Cariño?

—Sí. Ejem... Es que estoy distraído por un asunto... —No sabía qué decirle y buscó en su mente una excusa creíble, hasta que la encontró—. Una demanda que me pusieron hace unos días por mala praxis...

Ahí estaba. Con eso desviaría la atención de Sabrina, y también la suya, de la loca de Helena.

—¿De veras? ¿Y ahora me lo dices?

—Tranquila, que Daniel Oliver está con eso...

—Mira, Fausto. Espero que no hayas hecho algo que nos arruine la boda porque, si es así, la demanda te la pondré yo.

Aún de espaldas, frunció el ceño al oírla. ¿Eso era lo que le preocupaba a esa descerebrada? ¿Que se arruinara la boda y no su reputación profesional?

Se volvió y se sentó en la cama, visiblemente disgustado.

—Vaya, qué comprensiva eres... Te estoy contando algo que me agobia y tú me sales con amenazas. ¿Qué crees?, ¿que necesito más presión? ¿No te parece que deberías apoyarme? Yo lo haría si te pasara a ti —le echó en cara haciéndose el ofendido.

—Cariño, yo...

—¿Qué cariño ni qué nada! Ni siquiera me has preguntado qué sucedió o qué consecuencias puede traerme esto... Sólo te preocupa la maldita boda, ¿verdad? Pues, ¿sabes qué? Hasta que solucione este asunto, detén los preparativos. No quiero arruinar tu éxito profesional con mis fracasos, querida...

Como era de esperar, Sabrina pasó de la estupefacción al llanto desconsolado. Se desahogó en disculpas, pero Fausto no flaqueó en el rol que se había autoimpuesto: se mostró decepcionado y se marchó esa misma noche sacudiendo la cabeza como si de verdad le doliera.

Lo cierto era que no, pero debería. Se suponía que Sabrina sería su compañera, la madre de sus hijos, y no una presión extra, pero se dio cuenta de que no esperaba demasiado de ella.

Es más, sintió cierto alivio cuando le dijo: «Hablaremos en otro momento, ahora necesito estar solo», y ella asintió, totalmente arrepentida.

Ésa fue la mejor noche de la semana. Vio una película y abrió un vino añejo que le encantaba.

Se sintió liberado en cierta forma, y esa sensación lo cautivó. Claro que le faltaba algo... Conquistar a Helena no era una opción, nunca lo había considerado así, pero necesitaba retomar su vida tal como era antes de ella.

Ya no daría rodeos; pasaría por ese cruce porque, si no lo hacía, ella ganaría, ella tendría el control. ¿Cómo podía dejarla ganar? Parecía una nimiedad y lo era, pero también era una especie de desafío personal.

No continuaría con absurdas conductas de evitación. Seguiría con su vida y la ignoraría. ¡No le tenía miedo ni a esa payasita ridícula ni a nadie! Y, por supuesto, se olvidaría de esos inexplicables y perversos deseos que lo estaban perjudicando.

Claro que eso lo haría al día siguiente. Esa madrugada se rindió a su debilidad por última vez: se hizo una paja frenética pensando en Helena.

Y también pensando en ella salió por la mañana, pero no la encontró.

En su lugar estaba el chico que a veces la acompañaba en los malabares.

La luz del semáforo estaba en verde. Era sencillo: lo que tenía que hacer era actuar según lo planeado, y hacer como si nada. Le tendría que dar igual si ella estaba o no, pero lo cierto es que no le daba.

En lugar de cruzar y dirigirse a la clínica, lo que hizo fue doblar a la derecha y detenerse.

Y luego permaneció allí, aparcado, durante largos minutos.

Se preguntaba qué carajo estaba haciendo que no arrancaba y se marchaba. Había algo que lo detenía, y tenía que resolverlo cuanto antes, así que dejó de pensar y bajó del coche.

Cuando el chico terminó su número y recaudó el dinero, Fausto le salió al paso.

Rocco lo reconoció de inmediato.

—¡Oye! ¡Te conozco! Tú eres el que quería hacerle daño a Helena.

Fausto se metió las manos en los bolsillos y carraspeó.

—No quería hacerle daño, sólo me defendía de su ataque.

—¡Tú empezaste! Lo del chicle fue...

—Un error, lo admito. Pero ella se pasó de la raya al pegarme y luego escupirme.

Rocco pestañeó sorprendido. No sabía que le había escupido... Helena estaba loca de atar, sin duda. De todos modos, sintió que su deber era defenderla a toda costa, así que le advirtió:

—Mira, más vale que no vuelvas a tocarla.

—Eso mismo digo yo. De hecho, me he detenido para que le hagas saber que si vuelve a agredirme haré que la echen de aquí, ¿entendido? De ahora en adelante, pasaré por este cruce cada día y no quiero problemas ni con ella ni con nadie.

Se quedó esperando la reacción de Rocco. Improvisaba sin saber hacia dónde se dirigía ni qué pretendía, y temía que se le notara. El chico se cruzó de brazos en actitud claramente guerrera.

—Pero ¿tú te crees que soy un maldito mensajero? ¡Díselo tú mismo si te atreves a enfrentarte a un segundo *round* con Helena! ¡Hazlo ahora! En este instante debe de estar en la facultad —dijo el joven mirando su reloj, pero luego rectificó—: No, ya debe de haber salido, pues tenía una prueba temprano. De todos modos, si no está allí, esta noche podrás encontrarla enfrente, en GataPaka.

Fausto lo escuchaba asombrado. ¿En la facultad? No podía creerlo. Esa loca de la calle iba a la facultad... Entonces era mayor de edad... ¿Qué demonios estudiaría?

—¿De qué facultad me hablas? —le preguntó olvidando que sus planes con respecto a ella giraban en torno a la indiferencia, no a esa curiosidad incontrolable que le costaba ocultar.

Pero Rocco pareció caer en la cuenta de que seguir dándole datos de Helena sería como confraternizar con el enemigo.

—Mira, yo tengo que seguir trabajando, no todos podemos llevar la vida que se ve que tú llevas. Sólo te advierto que no te atrevas a hacerle daño a Helena porque te las verás conmigo —lo amenazó.

Pero Fausto no le tenía miedo. A ella tal vez sí, pero no a su amigo.

—¿Y tú quién eres? ¿Su novio?

—Sí. No. Bueno, un poco —fue la insólita contestación—. En todo caso, no es algo que a ti deba importarte, ¿o sí? Si tienes huevos para hacerla enfadar otra vez, ve a buscarla y dile lo que me has dicho. Pero recuerda que yo estaré a su lado para defenderla, aunque no creo que sea necesario...

Su respuesta era bastante confusa y no le aclaraba nada, pero en ese momento lo único en lo que podía centrarse era en si volvería a verla o no.

—¿En GataPaka también estarás? —le preguntó, aunque no tenía idea de qué diablos sería ese sitio—. ¿Es que eres su guardaespaldas?

—Trabajo allí, igual que ella. Y te estaré vigilando —fue lo último que le dijo el chico, antes de tomar las mazas y el monociclo y continuar con su espectáculo.

Fausto montó en su coche con más preguntas que respuestas, y con una clara intención: pasarse por GataPaka esa noche, dondequiera que estuviese ese maldito lugar.

Encendió el motor, y luego dijo en voz alta:

—Oye, Siri, ¿cuál es la dirección de GataPaka?

La asistente virtual le indicó la dirección y él se llevó una gran sorpresa al oírlo. Era un bar, pero el asombro no fue por eso.

—Siri, ¿eso está frente a la Facultad de Psicología?

Había acertado.

Entonces Helena estudiaba Psicología, y por las noches trabajaba en un bar.

Le cuadraba... en parte. La parte del aspecto bohemio y la rapidez en responder, lo que denotaba una inteligencia muy aguda, tan aguda como su lengua. Lo que no entendía era cómo se conjugaba eso con la faceta de chica de la calle que actuaba en un semáforo pasando la gorra y abofeteaba a la gente.

No lo entendía, pero sabía que sería inevitable averiguarlo.

—Vamos, Cyn. Sólo tienes que mirar si he aprobado o no. Ni siquiera me importa la nota —dijo Helena, melosa, con los brazos apoyados en el mostrador de la conserjería de la facultad, donde trabajaba su amiga.

Pero ésta era incommovible. Sacudió sus rizos morenos negando con la cabeza.

—Ni lo sueñes. No voy a aprovecharme de mi posición aquí, y menos por ti, mala amiga.

Helena resopló con fastidio.

—Ya sé por dónde vas... Está bien, te acompañaré a la entrevista con tu abogada y el abogado del que te masacró la nariz.

—Ahora no vale. No te diré nada, pero cuento contigo para esa entrevista sólo porque yo te lo he pedido y está entre tus deberes de amiga.

—¿Y adelantarme lo del examen no está entre tus deberes de amiga? — preguntó intentando salirse con la suya una vez más.

—No, si eso implica saltarme alguna regla.

Helena rio.

—¿Desde cuándo procuras no saltarte ninguna regla?

La respuesta fue en un tono más serio del que ella esperaba:

—Desde que un machito despechado me rompió la nariz por acostarme con su esposa, mi peluquera.

¡Chan! Lo había dicho en tono bajo, pero había logrado el efecto deseado, ya que su amiga se quedó con la boca abierta. Era la primera vez que Cynthia hablaba de los detalles del incidente en el que terminó en un hospital con la nariz hecha papilla.

Lo único que Helena y Rocco sabían era que había sido un hombre. Cynthia les había rogado que no le preguntaran nada de lo que había sucedido antes de ese día, aunque sí les contó con detalles cómo la habían intervenido quirúrgicamente de emergencia en el Hospital de la Ciudad, y lo mal que había quedado.

«Cuando me miré al espejo comencé a llorar... Estaba mejor rota, os lo juro. Era un asqueroso botoncito respingón que el cirujano que lo creó no quiso arreglar. Simplemente se negó a hacerlo, así que tuve que ahorrar todo lo que ganaba durante varios meses y endeudarme hasta las cejas para pagarle a un profesional serio. El resultado es esta belleza que veis aquí...»

Estaba muy contenta con su nueva nariz recién estrenada cuando Helena la conoció tiempo atrás. Y fue ese mismo «profesional serio» quien le recomendó que demandara al médico del hospital público, que, según él, era un «burdo chapucero», y, según Cynthia, un «hijo de puta».

Helena la ayudó a conseguir una abogada, la señora Frers. Lo que nunca había hecho era insistir en saber los pormenores del «incidente», como Cynthia lo llamaba, pues ella así lo había querido. «No me preguntéis nada.

No es algo que quiera recordar... Sólo os diré que fue un tío y que lo está pagando, nada más.»

Rocco había insistido, pero Cynthia había resultado más que hermética.

Por eso Helena no se explicaba cómo eso que acababa de confesar le hubiese salido así, sin más, en una ocasión tan poco propicia.

Ante su evidente asombro, su amiga se lo explicó.

—Ya sé qué te estás preguntando por qué aquí y ahora... Es fácil. La abogada accedió al parte médico y al policial para preparar la demanda y tuve que recordarlo todo y hablar del asunto. Si lo sabe la señora Frers, y lo sabrán más personas, ¿cómo no contárselo a mis mejores amigos? Se lo diré a Rocco también. Os contaré con detalle lo que sucedió aquella mañana...

Helena notaba que su amiga estaba sufriendo. Ella no quería eso.

—Cyn, no es necesario. No quiero que sufras...

—Ya lo he hecho. Antes, durante y después. Durante mi estancia en el hospital fui el hazmerreír de todos. Era la «lesbiana» que había destruido un hogar y le habían dado su merecido... Hasta llegué a creer que tenían razón.

—No digas eso.

—Lo creí, Helena. Y me habría resignado a una nariz torcida, pero no a ese esperpento. Cuando me quitaron las vendas y me vi en el espejo reaccioné... ¡Esa nariz no iba con mi rostro en absoluto! Yo estoy muy orgullosa de mis raíces, de mis ancestros africanos... La reconstrucción me dejó una nariz que no se parecía en nada a la mía. ¡No era yo! No era mi rostro, y me odié en cuanto me miré al espejo... Cuando les reclamé me dijeron que habían hecho lo que habían podido y que no habría una segunda intervención... En resumidas cuentas, mientras lloraba desconsolada en la puerta de la clínica, conocí a un cirujano, que fue quien terminó obrando el milagro. ¡Claro que se podía hacer algo, y se hizo! Luego me impulsó a demandar al otro médico... Fue un gran consejo, de verdad. Así que creo que ha llegado la hora de sincerarme también contigo, y de pedirte una vez más que me acompañes en esto...

Helena le acarició la mano conmovida.

—Estaré contigo en ésta y en todas.

La morena rio.

—Si te gustara comer coños, ya serías perfecta —le dijo, y ambas terminaron soltando una carcajada.

—Siempre puedo aprender —replicó Helena guiñándole un ojo, y luego le

dio un beso y se marchó corriendo a GataPaka; ya se le estaba haciendo tarde para comenzar su turno.

Nada más entrar, recibió una llamada: era Esperanza. Se escabulló como pudo de Samuel y se metió en el baño.

—¿Te pilló en un mal momento? —le preguntó la señora.

—Claro que no —mintió—. ¿Cómo estás hoy?

—Mejor. Es decir, mis días son todos iguales, pero tu agradable conversación sí que hace la diferencia. Gracias, hija mía.

Helena sonrió. Eso era precisamente lo que quería, que Esperanza recuperara el ánimo y las ganas de vivir.

—Yo también te doy las gracias. Me has ayudado a descargar mi rabia por lo del muñeco de pastel de bodas...

—¡Me hace mucha gracia cómo lo llamas! Parece que lo estuviese viendo...

—Si lo que te imaginas es un tío formal en extremo, con chaleco, americana y zapatos tan lustrados que podrías usarlos de espejo, peinado como un modelo y tan serio que dan ganas de golpearlo con algo para que reaccione, ése es nuestro hombre.

—Más o menos así me lo imaginaba. Por lo que me dices, no te pareció guapo en absoluto.

Helena dudó, y a Esperanza no se le escapó eso.

—¿Helena?

—Ehhh... Bueno, feo, lo que se dice feo, no era.

—¿Alto?

—Mucho. Como de dos metros.

—Exageras...

—En serio, es alto. Tiene una abundante barba hípster con alguna que otra cana, igual que su cabello. Y los ojos grises...

—Para no gustarte nada, lo has mirado mucho.

—Esperanza, no tuve otra opción, ya que, cuando nos llevaron a comisaría, lo encerraron frente a mí en una celda.

—Admite que es guapo y que te gusta —la provocó Esperanza riendo.

—No admitiré eso jamás porque no me gusta. Puede que sea guapo si te gustan los muñecos o los modelos de pasarela, pero a mí me gustan los hombres bien machos. Éste parece gay...

—¡Eres muy graciosa, Helena!

—¡De verdad lo parece! Claro que no soy homófoba ni mucho menos, sólo que los hombres que están muy pendientes de su apariencia no me gustan. Y si son soberbios, menos que menos. Y con lo machista que parece, basta para colocarlo en mi lista de futuros asesinatos en serie.

Esperanza no paraba de reír.

—Niña, cualquiera diría que ese hombre te ha impactado. Tal vez de una forma negativa, pero ya han pasado unos cuantos días y todavía hablas de él.

—Bah, seguro que mañana ya no me acordaré de su cara. Eso sí, si vuelve a pasar por mi semáforo y se le ocurre hacerse el listo, no respondo. Pero no lo creo, ¿sabes? Me parece que me tiene miedo, porque no ha vuelto.

—Volverá. Me resulta difícil imaginar que un gigante de dos metros le tenga miedo a una chiquilla como tú.

—Me tiene sin cuidado si vuelve o no, y así lo voy a tratar. Indiferencia total con ese viejo imbécil.

—¿Cómo que viejo?

—Debe de rondar los cuarenta, creo.

—Helena, si eso es ser viejo, ¿qué dejas para mí, que tengo setenta y pico?

...

—Estoy segura de que esos setenta y pico están muy bien llevados. ¿O no?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Esperanza era otra cuando la conversación cambiaba de dirección. Helena esperó pacientemente, hasta que la mujer habló.

—La edad ha hecho estragos en mí, querida. Hablando de eso, tengo que dejarte, pues es la hora de mi medicina...

Siempre terminaba así la llamada. Cuando tocaba hablar de ella, invariablemente cortaba la comunicación. No era que fuese impenetrable, pues Helena sabía cosas, como que había estado casada con un médico, que había tenido un Mini Morris color crema, que pasaba de los setenta, que estaba enferma y aislada. Pero nada más... Esperanza no estaba lista para hablar del motivo de su soledad, y la joven estaba decidida a esperarla ahora que estaba más tranquila, pues el fantasma del suicidio no parecía ya asomar en el horizonte.

Suspiró, se puso el delantal negro y salió al ruedo. Era hora de ponerse a trabajar...

GataPaka estaba bastante concurrido esa noche. Bueno, más bien tarde noche, porque no eran más que las siete.

Desgraciadamente, no pudo esquivar de nuevo a Samuel. Se lo encontró en cuanto entró en el comedor, y lo primero que hizo fue reprenderla, como siempre.

—Helena... Ese pelo. Recógetelo o haz algo drástico con él...

—Tengo claro que no te gusta, Sam —dijo ella sonriendo al tiempo que se hacía una trenza con asombrosa rapidez, detrás del mostrador—. Ya lo soluciono.

—No es que no me guste, pero tal vez a los clientes...

—Los clientes de GataPaka son tan informales como yo —replicó Helena, muy segura de sí misma—. Tranquilo.

Samuel menó la cabeza e hizo una mueca mientras miraba por encima del hombro de la joven.

—No todos. Mira ese que acaba de entrar, tan formal y atildado... Ahora sí estás presentable, y hasta guapa, diría yo —le dijo guiñándole el ojo—. Ve y atiéndelo enseguida, por favor.

—Te acusaré de acoso ante el sindicato —bromeó la joven. Y, sin dejar de sonreír, cogió su libreta y se volvió.

Nada más entrar en el área de clientes, sucedió.

Cuando se encontró cara a cara con el imbécil del semáforo, se le cayó todo al suelo. La libreta, la sonrisa, la moral y hasta el buen sentido.

Todo al suelo, y por poco no se cayó ella también.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Helena después de recoger su libreta, tras un par de segundos en que ambos se miraron a los ojos sin poder articular palabra.

Fausto había ido a GataPaka a buscarla, obviamente, pero no esperaba encontrarse cara a cara con ella nada más entrar.

Porque eso fue lo que sucedió. Llovía a cántaros, y lo primero que hizo después de traspasar el umbral y cerrar la puerta fue quitarse la gabardina. Después recorrió el lugar con la mirada, pero no la halló.

Ese tugurio estaba en penumbra, y eso que fuera todavía no había oscurecido del todo. ¿En qué clase de sitio trabajaba esa chica? Pues en uno sórdido y tenebroso, muy acorde con ella.

Casi se arrepintió de haber llegado hasta allí. Casi, porque le bastó avanzar dos pasos cuando ocurrió esa especie de colisión.

No chocaron precisamente, pero fue como si lo hubiesen hecho, a juzgar por los daños estructurales que parecía experimentar. Súbitamente mareado, tuvo que afirmarse en sus pies. ¿Qué demonios le sucedía? Se sintió un estúpido con la gabardina doblada sobre su brazo, intentando que no se notara que su respiración se había tornado inexplicablemente irregular.

La había pillado desprevenida, era evidente, así que no lo sorprendió que a ella se le cayera algo que llevaba en las manos. Pero el efecto hipnótico de sus ojos impidió que hiciese cualquier ademán de recogerlo, lo cual habría sido su acción instintiva en cualquier circunstancia. No era que su caballerosidad hubiese muerto, lo que sucedía era que ella distaba mucho de ser una dama, se dijo. Nunca había tratado con alguien así, y se quedó como un poste durante unos segundos, hasta que la chica se inclinó, recogió lo que se le había caído y lo encaró.

Estaba listo para esa eventual pregunta, así que le respondió de inmediato, y de esa forma retomó el control de sí mismo.

—Tu novio me dijo que te encontraría aquí.

Ella pestañeó dos veces y luego preguntó:

—¿Qué novio?

El confundido era Fausto ahora. ¿Qué clase de pregunta era ésa? ¿Tenía varios?

—El del semáforo —respondió.

—Ah, Rocco.

Silencio. Helena lo seguía mirando inquisitiva, y él se quedó esperando la aclaración que nunca llegó. ¿Ese tal Rocco era uno de sus novios o no?

Carraspeó incómodo y luego miró a su alrededor a ver si estaba por algún sitio, pero no lo vio.

La voz de Helena lo volvió a centrar en el asunto.

—No me has respondido. ¿A qué has venido? —insistió.

Él la miró con los ojos entornados. ¿Se lo parecía a él o no sonaba tan impertinente como días pasados? Más bien parecía extrañada, o intrigada quizá. Bueno, aprovecharía el momento estirándolo un poquito. Le agradaba verla un tanto vulnerable en su lugar de trabajo formal, sin saber a qué atenerse. ¿Sería tan osada como para liarla allí también? No tenía ni idea.

No quería provocarla lo suficiente como para volver a la comisaría, pero necesitaba alguna reacción de ella que le pusiera punto final a esa especie de obsesión insana.

—A tomarme un café y a decirte algo —le respondió al tiempo que se acomodaba en una mesa vacía junto a ellos—. ¿Aquí está bien? Perfecto.

Se instaló sin esperar respuesta ante la atónita mirada de Helena.

La sensación de poder que le daba tenerla en esa posición lo llenó de adrenalina y de ganas de más.

Alguien dijo «Helena» a sus espaldas y ella le echó una última mirada con el ceño fruncido antes de acudir a la llamada. Fausto aprovechó para recobrar el ritmo de su respiración, se quitó la corbata, la guardó en el bolsillo de la gabardina y se puso a revisar el móvil para no caer en la tentación de seguir cada uno de los movimientos de la joven.

Pasaba el dedo por la pantalla, pero no leía nada. Primero porque no se había puesto las gafas de leer, y, segundo, porque no podía concentrarse.

Helena volvió a entrar en su campo visual un minuto después, y lo hizo con una bandeja en la mano.

—Aquí tienes tu café —le dijo poniendo el plato con la taza sobre la mesa—. Ahora dime lo que has venido a decirme, págame, bébetelo y vete.

Fausto dejó el móvil con calma sobre la mesa y se desabrochó el primer botón de la camisa.

—¿Esto es un *espresso*?

—Sí.

—¿Qué te ha llevado a suponer que quería uno?

—El hecho de que quería que te lo tomaras rápido y te marcharas lo antes posible.

—¿Y el azúcar? No me has traído ni...

—¡Por Dios! Estoy segura de que jamás se lo echas, de ahí esa cara de...

Vaciló. No era de amargado precisamente la cara, sino más bien una mezcla de altanero y soberbio.

—¿De qué? —insistió Fausto. Sabía que no debía, pero no podía resistirse a la tentación de provocarla.

Y lo logró. Cuando recogió la bandeja, Helena se juró a sí misma no entrar en conflictos con él en su lugar de trabajo, pero el deseo de revancha fue más fuerte.

—De malfollado —le dijo con una sonrisa irónica.

«*Touché*, mocosa demente», pensó Fausto apretando los labios para no sonreír a su vez. Su salida lo sorprendió y lo divirtió al principio, pero el efecto fue más allá. Un tirón ahí abajo... La forma en que pronunció la palabrita le provocó una erección inmediata.

En su mundo, las mujeres no decían esas cosas. Vamos, que él tampoco las decía, pero a ella sí se lo había dicho, presionado por la rabia y las circunstancias. Y ahora Helena le devolvía el golpe.

Pues bien, podía con eso.

—Hay muchas cosas que me amargan la existencia. Locas que dañan mis pertenencias y que atentan contra mi integridad física, por ejemplo. Pero te aseguro que «malfollar» no es una de ellas, sino más bien todo lo contrario... Ve a por algo para endulzar esto o me quejaré al encargado.

La chica resopló indignada. Lo miró con odio, cogió la bandeja y se fue.

Segundos después regresaba con los dos puños llenos de sobres de azúcar y los depositaba sobre la mesa.

—Aquí tienes. Ahora dime qué quieres.

—Edulcorante, por favor —respondió él con una clara intención de burla.

—No te hagas el listo o...

—¿Qué harás? ¿Me pegarás o me escupirás en la cara? Tal vez hagas

ambas cosas, o tal vez no... Quizá no seas tan valiente cuando lo que corre peligro es tu empleo y no mi coche —le espetó. Se sintió fuerte, poderoso, y eso le gustó. Ésa era su zona de confort, desde donde podía dominar la situación y actuar como lo que siempre había sido: un auténtico macho alfa.

Y así se sentía ahora que tenía la posibilidad de dañarla sin tocarle uno solo de sus cabellos desgreñados. A pesar de no haberle puesto ni un poco de azúcar, el sorbo de café que bebió a continuación se le antojó más que dulce.

Helena se clavó las uñas en las palmas para contenerse. Tenía unas ganas locas de cogerlo de los huevos y arrastrarlo a la calle, pero lo que hizo fue inclinarse hacia él y decirle al oído:

—Eres un cobarde. Ni en tu coche, ni en mi trabajo. Sal fuera y lo arreglamos.

Esa propuesta desconcertó a Fausto, y su súbita valentía recientemente recuperada se esfumó. Pero, más que por miedo a Helena, fue por su erección, que ya era bastante prominente, y estaba seguro de que de ponerse de pie se le notaría.

La joven lo vio dudar y arremetió.

—¿Tienes miedo? Vamos, que no te haré nada irreparable. Tanto tu coche como tu integridad física están a salvo hoy, porque estoy de buenas —se burló.

«Maldita loca. No te temo... Bueno, tal vez un poco, pero no por lo que piensas. Podría reducirte con una sola mano, atrapando tus muñecas contra la pared por encima de ese cabello horrible, mientras con la otra... Vaya, no sé qué haría con la otra, pero seguro que sería tu integridad física la que correría peligro si te pusiera esa mano encima. Te haría daño, pero del que no deja marcas visibles. Te haría de esos daños que hacen que pidas más...», pensó.

Era la clase de daño que le hacía Helena a él, aun cuando estuviese en posición de aparente ventaja como en esa ocasión. No sabía cómo lo hacía, pero siempre lograba dar la vuelta a la situación a su favor.

Nunca antes le había sucedido algo así. Él no se quedaba sin palabras. Y, si lo hacía, una de sus frías miradas lo decía todo.

Pero con ella eso no funcionaba. ¡Nada funcionaba!

Helena era impredecible. Y ahí estaba, desafiándolo a salir a la calle para... ¿pelear? ¡Dios santo! ¡Las mujeres no hacían eso! Las chicas que él conocía eran damas que manipulaban a través del sexo y las lágrimas, como Sabrina, por ejemplo. Eso de «arreglarlo en la calle» era más bien cosa de borrachos trasnochados y no de camareras, por más tatuadas que estuviesen.

Y, de pronto, recordó.

«Donde no puedas amar no te demores.» El tatuaje en la espalda de Helena. Eso estaba haciendo él, y era consciente. Demorarse donde no era posible amar. Lo que no tenía claro era dónde lo estaba haciendo.

—Uy, el *doctor* se ha quedado sin café y sin palabras. ¿Qué tal si me dices lo que has venido a decirme y te marchas? El café corre de mi cuenta, por el mal rato que te he hecho pasar —volvió a provocarlo al ver que no se movía.

Fausto reevaluó la situación. Se dio cuenta de que le importaba más lo que pensara sobre su actitud cobarde que sobre su inocultable erección.

Sin previo aviso, se puso en pie y la cogió del brazo.

—Vamos —musitó al tiempo que con la otra mano cogía también su móvil y se lo metía en el bolsillo de la americana.

Helena se quedó muda por la sorpresa, y no atinó ni siquiera a resistirse.

Lo único que pudo hacer fue susurrarle al pasar a una de sus compañeras que «enseguida volvía» y luego salir con él.

Una vez en la calle, Fausto la arrastró hasta un portal y luego la soltó.

Ella se masajeó el brazo. No le dolía, más bien le quemaba el sitio exacto donde ese hombre la había tocado. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo era que había terminado en esa situación? ¡Si parecía estar todo bajo control!

Así no funcionaban las cosas, se suponía que él no aceptaría el desafío. ¡No era ese tipo de imbécil! No podía creerlo. Tenía que sobreponerse porque, si no, estaría perdida.

Levantó la cabeza y lo miró con furia.

—Lo único que te faltaba para ser más repelente aún: ser violento.

—Mira quién fue a hablar. La misma que me golpeó y me escupió —replicó él rápidamente.

—Por favor... Mírate y mírame. Un hombre de tu tamaño puede perfectamente defenderse de un ataque de alguien como yo. En cambio, las mujeres reaccionamos como podemos ante continuos atropellos de...

—Guárdate tu discursito, *feminazi*, que no me aprovecharé de tu inferioridad física. No lo he hecho antes y no lo haré ahora.

Si había algo que a Helena la sublevaba era que la llamaran de ese modo. No era la primera vez, pero se prometió a sí misma que sería la última, al menos proviniendo de esa boca.

—¿A quién llamas *feminazi*, imbécil? ¿Sabes qué creo? Que eres un machista, un cobarde, y un explotador. Y que no hay coche ni grande ni

pequeño que pueda compensar el complejo de inferioridad que tienes...

—Cállate, desquiciada. Déjame decirte lo que...

—Tú no me harás callar a mí, lo haré cuando quiera. Eres un muñequito soberbio que te crees mejor que yo. ¿Es porque eres rico o sólo porque tienes polla? Pues no me impresionas, doctor. Ni tú ni tu micropene inversamente proporcional a tu ego me...

No pudo continuar. Él no se lo permitió, pues hizo algo que la dejó muda y temblando como nunca antes: Fausto le agarró la mano y la apretó contra su entrepierna con brusquedad.

Helena se encontró de pronto con una increíble erección en la palma. Enorme. Dura. Caliente.

Contuvo el aire, cerró los ojos y se mareó. Y, mientras luchaba por mantenerse en pie, permaneció inmóvil oprimiendo el bulto, un poco porque él no la soltaba y otro poco porque ella no podía soltarlo a... él.

—¿En qué quedamos, futura psicóloga? —lo oyó murmurar con voz ronca—. ¿Tengo complejo de inferioridad o un ego... *enorme*?

Helena abrió los ojos y se encontró con el cuello de ese hombre frente a su cara. Lo tenía demasiado cerca... No sabía ni cómo se llamaba, pero su pene estaba en su mano. No lo entendía.

La agitada respiración, la polla palpitante y ese aroma a café y a perfume la mantuvieron cautiva, callada, tremendamente excitada y con mucha rabia y vergüenza por sentirse así.

Era tanta la tensión sexual que se tornó dolorosa. Abrió la boca, pero no logró articular palabra, así que él se aprovechó.

—Está en tu mano el poder de hacerme daño —susurró tan excitado como ella—. Literalmente. Me pregunto si lo aprovecharás.

Fausto Gastaldi no era masoquista ni por asomo, pero necesitaba recobrar el buen juicio. En ese momento le habría venido bien una bofetada, un escupitajo, o algo peor. Cualquiera cosa que lo alejara de esa chica, porque no podía más.

No podía comprender cómo era que Helena le provocaba esa marea de sensaciones desconocidas. ¡Por Dios! ¡Si ni siquiera le gustaba! No era su tipo de mujer, eso seguro. Reconocía que si dejara ese *look* desastrado resultaría francamente bonita, pero no se la imaginaba sin él. ¿Helena con un fresco vestido veraniego estampado y unos rizos cobrizos cayendo suavemente sobre su espalda? No, no sería ella.

Y tampoco lo calentaría como lo estaba calentando. Lo tenía al borde del gemido, al borde del orgasmo, al borde del abismo...

—Suéltame —dijo de pronto ella interrumpiendo sus pensamientos, pero él no pudo identificar si era una orden o una súplica.

—Suéltame tú —replicó Fausto cerca de su oído. Demasiado cerca...

Ninguno de los dos hizo nada.

Helena giró la cabeza y sus ojos se encontraron. El deseo se instaló para quedarse y ambos lo supieron. No hubo palabras, sólo miradas llenas de confusión. Miradas torturadas y respiraciones cada vez más agitadas.

Y, justo cuando Fausto estaba a punto de acabar en la mano de Helena, haciendo que un río de leche caliente le dejara perdidos los pantalones, algo sucedió y ambos se apartaron como impelidos por un resorte.

Rocco.

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Qué le estás haciendo?

Fausto se metió ambas manos en los bolsillos y Helena le salió al paso a su amigo antes de que la sangre llegara al río.

—Nada. Estábamos hablando.

—¿Hablando? No me ha parecido que estuviéseris hablando precisamente...

—Vamos, Rocco. Entremos —intentó persuadirlo ella, pero el chico estaba picado.

—Oye, tú... ¿La has estado molestando?

Fausto tragó saliva. La presión en sus huevos lo seguía incomodando, pero ya estaba recobrando el control de sí mismo.

—Si la hubiese estado molestando, ¿no crees que ya tendría un ojo morado? O al menos un escupitajo —se defendió con calma—. Creo que no conoces bien a tu *novia*.

Ninguno de los dos negó el supuesto noviazgo, y eso lo llenó de dudas y lo hizo sentirse extrañamente frustrado.

Rocco se volvió hacia Helena.

—¿Te lo ha dicho? ¿Te ha dicho que si volvías a molestarlo en el semáforo haría que te echaran de allí?

Helena lo miró con una expresión inescrutable.

—Porque a eso has venido, ¿no? —insistió el joven.

Fausto asintió.

—Estaba a punto de decírselo cuando tú has llegado. Bien, estáis advertidos... No quiero líos —dijo sin mirar a Helena.

Todo parecía demasiado extraño. Rocco se daba cuenta de que algo no cuadraba, pero no sabía qué era.

—Bien, ya has soltado tu amenaza, así que puedes irte. Tranquilo que, si no la molestas, tampoco lo hará ella. Pero, si te metes con Helena, tienes que saber que también lo haces conmigo, ¿entiendes? Sé muy bien que puede destruirte con una sola mano, pero también me tiene a mí para darle apoyo moral...

Lo de «puede destruirte con una sola mano» fue demasiado para Fausto y, a juzgar por la cara de la joven, también para ella.

Ambos carraspearon al mismo tiempo, incómodos.

Helena metió ambas manos dentro del bolsillo del mandil y luego se dirigió a Rocco:

—Ahora que están claras las cosas es hora de ponernos a trabajar. Vamos...

—Entra tú primero, pelirroja, que quiero decirle algo a éste.

—Rocco...

—Tranquila. Haz lo que te digo, por favor...

Estaba claro que ella no tenía ánimos para discutir, y tampoco quería que se armara una gorda entre su amigo y... ese tío. Se metió en el bar y desde dentro los observó con disimulo.

No tuvo que hacerlo mucho rato, porque Rocco le dijo sólo una cosa que hizo que el hombre asintiera y se marchara abrochándose la americana y sin mirar atrás.

Más tarde, cuando por fin su amigo accedió a contarle qué demonios le había dicho, Helena casi se muere del susto.

—Ya que insistes... Le he dicho que desmontara el campamento, que contigo no tendría la suerte de mojar jamás.

El rojo de sus mejillas hizo juego con su pelo el resto de la noche.

El sueño de muchos estaba allí, en su sofá. Una hermosa rubia sentada de lado, ataviada sólo con unos tacones y unas bragas de encaje negro, le sonreía.

Era hermosa. Sexy a rabiar, y lo miraba con una expresión entre pícara y culpable que anticipaba un sinfín de placeres. Estaba claro que le ofrecía sexo para redimirse ante sus ojos, después de la tontería de la noche anterior.

Fausto la miró como quien observa un cuadro, o, mejor dicho, una escultura, ya que el cuerpo de Sabrina lo era. Él era en parte responsable de esa belleza perfecta e inmaculada, y se sintió orgulloso del trabajo de sus manos, igual que un artista. Lo que le faltó fue experimentar alguna emoción...

Nada. Ni deseo sexual, ni rencor. Ni ternura, ni satisfacción por ser el dueño de esa mujer que permanecía callada y sonriente, como una geisha.

Se quitó la americana y se sirvió un whisky. Y luego se sentó frente a ella y le sonrió.

—No era necesario ni que vinieras ni todo este despliegue, querida —le dijo tratando de no sonar tan frío como el hielo que en ese momento le rozaba la lengua.

En un estudiado movimiento, Sabrina se bajó del sofá y se arrastró a cuatro patas hasta quedar a sus pies.

Allí, de rodillas, comenzó a meterle la mano por la pernera del pantalón.

—Parece que no te alegres de verme —le dijo, sensual, mientras le arañaba suavemente un tobillo con sus largas uñas rojas.

—Eres un regalo para la vista y mi obra más perfecta. Siempre es un placer mirarte, ya te lo he dicho.

—Pero... ¿te alegras de que esté aquí?

Bueno, ésa ya era otra cuestión. Y, aunque era lo suficientemente cínico para decirle que no se alegraba un carajo, buscó las palabras adecuadas para que Sabrina no se ofendiera.

No las encontró, y por eso permaneció en silencio. Empinó el codo y se terminó el trago deseando con todas sus fuerzas que se largara. Lo único que le

faltaba era tener que contentar a su novia esa noche.

Pero ella no se daba por vencida.

—¿Y bien?

Comenzaba a fastidiarlo y ya no podía disimularlo. El alcohol le soltó la lengua y ya no tuvo reparos en decir lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga, Sabrina? Estoy cansado y hambriento. ¿Me has preparado algo? Bien, entonces me alegro de encontrarte aquí. Si no es así, muévete, que he de hacerme algo de comer yo mismo.

Ella se puso de pie, furiosa, y comenzó a luchar con su vestido.

Fausto la observaba pensativo. Fino vestido estampado, cabello suave cayendo sobre los hombros. Maquillaje perfecto, tacones. Pechos redondos, al igual que el trasero. El sueño de cualquiera, pero él prefería una pesadilla escuálida, con rastas, *piercings* y tatuajes.

No podía creerlo. Comenzó a reír sin poder parar ante la atónita mirada de Sabrina, que acumulaba furia.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

Fausto negó con la cabeza, tentado por completo.

—¡Dime qué te pasa! —le exigió ella airadamente.

Él dejó el vaso en la mesita y se llevó la mano al pecho.

—Estoy... cansado y hambriento, ya te lo he dicho. Tal vez algo alcoholizado también, lo confieso. Ya ni sé lo que hago, discúlpame —le dijo intentando borrar la sonrisa de su rostro. No era su primer whisky, ya se había tomado otro en un local que quedaba pegado a la Facultad de Psicología.

No había sido en GataPaka, por supuesto, sino en la competencia de éste, que estaba estratégicamente ubicado como para que no se perdiera detalle de los movimientos de Helena.

Había estado media hora bebiendo y haciéndose preguntas, como, por ejemplo, por qué diablos se sintió tan absurdamente celoso cuando Rocco la abrazó junto al mostrador. Por qué tuvo ganas de volver y llevársela de allí, cuando la vio reír por alguna gracia de su amigo. Por qué estaba tan tentado de golpear a ese chico. Por qué querría ocupar su lugar con tanta fuerza. Por qué deseaba tanto a Helena...

Preguntas que no tenían respuesta, o al menos no estaba en el fondo de ninguno de los tragos que bebió.

—¿De dónde vienes? —lo increpó su novia, que estaba a punto de perder la compostura ante su comportamiento extraño y errático.

—He estado... por ahí. Vamos, Sabrina. Necesitaba relajarme y he ido a tomar un par de copas...

—¿Con quién?

Fausto ni siquiera pestañeó. Estaba acostumbrado a mentirle sobre sus andanzas nocturnas.

—Con Daniel Oliver.

Sabrina pareció satisfecha. Se arregló el pelo, se estiró el vestido y se inclinó para besarlo.

Él apartó la cara y se puso de pie.

—Querida, será mejor que te marches. Estoy cansado y...

—Claro que no. Te prepararé una tortilla francesa —le anunció al tiempo que se perdía en la cocina dejando a Fausto maldiciendo en voz baja.

Se cogió la cabeza con ambas manos y suspiró.

No le quedaban fuerzas para soportarla. Lo único que quería era ducharse y vaciar los huevos una vez más pensando en quien no debía.

¿Cómo se las ingeniaba esa demente para colarse en sus pensamientos, en sus fantasías, en sus deseos? ¡Mierda! Tenía una hermosa mujer con el delantal puesto preparándole la cena. Una mujer que representaba el éxito en todos los aspectos. Una mujer que sería la madre de sus hijos. Pero, claro, su maldita polla prefería otro plato del menú.

—¿La quieres sola o con queso, cariño? —preguntó Sabrina asomándose por la puerta. Parecía bastante compuesta, no como hacía un rato, cuando al verlo reír había estado a punto de perder el control. Tal vez no le gustara que él riera, o verlo feliz si no era ella la fuente de esa alegría. Tenía sentido...

—Sorpréndeme —le respondió al tiempo que subía la escalera y se metía en el baño.

Un rato después, cuando hubo dado cuenta del festín que su futura esposa le había preparado con mimo, sintió la necesidad de reafirmar que estaba en el buen camino.

Con la cabeza más despejada, se puso de pie y, cogiéndola de un brazo, la hizo inclinarse sobre la mesa.

Ella soltó un gozoso gritito que lo puso de los nervios, pero Fausto siguió adelante en la tarea de exorcizar al demonio con rastas de su cabeza.

—¿Te gusta así? —le preguntó con voz ronca.

—Me gusta como a ti te guste, mi amor.

Complaciente como una gata hambrienta. Igual de dispuesta.

Tenía la polla a media asta, y le costaba seguir fingiendo que lo estaba pasando bien.

—Dime qué es lo que quieres —insistió en una desesperada búsqueda de recobrar la erección.

—Hacerte feliz —fue la respuesta de Sabrina.

«No puedes, maldita sea. No puedes, y lo peor es que creo que no podrás jamás», pensó mientras la embestía con más ritmo que fuerza.

Y, de nuevo, se encontró de pronto recordando la frase en la espalda baja de Helena: «Donde no puedas amar no te demores».

La contundencia del sentido lo golpeó en plena cara. Hacía días que le rondaba por la cabeza, pero fue sólo en ese instante, con la polla dentro de Sabrina, que lo entendió.

Respiró hondo. No, no estaba listo para algo así. Su vida estaba perfectamente delineada. Su presente, su venturoso futuro al lado de una bella y exitosa mujer era un hecho consumado. Una verdadera dama que lo tenía todo: era sexy, elegante, el complemento ideal para alguien como él.

No aspiraba a ser feliz. ¿Qué demonios era eso? Nadie podía ser feliz en un mundo lleno de injusticias.

Y el amor era secundario... Para Fausto eso era cosa de mujeres, o un componente más en esa transacción llamada «pareja». Ellas necesitaban amor y dinero. Ellos querían un hogar porque, sin él, no había éxito profesional que luciera como correspondía.

Él tenía la suerte de haber conseguido para su proyecto de vida una mujer autosuficiente que reclamaba atención más que nada. Y, definitivamente, si había algo que Fausto no necesitaba era amor.

Entonces, si todo estaba tan claro y tan digerido, ¿por qué demonios tomaba la frase de la espalda de Helena como una señal? La espalda de Helena...

Todavía podía salvar la situación. Subió el vestido de Sabrina casi hasta el cuello y, mientras con una mano se aferraba a su cadera, con la otra le recorrió toda la columna vertebral.

Lo hizo con los ojos cerrados, imaginando la piel tatuada de una malabarista loca en la que no podía dejar de pensar, ya fuera con rabia o con deseo.

Le acarició la cintura. Fue dibujando con el dedo letra por letra y se sintió morir al descubrir que su tortura no tendría fin hasta que sucediera lo que tanto anhelaba.

Mientras acababa con un ronco gruñido, supo que la solución para poder seguir con la vida que había planeado era hacerlo dentro de otra mujer.

Hacerlo dentro de Helena. O sobre ella. En su cara, en su boca, en ese desastroso cabello rojizo...

Sólo así se curaría de esa obsesión enfermiza. Debía follarse a esa salvaje y volver a ser el macho alfa que nunca debería haber dejado de ser.

Sólo así se libraría de ella y podría seguir adelante.

—Bien, ¿estás lista?

—Claro.

—¿Y me acompañarás mañana a la entrevista con el abogado?

—Ya te he dicho que sí. Comienza con ese puto tatuaje de una vez.

—No entiendo por qué quieres ponerte esto en ese sitio precisamente.

—La idea es que sólo yo lo entienda, Cyn. Una especie de recordatorio...

—Helena, todos tus tatuajes son recordatorios de algo. Ojalá algún día te abrieras a mí y me contaras qué hay detrás de...

—Ojalá algún día dejaras de dar vueltas y comenzaras a trabajar —la apremió resoplando—. No tengo todo el tiempo del mundo, ¿sabes?

—Pero si hoy tenemos una sola clase, y es a las cuatro...

—Tengo cosas que hacer —le dijo, y luego le señaló la máquina de tatuar para que su amiga se diera cuenta de que era hora de ejecutar y no de hablar.

«Claro que tengo cosas que hacer. Prenderle fuego a esa gabardina que tengo en mi taquilla, y también a la corbata. Y hacerme un exorcismo para quitarme a ese enfermo de la cabeza. ¡No puede calentarme alguien así! Se burló de mí y me trató con desprecio y prepotencia, y después jugó a excitarme. ¿Quién se podría calentar con eso? Sólo una demente como yo, alguien muy jodida psicológicamente. Tengo que volver a terapia porque, sin duda, estoy muy mal», se dijo consternada.

Intentó alejar de su mente la principal fuente de sus actuales preocupaciones y lo hizo concentrándose en lo que estaba haciendo Cynthia.

El tatuaje que había elegido era muy simple, y su amiga terminó pronto. Era una gran tatuadora, pero ésa era su ocupación secundaria, porque con el trabajo a tiempo parcial en la facultad y los estudios, no le quedaba tiempo para mucho.

Estaba deseando ganar la demanda al cirujano para poder comprar un equipo mejor y, de esa forma, transformar el negocio de los tatuajes en su principal fuente de ingresos.

—Ya está. Mírate...

Helena enderezó el brazo y se miró la muñeca con ojo crítico.

Allí lo tenía, tal cual lo había diseñado en su imaginación y luego plasmado en el papel.

En la fina piel se leían cuatro palabras: «Aún estás a tiempo».

Lo estaba, seguro que lo estaba. A tiempo de huir de esa especie de depredador que le estaba robando el juicio. No quería dedicarle ni uno solo de sus pensamientos en adelante.

¡Se había pasado la última semana con él metido en la cabeza! Lo de la noche anterior había sido la gota que había colmado el vaso. Todavía no podía creer cómo había permitido que un violento macho alfa la hubiese arrastrado de un brazo fuera del bar sin resistirse. Y lo que sucedió después... Había habido un momento en el que él había dejado de presionar la mano contra su paquete, porque era evidente para ambos que ella lo hacía por su cuenta. La única explicación para la pasividad con la que había actuado era que deseaba hacerlo.

Odiaba admitir algo así. Habría preferido echarle la culpa a un miedo paralizante y no reconocer que tocarlo le había gustado.

¡Joder! Sólo de recordar ese momento sentía que las llamas que nacían entre sus piernas se apoderaban de toda ella. Se había sentido tan entregada como avergonzada, y lo peor era que sabía que él volvería a por más.

«Quiere hacerlo para doblegarme. Para él soy como un animal exótico que se ha propuesto cazar para luego exhibir ante sus pares, ya lo veo venir. Y el hecho de que Rocco lo haya desafiado a alejarse de mí debe de bastar para que haga lo contrario... Esos machos alfa ricachones son así: lo quieren, lo tienen. Pero conmigo no. Aunque me muera de ganas no voy a caer en sus redes. Ese infeliz no se va a reír de mí nunca más, y va a entender que no es no, y que no siempre se puede ganar», se dijo.

Estaba absolutamente convencida de que volvería a buscar su gabardina e intentaría provocarla de alguna forma. Y de que en algún momento intentaría seducirla, sólo porque... Porque podía. No porque ella le gustara, sino porque lo calentaba el hecho de ganarle, de socavar su voluntad y, al mismo tiempo, experimentar algo nuevo, como si ella fuese un fetiche o una perversión.

Pero no lo permitiría. Se prometió a sí misma ponerle freno a esa locura y esa tarde se fue del local donde su amiga trabajaba con una estrategia para lograrlo: acostarse con alguien. Pero no con cualquiera, sino con un tío que se le pareciera para agotar la curiosidad. ¡Eso era! La puta curiosidad. Tenía que saciarla para poder hacerle frente de una forma digna.

Claro que primero tenía que conocer a otro muñeco de pastel de bodas que quisiera follar con ella, y ese tipo de hombre no abundaba en su entorno.

Mientras caminaba rumbo a la facultad, llamó a su amiga Cynthia y le contó por teléfono lo que no pudo hacer personalmente. Ella comprendió por lo que estaba pasando y también pensó que para ponerle remedio debía acostarse con otro tío como él.

Estaba tan convencida como ella de que la abstinencia de los últimos meses le estaba jugando una mala pasada, junto con esa malsana costumbre de ir a lo más complicado, de buscarse problemas.

Bueno, la abstinencia terminaría en cuanto encontrara con quién.

Fausto salió de la habitación con sigilo, pues no quería que Sabrina se despertara.

Ni siquiera desayunó, cosa nada frecuente en un hombre que solía tomar todas sus comidas en casa. Tenía un chef que iba todas las semanas y le dejaba preparadas viandas de comida casera que sólo debía meter en el micro y disfrutar.

Tenía la esperanza de encontrarla en el semáforo, y también la excusa perfecta para hablarle.

No había dejado la gabardina en el bar sin querer; lo había hecho perfectamente consciente de que ésa sería su excusa para volver a entrar en contacto con Helena, sólo que no podía esperar hasta la noche para abordarla allí.

Antes de salir, se miró al espejo. No llevar corbata lo hacía sentirse desnudo, pero valía la pena la incomodidad y el cambio de rutinas.

Se había encaprichado de una mocosa desafiante y extraña. Era como una droga, y el primer paso para curarse era asumirlo. El segundo, empacharse de Helena hasta quedar saciado, olvidarla y seguir adelante.

Ése era su plan.

Pero no estaba... La muy hija de puta no había ido, o aún no había llegado. Dios santo, tendría que agregar «floja e impuntual» a su larga lista de defectos, pero ¡cómo le gustaba! Era impredecible, aunque no sabía si eso iba a la lista de cualidades, porque en el caso de Helena ambas listas se superponían. Cada cosa que odiaba de ella terminaba siendo algo que le gustaba.

Su actitud desafiante y contestataria. Su irreverencia y su naturalidad. Su simpatía y esa tendencia a salirse de sus casillas y agredirlo. La forma en que le apretó la verga... ¡Mierda! Era recordarlo y volver a tener una erección.

Estaba claro que la única manera de curarse era metérsela por todos lados.

Si en algún momento experimentó cierto rechazo ante la apariencia de la joven, no podía retomar esa sensación. Continuaba siendo lo opuesto a su tipo

de mujer, pero si hubiese existido una forma de tocarla y saciar sus bajos instintos pagando, ya estaría sacando su talonario.

Así de loco lo tenía Helena.

No le gustaba su pelo enredado, ni sus tatuajes, ni lo delgada y frágil que se veía. No le gustaba ni su *piercing* en la lengua, ni el de la ceja, ni el del ombligo. No le gustaba ni su forma de vivir, ni su actitud pendenciera. No le gustaba nada de ella objetivamente hablando, pero igualmente la deseaba.

Había algo en Helena que a su vez removía algo en él. Así de simple.

Pasó por el semáforo masticando su frustración, y se pasó todo el día pensando en ella.

Realizó una cirugía y luego regresó a su casa para almorzar, con la esperanza de no encontrar allí a Sabrina y que la demente del semáforo hubiese llegado tarde a trabajar. Lo primero se le cumplió, pero no lo segundo.

Ni Rocco ni Helena.

Después de su segunda intervención y de tres primeras consultas y un alta, ya no se pudo concentrar.

Le dijo a su secretaria que cancelara lo que seguía, montó en el coche y salió.

No tenía muy claro qué haría a continuación, sólo sabía que debía encontrar a Helena o no tendría paz ese día.

Empezó por GataPaka... Allí no estaba. Se atrevió a preguntar por ella y obtuvo una mirada de extrañeza y luego un lacónico «Normalmente entra a las seis», seguido de un «¿Por qué pregunta?», que respondió con evasivas. Era un buen dato, pero faltaba mucho para las seis, así que volvió a meterse en el coche y se quedó montando guardia en la puerta de la facultad.

Tenía la esperanza de pillarla cuando saliera, y su paciente espera tuvo frutos: a las cinco de la tarde una cabeza llena de rastas asomó por la puerta.

Fausto contuvo la respiración.

Cuando entró por completo en su campo visual, algo en su cuerpo sucedió. Nunca le había pasado... Era una sensación extraña, como un vacío en la boca del estómago. Instintivamente, se llevó la mano allí... Lo tenía revuelto por completo, y un extraño calor le subió por el cuello y le envolvió la nuca.

Era algo desagradable y extraño, pero no por eso apartó la vista de ella ni un solo segundo.

Estaba como siempre, desastrosamente atractiva.

Un suéter de punto de manga larga que apenas le cubría los senos. El

vientre al aire, como era su costumbre. Unos *leggings* rotos y, por encima, un pantalón corto vaquero con el bajo deshilachado. Completaba el atuendo con unas pesadas botas militares de altísimas plataformas.

Parecía una adolescente que estaba pasando por su etapa oscura, y Fausto se preguntó si llegaría a los veinte. Se sintió perverso y sucio cuando descubrió que le daba igual la edad de Helena, la tendría como fuera.

La vio reír, rodeada de gente tan joven como ella, y por primera vez le pesaron sus casi treinta y ocho años.

Y cuando ella comenzó a caminar calle abajo, completamente sola, no lo pensó dos veces. Arrancó, el coche, dio media vuelta donde no debía y comenzó a seguirla.

Se había convertido en un extraño para sí mismo. Se sentía un acosador callejero, un loco obsesivo. Ella le había contagiado su locura, y la haría pagar por eso de una forma placentera.

Andaba cada vez más despacio, casi al ritmo de la joven, pero ella no le prestaba atención. Iba con los auriculares puestos, metida en sus asuntos.

Fausto notó que llevaba una de sus muñecas con un parche, o una venda, y sin querer se preocupó.

No pudo contenerse y tocó el claxon, pero ella ni se inmutó. Entonces le salió al paso, doblando en la esquina donde ella iba a cruzar.

Ahí no pudo dejar de verlo, pues no la dejaba pasar. No llevaba gafas de sol, y sus enormes ojos verdes se abrieron por la sorpresa.

Se quitó los auriculares de un tirón y comenzó a balbucear.

—¿Qué... qué demonios... qué...?

Con el cristal de la ventanilla bajado, él le ordenó sin titubeos:

—Sube.

Helena resopló.

—Ni loca.

—Sube, Helena —insistió sin dejar de mirarla a los ojos—. Ambos sabemos que tenemos que solucionarlo.

Se sorprendió a sí mismo con la seriedad de su exigencia, y al parecer también la sorprendió a ella, pues terminó obedeciendo.

Subió al coche, y unos metros más allá Fausto aparcó.

Sabía que tenía que decirle algo, que explicarle el porqué de su extraño comportamiento rayano en el acoso. Como la sinceridad parecía resultar con ella y a él se le daba bien la honestidad brutal, siguió por ese camino.

—Había planeado esperar hasta la noche e ir a buscar mi gabardina —fue lo primero que le dijo cuándo se detuvieron.

La respuesta de ella no se hizo esperar y, aunque se sorprendió, al menos supo que estaban en la misma sintonía. No podían ser más distintos, pero lo estaban.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Era un olvido muy evidente. Y también era bastante obvio el hecho de que volverías a por más.

Fausto titubeó por primera vez. Le gustaba hablar con franqueza, pero no estaba acostumbrado a que le correspondieran de esa forma.

—¿Y qué piensas al respecto?

Entonces Helena, que había mantenido la vista al frente, se volvió, y sus miradas se cruzaron. Sus hermosos ojos verdes brillaban... de furia.

—Pienso que deberías recordar que seguramente tienes otras gabardinas y dejarme en paz.

Por unos instantes, se miraron. El deseo comenzó a flotar en torno a ellos, envolviéndolos sin piedad.

—Quiero esa gabardina —murmuró él—. Y la voy a tener... Es probable que luego la deje en algún sitio y no la vuelva a buscar, tienes que saberlo. No es que me guste ni le tenga un especial aprecio, pero hay algo en esa gabardina que me intriga y quiero descubrirlo.

Habían pasado de la cruda franqueza al más metafórico de los lenguajes, pero seguían en la misma sintonía.

Helena tragó saliva. Se notaba que iba perdiendo la seguridad en sí misma y el aplomo de hacía unos instantes.

—Ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo...

—No quiero saberlo. No me lo digas.

—Helena, necesito...

No pudo continuar, porque su móvil comenzó a sonar. Fue un alivio porque, de todas formas, no sabía cómo seguir con esa conversación. Estaba tentado de olvidarse de las palabras y pasar a la acción, pero el insistente sonido del teléfono no se lo permitía.

—Contesta —le dijo ella al tiempo que apartaba la mirada.

Fausto obedeció.

—Dime. —Sabía que era su abogado, pues había visto su nombre en la pantalla.

—Parece que te pillo en mal momento. Era para recordarte que mañana por la tarde tenemos la conciliación con la señora Frers y la señorita López en mi oficina.

—¿Tengo que estar presente?

—Nos ahorraremos tiempo y será una señal de buena voluntad.

—Allí estaré —murmuró, y luego colgó.

Se volvió hacia Helena, que miraba al frente y parecía ausente.

«Qué joven es, por Dios. Su piel es perfecta...», pensó mientras la observaba embelesado.

La recorrió con la mirada hasta que llegó a sus manos, que tenía crispadas sobre sus muslos. Entonces le tocó la venda con un dedo, y se dejó vencer por la curiosidad.

—¿Qué te ha pasado?

Ella retiró la mano, y el brazo entero. Se la notaba incómoda...

—No me ha pasado nada. Es un simple tatuaje.

—¿Otro más?

—¿Olvidé pedirte permiso? Ups, lo siento —dijo ella burlona. Se reía de él, pero al menos su ánimo ya no parecía tan sombrío.

—¿Qué tipo de tatuaje? —preguntó sin poder contenerse.

Entonces ella explotó.

—¿Disculpa? Ni siquiera te he preguntado tu nombre y tú me sometes a un interrogatorio... ¡No sé cómo te atreves! Mira, he subido para «arreglar» un asunto. Creo saber a qué te refieres, y también sé cómo solucionarlo: aléjate de mí. Quédate con tu puto semáforo, que ya me buscaré otro, y quédate con tu puta gabardina, que se la dejaré a mi jefe y podrás recogerla mañana durante el día, cuando yo no esté presente. Y ahora, si me permites, me tengo que marchar, pues debo llegar a mi casa y luego ir a trabajar.

Fausto la observó durante todo su discurso con los brazos cruzados. Y, cuando terminó, se dio cuenta de que su cercanía la afectaba tanto como la suya a él, lo que hizo que se dibujara una sonrisa en su rostro barbudo.

«Es mutuo, estoy seguro. Y también estoy seguro de que te vas a resistir un poco, pero si sé jugar bien a este juego, voy a ganar. El premio eres tú, loca del semáforo... Voy a descubrir cada uno de tus tatuajes y los voy a recorrer con la lengua», se prometió.

—Digas lo que digas, yo sé que también quieres. Tarde o temprano tendrás que admitir que sólo hay una forma de liberarse de esta tentación: cayendo en ella.

Lo dijo tan convencido, tan seguro de sí mismo, que ella se sintió más que intimidada. Se sintió atrapada, como un pájaro exótico en una jaula cara.

Tanteando con desesperación, buscó la manija para abrir la puerta y huir, pero no lo logró. Se enredó con los auriculares, y el móvil estuvo a punto de caérsele al suelo.

Lágrimas de frustración comenzaron a asomar en sus ojos verdes.

—Mierda —murmuró con voz ahogada.

A Fausto no le gustó verla en esa situación y eso lo sorprendió. Se la notaba vulnerable y eso servía a sus fines, pero de pronto se dio cuenta de que quería ser testigo de su disfrute, no de su sufrimiento. Recordó la primera vez que la vio en el semáforo, haciendo malabares con ese tal Rocco; no tenía ni idea de cuál era el vínculo que los unía, pero era evidente que los hacía felices, porque cuando estaban juntos no hacían más que sonreír.

En cambio, cuando estaba con él, Helena no lo pasaba bien.

«Por ahora —se dijo—. Cuando te haga mía me ocuparé también de tu placer y te haré sonreír. Ahora estás molesta y te rebelas, pero pronto te rendirás encantada de la vida...»

Claro que se rendiría. Y, si tenía que enfrentarse a Rocco, lo haría. Un vulgar perdedor como él no se merecía tenerla, así que no tendría reparos en quitársela si era necesario.

Pero en ese momento, la angustia de la joven de alguna forma lo conmovió. Se apiadó de ella, así que se inclinó para abrirla la puerta y dejarla marchar. Después de todo, ya tenía claro que Helena sentía lo mismo y sabía dónde encontrarla, así que ese día sería magnánimo y le permitiría huir.

Claro que no estaba preparado para lo que sucedió después.

Esa noche, Helena quería contárselo a alguien y Esperanza llamó en el momento preciso, cuando regresaba de su clase de *stand-up* pasada la medianoche.

No había estado especialmente brillante en esa ocasión, y el profesor se lo hizo notar. ¡Cómo para concentrarse después de lo que había pasado!

«Helena, hoy no has traído contigo la “chispa”», le había dicho Óscar.

Ella se mordió el labio para evitar responderle lo que se le cruzó en ese instante por la cabeza: «La chispa se quedó en ese puto coche, en el que estuve a punto de morir calcinada...». Se concentró en lo suyo y pudo repetir su rutina de tres minutos lo suficientemente bien como para no sentir que había desperdiciado tiempo y dinero.

Pero su mente insistía en visitar otro sitio y necesitaba hablarlo con alguien que no fuese Cynthia, que se enfurecería cuando le dijera que se había subido voluntariamente al vehículo. Y mucho menos con Rocco, porque su amigo estaba especialmente sensible con respecto a... a él.

Ni siquiera podía mencionarlo porque no sabía su nombre, pero lo había tocado íntimamente la noche anterior y esa tarde había pasado algo más.

Esperanza. Ella no la juzgaría, o lo haría objetivamente. Tal vez la reprendiera, pero también sabría aconsejarla. Se notaba que era una mujer muy sabia...

En el autobús desierto, pudo hablar con su nueva amiga con total libertad, y cuando terminó al otro lado de la línea se oyó sólo el silencio.

—Dime algo, por favor... —rogó la joven, ansiosa.

—Estoy pensando, Helena. Déjame encontrar las palabras adecuadas para poder opinar algo que te sea de ayuda.

Lo entendía, por supuesto. Es más, si fuese ella la que debiera aconsejar a alguien que estuviese pasando por una situación igual, primero le preguntaría si era tonta o masoquista, porque sus acciones indicaban una o ambas cosas.

¡Debía de tener alguna deficiencia mental para hacer lo que había hecho! Sobre todo, por cuándo lo había hecho... ¡Si casi se había liberado de ese demonio!

Pero no. Algo en ella había enloquecido cuando él le «había perdonado la vida».

Estaba a punto de llorar, desesperada por huir. Seguramente él se había dado cuenta de que tenía todas las de ganar, y podría haber hecho perfectamente leña del árbol caído.

Podría haberse burlado, reído de ella. Podría haber hecho algo peor, como lo de la noche anterior. Su vulnerabilidad era tan evidente como si lo llevara tatuado en la frente y él podría haberse aprovechado con total impunidad.

Pero no lo hizo y, además, le facilitó la salida, abriendo la puerta que ella no conseguía abrir.

Lo hizo despacio, como para demostrarle que su cercanía no significaba un riesgo, y ni siquiera la rozó.

«Tranquila... Ya está», lo oyó decir en voz baja, y no había rastro de ese tono desagradable y soberbio que ella tanto odiaba.

No supo qué le pasó. Tal vez tuvo que ver con su aroma, con tenerlo tan cerca, con ese gesto piadoso de ayudarla a huir.

En ese segundo en el que él volvía a acomodarse en su asiento, sus miradas se encontraron y Helena sucumbió.

Le tocó la mejilla con una mano, y eso bastó para paralizarlo por completo. Y luego, sin poder controlarse, acercó su boca a la de él y lo besó.

Así, sin más, con los labios entreabiertos y sujetándolo de la cara, por eso pudo notar cómo la mandíbula se le tensaba súbitamente. Por un segundo, él no hizo nada, tal vez abrumado por el inesperado movimiento, pero luego reaccionó, ¡y cómo reaccionó!

Abrió la boca y deslizó la lengua dentro de la suya junto con un desesperado gemido. La invadió sin titubeos y la encontró totalmente receptiva, por supuesto.

Helena había gemido también, era imposible evitarlo. Y cuando él se hizo completa y definitivamente con el control de ese beso, lo dejó hacer.

Todo se lo permitió. Que impetuosamente la tomara del rostro con ambas manos. Que profundizara el beso hasta que sus dientes chocaran. Que con la punta de la lengua buscara el *piercing* que adornaba la suya. Que hiciera que sus labios se perdieran dentro de esa boca que parecía querer engullirla.

Helena estaba en llamas y no podía respirar. Era consciente de que ella misma había despertado al monstruo que la estaba devorando, pero en lugar de disfrutarlo como su cuerpo le pedía le estaba prestando oídos a la alarma que sonaba dentro de su cabeza: «Detente, detente...».

¿Podría? ¿Estaba en su mano detenerse y detenerlo?

Sí, estaba en su mano. En su nuevo tatuaje, que había logrado cumplir su objetivo, ser un oportuno recordatorio: «Aún estás a tiempo».

La puerta estaba entreabierta, sólo tendría que apartarlo y huir.

Él le dio la señal justo cuando le soltó la cara y apoyó la mano en su vientre, posesivo.

En ese instante, Helena supo que ésa era su única oportunidad y la tomó. Lo apartó con brusquedad y se bajó.

Y, mientras corría en sentido contrario a la posición del coche para que no

podría seguirla, pudo oír el sonido de la puerta y luego su voz gritando su nombre de forma imperiosa: «¡Helena...!».

—¡Helena!

La joven pestañeó, se bajó de los recuerdos y se encaramó a la realidad.

—Perdón, Esperanza... No te he entendido. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si estabas lista para admitir que te gusta ese hombre. Por cierto, ¿cómo se llama?

—No lo sé ni quiero saberlo. Creo que eso responde a tu pregunta.

—Eso me dice que tienes miedo, pero no responde nada.

—Es que... No debería gustarme. Nunca me he encandilado de un rostro bonito, por lo menos, no tanto como para olvidarme de que eso es lo último que debería mirar.

—Pero, criatura, si todo entra por los ojos...

—Es posible, pero si lo único que te gusta de esa persona es su apariencia y a la vez es una de las cosas que más te desagrada... Si su forma de ser es odiosa y no tiene reparos en decirte que quiere saciar las ganas contigo y luego dejarte tirada... Si sabes que no es tu tipo de hombre y que tampoco puedes gustarle porque no eres su tipo de mujer, y aun así quiere tenerte...

—Igual deseas acostarte con él.

Lo estaba reconociendo con sus palabras y sus actos.

—Pero no lo voy a hacer. ¡No lo haré! No se saldrá con la suya, te lo aseguro.

—Sabes que continuará insistiendo, ¿verdad?

La joven tragó saliva. Lo sabía, claro que sí.

—Sí.

—Helena, ¿te has enamorado alguna vez?

La pregunta la dejó completamente desconcertada, pero le respondió con sinceridad:

—No.

—¿Sabrías entonces reconocer si te pasara?

Se enderezó en el asiento del bus, inquieta.

—¿Insinúas que...?

—No lo sé, querida. Ésa es una experiencia muy subjetiva que se puede reconocer cuando se vive.

—A ti te ha pasado, me imagino...

Helena aguardó expectante. Deseaba que le respondiera, y no sólo para alejar ese fantasma de ella, sino porque quería saber de Esperanza.

—Me ha pasado, y fue lo peor que me ha sucedido en la vida.

La chica contuvo el aire, y luego preguntó con cautela:

—¿Lo peor?

—Bueno, casi. Digamos que ese amor me arruinó por completo, pues me arrebató todo lo que tenía.

La confidencia había llegado por fin, y con voz quebrada.

—Cuéntamelo, Esperanza.

Pasaron unos segundos antes de que la mujer respondiera.

—Él me quitó las dos cosas que más amaba: a mi hijo y mi libertad.

A Helena se le cayó el teléfono. Primero, sobre las piernas, y luego se deslizó hasta el asiento que tenía delante.

Tuvo que ponerse a cuatro patas para poder recuperarlo.

Y cuando lo hizo se dio cuenta de que era tarde, pues Esperanza ya no estaba en línea.

Su primera reacción fue marcar, pero se detuvo. Ella le había dicho que la llamaba desde el móvil de su cuidadora, pero no tenía idea de si ésta estaba al corriente de ese hecho. Si no era así, no quería delatarla...

No tendría más remedio que esperar a que Esperanza volviera a llamarla.

Y, mientras lo hacía, su mente viajaba.

Se alejaba del bus que la transportaba, del hombre que la trastornaba, y de la propia ciudad donde habitaba. Se iba muy lejos, no tanto en distancia, sino en tiempo.

Y de pronto se encontró con dieciséis años, viviendo en la calle y embarazada de un tipo que no era bueno para nada. Con un terrible síndrome de abstinencia y en estado de desnutrición. Sola, enferma, desolada.

Se encontró llamando a la puerta de alguien que había conocido de niña. Alguien que no le gustaba mucho, pero que era su única esperanza de sobrevivir.

Era un médico, y su esposa. No era un médico cualquiera, sino una destacada eminencia que había atendido a su madre en los últimos días de la

enfermedad que se la llevó a la tumba.

La partida de su madre dejándola en manos de su padrastro abusador hizo que Helena abandonara su hogar con sólo catorce años. A la edad en que las niñas sólo pensaban en su fiesta de quince, ella era una sintecho. Y junto a la calle llegaron las drogas, el sexo y el hambre.

Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada tenía dieciséis recién cumplidos. No deseaba tener un hijo, pero cuando supo que así sería, todo cambió. El instinto primó y la joven reaccionó. Abandonó la calle y pidió ayuda a la pareja, que la acogió en su casa.

Helena creyó que había tenido mucha suerte de encontrarlos, ya que ambos viajaban con frecuencia y pasaban largas temporadas fuera del país. Recurrir a ellos era su último recurso, ya que no tenía adónde ir.

Recordó que su madre le había dado las señas del médico, que residía en una ciudad vecina, y caminó hasta allí bajo la lluvia. Sí, desnutrida y desesperada, llamó a esa puerta y se le abrió.

Pasó todo el embarazo encerrada, para que los vecinos no la vieran.

—Eres menor, Helena. Si te descubren, terminarás en manos de un orfanato del gobierno, o en un correccional. Y te quitarán al niño cuando nazca —le había dicho el médico.

—Pero no podré permanecer encerrada siempre... Cuando tenga el bebé, tendré que salir y me verán...

—Ya he pensado en eso, querida, y la única solución es que el registro lo hagamos mi esposa y yo...

—¿Me está diciendo que registrarán al bebé como si fuese suyo?

—Si no lo hacemos así, te lo quitarán y lo darán en adopción.

—¡No pueden hacer eso!

—Sí que pueden. He hecho averiguaciones por ahí... Has robado en tiendas, has consumido todo tipo de estupefacientes, y ni siquiera has terminado la secundaria. Con tus antecedentes, te mantendrán encerrada hasta los dieciocho y cuando salgas no podrás recuperar a tu hijo...

—¡No! Sé que me buscan, pero he logrado escapar todo este tiempo...

—Con un niño es más complicado.

—No, si ustedes me ayudan...

—Querida, no podemos ser tutores de dos menores y tener que soportar a asistentes sociales en nuestra casa un día sí y otro también. Además, como

hemos viajado tanto, tal vez ni siquiera nos consideren con la estabilidad suficiente como para acogeros...

—Entonces ¿qué debo hacer? —había preguntado ella con lágrimas en los ojos.

—Yo te ayudaré a tenerlo y lo haremos pasar por nuestro hijo de sangre. Luego te presentarás ante las autoridades para dejar de ser una prófuga, irás a rehabilitación, y dentro de un año y medio, cuando salgas, tendrás trabajo con nosotros y podrás ver crecer a tu hijo. Será aún muy pequeño... Cuando crezca no recordará la época en que no estuviste a su lado. Sólo tienes que permanecer callada, porque, si no, también podrían quitárnoslo y entonces ya no lo verías...

Lo tenían todo muy bien atado, y la convencieron. Le hicieron creer que era la única solución.

Helena permaneció oculta, y la mujer del médico metió una almohada bajo su blusa. No tenían hijos propios y la joven creyó que de esa forma le estaba dando un futuro a la criatura y, además, podrían permanecer juntos.

Pero las cosas no salieron como ella esperaba.

Cinco meses después de su llegada, todo cambió, y no fue para bien.

Fausto llamó a Sabrina y le dijo que no se encontraba bien.

—Voy enseguida, cariño —le dijo ella, solícita como siempre.

Pero él la atajó:

—No, Sabrina. Precisamente por eso te llamaba, como últimamente te da por venir sin avisar... Escucha, lo que tengo es una terrible jaqueca y sólo quiero estar a oscuras y en silencio.

—Pero, mi vida, te prometo que me echaré a tu lado y no diré nada...

«Sí, claro. Y se supone que debo creerte... Es imposible que permanezcas con la boca cerrada más de cinco minutos. ¡Ni en el cine puedes hacerlo, joder!», recordó.

—He dicho que no vengas. ¿Puedes dejar de agobiarme, por favor? —replicó irritado.

—¿Agobiarte? ¿Yo te agobio? Preocuparme por tu salud no es agobiarte, sino cuidarte... Qué desagradecido eres, Fausto Gastaldi.

Eso, así la quería. Enfadada molestaría menos...

Es que ya ni siquiera le importaba herir los sentimientos de Sabrina, si es que los tenía. Si era tan parecida a él, lo dudaba.

—Tienes razón. Ya lo hablaremos otro día...

—¡No cuelgues! Recuerda que mañana a las dos tenemos que ir a la iglesia para ver las fechas disponibles para la boda...

«Joder... A las dos tengo la cita con el cura y a las tres la conciliación con la tal señorita López. ¿Qué mierda ha hecho Laura con mi agenda? La mataré.»

—¿No puede posponerse? Es que tengo que ver a Daniel por lo de la demanda a las tres...

Sabrina puso el grito en el cielo y Fausto, sólo por no oírla, lo dejó así.

—Recupérate para mañana porque, si no vienes conmigo a ver al cura, el cura y yo iremos a verte a ti, pero, además de casarnos, te dará la extremaunción, porque te mataré —fue su última amenaza antes de colgar furiosa.

Dios santo. Esa mujer se estaba transformando en un auténtico dolor de huevos. ¿O los huevos le estaban doliendo por otra cosa?

Helena era la culpable de todo, por supuesto. Ella era la responsable de ese malestar que lo tenía en la cama desde las siete de la tarde, cuando se había presentado en GataPaka sólo para comprobar que no aparecería esa noche por allí.

No se contuvo y entró a preguntar, pero se encontró con Rocco tras la barra, con cara de pocos amigos.

—¿Otra vez? Te la estás buscando...

—No es lo que crees. Ayer me dejé la gabardina y venía a por ella. ¿A qué hora llega Helena? Porque creo que la tiene ella.

—Helena no vendrá hoy, está indispueta.

—No puede ser... Si estaba en perfec... —Se dio cuenta de que no podía delatarse dando a entender que la había visto un rato antes, y por eso se detuvo.

—Ayer estaba bien, pero hoy no. De todos modos, no te preocupes, porque tengo la llave de su taquilla, así que ya te la traeré yo —dijo Rocco muy decidido.

—¡No! —exclamó Fausto sin pensar. Si le daba la gabardina, ¿con qué pretexto volvería?

—¿No? Creía que venías a por ella.

—Es que... me parece mal que revuelvas sus cosas en su ausencia. ¿A ti

no? —improvisó.

Rocco sonrió.

—Tenemos la suficiente intimidad como para poder hacerlo, no te preocupes —le dijo, y luego desapareció detrás de una puerta.

Fausto maldijo en voz baja y, sin poder contenerse, golpeó el mostrador con el puño.

—Oiga...

Levantó la vista y vio que el tío que había quedado tras la barra lo miraba con el ceño fruncido. Llevaba una placa en la que ponía «Samuel».

—Disculpe.

—¿No ha venido usted antes buscando a Helena?

No tuvo más remedio que admitirlo.

—Sí... Ejem... Era por... era por mi gabardina. Me la dejé anoche, pero Rocco ya ha ido a por ella.

—Ah. Menos mal, porque ella no vendrá. No se encuentra bien.

Se preocupó, para qué negarlo. Pensó que tal vez no fuera una simple excusa y que de verdad hubiera enfermado.

—¿Qué le ha pasado? Ayer estaba bien —mencionó como de pasada.

—A mí también me ha sorprendido. Nunca falta por enfermedad; tiene una salud de hierro, pese a que se la ve tan delgada y frágil.

—Bueno, es sabido que las apariencias engañan. Yo lo sé bien: soy médico —le dijo más bien para inspirarle confianza.

—Eso debe de ser cierto, porque Helena es de todo menos frágil. Superó las pruebas más difíciles siendo sólo una niña, y supo salir adelante y con una sonrisa —afirmó Samuel orgulloso.

Fausto debía hacer grandes esfuerzos para no demostrar lo interesado que estaba en que Samuel siguiese hablando.

—Se nota que usted la aprecia.

—Es mi mejor empleada. Sé que su aspecto puede resultar chocante para algunas personas, pero es eficiente y encantadora. Eso sí, tiene un sentido del humor bastante ácido... Pronto podrán comprobarlo todos los clientes.

¿Qué quería decir con eso? Al parecer, su mirada fue lo suficientemente interrogativa, porque Samuel prosiguió:

—Es que se le da bien el *stand-up*. En breve hará su *show* aquí los sábados por la noche... Tiene mucho talento. No sé si la ha visto haciendo malabares en el bar...

Negó con la cabeza, pues temía que la voz no le saliera normal de lo impresionado que estaba. En el último minuto había averiguado cosas de Helena que jamás habría imaginado.

—... Cuando está de buenas, con este tunante que usted ve aquí —comenzó a decir señalando con el pulgar a Rocco, que acababa de entrar—, hace cosas muy divertidas.

Fausto carraspeó y consideró oportuno intervenir para deshacerse de todas las dudas que lo ponían nervioso.

—Me lo imagino, tendré que verlo algún día. Además de ser un gran espectáculo, debe de ser muy loable que hagan un dúo laboral tan estupendo, siendo también novios...

Samuel soltó una carcajada.

—¿Novios con éste? Vamos, que Helena no tiene un pelo de tonta...

Rocco lo miró con furia.

—Oye, Sam. Para que lo sepas, ella y yo tenemos algo...

Pero Samuel seguía sonriendo.

—Ya quisieras tú —le dijo palmeándole la espalda, y luego saludó con la cabeza y se alejó, dejando a Fausto con una expresión triunfante y a Rocco bastante disgustado.

—Toma, aquí tienes... —murmuró mientras le pasaba la gabardina por encima del mostrador—. Y deja de sonreír, hazme el favor...

Pero él no podía dejar de hacerlo.

—Así que de novios nada —afirmó más que preguntó mirando a Rocco con actitud burlona.

No obstante, el chico no se dejó vencer así como así, y le devolvió el golpe.

—Tienes razón. Pero me daba apuro confesar que en realidad somos *follamigos* —le dijo, y esa simple palabrita hizo que a Fausto se le borrara la sonrisa al instante—. Así que cuidado con volver a montar campamento ahí... Ese terreno está minado, ¿entiendes?

No sólo lo entendió, sino que se quedó sin palabras, y por eso se marchó del bar dando grandes zancadas que denotaban que no se había quedado para nada conforme con las novedades.

Esa noche no hubo ni vino añejo ni series de Netflix, sólo hubo recuerdos. Fausto no acostumbraba a encontrarse a solas con ellos; es más, los rehuía como a la peste.

No todos, por supuesto. Los recuerdos recientes que tenían que ver con ese capricho con rastas llamado Helena eran buscados con desesperación, sufridos y disfrutados a partes iguales.

Eran recuerdos complejos, que iban más allá de las imágenes. Tenían sabores, como el gusto a fruta que había registrado al comerle la boca. Aromas exquisitos, como el fresco olor a piel joven y a jabón. Tenían también palabras y suspiros, gemidos ahogados, sensación de desbordamiento y mucho calor. Tenían texturas que se le habían quedado grabadas en la punta de los dedos que rozaron su cabello y descubrieron que no era para nada desagradable al tacto, y que tocaron ese vientre perfecto que ella insistía en lucir.

Se preguntaba qué era lo que la había movido a besarlo. Se reprochaba no haber sido él quien lo hubiera hecho. Y se preparaba para disfrutar de su rendición como ni siquiera imaginaba, sólo por el hecho de que le costaría mucho.

Era deliciosa y era prohibida, una combinación mortal.

Prohibida, no por sus restricciones morales, que nunca las había tenido. Ni Sabrina ni la juventud de Helena lo iban a detener, eso seguro. Prohibida porque era distinta, porque era imprevisible, porque se resistía. Porque era lo opuesto a él, porque estaba fuera de los límites de su micromundo. Porque él también estaba fuera de la zona de confort de Helena, y seguramente estaría furiosa sólo por el hecho de tener que dedicarle un solo pensamiento. Y ni que decir de desearlo... Porque estaba seguro de que así era, y fantaseó con la idea de que se estuviese tocando pensando en él.

Eso lo puso a mil, pero no cedió al deseo de masturbarse todavía. Y retiró esa imagen de su mente prometiéndose vivirla. Miraría a Helena mientras lo hacía. Se sentaría en el sillón de lectura de su dormitorio y le ordenaría que le mostrara cómo se hacía una paja pensando en él.

Pero para lograr eso tenía que preparar una estrategia... La tenía.

Se llamaba «una sola vez». No tenía ni idea de si sería así, pero fingiría que sí y utilizaría eso para convencerla.

Haría que Helena accediera por fin, con esa idea en la cabeza. Sería una sola vez. Sería terapéutico. Sería la única forma de curarse y seguir ambos adelante, cada uno en su mundo y sin complicaciones.

«Una sola vez, Helena, y te dejaré en paz. Desapareceré de tu semáforo, de tu bar, de tu vida. Una tarde, una noche, lo que quieras. Te haré de todo, me

harás de todo, y luego te marcharás. Nadie lo sabrá, te lo aseguro. Ni siquiera tiene que saberlo tu supuesto *follamigo*, pero ten presente que tal vez no quieras saber de él después de estar conmigo. Porque te haré ver las estrellas y la luna, gozaré de ti como de nadie, y luego te dejaré ir... Porque tú y yo somos como el agua y el aceite. Porque eres mi fantasía, pero mi realidad es otra. Porque no encajas en mi mundo y yo no encajo en el tuyo. Y porque es probable que termines enamorándote y luego me odies por dejarte...»

Su plan de no masturbarse se fue al garete. Era imposible, empalmado como estaba por culpa de la chica que esa tarde lo había vuelto loco con un simple beso.

Se desnudó y se tendió en la cama, y luego se acarició los huevos con las dos manos. Los tenía llenos, como cada vez que fantaseaba con ella. Apenas se tocó la polla y se corrió en dos minutos.

Y, una vez saciado y con el vientre perlado con su propio semen, no tuvo más remedio que dejar que en su mente se formasen las preguntas que venía evitando desde hacía horas: ¿de qué pruebas había salido airosa Helena en el pasado y con una sonrisa? ¿Qué era lo que la había hecho tan fuerte? ¿Qué demonios le había pasado?

Le había mentido a Samuel porque, tras el perturbador encuentro de esa tarde, no estaba en condiciones de presentarse en el bar. No estaba descompuesta físicamente, pero psicológicamente estaba hecha papilla.

No obstante, más tarde enfermó de verdad.

«Karma instantáneo», se dijo mientras devolvía abrazada al váter de la residencia de estudiantes. Lo que no había logrado el imbécil que le robaba el juicio lo había hecho Esperanza con unas pocas palabras: «Él me quitó las dos cosas que más amaba: a mi hijo y mi libertad».

Esa simple frase despertó todos sus demonios, que se agitaron en su vientre de tal forma que tuvo que bajar del bus dos paradas antes.

Los recuerdos que con mucho esfuerzo había logrado mover al fondo para conseguir ser medianamente funcional se materializaron de pronto.

Sentada en el suelo, se apoyó en la pared y cerró los ojos. Parecía que el tiempo no hubiera pasado...

El trabajo de parto se desencadenó una noche de tormenta, dos meses antes de lo previsto. Un agudo dolor y mucha sangre.

El quirófano pequeño y frío del hospital del pueblo. Y luego recuerdos difusos, un intenso vacío y dudas. Miles de preguntas que todavía estaban sin respuesta.

Había logrado reencauzar su vida y seguir adelante, pero esa conversación con Esperanza la sacó de su eje y se dio cuenta de que, hasta no saber si sus sospechas eran ciertas, el sufrimiento afloraría en cualquier momento y en cualquier lugar.

Su libertad era una ilusión. Estaba aislada, presa de sus propios fantasmas.

«Esperanza y yo tenemos demasiadas cosas en común, y eso me da miedo... Tengo que descubrir si lo que presiento es cierto, pero ¿cómo? ¿Por dónde empezar a buscar?», se preguntó. La verdad se le antojaba en ese instante algo peligroso y amenazador.

Volvió a la cama e intentó dejar la mente en blanco. No quería recordar lo

que había sucedido en Santa Bernardina hacía cinco años y tampoco lo del Audi azul esa tarde.

Seguir el impulso de besarla la había llevado a un punto de no retorno. Continuaba con su intención de no flaquear, pero haberlo provocado de esa forma la ponía en una posición difícil.

Él no sólo querría más, también sabía que podía obtenerlo. Y lo sabía no sólo porque ella no se lo había negado, sino porque le había mostrado cuánto lo deseaba.

Helena sentía que no tenía control ni sobre su mente ni sobre sus emociones. Su cuerpo también iba por su cuenta cuando ese hombre estaba cerca.

Era cierto que representaba muchas cosas que odiaba, pero había algo en él que la seducía y anulaba su voluntad, e iba más allá de lo físico.

Tenía que reconocer que era extremadamente guapo, a pesar de su forma de vestir. Odiaba los trajes y las corbatas, pero bajo su almohada tenía una gris plata con su aroma.

Se la había llevado a casa, y no se la pensaba devolver. Seguro que no la echaría en falta... La deslizó entre sus dedos y se encontró pensando que sentiría al deslizar su camisa por los anchos hombros y dejarla caer al suelo...

«¡Basta, Helena! —se reprendió—. Basta de pensar en él. No te conviene, y no quieres ser su trofeo. ¡Odias a esa clase de hombres! Machos alfa que piensan con la polla y tratan a las mujeres como objetos, como animales útiles. Olvídalo, por favor. Respóndele con indiferencia si vuelve a buscarte y, por lo que más quieras, nunca más te quedas con él a solas.»

Pero no podía. Dio vueltas y vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. No había lugar dentro de su psique adonde acudir para sentirse segura y tranquila, y eso la desesperó. Entonces vio los ansiolíticos en su mesilla de noche.

Conocía su cuerpo, sabía que uno no sería suficiente, así que se tomó tres. Esa dosis era mayor que la aconsejada, pero sabía que no le haría verdadero daño.

Helena sólo quería dormir, no morir. Sabía muy bien la diferencia, porque en algún momento había deseado hacerlo, había querido desaparecer para siempre, y alguien del teléfono de prevención de suicidio le había dicho algo que le terminó salvando la vida: «Nunca pierdas la esperanza».

No iba a perderla, claro que no. Sólo la pondría a dormir un rato, al igual

que sus recuerdos, que no la dejaban en paz.

No llegaron a un acuerdo con las fechas.

No lo hicieron porque él no quiso... No estaba listo, pero no se lo diría a Sabrina, porque tampoco podía explicarle los motivos.

Era imposible decirle a tu novia algo así como «quiero posponer la maldita boda hasta que pueda concentrarme en otra cosa que no sea Helena». Helena y sus tatuajes, Helena y su vientre al aire, Helena y su loco cabello. Helena y las ganas que tenía de follársela...

Adujo compromisos profesionales para rechazar las dos fechas más próximas y propuso dejarlo para el verano. Como era de esperar, Sabrina se desquició, así que la tuvo gritando todo el camino hasta su casa.

—¡Tú no quieres casarte conmigo!

—No es así. No tengo prisa y quiero hacer las cosas bien. Lo de la demanda me tiene algo inquieto, Sabrina.

—¡Vete a la mierda! —le gritó dando un portazo que estuvo a punto de hacer que la puerta del Audi se convirtiera en giratoria.

Se lo merecía y lo sabía, pero no le importaba en absoluto. Tenía la mente en una sola dirección que lo llevaba directo a los brazos de quien menos lo habría esperado.

Claro que sería sólo una vez. Ése era el plan, el que le presentaría a Helena para convencerla de que era la única forma de escapar de esa atracción.

Y no sería una mentira, porque tenía el firme propósito de cumplirlo a rajatabla. De hecho, lo consideraba imprescindible para poder concentrarse en otra cosa.

Su proyecto de vida seguía intacto, sólo que debía esperar hasta que se follara a esa chica que lo volvía loco.

Fausto Gastaldi era un hombre práctico y calculador. Se había salido un poco de la raya al fijarse en Helena, pero tenía en sus manos la forma de solucionarlo.

Le echaría el polvo del siglo a la mocosa insolente y luego se olvidaría de ella. La desterraría de su vida y de sus pensamientos para siempre.

Era un cínico sin remedio, y no le importaba otra cosa que no fuese llevarse a la cama a esa mujer.

Tenía práctica; había hecho eso desde... siempre.

Usaba y tiraba, hasta que llegó Sabrina y él consideró que ya era hora de sentar la cabeza y que ella cumplía la totalidad de los requisitos para ser su esposa. Le había sido infiel desde el principio, así que Helena no sería ninguna excepción. Ni la primera ni la última, sólo que era distinta del resto de las mujeres que habían pasado por sus sábanas.

En su búsqueda del placer no se salvaron ni asistentes, ni pacientes, ni siquiera algunas amigas de Sabrina. Casadas, solteras, divorciadas. Decentes y putas. Rubias y morenas. Jóvenes y no tanto. Las tenía clasificadas a todas según su particular forma de entender el mundo.

Pero ninguna, absolutamente ninguna, se parecía a Helena.

Y no pensaba detenerse después de conseguirla; sólo que no iba a repetir con ella. Estaba preparado para alguna escenita llena de reproches, pero era un hecho consumado que esa licencia se la podría conceder una única vez.

Sí, no había duda de que era un cínico sin remedio. Un macho alfa, y quizá hasta un poco machista.

Como su padre... Lo había visto follarse a varias sirvientas, y hasta a la enfermera que cuidaba a su abuela. Oculto tras pesados cortinajes, él miraba y aprendía.

No había tenido amor en su infancia, pero sí muchas lecciones de ese hombre que lo había engendrado y le había enseñado que las mujeres no eran más que un animal útil o un bello adorno.

Fausto no tenía referencias femeninas más que la de su abuela paterna, una harpía como pocas a la que nunca había querido, porque su madre había muerto cuando era muy pequeño.

Por ese motivo, ni siquiera tenía una sola foto junto a ella. Durante mucho tiempo pensó que la mujer del retrato que su padre guardaba dentro de un pesado libro no era nada suyo.

No había ningún testimonio gráfico de ese vínculo, nada absolutamente.

Había permanecido horas observando esos ojos tristes, que a esas alturas los gusanos ya debían de haber devorado, pero no sentía ningún pesar.

No se puede amar a quien no se ha conocido, es lógico. Pero Fausto no sentía tristeza, porque algo en él le decía que esa mujer no estaba muerta y, si su madre lo estaba, ésa no era su madre.

Una vez se atrevió a decirle a su padre lo que pensaba.

—Ella no está muerta —afirmó una mañana mientras se dirigían al colegio.

Fue la única ocasión en que él le pegó.

—No lo digas ni en broma, ¿entiendes? Murió hace mucho, y por más que inventes cuentos ella no regresará. Además, te diré algo: no te habría gustado conocerla. Era una mujer banal y un poco tonta, pero no más que el resto... Todas son iguales —le dijo furioso.

Lo impactó la reacción de su padre, pero más lo hizo esa descripción tan dura, pues no se la imaginaba así.

Toda su niñez la pasó elucubrando extrañas teorías sobre la mujer que le había dado la vida. Que no estaba muerta, sino que era una astronauta que flotaba en el espacio sin poder regresar. Que no estaba muerta, pero tenía superpoderes: era la mujer invisible. Que estaba en la cárcel condenada a cadena perpetua por haber matado a alguien...

«Fantasías de niño con demasiado tiempo de ocio», se dijo. Pero lo cierto es que de alguna forma él siempre había sentido la presencia de esa mujer en su vida.

Sin dolor, sin sufrimiento, sin añoranza. Sólo estaba ahí, como una especie de misterio que jamás podría desvelar. Incluso ahora, con su padre y su abuela muertos, él se encontraba con más frecuencia pensando en su madre que en ellos. Era algo extraño, pues jamás la había conocido, pero no se detenía a preguntarse el motivo, sino que ahuyentaba esos pensamientos como fuera.

Entre las piernas de una mujer, por ejemplo. Una mujer como Helena... Pero no cayó en la tentación de ponerse a fantasear con ella porque, cuando miró su reloj, se dio cuenta de que eran más de las tres y media.

—Joder.

Llegaría tarde al primer intento de conciliación de la demanda.

Helena miró la hora en su móvil.

—¡Mierda!

Había dormido doce horas seguidas gracias al diazepam. ¿Qué clase de amigos tenía, que no la habían despertado antes? Ni siquiera la bruja de Fedora lo había hecho. Podía estar muerta, que sólo lo notarían cuando empezara a descomponerse.

Comenzó a levantarse con pereza, pero cuando vio las llamadas perdidas y los mensajes de WhatsApp estuvo a punto de caerse de la cama.

«Ups..., Cynthia. La abogada. Mierda, mierda, mierda... Me matará, seguro que me matará.»

Su amiga le había dejado varios mensajes de audio, a cuál más furibundo.

Helena sabía que tenía razón... Habían quedado en encontrarse poco antes de las tres en la puerta de la oficina del abogado de la otra parte, y ella se había quedado dormida.

Era una mala amiga, era pésima, pero haría el intento de remediarlo.

Se levantó con prisa, se duchó en tres minutos y se puso una falda larga de colores con un suéter de hilo color negro que dejaba sus hombros y su vientre descubiertos.

Unas Converse también negras y una pequeña mochila completaron su atuendo. Ni siquiera se miró al espejo, pues sabía lo que vería: una joven pálida con ropa muy estrafalaria. Ésa era ella, y así se gustaba.

La bicicleta tenía una rueda pinchada, por lo que cogió un Uber. Odiaba gastar en esas cosas, pero no tenía más remedio porque se le estaba haciendo tarde.

Llegó pasadas las tres y media, y la secretaria del abogado le dijo que la reunión había terminado y que todos se habían marchado ya.

«Definitivamente, va a matarme», pensó.

Salió marcando el número de su amiga, pero ésta la cortó sin siquiera decirle «hola». Lo volvió a intentar y obtuvo el mismo resultado.

La tercera vez que lo hizo estaba cruzando la calle, así que no vio el coche azul hasta que estuvo con medio cuerpo encima del capó. El sonido de los frenos la dejó sorda por unos instantes, pero al parecer todo el daño fue ése.

El coche debía de estar parado y ella debía de haber colisionado con él y no al revés, porque, si no, no se explicaba cómo era posible que en ese momento estuviese de pie y sin ningún rasguño.

No le pasó nada, pero cuando el conductor se bajó, Helena supo que no saldría indemne de ese accidente.

Fausto iniciaba las maniobras para aparcar, y por eso no la vio. Cuando giró el volante y avanzó en el sitio elegido, alguien bajó de la acera de improviso y lo sorprendió. Por fortuna, pudo frenar a tiempo y la cosa no pasó

a mayores, o al menos no lo había hecho hasta el momento en que se dio cuenta de que había estado a punto de atropellar a Helena.

Por unos momentos permaneció inmóvil al volante, sin poder creer lo que sus ojos veían. ¿Cómo era posible? ¿Es que el destino se había empeñado en cruzarlos?

Frente a él, la joven se arreglaba la ropa y maldecía. No la oyó, pero pudo leer los labios que ya conocía bien.

Cuando logró reaccionar, se bajó del coche.

—¿Helena?

La chica alzó la cabeza y sus verdes ojos se abrieron como platos.

—¿Tú? ¿Es que me estás siguiendo? —le preguntó también sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—Claro que no. ¿Estás bien?

Ella asintió, todavía conmocionada más por tenerlo cerca que por el accidente.

—Te juro que no te he seguido. Estoy aquí por razones profesionales...

—No te creo. Ya me has seguido antes —lo acusó.

Tenía razón, por supuesto, y no sabía qué hacer para demostrarle que en esa ocasión no era así.

—En serio, Helena. Voy camino de...

Pero ella estaba empeñada en salir de allí más que en ponerse a charlar, exponiéndose a que la envolviera en ese juego de seducción para el que no estaba preparada.

—No me importa. Déjame pasar.

Pero precisamente él estaba empeñado en todo lo contrario.

Se olvidó de la reunión por completo y se puso delante de ella con el claro fin de no permitirle huir una vez más.

—Necesito comprobar que no te he hecho daño —le dijo.

Helena sacudió la cabeza con energía.

—Estoy perfectamente. Por favor, déjame pasar...

—No.

Ella se sentía acorralada y no podía disimular su nerviosismo. No quería mirarlo a los ojos, tenía miedo de lo que podría ocurrir si lo hacía.

Estaban en plena calle, pero volvió a sentir esa especie de sofoco que había experimentado el día anterior en el coche. Le faltó el aire e inspiró

hondo. Tenía ganas de llorar... Ese hombre era una amenaza para ella. Una amenaza para su cordura..., entre otras cosas.

—Déjame marchar... —le suplicó al borde de las lágrimas. No entendía por qué cada vez que estaban cerca tenía ganas de gritar y de llorar.

Pero él no le hizo caso.

Por el contrario, puso ambas manos en su cintura y la acarició, al tiempo que se inclinaba hacia ella y le susurraba al oído:

—No te dejaré ir, pues tengo algo para proponerte...

No supo si fue el accidente o su perfume. Tal vez fue la alta dosis de ansiolíticos que había ingerido la noche anterior. O esos dedos deslizándose por su piel, o ese aliento delicioso. No supo si fueron sus ojos o la barba rozando su mejilla.

La cuestión es que la presa se rompió y Helena se encontró de pronto entre sus brazos, pegada a su cuerpo, sollozando.

Durante esos cinco segundos que Helena lloró entre los brazos de Fausto, pareció congelarse el mundo para ambos.

Él la estrechó con fuerza y apoyó el rostro sobre su cabeza llena de rastas. Un fresco olor a jabón invadió sus fosas nasales y, sorprendido, aspiró profundamente en busca de más.

—¿De verdad no te he hecho daño? —le preguntó en un susurro.

Ella no dijo nada. Claro que se lo había hecho, y no por embestirla con su coche precisamente, sino por el solo hecho de existir. En esos segundos, Helena luchó por recomponerse y acumuló fuerzas para alejarse.

No podía abandonarse a esa sensación de seguridad, a ese calor exquisito... No con un hombre como ése, del que no sabía ni el nombre y, sin embargo, había besado y tocado, pero igualmente era un completo extraño.

Y ese completo extraño le alteraba hasta la personalidad. Ella era una mujer alegre y divertida, pero cuando lo tenía cerca o se transformaba en un manojo de nervios o la angustia la dominaba.

Así que esa especie de intimidad que tanto le estaba gustando tenía que terminar drásticamente para volver a ser ella otra vez.

Se deshizo del abrazo y dio un paso atrás. Y luego levantó la cabeza.

—Te repito que estoy bien. Y no vuelvas a tocarme nunca más —le exigió mirándolo a los ojos.

«Mierda, qué ojos. Grises y tormentosos. Qué hijo de puta tan guapo», aun con ese traje a medida que lo hacía parecer mayor, al igual que esas pocas canas más que nada en la barba. Llevaba el cabello con el corte de moda, rapado por los lados y abundante en el centro, con un mechón sobre la frente.

Masculino y letal. No entendía cómo sus gustos en materia de hombres habían cambiado tanto y tan rápido. Dios..., era demasiado viejo, demasiado alto, demasiado formal, y demasiado... pecado. Era el pecado mismo.

Debía escapar de él como de la peste... Se tocó la muñeca ya sin vendaje y se obligó a recordar: «Aún estás a tiempo».

«Aún estás a tiempo, Helena. Huye, huye...», se dijo, pero permaneció inmóvil mientras Fausto la estudiaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Helena —dijo él de improviso al tiempo que se rascaba la tupida barba—. ¿Aceptarías un café? Te prometo que hablaremos de forma civilizada y no te tocaré... si tú no me lo pides.

Ella negó con la cabeza contrariada.

Estaba empeñado en cazarla y ni siquiera ocultaba el arma. No lo entendía.

—¿Por qué debería aceptar? Tú y yo no tenemos nada de que hablar y, en todo caso, déjame poner en duda lo de hacerlo de forma civilizada...

—No sería por mi culpa —interrumpió Fausto.

—Claro, yo soy la salvaje y tú un señor. Entonces ¿qué demonios estamos haciendo aquí parados? —preguntó Helena al borde de la desesperación.

Él tenía la respuesta, por supuesto.

—Lo que somos es dos adultos, y lo que estamos haciendo es tratar de llevar una conversación normal. Me parece que hacerlo con un café de por medio no implicaría ningún riesgo para ninguno, si sabemos comportarnos.

La joven resopló.

—Lo que tenemos que hacer es pedirle a la casualidad que deje de hacernos tropezar el uno con el otro, si es verdad que no me estabas siguiendo, cosa difícil de creer...

—Te lo juro —dijo Fausto solemne, levantando la mano derecha.

Helena estuvo a punto de sonreír, pero se aguantó haciendo una extraña mueca.

Sabía que aún estaba a tiempo de marcharse, pero por alguna razón no podía hacerlo. No quería, no podía, ¿qué más daba? Era una mujer como cualquiera, y la curiosidad la tenía clavada frente a él en plena calle.

Pero también tenía miedo. Poner en palabras eso que les estaba pasando podía ser muy terapéutico y también muy peligroso.

Había un bar en la esquina. Le dedicaría cinco minutos, lo que tardaran en tomar ese café. Escucharía su «propuesta», aunque sabía que la misma incluiría sábanas. Le diría que reconocía que era guapo, que se sentía muy halagada por haber pensado en ella, sobre todo teniendo en cuenta lo mal que habían comenzado, pero que no estaba interesada. Después de eso se marcharía y no le volvería a dedicar ni un solo pensamiento.

También se buscaría otro cruce, otro semáforo, para evitar ponerse a tiro de

la tentación. Y punto.

—Vamos... No me vas a decir que me tienes miedo. Estaremos en un sitio público, no corres ningún riesgo... ¿Qué dices? —insistió él al verla dudar.

Helena suspiró. Ya habían estado en otros sitios públicos y habían terminado jadeando o gritando. Pero no iba a quedar como una miedosa, eso sí que no.

—Allí, en La Escala —le respondió señalando el bar—. Y aparca bien, si no quieres que te pase lo de la otra vez. Por tu culpa terminamos detenidos...

Fausto rio, sorprendido de que ese recuerdo le provocase más gracia que ira. Mientras estacionaba no le quitaba los ojos de encima a Helena, no fuera cosa que huyera.

Pero no, no lo hizo.

Cuando bajó del coche, ella comenzó a caminar en dirección al bar, y él la siguió.

También dejó que eligiese la mesa, y se sorprendió cuando fue ella misma quien llamó al camarero y le pidió dos cafés.

—El tuyo americano y con azúcar, ¿verdad? —le preguntó Helena, que en el camino hacia el bar parecía haber recobrado su aplomo de siempre.

Él estaba demasiado ocupado en observar sus hombros desnudos con las rastas cayendo sobre ellos, pero se obligó a centrarse y asintió.

—El mío *espresso*, por favor. Sin azúcar —pidió ella con una sonrisa.

Fausto alzó una ceja.

—¿Cuidando la línea? —le preguntó.

—Cuidando mi salud —respondió Helena con la vista puesta en la ventana. Detrás de esa seguridad que demostraba, se estaba desmoronando ante esa mirada que la recorría sin piedad.

—Aún estás a tiempo —dijo Fausto de pronto, y ella estuvo a punto de caerse de la silla.

—¿Perdón? —preguntó con un hilo de voz. No daba crédito a lo que oía... ¿Es que ese demonio le leía el pensamiento? ¿O era que el destino intentaba darle una advertencia a través de sus palabras?

—Tu nuevo tatuaje —indicó Fausto con la mirada clavada en su muñeca.

Helena retiró ambas manos de su alcance poniéndolas sobre su regazo, bajo la mesa.

—No creo que estemos aquí para hablar de eso. Ahí vienen nuestros cafés, y el mío es corto, muy corto... Me iré en cuanto lo termine.

Las palabras de la chica no lograron alterar a Fausto, al menos en apariencia. No se sentía apremiado por el tiempo, pues no pensaba dar muchos rodeos.

—Es verdad. Pero me pareció muy... alegórico —dijo mientras el camarero les ponía las tazas en la mesa—. Gracias.

El hombre se marchó y, con él, se fueron todos los pretextos para no abordar la conversación que tenían pendiente.

Helena dio un sorbo y luego lo encaró tanto con las palabras como con la mirada.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Quieres escuchar mi propuesta, Helena?

Claro que quería, pero presentía que no debía.

—A eso he venido.

Él sonrió e hizo una pausa antes de empezar. Y lo que dijo a continuación le confirmó a la joven lo que más temía. Ya no estaba a tiempo. Estaba perdida.

—La primera vez que te vi pensé que eras una hippie sin techo. Claro que eso no tendría por qué molestarme, están por toda la ciudad... Sin embargo, había algo en ti que no terminaba de encajarme, cosa que me fastidiaba... Digamos que me fastidiaba.

Hizo otra pausa para beber un sorbo mientras Helena aguardaba a que continuara, expectante.

—Mirándolo en retrospectiva creo que tu felicidad fue la causante de mi molestia. Pensé: «Nadie puede ser tan feliz, y menos en esas condiciones». Sin embargo, lo parecías...

Ella seguía mirándolo en silencio sin saber lo que significaba que él se estuviese abriendo de esa forma.

Pero el más asombrado era Fausto, que jamás había planeado plantearle así su propuesta. Sin embargo, allí estaba, con la verdad en la mano, desnudando su... interior.

Porque alma él no tenía.

—Tengo que admitirlo, Helena. Me llamó la atención tu aspecto, me intrigó tu forma de vida. El incidente de la naranja y tu indiferencia fueron como una provocación, y cometí una tontería poco digna de un hombre de mi edad...

—Lo del chicle —acotó ella.

—Lo del chicle —estuvo de acuerdo él—. Y, después, todo se descontroló. Por alguna extraña razón, cuanto más desagradable te ponías, más me atraías.

Me insultaste, me golpeaste, me escupiste...

Hizo otra pausa. Tenía la garganta seca, así que bebió otro sorbo de café, cosa que Helena aprovechó para defenderse.

—Tu comportamiento también dejaba mucho que desear.

Fausto asintió.

—Lo admito, me comporté como un patán. En el semáforo primero y luego... en la puerta del bar.

Un súbito calor le arrebató las mejillas a Helena y no pudo evitar el impulso de tocárselas. Se tomó la temperatura con las palmas y con el dorso, en un gesto nervioso. Sí, estaban hirviendo.

—¿Puedes ir al grano, por favor? —le pidió sin mirarlo.

Fausto sonrió. Ahora que ella estaba visiblemente incómoda, él parecía calmado, muy seguro de sí mismo.

—Por supuesto. El asunto, Helena, es que no hay ninguna razón para que me sienta tan atraído por ti, pero lo cierto es que lo estoy. Y creo, más bien tengo la esperanza de que esto sea mutuo.

Otra pausa, pero esta vez fue para evaluar la reacción de la chica. Se la veía completamente atribulada e inquieta.

Lo peor era que él también estaba nervioso. Eso que estaba haciendo era una especie de *sincericidio* no planificado. Se estaba moviendo peligrosamente en un área desconocida, muy lejos de su zona de confort.

Su estrategia nunca había tenido que ver con ese tipo de franqueza. Se había prometido hablar sin rodeos de lo que les estaba pasando y prácticamente se le estaba declarando a Helena. No tenía sentido...

Debía llevarlo nuevamente al terreno de lo físico porque, si no, estaría perdido. Ella era muy perspicaz y en cualquier momento iba a notar que tenía mucho poder sobre él. Mucho más de lo que él quería admitir.

«Céntrate en tu objetivo, Gastaldi. ¿Quieres acostarte con ella? Pues haz lo que te ha dicho, ve al grano. No tienes que seducirla, no tienes que enamorarla, y muchos menos darle a entender que el enamorado eres tú... Sólo dile lo que quieres, ya no es una niña y podrá soportarlo.»

—¿Adónde quieres ir a parar? Mi café se está acabando —la oyó decir, súbitamente repuesta.

—A que, si tengo razón, y tú me dirás si es así, ambos estamos enfermos. Padecemos de una calentura fuera de toda lógica y sólo hay una forma de curarnos.

Caramba, cuando creía que no podía ser más cínico, de su boca salieron esas palabras. Se avergonzó un poco, para qué negarlo.

—Ajá... —musitó Helena, que había retomado el control de sí misma y estaba decidida a hacerse también con el control de la situación—. Entonces, para seguir con esa... metáfora, para curarnos, el tratamiento sería inyectarme el antídoto con tu «superpolla»... —y cerró la frase con el clásico gesto de dibujar en el aire comillas con los dedos.

Fausto se atragantó. Tosió estrepitosamente y luego se cubrió la boca con una servilleta. La erección que lo estaba molestando desde que la había tocado allí fuera se tornó dolorosa. Y mientras tanto Helena seguía avanzando

—¿Sabes qué? Tu planteamiento tiene sentido. Sí, no me mires así... No me digas que esperabas fracasar. Los machos alfa como tú siempre ganáis —le dijo burlona—. Ahora me gustaría saber los detalles de tu tratamiento. Anda, dime.

Él frunció el ceño. ¿Le estaba vacilando? ¿Esa adolescente friki se estaba riendo de él? Ya le enseñaría él de qué estaba hecho.

—El «tratamiento» consiste en quitarnos las ganas. Una sola vez y a fondo, sin restricciones. Y luego olvidarlo.

La joven levantó una ceja.

—Y luego olvidarlo... —repitió.

—Así es.

—No vernos más, no hablarnos...

—Exacto. Sólo sexo, para saciar la curiosidad y poder continuar con nuestras vidas en el punto previo a nuestro encuentro. Estamos en la posición ideal para algo así. No nos conocemos... No sé tu apellido y tú no sabes ni siquiera mi nombre. No es necesario saber nada que no tenga que ver con... con el «tratamiento» —remató.

Helena pensó que ella estaba un paso más allá de eso, y se preguntó si no habría entrado en una fase terminal. Jamás nadie le había hecho una propuesta así... Había tenido sexo casual, pero no con alguien que le gustara tanto y al mismo tiempo odiara.

Pero era humana y tenía orgullo. En esa mesa eran dos iguales, no había seductor y seducida. Las cosas estaban planteadas de forma que, si se daba, no habría vencidos ni vencedores. Como un acuerdo de negocios, un trato estilo ganar-ganar. De pronto, no le pareció tan descabellada la idea...

«Vamos..., ¿a quién quieres engañar? —se preguntó—. Cualquier cosa que

te llevara a su cama te parecería una gran idea. Estás frita, Helena.»

Se miró el tatuaje de la muñeca, el que decía «Aún estás a tiempo», y por un momento dudó. Pero cuando su mirada se posó en la nuez de Adán que subía y bajaba mientras él se terminaba su café ya no pudo siquiera considerar el echarse atrás. Claro que no pudo resistir la tentación de provocarlo una vez más.

—Es muy extraña tu propuesta, ¿sabes? Sobre todo viniendo de alguien con tanto estilo y de tu generación...

Fausto resopló.

—¿De mi generación? ¿Qué quieres decir? —preguntó intentando controlar su indignación.

—No me malinterpretes, no estoy llamándote viejo —le aclaró haciéndose la inocente, aunque ésa era exactamente su intención—. Lo que quería decir es que eres tan formal, tan adulto... Y eres guapo. Puedes tener en tu cama a chicas menos... ¿Cómo me llamaste? Ah, sí, malcriada, vulgar, desaseada...

Era una auténtica putada recordarle eso ahora que estaban cerrando un acuerdo civilizado, pero no podía evitar burlarse un poco. Estaba entregada, haría lo que él había propuesto con las condiciones estipuladas. Tenía dudas sobre si eso los «curaría», pero ya cruzaría ese puente cuando llegara el momento.

La respuesta de él la desconcertó y la hizo sentirse una niña.

—Eso ha sido un golpe bajo, Helena. No era necesario —musitó.

Algo avergonzada, titubeó. No le quedaban tantas ganas de ser una bruja, y reconoció que ésa era una forma de ganar tiempo para no aceptar lo inevitable.

—Tienes razón. En fin... ¿Cuándo sería el día del tratamiento, doctor? ¿Me darás una cita y lo haremos en tu consultorio?

Fausto no pudo menos que reír.

—¿Te gustaría algo así? —preguntó por lo bajo.

—¿Lo que a mí me gustaría tiene importancia?

—Por supuesto, la idea es que ambos disfrutemos...

—Y luego lo olvidemos...

—Sí. Ésa es la propuesta. Una sola vez, sin conocer más detalles de nuestras vidas de los que ya sabemos, y sin privarnos de nada... ¿Lo entiendes?

Ella asintió.

—¿Cómo estás tan seguro de que esto funcionará tal y como esperamos?

Fausto pensó que era una buena pregunta, pero difícil de responder sin ser cruel. No obstante, estaba seguro de que ella apreciaría su franqueza.

—Tiene que funcionar. Mira, no quiero que te ofendas, pero... Tú y yo somos muy distintos. Ni siquiera debería haber pasado esto que nos está pasando, así que seamos sinceros, ¿te parece que hay lugar para algo más? —le preguntó mirándola a los ojos.

Helena tragó saliva con dificultad. No sabía por qué, pero se le había formado como un nudo en la garganta. Él tenía razón, pero de alguna forma le dolía.

—No. Entre nosotros no puede haber más que un polvo terapéutico —le dijo sosteniéndole la mirada.

Fausto se reclinó en la silla satisfecho.

—Exacto.

—Una sola vez —dijo Helena.

—Sin preguntas —acotó Fausto.

—Sin preguntas —repitió ella—. Las preguntas arruinarían el trato.

Cuando él asintió, ella se puso en pie y le tendió la mano.

—Tenemos un acuerdo —le dijo.

Él se la estrechó, pero no la soltó.

—¿Ya tienes que irte?

Helena rio.

—No esperabas que fuera hoy, ¿verdad?

No, claro que no lo esperaba, sólo quería que no se marchara. Se habría quedado toda la tarde hablando del puto acuerdo, sin buscar concretarlo.

Se quedó sin palabras, y ella meneó la cabeza incrédula. Rebuscó en sus bolsillos y puso un billete sobre la mesa.

—Yo invito —le dijo, y luego se encaminó hacia la puerta.

No esperaba eso, así que la sorpresa le impidió inventar algo coherente para retenerla.

—Aguarda, Helena —le pidió—. No hemos definido cuándo...

Ella se volvió y se mordió el labio de una forma tan sensual que Fausto hubo de meterse las manos en los bolsillos al instante, porque ya veía venir un empalme soberbio.

—Ya sabes dónde encontrarme —le dijo.

Y luego se marchó.

—¿No me perdonarás nunca, Cyn? —le preguntó al tiempo que colocaba una manzana sobre el escritorio de su amiga.

Estaban en la residencia de estudiantes después de un día lleno de desencuentros que habían irritado mucho a Cynthia, hasta el punto de no querer dirigirle la palabra siquiera.

No la había atendido por teléfono y ahora no la quería ni mirar.

—Por favor... Ya te he explicado que me quedé dormida.

Cynthia la miró con furia.

—¿Sabes qué, Helena? No te creo. Te despiertas cuando sale el sol y haces demasiado ruido. Admite de una vez que te olvidaste de mí.

—¡No! Tienes razón, no duermo hasta tan tarde, pero anoche tuve que tomar un par de ansiolíticos.

Eso bastó para captar la atención de la morena.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Helena no sabía por dónde empezar. Por lo que había sucedido en Santa Bernardina hacía casi cinco años seguro que no.

Entonces le quedaba contarle lo otro...

Se lo dijo. Lo que sucedió en el coche el día del tatuaje y lo que pasó después, ese extraño encuentro casual que terminó en un acuerdo de locos.

—Ya ves que sí estuve en el bufete, sólo que más tarde. Por favor, perdóname...

Cynthia se estiró un rizo y lo miró pensativa.

—Lo que no me queda claro es qué hacía él allí.

—¿No es obvio? Me ha estado siguiendo.

—¿En serio?

—Él lo niega, pero no hay otra explicación... ¿Cómo es que justo pasaba por allí en ese momento?

—Entonces es peligroso, Helena. No quiero que sigas en contacto con él... Aún estás a tiempo de cancelar esa cita —le dijo preocupada.

—No es una cita.

—Lo que sea. No se te ocurra quedarte a solas con ese tío y menos follar con él, porque tiene perfil de acosador y temo que termines descuartizada en una zanja. Hay que meterle una denuncia a ese maldito.

—Cynthia, por favor.

—No, por favor te lo pido yo a ti. ¿No habíamos quedado en que follarías con otro? Bueno, tengo candidato. El asunto es que tal vez tengas que esperar unos días...

—¿Qué? ¿Has estado ofreciéndome? —le preguntó asombrada.

—Claro que no. Sólo que he conocido a alguien que cumple todos los requisitos: es formal y guapo. Y además parece decente, no como ese otro que, así como lo describes, parece un asesino en serie.

—No puedo creer que...

—Escúchame, Helena. Estoy segura de que te gustará y será mutuo, porque ¿quién puede resistirse a tus ojos verdes? El único problemita es que como es el abogado del doctor Gastaldi...

—¿El que te hizo la primera cirugía?

—Yo la llamaría masacre más que cirugía, pero sí, ése es. ¿Puedes creer que ese hijo de puta ayer ni siquiera se presentó? El abogado lo justificó diciendo que había tenido una emergencia, pero no lo creímos.

—¿Y cómo fue todo? ¿Llegasteis a un acuerdo?

—Hicimos nuestra oferta, pero como Gastaldi no acudió, no concretamos nada. Ahora tenemos que esperar...

—Ojalá sea razonable y reconozca sus errores.

—Yo también lo espero. Ahora volvamos al asunto que nos interesa: el abogado.

—El abogado está descartado. ¿Intimar con el enemigo, Cyn? ¿Olvidas que representa al médico que te arruinó la nariz? —preguntó Helena.

—Por eso te digo que esto tiene que esperar. Cuando me paguen, ya no será el representante del enemigo y tú podrás zampártelo con total tranquilidad. De veras está bueno, y si no fuese lesbiana ya me lo comía yo —le dijo su amiga con una sonrisa.

Ya no le quedaba ni rastro de enojo, y Helena se alegró. No le gustaba estar enfadada con ella.

Eran amigas relativamente recientes, pero junto a Rocco conformaban lo más parecido a una familia que ella pudiese aspirar a tener.

—Tú no eres lesbiana, sino bisexual, ya te lo he dicho, así que puedes comerte al abogado, que, cuando esté disponible para mí, será demasiado tarde. Estoy en un punto de no retorno con..., ya sabes con quién —le confesó con cierto pesar.

Cynthia le tocó la mejilla y luego le preguntó:

—¿Te estás enamorando del muñeco de pastel de bodas, Helena?

La aludida dio un respingo.

—¡Claro que no! Sólo estoy algo... —Se detuvo, porque no encontraba la palabra adecuada para definirlo.

—¿Loca...? —aventuró Cynthia arqueando las cejas.

Helena negó con la cabeza.

—Digamos que estoy siendo fiel a mis deseos. Lo quiero, lo tomo. Sin mayores consideraciones, como corresponde que haga una mujer adulta, madura y sin prejuicios —le espetó.

Era consciente de que como discurso le había quedado muy bien, pero no reflejaba lo que le estaba sucediendo.

Lo cierto era que estaba asustada. Mucho.

De pronto sintió que era una desconocida para ella misma. Ni siquiera se estaba cuidando, porque Cynthia tenía razón: ¿cómo podía estar segura de que ese hombre no era un perverso, o un psicópata?

—No sé, Helena. Yo lo pensaría... —fue el consejo de su amiga.

Pero ella lo descartó por completo. Ese idiota era como un puto imán. Se arriesgaría porque quería, porque podía y porque... era inevitable.

La suerte estaba echada.

Ahora había que esperar el siguiente movimiento, que no estaba en sus manos, sino en las de él.

—¿Cuánto? —preguntó una vez se instalaron en ese elegante bar del centro y les sirvieron los tragos que habían pedido.

—Unos quince mil en total, con los gastos de representación incluidos.

La negativa fue categórica:

—Ni pensarlo.

El abogado intentó ponerlo en perspectiva sin éxito.

—Vamos, Fausto. Para ti son monedas...

El aludido tomó un sorbo de su bebida buscando calmarse.

—No lo entiendes. No fue mala praxis. No hay negligencia y no hay impericia: hice lo que podía con los elementos de que disponía.

—Pero ¿recuerdas el caso?

—Claro que no. Pero, por lo que veo, en la historia clínica, que espero que no esté falseada, le destrozaron el tabique de tal forma que en ese momento y en ese lugar era imposible hacer otra cosa. Si aquí dice que la intervención la hice yo, supongo que será verdad, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Atiendo demasiados casos como éste en ese hospital —respondió con sinceridad.

No recordaba ni a la tal señorita López ni su nariz, pero estaba seguro de que había hecho todo lo que era posible en esa situación de emergencia.

—¿Y tampoco recuerdas haberle negado una segunda intervención?

—Estoy seguro de que eso jamás sucedió. Es una demanda basada en una mentira.

—Entonces... ¿habrías atendido su reclamación si hubiese existido?

—Claro que no —respondió sin dudar un instante.

—Fausto, tienes que decir que sí.

—¿Por qué?

Con infinita paciencia, su abogado se lo explicó.

—Porque es lo políticamente correcto.

—¿Estamos en un juicio? No. Estoy con mi abogado y amigo tomando una copa y evaluando cómo terminar con esa oportunista que me está acusando injustamente —le dijo, intentando mantener la calma—. Estoy seguro de que Octavio Camps está detrás de todo esto.

—No te alteres.

—No me alteraré, pero puedes responderle a la señorita López y a su abogada que intenten desplumar a otro.

Daniel Oliver hizo una mueca que a Fausto no le pasó inadvertida.

—¿Qué? ¿De qué lado estás tú? —le preguntó, ya sin poder disimular su enfado.

—Siempre me lo preguntas y siempre te respondo que del tuyo. Pero resulta que es mi deber asesorarte, y en este caso te lo diré sin rodeos: ofrece cinco mil, que ellos pedirán diez y nosotros podremos aceptar siempre que los costes estén incluidos —le aconsejó.

—¡Joder!

—De nada vale maldecir. Aquí lo que hay que buscar es de los males el menor. Y, francamente, Fausto..., esa nariz... Convengamos que no quedó muy bien... —le dijo mirando una de las fotos que tenía sobre la carpeta, aun a riesgo de provocar la ira de su amigo.

Pero, para su sorpresa, éste lo admitió.

—Era un desastre. Yo jamás haría esa chapuza pudiendo hacer algo mejor, pero, créeme, aquí no hay ninguna mala praxis... Déjame la carpeta, que voy a leer detenidamente cómo se sucedieron los hechos para tratar de recordar los detalles —le pidió resignado.

—Así me gusta, doctor Gastaldi. Tu faceta reflexiva y prudente por fin ha aparecido. Bienvenida sea —se burló Daniel.

Fausto meneó la cabeza.

—Pues te digo que esa faceta me tiene abandonado últimamente. Estoy metido en un asunto que no me deja vivir —le confesó sin poder evitarlo.

Daniel Oliver se sorprendió porque pensaba que lo más relevante de la vida actual del médico era la demanda. Seguramente tenía que ver con Sabrina. Esa mujer era demasiado intensa para su gusto.

—¿La boda? —aventuró.

Fausto negó con la cabeza.

—No podré concentrarme en eso hasta que no salga de... esto otro.

—Me estás asustando. ¿De qué se trata?

La pregunta del millón. ¿De qué se trataba? No tenía ni idea. Nunca le había pasado algo así.

—Es... una mujer.

Daniel rio.

—Bueno, no creo que eso suponga un problema para ti.

—No lo entiendes. Ésta ni siquiera me gusta...

—¿Cómo?

—Es la chica del semáforo con la que tuve el altercado que me metió en una celda por primera vez en mi vida.

—¡Joder!

—Tú no la viste ese día, pero créeme que si lo hubieses hecho te habrías impresionado.

—Esa tarde estabas tan cabreado que no abriste la boca en todo el camino de regreso —recordó Daniel—. ¿Por qué dices que me habría impresionado?

—Porque es un desastre. Tiene la pinta de una demente y un genio de mil

demonios.

—O sea, que no es tu tipo de chica.

—No, para nada. No sólo tiene una apariencia extraña, toda ella es... rara. Cruzarnos fue una pesadilla —le confesó—. Me insultó, me pegó, y hasta me escupió en la cara...

—No lo puedo creer.

—Te lo juro. Creí que no la soportaba, pero hay algo en esa mujer que...

No pudo continuar. No acertaba a definir lo que le sucedía con Helena.

—¿Que te gusta, quizá?

Apuró la copa y luego respondió:

—Supongo. Vamos, que no lo sé. Lo que sí sé es que se me pone dura cuando pienso en ella, y cuando la veo me pongo peor. No logro concentrarme en otra cosa, así que me la follaré para...

—¿Qué dices? ¿Vas a follar con alguien que te ha pegado? ¿Qué te hace pensar que querrá? —inquirió Daniel confundido

Fausto sonrió.

—Nada. Pero resulta que me ha dicho que sí quiere y que acepta todos los términos de mi propuesta, que antes de que me preguntes te diré en qué consiste: lo haremos sólo una vez, lo disfrutaremos al máximo y no nos haremos preguntas —le dijo a su amigo, y al hacerlo se sintió aliviado.

—¿Sólo una vez? ¿Así, sin más? ¿Vais a quitaros las ganas y luego lo olvidaréis?

—Sí.

—Fausto, creo que te estás metiendo en un lío mayúsculo. Así como me la has descrito, tiene toda la pinta de ser una desequilibrada, alguien completamente impredecible. ¿Qué te hace pensar que no averiguará nada de ti y luego le irá a Sabrina con el cuento? ¿Qué te hace creer que no te someterá a un chantaje? —le preguntó Daniel, que tenía claro su doble papel de amigo y abogado y se empeñaba en cuidar sus intereses.

Fausto se limitó a encogerse de hombros y a responder:

—Nos dimos la mano para sellar el trato.

El abogado abrió la boca asombrado.

—No te reconozco...

El médico se puso de pie y sonrió.

—No te preocupes; últimamente yo tampoco... —afirmó. Y, tras advertirle a Daniel que le tocaba pagar, cogió su chaqueta y se marchó.

Esa noche, en cuanto Helena se hubo acostado, Esperanza llamó. La joven se alegró sinceramente y también se sintió aliviada, pues la confesión de la última vez había sido... fuerte. Demasiado para la endeble estabilidad emocional de la mujer, que una semana antes pensaba en la posibilidad de terminar con su vida.

—Perdóname, Esperanza. Iba en el bus y se me cayó el móvil —le explicó.

—Está bien, querida. Supuse que había pasado algo así...

—¿Por qué no volviste a llamar luego?

—Pues... No lo sé. La angustia, supongo... Recordar a veces duele.

Helena tragó saliva mientras los demonios comenzaban a danzar a su alrededor. No obstante, luchó para reponerse por Esperanza, porque creía que hablar sería muy liberador.

—Ya lo sé. Me quedé muy impresionada con lo que me dijiste. ¿Quieres hablar de eso?

Una breve pausa al otro lado de la línea le indicó a Helena lo afectada que estaba la mujer. Pero, a pesar de todo, habló.

—No hay mucho que decir... Mi vida ha sido una larguísima nada, Helena. Una triste y prolongada nada.

—No digas eso...

—Es la verdad. He estado sola durante casi cuarenta años. Sola y encerrada... Dijeron que estaba enferma y que le haría daño al niño. Me apartaron de él desde el día en que nació...

Helena sabía que lo que Esperanza tenía para contar era impactante, pero no esperaba que tanto. Una súbita punzada en el estómago la dejó sin aire. Respiró hondo, pero el dolor no se iba.

Aferró el teléfono con fuerza. Las manos comenzaron a sudarle.

—¿Te lo quitaron? —se atrevió a preguntar.

—No, simplemente me apartaron de él. Me metieron en un sitio parecido a éste, donde estuve cinco años desvariando. Y luego me enviaron aquí...

—¿Quién, Esperanza? —le preguntó con un hilo de voz—. ¿Quién pudo hacerte algo tan cruel?

La respuesta no se hizo esperar.

—Fue el médico. El médico y esa malvada mujer...

Helena comenzó a sentirse asfixiada, pero aun así permaneció al teléfono, escuchando cómo Esperanza parecía estar relatándole su propio pasado, su propia historia de vida.

—¿Por qué te apartaron de tu hijo? —le preguntó temblando.

—Me hicieron pasar por loca, pero no lo estoy. Jamás lo he estado... Fueron las drogas. Querían que perdiera al niño y me dieron muchas píldoras... No sé cómo, pero el embarazo prosiguió.

Helena estaba atónita. Continuaba escuchando en detalle su maldita vida, y no lo podía creer.

—¿Eras adicta?

—No, querida. Esa mujer me obligaba a tomarlas, y yo... Recuerdo que una vez aluciné con ser una sirena. Estaba convencida de ello, así que de pronto necesité mojarme con urgencia... Perdí el conocimiento en la bañera. Estaba embarazada, y ese día nació él.

—¿Qué le pasó a tu hijo?

—No lo sé... Al principio creí que no había sobrevivido, incluso llegué a pensar que jamás había existido, que sólo lo había soñado... Y meses después supe que estaba vivo y que las drogas no le habían hecho daño, pero ya era tarde para mí. Estaba encerrada en un manicomio, sin posibilidades de salir...

—murmuró Esperanza con voz trémula.

Dios, eso sí que era fuerte, y Helena no tenía fuerzas ya. Una cosa era contener a la mujer, y otra muy distinta hacerlo mientras lidiaba con sus propios demonios.

Era consciente de que lo que le había pasado a Esperanza había sido en otra época y que no se trataba de las mismas personas. Y también que su salud mental era cuando menos dudosa, pero la creía. Creía cada palabra porque a ella le había pasado algo similar.

—¿Quién era esa mujer que te hizo tanto daño? —logró por fin preguntar.

—La madre del médico. Era muy mala... Ay, Helena. Ya no quiero recordar.

La joven no deseaba que Esperanza sufriera, pero sentía que debía hacer algo para desentrañar la verdad, y si había habido una injusticia ponerle remedio.

—Esperanza, tienes que hacerlo. Tienes que decirme quiénes son, dónde vivían... Quiero ayudarte, pero debes contármelo todo, por favor —le rogó.

—No puedo recordarlo...

—¡Esperanza! ¡Piensa! Seguro que...

—Helena... Estoy muy cansada —dijo la mujer casi en un susurro, y luego cortó la llamada o se la hicieron cortar.

Helena quedó devastada.

Sus demonios se abalanzaron sobre ella, y no le quedó otra opción que recurrir de nuevo al diazepam para poder conciliar el sueño.

Mientras la oscuridad la envolvía, creyó oír a lo lejos el llanto de un bebé.

Mientras se ponía la corbata esa mañana, Fausto se dijo que terminaría con el asunto de Helena cuanto antes.

No le gustaba sentirse así, tan inquieto, tan extraño. La expectativa lo volvía loco, y estaba repercutiendo tanto en su vida profesional como en su vida personal. Le resultaba difícil concentrarse, y eso lo tenía de muy malhumor. Las consecuencias las pagaban sus empleados y también Sabrina.

La noche anterior habían estado a punto de volver a discutir.

Fue por teléfono, cuando ella lo llamó en el momento en que dejaba a Daniel Oliver en el bar y se dirigía a su casa.

Se había tomado un par de tragos y su único plan era masturbarse pensando en Helena, pero Sabrina quería que pasara por su casa para hablar de la fecha de la boda.

No tenía ni ganas ni fuerzas para esa contienda, así que le dijo que, siendo en verano, le daba igual cualquier fecha.

—Pero... ¿por qué ha de ser en verano? ¡Falta muchísimo para el verano! Además, el calor es fatal para el maquillaje...

«Buena pregunta —pensó—. ¿Por qué en verano? Porque quiero retrasarlo lo más que pueda, por eso.»

Claro que no se lo dijo, sino otra cosa que se sacó de la manga:

—Por los jazmines... Quiero que toda la decoración esté basada en ese motivo.

Le importaban una mierda las putas flores, pero sabía que a Sabrina sí. De hecho, parecían ser el eje de su existencia, pues siempre estaba hablando de eso. De flores y de colores...

—¿Jazmines? ¡Me encantan! Ya te lo había dicho, ¿no? Claro que también me gustan las rosas, pero los jazmines están más que bien —le dijo entusiasmada—. Lo que no sabía era que para ti fueran tan importantes como para posponer la boda hasta el verano...

Sí, la verdad era que resultaba bastante sospechoso, pero estaba preparado

para eso.

—Es que... Mi madre. Era la flor preferida de mi madre —mintió—. Y éste sería una especie de homenaje a su memoria.

No tenía ni idea de cuál era la flor preferida de su madre. De hecho, no sabía nada de ella, pero Sabrina jamás le había preguntado al respecto, así que improvisó esa mentira sin siquiera ruborizarse un poco.

—Qué tierno, cariño. A ella le habría encantado...

Fue muy fácil deshacerse de su novia esa noche, y absolutamente necesario. Necesitaba con urgencia un descanso de Sabrina, pues su mente estaba orientada en una única dirección: Helena.

Se preguntó por qué demonios no le había pedido el teléfono cuando había podido hacerlo... ¿Es que no podía haber nada normal en la relación con ella? Al menos, debería haberla presionado para concertar la tan ansiada cita cuando había tenido la oportunidad.

Una cita... No lo había pensado antes de esa forma, pero en ese momento le pareció perfecto.

La invitaría a cenar... ¿Por qué no? Que el objetivo principal fuera follarse no dejaba fuera esa posibilidad. Cena y sexo con Helena le pareció el mejor plan del mundo.

Claro que, para proponérselo, primero tenía que encontrarla.

Se moría por verla, por tocarla... Seguía sin comprender el porqué de su obsesión y sin poder anticipar las consecuencias de ello. ¿Era posible que hubiese postergado la boda casi seis meses por su causa? ¿Qué demonios le estaba pasando?

Darse cuenta de que no era sólo por eso, lejos de tranquilizarlo, terminó inquietándolo. ¿Por qué ya no estaba tan convencido como antes de casarse con Sabrina? Porque sin duda Helena no tenía que ver en sus evasivas. Con ella estaría una sola vez, y esperaba que fuese pronto, así que, ¿por qué esas dudas a esas alturas? Hasta hacía unos días tenía la seguridad de que Sabrina era la mujer que le convenía, pero en ese momento se le ocurrió que difícilmente podría soportarla.

Le gustaba, pero no lo suficiente como para casarse con ella.

«¿Por qué debo casarme?», se preguntó. La respuesta era simple: por estatus. Su éxito en la vida cojeaba si no formaba una familia. Pero ni siquiera le gustaban los bebés... Tal vez cuando comenzaban a dar señales de inteligencia pudiese tolerarlos, como al hijo de Daniel, que, a pesar de su

corta edad, le resultaba simpático, seguramente porque no había heredado la estupidez de su madre, de la cual su amigo y abogado se había divorciado hacía tiempo.

«No tengo ganas de formar una familia, pero lo voy a hacer, eso está claro. No puedo sustraerme a ese orden, pero ¿con Sabrina? ¿Tiene que ser ella?», se preguntó preocupado por esa especie de conciencia alternativa que se le había despertado. No quería pensar que era parte del «efecto Helena» porque eso lo mortificaba.

¿Perder la cabeza y cancelar su proyecto de vida por alguien como ella? ¿Es que estaba loco? No, no lo estaba. Sólo tenía que follársela y todo acabaría.

Se durmió con la firme intención de verla esa noche en GataPaka, pero se despertó con tantas ganas de Helena que no pudo esperar.

Debía terminar con ese asunto lo antes posible, así que se ajustó la corbata y se marchó con la esperanza de encontrarla en el semáforo y cerrar esa cita.

Aparcó muy cerca, en un sitio donde tenía una vista privilegiada del cruce. La vio llegar en bicicleta y el corazón se le disparó...

«¿Qué demonios me pasa?», se preguntó algo nervioso.

Taquicardia. Se tomó el pulso y lo notó acelerado... Le echó la culpa al café, pues en ese momento tenía toda su atención centrada en ella.

Al ver a Rocco acompañándola, se frustró un poco. Bueno, más que un poco. No entendía por qué ese chico estaba rondándola todo el tiempo. No era su novio, eso seguro, pero parecía más que un buen amigo.

Sobre todo cuando la abrazaba de esa forma y ella reía.

En cambio, cuando estaba con él, Helena lloraba. Pues bien, eso no iba a suceder nunca más. Se encargaría de que lo pasara bien; quería verla sonreír, verla disfrutar... Una urgencia desconocida se apoderó de él mientras los miraba hacer su número intercambiando las mazas con habilidad.

Tenía que hablarle para pedirle aunque fuera su teléfono, así que dio la vuelta a la manzana y llegó al semáforo en el momento preciso. Había calculado el cambio de luces y ralentizó la marcha hasta que la roja lo hizo detenerse frente a ella.

Cuando Helena bajó a la calzada, lo vio y se paralizó por completo. Rocco titubeó un instante y luego la miró con extrañeza.

—¿Te pasa algo, pelirroja?

Ella negó con la cabeza y murmuró:

—Hazlo tú solo esta vez.

Su amigo se encogió de hombros y dedicó toda su atención a las mazas.

Mientras tanto, Helena caminaba hacia Fausto como si estuviese en trance.

Él la esperaba con el cristal de la ventanilla bajo y un sinfín de emociones en el cuerpo.

Cómo ella podía provocarle tantas cosas escapaba a su entendimiento. Por un segundo llegó a considerar el haberse convertido en masoquista, pues la chica que en ese momento se inclinaba hacia él lo había sometido a los peores tratos y, no obstante, allí estaba él como un perro, buscándola.

Con los verdes ojos clavados en los suyos, las palabras sobraban, pero Fausto estaba allí con un propósito y tenía poco tiempo, así que le habló.

—Tenemos un trato y he venido a afinar detalles —le dijo, y cuando ella se mordió el labio para reprimir una sonrisa, todo en él se agitó.

—¿Te parece el lugar adecuado para eso? —lo interpeló Helena con los antebrazos apoyados en el borde de la ventanilla.

—Sólo necesito tu teléfono.

«Y contenerme para no comerte la boca ahora mismo, maldición...»

—Creí que íbamos a evitar ese tipo de vínculos.

Sí, ésa era la idea, mas necesitaba una forma de contactar con ella. Claro que, si ella no quería, no pensaba contrariarla.

Se habría quedado una vida hablando con ella, pero tenía un minuto para cumplir con su objetivo antes de que la luz cambiara, así que fue al grano.

—Tienes razón... Hagamos algo: te espero mañana a las nueve en Ramona —le propuso.

—¿El restaurante?

—Sí.

—¿Iremos a cenar? —preguntó la joven asombrada.

Fausto tragó saliva. Se estaba metiendo en camisa de once varas y lo sabía. Iba a llevar a Helena, a la estrafalaria Helena, al restaurante de moda, donde seguramente se cruzarían con alguien conocido que se lo contaría a Sabrina. Y no lo hacía cualquier día, sino un sábado. Si no estaba loco, poco le faltaba. ¿Por qué lo hacía? Porque podía, porque necesitaba caminar al borde del precipicio, porque quería impresionar a la joven, porque creía que Helena se merecía lo mejor de lo mejor... No tenía ni idea. Tal vez por todo eso junto.

—Sí. Es lo que hace la gente por las noches. Estoy seguro de que ya lo habrás oído.

—Eres tonto —dijo ella riendo—. No es necesario todo este jueguito de seducción, ¿sabes?

La incomodidad del médico crecía segundo a segundo, pero eso no lo iba a desanimar. Fiel a su estilo directo y sin eufemismos, se lo dijo.

—Mira, yo no sé en qué contexto habrás follado hasta ahora, pero tienes que saber que está permitido hablar antes de hacerlo, ¿sabes? —la remedó.

—Antes... —dijo Helena con ironía—. Pero no después, de acuerdo con las condiciones estipuladas, ¿verdad?

—Así es. ¡Buena chica! Nos estamos entendiendo.

—¿Crees que es una buena idea? No sé de qué podríamos hablar... ¿No habíamos quedado en que nada de preguntas? Como no sea charlar del tiempo o de la comida, no veo la necesidad de llevar las cosas a un terreno más... personal —le indicó ella mirando de reojo a Rocco y el semáforo.

Ambos sabían que era cuestión de segundos y él tendría que marcharse.

—Helena, deja de darle vueltas, por favor —le pidió—. ¿Mañana a las nueve?

Ella resopló y respondió con otra pregunta:

—¿Por qué en un sitio tan elegante?

Así que era eso... «Teme no estar a la altura, y la verdad es que yo también temo lo mismo, pero... tiene que ser especial. Quiero que sea distinto desde el principio, así que no la voy a llevar a esos tugurios que debe de frecuentar con los perdedores que quieren llevársela a la cama», pensó.

—Creo que tienes la capacidad de adaptarte al ambiente más hostil. Saldrás airosa, no temas —le dijo, o más bien la desafió.

Las verdes pupilas brillaron.

—Yo no le temo a nada —afirmó, y en ese instante él supo que lo haría.

El sábado sería suya, y la alegría fue trepando por su rostro como una enredadera de colores. «Debo de parecer un puto árbol de Navidad, y así me siento», pensó algo avergonzado.

La luz del semáforo cambió, pero Fausto ni lo notó.

Helena se incorporó, no sin antes ponerle frente al rostro la palma y mover los dedos con insistencia como había hecho días antes, exigiéndole una colaboración.

Él no tenía un chicle en esa ocasión, pero le habría encantado recrear el momento. Podría haber buscado una moneda para complacerla, pero no lo hizo.

No la iba a dejar sin su propina, sin embargo. La cogió de la muñeca, y luego se llevó la palma a los labios y la besó.

Fue un beso de lo más casto, pero la sintió estremecerse y, a su vez, todo en él tembló.

Unos bocinazos impertinentes rompieron el encanto del momento, y Helena retiró la mano con rapidez y se alejó.

Fausto no tuvo más remedio que avanzar, con la mirada pegada al espejo lateral hasta que ella desapareció de su vista.

Mientras circulaba despacio como si no quisiera marcharse, se dio cuenta de que desear tanto a alguien que jamás podría permitirse tener fuera de la cama era algo que no le convenía en absoluto.

Pero ya no estaba en su mano evitarlo.

Rocco estaba furioso, y eso era raro en él, que más bien pecaba de despreocupado e indolente.

Es que no podía creer lo que sus ojos habían visto. ¿Cómo Helena podía permitir que ese tío le besara la mano sin partirle la cara de un puñetazo? Primero el chicle, luego el beso... ¿De qué se trataba? ¿A qué clase de juego estaban jugando?

Se lo preguntó, claro que lo hizo, pero ella respondió con evasivas.

No se conformó, por supuesto, y esa noche en GataPaka intentó besarla.

—¿Qué haces?

—Vamos, pelirroja, que lo pasamos bien tú y yo... ¿O no?

—Sí, pero eso se ha terminado.

Y se lo dijo de una forma tan categórica que él no tuvo el valor para insistir.

Esa noche le preguntó a Cynthia qué le ocurría a Helena.

—¿Por qué lo dices?

—Pues... Hay un tío que aparece por todos los sitios donde ella está. ¿Te acuerdas de lo del chicle? —le preguntó, y al verla asentir continuó—: Bueno, ése. ¿No es extraño?

Cynthia lo escuchó con paciencia, pero se cuidó muy bien de no revelar los planes de su amiga. No estaba de acuerdo con ellos, pero si Helena no se lo había contado, ella tampoco lo haría.

—Déjala... Está jugando con él. Y vaya que ese tío ha hecho méritos para ello.

—Pues te digo que no es normal. Hay algo raro ahí... No me extraña para nada que quiera conquistarla, pero sí que ella se deje —insistió el muchacho.

—Helena sabe lo que hace —declaró sin comprometerse, pero Rocco no se conformó.

Presentía que su amiga estaba en peligro, así que mantendría los ojos abiertos, bien abiertos... Y en cuanto lo determinó, se durmió.

Claro que, aunque Rocco hubiese estado bien despierto y con los ojos completamente abiertos, igualmente no podría haber evitado lo que iba a suceder.

¿Cómo contener una marea que arrastra a dos seres directos a los placeres de una relación prohibida?

Ni Rocco ni nadie podrían haber podido con eso.

A esas alturas, ya era imparable.

El sábado por la mañana amaneció lloviendo.

Genial, más que genial.

Los sábados lluviosos eran una bendición para Fausto, pues Sabrina tenía mucho trabajo. Había amanecido con ella alguna vez en una circunstancia así, y se guardó muy bien de que no volviera a suceder.

Se ponía tan insufrible que daban ganas de matarla. Era entendible, claro. No había nada peor para una *wedding planner* que una boda con lluvia, porque había que cambiar muchos detalles para que fuese un éxito, así que se pasaba el día entero con el teléfono en la mano dando órdenes a sus empleados.

Era un espectáculo lamentable ver a esa mujer de veintinueve años perder los estribos y gritarles a personas que le doblaban la edad como si fuesen niños, pero hasta ese momento sólo lo había fastidiado lo suficiente como para mantenerse lejos de ella ante el primer trueno en vísperas de fin de semana.

Ese sábado incluso había tenido la deferencia de llamarla por teléfono para desearle suerte. Ella le preguntó por sus planes, él respondió con evasivas, y eso fue todo.

Libre como un pájaro.

Libre para Helena.

La noche anterior había sido una tortura, tanto que en algún momento maldijo la hora en que se le había ocurrido fijar la cita para el día siguiente. Tenía urgencias que no podían esperar tanto, así que después de cenar con Sabrina y dejarla en su casa, pasó por GataPaka a ver si podía provocar un encuentro.

Distinguió su figura desde la calle, y oculto dentro de su coche y a oscuras se deleitó observándola. En algún momento se le cruzó por la mente entrar y arrastrarla fuera como aquella vez, pero la presencia de Rocco detrás de la barra se lo impidió.

Ese estúpido la quería para sí, estaba seguro. Y sus presentimientos se

confirmaron de la forma más gráfica: lo vio intentando besarla.

Sucedió de forma inesperada y tal vez nadie más lo notó. Nadie salvo él, que desde fuera no les quitaba los ojos de encima, y sintió que le hervía la sangre en las venas cuando él se inclinó con la clara intención de comerle la boca a Helena.

Fausto nunca había sentido algo tan oscuro y violento gestarse en su interior. No pudo evitarlo, se bajó del coche decidido a entrar y partirle la cara, pero cuando notó que ella esquivaba el beso se paró en seco.

Al parecer, Helena no estaba igual de dispuesta, y tras un breve intercambio de palabras se alejó dejando al chico con una expresión de desolación que daba pena.

Volvió al coche, confundido y molesto. Ese sentido de posesión era nuevo en él, y muy perturbador.

Para entendernos, las relaciones de poder eran su especialidad. Era un auténtico macho alfa acostumbrado a dominar sin el menor esfuerzo. Desde su posición de médico o de novio, había marcado el ritmo de todas las mujeres que tenía alrededor, así que el asunto le era muy familiar.

Pero lo hacía desde la manipulación, y no desde la pasión. En cambio, con Helena, esa joven que apenas conocía, sentía que no tenía siquiera el control de sus actos, y mucho menos de los de ella.

Eso lo hizo sentir vulnerable, inseguro.

Se marchó con un ánimo sombrío por el reciente descubrimiento, pero en ningún instante se le pasó por la cabeza cancelar la cita. Aunque hubiese creído que ese asunto se había vuelto inmanejable, no había fuerza en este mundo que hubiese podido apartarlo de ella ese sábado, en que las horas pasaban demasiado lentamente para su gusto.

No llegó a las nueve, sino a las ocho y media. El aparcacoches se hizo cargo de su vehículo, y él permaneció en la escalera esperando, con las manos en los bolsillos y el corazón en la boca.

Tenía la garganta seca y el pulso acelerado, pero nadie lo habría sospechado al verlo. Cada tanto le echaba una ojeada a su móvil, pero lo guardaba de inmediato, pues no le servía para nada; ella no tenía su número.

Finalmente, Helena apareció.

Fausto Gastaldi no estaba preparado para eso. Incluso la habría mirado igual de embobado si no hubiese sido ella, porque esa chica llamaba la

atención de tal forma que hasta el idiota del Uber que la había llevado no paraba de observarla.

Helena le dijo adiós con la mano al chófer, y luego se volvió y subió despacio la escalera, mientras él no había atinado siquiera a moverse, abrumado como estaba por su presencia.

«Dios... Está tan... increíble. Tan distinta y, al mismo tiempo, tan ella...», pensó.

La chica que tenía enfrente no pretendía ser quien no era sólo porque a un tonto como él se le había ocurrido invitarla a un restaurante elegante. Estaba diferente, pero conservaba su estilo desenfadado.

Fausto la miró de arriba abajo y de abajo arriba.

«Lleva... ¿bailarinas? Creo que así las llama Sabrina. Claro, es impensable verla tambaleándose sobre unos tacones finos. Y esa falda rosa, como de tul. Nunca he visto nada igual. Parece una niña, pero esas piernas son de una mujer», pensó.

Mientras tanto, Helena se preguntaba cómo demonios podía ser tan guapo. Odiaba su ropa, pero a él le sentaba maravillosamente bien. Americana color camel desabrochada, camisa azul abierta, pantalón de tela con corte de vaquero y finos zapatos de cuero.

Era un bombón, y ella se lo iba a comer.

Sólo por recordar eso se dijo que había valido la pena el esfuerzo de ponerse presentable, al menos una vez en la vida.

Le tenía ganas a esa ridícula faldita de niña, que contrastaba tanto con su personalidad, y esa cita había sido la excusa perfecta para comprársela.

Era corta y con vuelo, algo transparente y muy inocente. Una faldita de princesa, unas piernas de hada, unos pies de doncella, pero de la cintura para arriba era ella. Llevaba una camiseta de los Ramones (idea de la ocurrente Cynthia) supercorta (el ombligo al aire era su sello personal) y una chaqueta de cuero de imitación entallada que le llegaba a la cintura.

El milagro del día no había sido su ropa, sino su pelo. Como las rastas ya no estaban sujetas desde la raíz, había logrado reunir las en una cola de caballo alta, y luego trenzarlas. De frente parecía una chica normal, con un peinado formal. De espaldas tenía una trenza gruesa que le llegaba a la cintura. Parecía una chica de secundaria, mitad rebelde, mitad naif.

«Sí, muñeco. Puedes alimentar tu ego pensando que me he arreglado para ti, porque es verdad. Pero también recuerda que no he olvidado quién soy y que

no hay dios que me impulse a cambiar mi esencia. Eso no lo haré ni por ti ni por nadie... Así que, si tienes huevos, llévame dentro y dame de comer. Y, cuando todos nos miren, sonrío y recuerda que tú te lo has buscado», pensó, y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Hola —le dijo, porque él parecía haberse quedado mudo—. ¿Me recuerdas?

Fausto volvió a tragar saliva y se aclaró la voz.

—¿Cómo olvidarte? —preguntó, y a punto estuvo de morderse la lengua ante la implicación de sus palabras. La idea de ese encuentro era precisamente lo contrario, disfrutar y olvidar.

Ella notó el pequeño desliz y no pudo evitar burlarse:

—¿Un acto fallido, doctor? —y luego levantó la mano y descubrió la muñeca para mostrarle su último tatuaje—. «Aún estás a tiempo», así que puedes correr.

Podía correr... Sí, claro. Con las ganas que le tenía, ésa no era una opción. Fausto estaba condenado, irremediamente condenado, y sólo le quedaba intentar no salirse del plan para no cagarla.

—No se me pasa por la cabeza correr —replicó—. Estás... estás muy bien.

—... A pesar de todo, ¿no?

—Estás increíble, Helena. *Con* todo.

—No me digas que te gusta mi atuendo, porque no te creo.

—No te lo diré —repuso—. No lo haré porque no es necesario regalarte el oído, ya me lo has dejado claro. Pero sí mencionaré que a ti te queda más que bien esa ropa, y también ese peinado.

Ella rio.

—Has pasado la prueba del piropo falso, así que, si tienes valor, entremos.

Fausto no sólo tenía valor, tenía ganas.

La tomó de la mano y la condujo al interior del restaurante, en donde fueron el centro de todas las miradas.

Y, mientras les daban la carta, él no le quitaba los ojos de encima.

—No entiendo tu peinado —se atrevió a decirle. Era la primera vez que se sentía libre de hablar tan sinceramente sobre algo tan nimio pero a la vez tan delicado para algunas mujeres, que podían mostrarse muy susceptibles a una crítica.

Helena alzó una ceja.

—¿Cómo que no lo entiendes?

—Es que no sé si... ¿Dónde están tus rastas?

—¿Mis rastas? Aquí, en la trenza. Esto que ves aquí pegado a la cabeza es mi propio cabello.

Él no pudo disimular su asombro.

—¿Y lo otro no?

—No. Están sujetas a mi pelo.

—Pero ¿por qué? Es decir, no es que te queden mal, pero no le encuentro sentido al hecho de que alguien se coloque extensiones de pelo enredado. Tu cabello es precioso. ¿De verdad eres pelirroja?

Helena apretó los labios. Para no querer hablar de temas personales, parecía bastante interesado en sus motivaciones, incluso en las más insignificantes, como la decisión de usar rastas. Decidió cortar por lo sano, y lo hizo de una forma radical.

—Eso lo descubrirás tú mismo más tarde, si te ajustas al plan.

«*Touché* una vez más. Mierda, Helena, eres increíble. No puedes sugerirme algo así y quedarte tan tranquila eligiendo qué vas a cenar, mientras yo estoy tan empalmado que en cualquier momento la mesa se levanta a fuerza de polla. No puedes hacerme esto, maldita loca.»

Le habría gustado seguirle el juego, pero temía perder el control, así que intentó desviar el tema hacia algo menos peligroso que la imagen de sí mismo bajándole las bragas para comprobar si era en verdad pelirroja.

—¿Qué te gustaría cenar? —le preguntó.

—Cualquier cosa que no tenga ojos.

—¿Eres vegetariana?

—Vegana. ¿Tú comes cadáveres?

—Bueno...

—Sí lo haces —afirmó ella censurándolo con la mirada.

—Hoy comeré ensalada —se apresuró a declarar.

Ella sonrió satisfecha.

—Yo también. Voy a pedir.

Y así, sin más, llamó al camarero y ordenó la comanda. Tuvo el acto benevolente de permitirle elegir el vino, y, cuando él lo hubo hecho, ella se pidió una cerveza.

Fausto se tocó el mentón con disimulo, pues tenía miedo de que la mandíbula se le hubiese caído al suelo. Nunca había conocido a una mujer tan decidida y tan alevosamente manipuladora.

Y la verdad es que estaba encantado. Dejar que se saliera con la suya no era un acto de resignación, era todo un placer. Helena era increíblemente refrescante.

—Tienes una rara expresión —observó la joven riendo—. A propósito de rarezas..., me resulta incómodo que no tengas nombre, así que invéntate uno, por favor. Tengo que tener una forma de llamarte, por si te me pierdes.

«Ya estoy perdido —pensó—. Loco perdido por ti. Te diría mi nombre, mi apellido, y más cosas de las que estoy dispuesto a admitir...»

—¿No prefieres mi verdadero nombre? Yo me sé el tuyo, y también dónde trabajas.

—No porque yo te lo haya dicho. Rocco es un *bocachancla*.

Rocco. Fue nombrarlo y la expresión de Fausto dejó de ser rara para transformarse en francamente seria.

—¿Qué relación tienes con él?

Helena se atragantó con el agua.

—¿Disculpa? ¿No habíamos quedado en que nada de preguntas personales? Vamos, invéntate un nombre o te llamaré «muñeco de pastel de bodas» el resto de la noche.

Suspiró incómodo, víctima de su propia trampa. ¿Por qué había impuesto esa estúpida condición?

Y, como no se le ocurrió otro, le dijo su propio nombre.

—Pues... Fausto. ¿Te gusta Fausto o prefieres otro?

Ella revolvió los ojos, reflexiva.

—Te va muy bien. Después de todo, has hecho un pacto con el diablo, ¿no? Y aquí me tienes, sentada frente a ti, vestida de hada roquera en tu restaurante de gente estirada.

—¿Tú vendrías a ser Mefistófeles?

—Digamos que está en mis planes hacerte arder.

Otra vez. Cuando la erección cedía un poco, ella se encargaba de volver a empalmarlo con unas pocas palabras.

Se sentía en inferioridad de condiciones por que la continua afluencia de sangre a las partes bajas de su cuerpo no le permitía estar a la altura de la conversación, pero cómo estaba disfrutando de ese encuentro, por Dios.

—Pero hoy tienes aspecto de ángel. Hasta te has quitado el aro de la ceja —observó para cambiar de tema nuevamente.

—Ah, eso. Lo he hecho por precaución.

—¿Cómo?

—Es que una vez a mi novio se le enredó su *piercing* con el mío y casi me despellejó viva.

—¿En serio? —preguntó entre celoso y asombrado.

—No, estoy bromeando —se burló—. Me lo he quitado porque no cuadraba mucho con mi disfraz. Pero todavía tengo éste —añadió, y luego le enseñó la lengua.

Los niveles de testosterona de Fausto llegaron a ser alarmantes, y su confusión también.

Nunca se había sentido tan excitado por ver una lengua, y menos por una perforada con un adorno de metal. Se le agolparon en el cerebro imágenes calenturientas de la lengua de Helena recorriendo su cuerpo y ya no pudo controlar el ritmo de su respiración.

—¿Te sientes bien?

Se sentía mal, muy mal. Estaba enfermo de deseo y ya no podía disimularlo, pero no le dijo nada.

—Estoy bien. ¿Has pensado qué quieres como plato principal? —le preguntó intentando recomponerse.

—No, pero ya he pensado qué quiero de postre.

—Dime —le pidió creyendo que por fin la conversación se había encaminado.

Pero su sorpresa fue mayúscula cuando ella le respondió:

—A ti.

Eso fue demasiado. Ya no podría soportar más esa tensión... Fausto se apresuró a apurar su copa sin dejar de mirarla a los ojos.

Helena permaneció en silencio. Ya no quería jugar a escandalizarlo, ya no quería sorprenderlo. Nunca había sido tan sincera como cuando le había confesado que lo deseaba. Había sido bastante delicada al usar un eufemismo, porque durante toda la conversación no había dejado de observarlo y tratar de disimular las ganas que tenía de comerle la boca.

«Ojalá fueras un poco más desagradable, pero no lo eres. En ningún sentido me lo pareces. Eres tan guapo que me duele mirarte, y hoy no estás en guardia por primera vez. Pensé que querrías dominarme, llevarme a tu terreno, pero ahí estás, luchando por guardar la compostura ante mis locas observaciones. No quieres cenar, y yo tampoco. Terminemos con esto de una vez...», se dijo, y luego se quedó esperando a que él moviera la siguiente pieza.

No tuvo que esperar demasiado.

—Helena.

—¿Sí?

—Al diablo con la cena.

—No me digas que se te ha quitado el apetito...

Fausto negó con la cabeza, se inclinó hacia delante y tocó la mano de la joven con la suya antes de responder. No fue un gesto tierno, sino posesivo, y la mantuvo cautiva unos instantes mientras sus ojos brillaban.

—Al contrario, quiero más. Lo quiero todo. Quiero hartarme de ti. Voy a devorarte, mocosa del infierno... Haremos de todo menos repetir. Ponte en pie, que iré directo a la caja a pedir la cuenta —le dijo sin ocultar la satisfacción por haber vuelto a reencontrarse con el Fausto dominante de siempre, con el macho alfa que llevaba dentro.

Pero en el fondo sabía que, después de Helena, ya nunca volvería a ser el mismo.

La madrugada del domingo, Fausto se despertó sobresaltado.

Había tenido un sueño horrible, en el que Helena se alejaba volando con un par de alas de hada.

Esa pesadilla no fue más que un anticipo de la realidad; ella ya no estaba en la cama. Se incorporó y miró a su alrededor... Tampoco estaban sus cosas.

No había duda, se había marchado.

Se desplomó de espaldas en el lecho, completamente abrumado. Tenía demasiada información para procesar todo lo sucedido la noche anterior.

Información que no esperaba obtener en una noche que había terminado siendo muy distinta de lo que había dibujado en su mente calenturienta mientras esperaba que le cobrasen en la caja de Ramona.

Tenía de pronto tanta prisa que pagó en efectivo, no esperó el cambio y alcanzó a Helena antes de que llegase a la puerta.

La cogió de la mano y salieron al exterior en busca del coche.

—Señor... —lo atendió solícito el portero.

—Mi coche. Ahora —le ordenó.

—Es que... No esperábamos que se marchara tan pronto. Hay otros vehículos detrás del suyo. El aparcacoches tardará en volver unos minutos, y cuando lo haga le pediré que los mueva para que ustedes...

¿Unos minutos? No podía esperar unos minutos, y mucho menos que ese chico torpe moviera los otros vehículos para dejarlos salir.

—Al diablo. Ven, Helena. Tomaremos un taxi.

—Pero, señor... No serán más de cinco minutos de espera...

Podría haberle dicho que se trataba de una llamada de urgencia; después de todo, era médico. Pero ni siquiera se molestó en responderle; sus deseos estaban al mando, así que arrastró a la joven hasta uno de los vehículos con chófer que estaban aparcados en la puerta.

Terminaron en un coche de alquiler que seguramente costaría un ojo de la cara, pero nada podría importarle menos a Fausto en ese instante.

Helena parecía darse cuenta de que el horno no estaba para bollos... Sonrió al percatarse de que esa expresión cuadraba a la perfección. Se notaba que la calentura de su acompañante estaba en un nivel crítico y, a decir verdad, ella se encontraba igual.

Miró con disimulo el bulto en su entrepierna. Vaya... Empalme «nivel dios». Debía de sentirse muy incómodo; ella estaba húmeda desde que lo había visto, pero, claro, no tenía que cargar con ese... peso.

Le buscó la mirada, pero «Fausto» permanecía con el rostro vuelto hacia el exterior del coche. No había dicho nada más después de darle la dirección al chófer. Helena suspiró... Le gustaba mucho la curiosa elección de su alias. Fausto y Helena, igual que en la trágica obra de Goethe. Muy ingenioso había resultado el doctor; sólo esperaba que no terminaran tan mal.

Intentó llamar su atención tocándole la mano, pero él retiró la suya como si su contacto le quemara.

«Así que estamos ardiendo... Muy bien. Esto saldrá de acuerdo con lo previsto. Mucho fuego y luego frías cenizas que el viento se encargará de esparcir. Y después ambos continuaremos con nuestras vidas», se dijo satisfecha.

No tenía nada que temer, así que esa noche se soltaría y disfrutaría de ese magnífico regalo envuelto en ropa cara, que parecía estar a punto de estallar.

Entonces Helena pensó que agregar un poco de leña al fuego sería una buena idea, por lo que, en un rápido movimiento, se incorporó y se le subió encima a horcajadas.

Lo montó de frente, pillándolo por sorpresa. El chófer subió el volumen de la radio como para mantenerse ajeno a lo que sucedía detrás, pero los ojitos se le iban al espejo retrovisor sin poder evitarlo.

—¿Qué... demonios...? —murmuró Fausto, pero ella lo acalló a besos.

Le metió la lengua en la boca y suspiró. Sabía a vino, a hombre y a vicio.

Cuando él se repuso, la rodeó con los brazos y se olvidó de todo. Del lugar, de que no estaban solos, de que eso estaba muy mal.

Metió las manos bajo la chaqueta de Helena y le acarició la espalda desnuda, mientras no dejaban de besarse como desesperados. Y luego descendió hasta los muslos de la joven y tiró de ellos para ubicarla mejor.

—Hueles deliciosamente —le dijo aspirando el aroma del hueco de su garganta.

Helena echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando sintió que la pelvis de

Fausto se elevaba y ejercía presión sobre su zona más sensible, y él aprovechó ese movimiento para morderle el cuello.

—Eres demasiado joven para ser tan audaz —le dijo al oído al tiempo que sus manos se cerraban sobre sus nalgas.

A ella le rechinaron un poco esas palabras. Pues sí que tenía prejuicios... Tal como había anticipado. Una vez más, había atinado.

—Y tú demasiado formal como para disfrutarlo —afirmó inexpresiva al tiempo que se apartaba de él y volvía a su lugar.

Fausto la observó extrañado. ¿Qué había dicho para que se pusiera así? No lo entendía. Un momento antes había estado a punto de violarlo, y ahora no lo quería ni mirar. Se acomodó el paquete con un movimiento mal disimulado y luego se inclinó hacia ella, que lo ignoró muy ufana.

—¿Por qué te molestas? —le preguntó sin rodeos, claramente confundido.

—No estoy molesta. Estoy acostumbrada a que me juzguen tíos machistas como tú. Es el karma de todas las mujeres...

Fausto se enderezó y frunció el ceño. ¿Machista él? Para nada. ¡Si creía que algunas mujeres eran casi tan inteligentes como los hombres! Bueno, tal vez lo era, pero sólo un poco, y Helena no podía acusarlo, pues no lo conocía.

—No soy machista en absoluto —negó categórico—. Y no te estoy juzgando.

Helena rio con ironía.

—¿No? Lo has hecho desde que me viste por primera vez, pero no lo tomo como algo personal: no puedes evitarlo. Como todo hijo sano del maldito patriarcado, has interiorizado el concepto de santas y putas, y te descoloca no poder encasillarme con comodidad.

Él la miró con la boca abierta.

—No creo que seas puta. Tampoco te creo santa...

—Lo sé, lo sé —le dijo condescendiente palmeándole la pierna—. Y por no poder clasificarme te sorprende con facilidad. Vamos, *Fausto*, que a ti no te gusta que la gente se salga del rol que en tu mente has dibujado.

—No sé qué quieres decir.

—¿Una mujer joven con demasiada iniciativa? ¿Una artista callejera tatuada con bailarinas? ¿Una adicta vegana? ¿Sucias rastas o perfume exquisito? ¿Te beso o te pego? ¿Hada o bruja? ¿Soy despreciable o te gusto? ¿Qué más? ¿Qué otra cosa no entra dentro de tu estructurado mundo

cuadradito? —Lo abrumó con una sarta de preguntas retóricas sin poder contenerse.

Fausto sacudió la cabeza incrédulo.

—Tú no me conoces. No sabes lo que pienso, lo que creo, lo que me ha tocado vivir... Me acusas de juzgarte, pero tú haces lo mismo —se defendió.

—Qué conmovedor. Un machista victimizándose... Vamos, que se nota que has tenido una vida fácil, con todos los privilegios de tu género y de tu clase social. Obtienes siempre lo que quieres y aquí estoy yo para dar testimonio de eso. Accedí a tu capricho, a cada una de tus condiciones, ¿y sabes por qué? Porque me importa un bledo lo que pienses de mí, de mis rastas, de mis tatuajes y de mi comportamiento. Dije que sí a todo porque me da igual si piensas que no debería ser feliz viviendo como vivo, o si crees que...

—Dijiste que sí porque también lo deseas, y has elegido olvidarte de que represento todo lo que odias, de que soy..., ¿cómo me has llamado? Ah, sí, un maldito hijo del patriarcado, porque sabes tan bien como yo que no volveremos a ser los mismos hasta que nos hartemos de follar —le espetó con los dientes apretados por la furia.

Un estrepitoso carraspeo del chófer y el anuncio de que habían llegado a su destino impidió la réplica de Helena. Mejor, porque no tenía mucho más para decir, y reconocer que él en parte tenía razón no era una opción.

Fausto se sentía confuso y bastante avergonzado. Había protagonizado una discusión bastante personal delante de un extraño. Se habían olvidado de su presencia y eso era imperdonable, al menos para él, acostumbrado como estaba a guardar las formas.

Pero lo peor de todo era no saber en qué situación se encontraba con Helena. Tenía la sensación de que los planes de tener «la fiesta en paz» se habían ido al carajo. ¿Dónde había quedado aquello de no hacerse preguntas, de no llevar las cosas a un nivel más íntimo y personal? No había nada más personal que la discusión que habían mantenido.

Se sentía un tanto ofendido por las palabras de ella, porque sí le importaba lo que pensara de él. No debería ser así, pero le importaba.

Respiró profundamente e intentó calmarse para decidir cómo seguir adelante con esa caótica cita en la que ni siquiera habían cenado pero sí se habían atrevido a discutir delante de un tercero, después de darle un espectáculo casi triple equis.

Helena señaló el camino al dirigirle la palabra.

—¿Vamos a entrar o no?

Fausto tragó saliva y asintió.

Mientras esperaban el ascensor con otras dos personas, ella se inclinó en su dirección y le preguntó:

—Tú no vives aquí, ¿verdad?

Él vio la oportunidad de una pequeña venganza.

—Sin preguntas personales, recuérdalo.

Helena sonrió y él respiró aliviado: el plan seguía en pie.

No había sido agradable discutir, y un poco lo había enfriado, pero bastaba verla sonreír para volver a excitarse.

—No lo olvido. Y creo que es lo único en lo que coincidiremos tú y yo. Vamos a tratar de volver a encauzar esto en el plano físico, pues está claro que es lo único que nos une —dijo la joven en voz baja mientras él intentaba encontrar la llave correcta para abrir la puerta del apartamento.

Era evidente que no era el suyo. Lo había alquilado por Airbnb porque pensó que estaría más cómoda que en un hotel. Además, de lo contrario, deberían registrarse y mencionar sus nombres, a no ser que fuese un motel por horas, lo que no le pareció de buen gusto.

—Estamos de acuerdo. No podemos ser amigos, pero tampoco debemos ser enemigos... No discutamos más y ciñámonos al plan inicial, por favor —le pidió en cuanto entraron.

Helena caminó unos pasos y echó un vistazo.

—Muy bonito, pero no era necesario.

—Lo sé. Como tampoco lo eran los halagos o la «cena de seducción» que no hemos terminado —señaló—. Pero esto será sólo una vez, Helena, y no me culpes por querer hacer lo posible para que salga bien.

Ella se le acercó y por unos instantes se miraron en silencio. Luego bastó que ella alzara la mano y le acariciara la mejilla para que Fausto supiera que la tormenta había pasado.

Un simple gesto que lo hizo encabritarse como un caballo, y sin pensarlo un segundo la elevó en el aire y la apoyó contra la pared más próxima al tiempo que susurraba sobre sus labios: «No sabes cuánto te deseo», antes de comerle la boca.

Después de eso, todo se descontroló.

Se olvidaron de las acusaciones, de los desacuerdos. De las circunstancias en las que se habían conocido, y de la frustrada cita. Se olvidaron de todo

menos del «plan» que los había llevado hasta allí.

Mientras se besaban con renovadas ansias, ambos supieron que todo iría bien si no dejaban que las cosas avanzaran hacia un terreno más personal, donde todo se tornaba incierto y peligroso para su tranquilidad mental.

Debían continuar hablando el lenguaje del cuerpo, el idioma del deseo. Debían hacer todo lo que sus ganas les pedían para luego poder continuar con su vida tal como deseaban.

No más peleas, ni confesiones, ni juicios de valor. Tenía que acabarse esa fascinación cada vez que descubrían algo del otro que les gustaba, o esa injustificada indignación cuando sucedía lo contrario.

Tenían que dejar de «desnudarse» el alma, porque eso era incompatible con lo que hacían en ese instante: quitarse con desesperada urgencia mutuamente la ropa.

Lo primero en desaparecer fue la americana de Fausto, que acabó en el suelo. Segundos después le hacía compañía la chaqueta de Helena.

Cuando él le tocó los senos desnudos por debajo de la pequeña camiseta roquera, la oyó gemir.

—No llevas sujetador...

—Soy una *feminazi*, no lo olvides —murmuró ella con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

—Eres incorregible.

La volvió a elevar y colocó las largas piernas en torno a su cintura. Luego caminó con Helena enganchada a su cuerpo hasta una mesa de madera en el centro de la habitación. La sentó allí, tomó el rostro de la joven entre sus enormes manos y se deleitó unos momentos contemplándola.

Con los pulgares, le acarició las mejillas, y acto seguido la besó. Mientras sus lenguas se enredaban ansiosas, ella le desabrochó uno a uno los botones de la camisa y, cuando terminó, la deslizó por sus hombros.

—Quítatela —le ordenó.

Fausto obedeció con la mirada turbia por el deseo. Descubrió su torso ante los extasiados ojos de Helena, que no se conformó con mirar y recorrió el pecho masculino con ambas manos.

Él no pudo evitar un jadeo ahogado, antes de sujetarle ambas manos.

—Para.

Ella frunció el ceño.

—¿No te gusta que te toque?

—Me gusta demasiado, y ése es el problema —confesó—. Quizá pueda soportarlo después del segundo *round*, pero ahora no me siento capaz.

—¿Habrá... segundo *round*? —preguntó ella asombrada.

Fausto sonrió enigmáticamente y luego deslizó sus manos por debajo de la falda de Helena. Sus dedos expertos ascendieron por los muslos de la joven hasta hacerse con los finos laterales de las bragas.

—Quítatelas —le ordenó, como ella lo había hecho momentos antes.

La joven apoyó las manos sobre la mesa y elevó la pelvis lo necesario para que él mismo lo hiciera.

La ropa interior de Helena terminó en el suelo, sobre la camisa de Fausto, y casi de inmediato ella volvió a sentir su mano bajo la falda.

Él acercó su rostro al de la chica y, casi sobre su boca, murmuró:

—Abre.

Las piernas se separaron casi por voluntad propia, y ambos gimieron al unísono cuando él llegó a su sexo y recorrió la húmeda hendidura con un dedo.

Una súbita debilidad se apoderó de ella cuando Fausto la tocó.

Y, cuando lo vio inclinarse y subirle la falda hasta descubrirla por completo, no tuvo fuerzas ni para tener vergüenza.

Se dejó hacer. Accedió a cada una de las peticiones del hombre que en algún momento había creído odiar: «Tumbate», «Confía en mí», «Relájate, Helena». Se estremeció al sentir su respiración en el sitio más secreto de su cuerpo, y hasta pudo percibir la sonrisa que precedió a la frase «Eres pelirroja de verdad», que terminó haciendo que se sonrojara.

Tendida de espaldas sobre la mesa, y con los muslos abiertos apoyados en los hombros de Fausto, Helena disfrutó del mejor sexo oral de su vida. Se lo habían hecho varias veces, pero jamás como ese hombre. Casi lamentó que así fuera, porque estaba poniendo el listón demasiado alto...

De hecho, nadie la había hecho sentir siquiera cerca del orgasmo con esa práctica, como le sucedía en ese momento. Sin poder contenerse, elevó la pelvis y aferró la cabeza de Fausto con ambas manos al tiempo que gemía deleitada.

Para su sorpresa, él se detuvo, y cuando Helena se apoyó en los antebrazos para ver qué sucedía, Fausto trepó por su cuerpo y, al llegar a sus labios, murmuró: «Todavía no... Cuando esté dentro de ti acabaremos juntos», y luego la besó.

Le saboreó la boca primero y fue bajando despacio al tiempo que dejaba un

sendero de besos húmedos que la volvieron loca.

—Cómo me gusta besarte —le dijo mientras recorría su cuello, sus pechos, su vientre... Lamió su ombligo enjorado y fue más allá.

Con ambas manos, bajó la cinturilla elástica de la falda para contemplar el tatuaje que tanto lo había fascinado, lo primero que le había llamado la atención cuando la había visto por primera vez, el que lo llenaba de intriga.

«*Never lose hope.*» «Nunca pierdas la esperanza»... Vaya.

Lo recorrió con los dedos y después con la lengua. Delineó cada letra como si de esa forma pudiese lograr desentrañar el sentido que esa frase tenía en la vida de Helena.

Es que había algo allí que le impedía apartarse. Había mucho más que palabras. Había una historia.

Y una cicatriz.

Cuando palpó la marca y corroboró con la mirada lo que su tacto le señalaba, algo dentro de él le dijo que lo olvidara y siguiera adelante, pero no pudo y maldijo en silencio por ello.

Helena estaba lista para recibirlo, y él... Él lo estaba desde hacía días. Es más, estaba haciendo grandes esfuerzos para no correrse antes de follarla.

Sin embargo, no pudo pasar por alto ni la cicatriz ni el mensaje que intentaba cubrirla. Jadeó sobre ella y su corazón se aceleró.

Sabía que no debía preguntar. Sabía que si preguntaba lo arruinaría todo. Sabía que hacerlo significaría traspasar la línea que él mismo había marcado, y que si ella respondía jamás podría tenerla.

Preguntar sería renunciar a Helena, o al menos a la Helena que él había elegido conocer, la chica que lo calentaba como ninguna otra pero con la que jamás podría permitirse más que sexo.

Intentó ignorar esa parte de sí mismo que le decía que preguntara para poder follársela en paz, pero no lo logró. No era sólo curiosidad, porque de ser así no le habría ganado al deseo. Allí había más...

Volvió a maldecir cuando supo que lo echaría a perder, y luego alzó la cabeza y, casi sin aire, dijo lo que no debía:

—Una cesárea, ¿verdad? Esta cicatriz es de una cesárea...

La notó tensarse bajo sus dedos y, cuando Helena se incorporó y lo miró a los ojos, Fausto supo que ése era el principio del fin.

Volvió a su casa ese domingo con más preguntas que respuestas y una clara decisión: buscar a la persona indicada para que se encargara de ellas.

Había llegado la hora de la verdad, de su verdad y de la de Helena. Evadirse ya no era una opción para él; tal vez para ella sí lo era, pero Fausto no estaba dispuesto a continuar inmerso en la tibia tranquilidad de la ignorancia.

Lo había hecho toda su vida, pero ya no.

Llamó a Daniel Oliver y lo despertó.

—Fausto... Son las siete y media... ¿Qué sucede?

—Necesito el teléfono del detective.

—¿Qué detective?

—El detective privado que usas para los casos de divorcio por adulterio. Ese que se supone que trabaja bien y con discreción.

—¿Ahora? ¿Un domingo?

—No puedo esperar —le dijo, y luego colgó.

Su abogado tardó menos de dos minutos en pasárselo, y Fausto tampoco tuvo con el detective la consideración de esperar a que fuese una hora más prudente.

—Quiero contratarlo. ¿A qué hora nos podemos encontrar?

—Venga ahora. Todavía no me he acostado.

La conversación tuvo lugar en la terraza del detective Doner. Era un hombre entrado en años, pero muy vivaz. Había pasado toda la noche cumpliendo tareas de vigilancia para un caso bastante complicado, pero tenía la mejor disposición para escuchar.

Le sirvió un café bien cargado y, después del consabido «¿Qué lo trae por aquí?», Fausto comenzó a hablar.

—Creo que toda mi vida se ha construido sobre una mentira —comenzó diciéndole al detective—. Necesito que usted me ayude a definir el alcance de esa mentira.

—¿Cómo puedo ayudarlo, doctor?

—Necesito que me consiga pruebas de que mi madre murió y cuándo sucedió. Y, si no fue así, quiero que la encuentre.

Le contó a un desconocido sus dudas y sus miedos más arraigados. Jamás había hablado de ello con nadie, pero en ese momento tuvo la certeza de que ese silencio había ido horadando su interior lentamente, y hasta que supiese la verdad tampoco sabría quién era, quién había sido y quién podría llegar a ser.

Y el desencadenante para esa crisis existencial no había sido otra que Helena. Para ser más exactos, la historia de vida de Helena.

En el momento en que había descubierto la cicatriz y había elegido saber, supo que su plan de follar y olvidar estaba irremediablemente condenado al fracaso.

Lo supo cabalmente y, aun así, siguió adelante, porque su necesidad de conocer a Helena fue más fuerte que las ganas de saciar sus instintos con ella. En ese par de segundos que tuvo para sopesar la decisión de cruzar la línea no fue consciente de que también lo hacía para prolongar la despedida, pero luego sí se dio cuenta y se desesperó.

Se había engañado a sí mismo y también a ella, al elucubrar ese plan de pacotilla que no había hecho otra cosa que reforzar ese vendaval de sentimientos del que estaba seguro le resultaría imposible escapar.

Podría haber ignorado y elegido el cuerpo, pero no lo hizo; eligió el alma.

Lo que iba a ser sexo sin compromiso y sin consecuencias se transformó en una noche llena de revelaciones y descubrimientos inquietantes.

Y todo comenzó por una simple pregunta: «Una cesárea, ¿verdad?». Una pregunta que no pudo evitar y que dio lugar a todo lo que siguió después.

Por unos segundos Helena permaneció tendida de espaldas sobre la mesa. Fausto contempló los suaves montículos de los pechos cubiertos por la camiseta subir y bajar al ritmo de su agitada respiración. Con los ojos abiertos miraba el techo, pero se notaba que esa simple pregunta la había afectado.

Claro que no supo cuánto hasta que ella se incorporó apoyándose en los codos y luego lo fulminó con la mirada.

—Ésa es una pregunta demasiado personal —le dijo con frialdad.

Fausto lo sabía, por supuesto. Tenía muy claro al hacerla que eso podría echar por tierra todos sus planes, pero no pudo evitar hacerla, como tampoco pudo evitar en ese momento insistir de una manera más directa.

—¿Tienes hijos, Helena?

Ella se incorporó del todo y lo apartó de un empujón.

Se bajó de la mesa y comenzó a caminar por toda la sala, como buscando algo.

—¿Qué haces?

—Busco mis bragas. Quiero marcharme.

Él se desesperó. No podía dejarla ir... Antes tenía que saber, tenía que desentrañar el misterio de Helena. Y, para tranquilizarse, se dijo que ese misterio no estaba en el cuerpo como había creído en un principio, sino en el pasado, así que para quitársela de la cabeza tendría que saberlo todo.

Tenía sus bragas en el bolsillo del pantalón, las sacó y se las mostró.

—Aquí están. Pero no te dejaré marchar sin que me respondas. ¿Tienes hijos?

Ella se lo quedó mirando, incapaz de responder. Con los ojos llenos de lágrimas, parecía pedirle piedad, pero él no la tuvo. No se había resignado al placer de follársela por nada. Quería saber la verdad, doliese o no.

—Vamos, no es una pregunta difícil...

Entonces, ella estalló.

—¿Por qué demonios quieres saberlo? ¡No lo entiendo! Te iba a dar lo que querías... ¡Lo has estropeado todo! Eres un hijo de...

—Ya me lo has dicho. Soy un hijo del patriarcado. Ahora quiero saber si...

—¡Eso es asunto mío! ¡Habíamos hecho un trato! Nada de preguntas personales, ¿recuerdas? Y esto es demasiado personal. ¡No tienes que preguntar esas cosas! —le gritó alterada.

—Lo sé. Sé que no tenía que preguntar y que al hacerlo pierdo toda posibilidad de lograr echarte ese polvo que me muero por echarte, pero resulta que quiero saberlo. ¿Por qué? Ojalá lo supiese. Te lo juro: ojalá. Pero mierda si lo sé. Debo de estar loco para renunciar a algo que deseaba tanto...

—¡Pues no parece que lo desearas tanto! Lo único que te interesa es molestarme, contrariarme, hacerme perder el control. ¡Te lo estaba poniendo fácil! ¿Por qué has tenido que echarlo todo a perder? —le preguntó con voz ahogada. Estaba a punto de ponerse a llorar.

—Helena... No quería alterarte, pero sí quiero saber. Necesito saber de ti, de tu vida, de lo que callas...

—Dime por qué.

Fausto tragó saliva.

—Ya te he dicho que no lo sé. Sólo dímelo y te dejaré marchar... ¿Tienes

hijos? ¿Un marido, tal vez? Dímelo, por favor.

—¡Mierda! No te darás por vencido, ¿verdad?

—No lo haré. Necesito saber más de ti...

—¿Cuánto más?

—Todo lo que pueda.

Ella sollozó sin poder evitarlo, sentada en el sofá y con ambas manos en el rostro.

—No llores, por favor... No quiero que...

Ella se descubrió la cara y lo interrumpió:

—¿Eres consciente de que si respondo a tus preguntas entre nosotros no podrá pasar nada nunca?

Claro que lo era, pero por un instante titubeó, y Helena aprovechó para hacerlo desistir.

—Porque tú mismo marcaste la línea que no debíamos cruzar: no hablar de cosas personales, no hacerse preguntas...

—Podemos cambiar las reglas —aventuró él con la esperanza de no perder la oportunidad con ella.

—Sabes que no es posible. Estas reglas son las que nos mantienen a salvo; tú en tu mundo, yo en el mío. Esto era una tregua, un paréntesis desprovisto de cualquier implicación, pero lo acabas de sabotear —protestó Helena—. Y lo peor es que no entiendo por qué.

—No hay nada que entender. Yo mismo he renunciado a eso... Soy consciente de lo que me pierdo, pero igualmente quiero saber —admitió—. ¿Me lo vas a decir?

Ella se sentó en el sofá y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Por unos momentos se mantuvo con la vista baja, pero luego la elevó. Lo miró directamente a los ojos y la respuesta apareció.

—Quieres saber si esa cicatriz es de una cesárea...

—No, sé que lo es. Lo que quiero saber es si...

—¿Si tengo un hijo?

—Sí.

—Pues no puedo responderte porque no lo sé.

Fausto esperaba cualquier otra respuesta menos ésa. Es que no tenía sentido... ¿Cómo que no lo sabía? No, definitivamente no entendía nada.

Inspiró profundamente y se tomó unos segundos para pensar. Mientras lo hacía, recogió su camisa del suelo y se la puso, y luego se sentó frente a

Helena, en la mesa de centro. Ella retrocedió en el sofá, como si le tuviese miedo, así que ni siquiera intentó tocarle las manos.

—Helena... Lamento haberte presionado. Créeme que no quiero hacerte daño... Puedes confiar en mí.

Ella lo miró de forma inexpresiva.

—Si hay algo que tengo claro es que en ti no podré confiar jamás. Ni siquiera respetas tus propias reglas.

Tenía razón, por supuesto, pero aun así quería desentrañar ese misterio que segundo a segundo se hacía más denso.

—Lo sé, y soy el primero en sorprenderme porque suelo ser muy respetuoso de las reglas en general, y mucho más de las que ordenan mi vida. Pero tienes que saber que no corres ningún peligro al contarme la verdad, e incluso podría resultar muy liberador para ti, porque intuyo que no hablas de esto con frecuencia.

—Ni con frecuencia ni con nadie —replicó la joven sin mirarlo—. Y no sé por qué razón lo estoy haciendo contigo.

—Tal vez porque lo necesitas.

«O porque yo lo necesito... Necesito saberlo todo de ti, aunque eso me condene a no tenerte o a algo peor...», pensó.

—Lo que yo necesito es olvidar, y tú no me dejas...

—Te hará bien enfrentarte a...

—¿A qué? ¿A asumir que existe la posibilidad de que haya alguien con mi sangre, alguien a quien yo le di la vida y no conozca? —explotó al fin Helena—. ¡Ni siquiera sé si está vivo!

—¿Cómo? ¿Lo diste en adopción?

—¡No! —exclamó ella con los ojos brillantes por las lágrimas—. Me dijeron... me dijeron que había muerto. Que había nacido muerto...

Fausto tragó saliva. Era peor de lo que imaginaba.

Ella sollozaba frente a él, y se moría de ganas de abrazarla pero temía que lo rechazara.

—Y tú tienes dudas...

Helena asintió.

—Nunca llegué a verlo. Y luego ellos desaparecieron...

—¿Ellos? ¿Quiénes?

La joven tenía un nudo de llanto que no le permitía hablar. Todos los recuerdos estaban allí. Todos los demonios la rodeaban. Y frente a ella tenía

al peor... No había salida posible, así que comenzó a hablar.

—Yo tenía problemas... Problemas serios con drogas y con la justicia. Todo empezó cuando mi madre murió y yo me encontré con una situación que me cambió la vida. De pronto tuve que elegir entre dejar que mi padrastro me violara o la calle. Elegí la calle, por supuesto... Tenía catorce años, no sabía nada de la vida. Santa Bernardina es un pueblo pequeño, así que, si no me marchaba de allí, él terminaría encontrándome.

»Me fui a Los Álamos y allí conocí a gente que me metió en lo que no debía. Viví en la calle, hice cosas de las que ahora me arrepiento. Conocí el sexo de la peor manera, y creí que la amistad era ser cómplice de actos delictivos. Robaba en tiendas, engatusaba a ancianas..., en fin, hacía lo que hacemos los putos yonquis en un pueblo como Los Álamos o en cualquier otro sitio.

»Pero cuando tenía dieciséis y me di cuenta de que estaba embarazada todo cambió. Quise salir de esa vida y, como si todo fuese parte de un plan, recordé que existía una persona que supuestamente podría ayudarme. Era el médico que había atendido a mi madre en los últimos días de su enfermedad.

»El doctor me abrió las puertas de su casa en las afueras de Los Álamos y prometió ayudarme. Su esposa me dio la contención que necesitaba. Pero, claro, era demasiado maravilloso para ser cierto y duradero.

»Un día me hicieron ver algo con lo que no contaba: yo era menor de edad, adicta, y la policía me buscaba. Eso quería decir que me quitarían al niño cuando naciera y me enviarían a un reformatorio hasta mi mayoría de edad. Me dijeron que si eso sucedía no lo volvería a ver, porque seguramente lo darían en adopción... Me desesperé. Pero, claro, ellos tenían la solución... No habían logrado formar una familia, así que me propusieron hacerse cargo de mi bebé como si fuese suyo. No tenían niños y lo cuidarían como si fuese el mayor tesoro.

»—De esa forma, cuando salgas dentro de un año y medio, podrás reunirte con el pequeño... Vendrás a casa, te daremos un trabajo...

»—Pero ¿él no podrá saber que soy su madre? —pregunté como una tonta, y ellos me dijeron que se lo diríamos los tres cuando pudiera entenderlo.

»Lo que yo no podía comprender era por qué tenía que entregarme. Yo quería sentirme a salvo en su casa, criar a mi hijo... Pero, claro, no era posible. Yo era una delincuente juvenil y lo mejor era que pagase mis faltas lo antes posible. “Mejor el reformatorio que la cárcel”, me dijeron.

»Y me convencieron. Me aseguraron que, si accedía a darles el niño, ellos garantizarían que no se lo entregaran a desconocidos y le perdiera el rastro. Me sugirieron que era lo mejor para todos, y yo los creí.

»Entonces la esposa del doctor comenzó a ponerse un almohadón bajo la blusa y a mí ya no me dejaron salir.

»El parto comenzó una madrugada, casi dos meses antes de lo previsto, con mucha sangre y mucho dolor. Y, en medio de todo eso, a mí se me metió en la cabeza que no quería darles a mi bebé... Se lo dije al médico entre contracción y contracción, y de pronto todo cambió.

»Dijo que venía de nalgas y que debía intervenirme. Me llevó al hospital del pueblo... No había más que un borracho con unos puntos en la frente en uno de los pasillos... Todo estaba en silencio y nadie me vio llegar.

»Me durmieron de inmediato, y cuando desperté me dijeron que el bebé había muerto. Que era prematuro y que sus pulmones colapsaron al primer contacto con el aire. Me dijeron que las drogas eran las responsables, o, lo que era lo mismo, que la culpa la tenía yo. Quise verlo, pero no me dejaron...

»Me derrumbé. Ese bebé era lo único que me mantenía en pie. Entré en una profunda depresión, así que me llevaron a una casa que tenían en el campo y me dejaron en manos de una cuidadora. Pero cuando me sentí más fuerte y quise marcharme, no me lo permitieron. La policía me detuvo y me encerraron en el reformatorio. ¡Ellos mismos me habían denunciado! “Es por tu bien, Helena —me dijeron—. Has vuelto a consumir...” Por supuesto que había vuelto a hacerlo; ellos me daban pastillas que supuestamente curarían mi depresión, lo que me generó nuevamente una adicción.

»Cuando me vi entre cuatro paredes sin poder escapar, mi mente terminó de estallar. Todas las preguntas que los medicamentos habían acallado invadieron mi mente a gritos. “¿Dónde está mi bebé? ¿Qué han hecho con él?” En el reformatorio me dijeron lo mismo que ellos: que el “feto” había muerto. “Fue un aborto complicado.” ¿Un aborto? ¡Yo lo notaba moverse hasta que me durmieron! Claro que podría haber muerto durante el parto, pero algo dentro de mí me decía que había una posibilidad de que no fuese así.

»Por eso me recuperé. Terminé la secundaria en tiempo récord y, cuando salí del reformatorio, fui directa a la casa del médico. ¡Y no estaban! “Se han ido del país”, me dijeron los vecinos. Yo pregunté si no sabían si llevaban un niño consigo, pero nadie supo decirme nada. Una mujer me dijo que tenían

varios sobrinos, pero eso fue todo. No encontré nada en internet; ahí terminaba el rastro.

»No sabía qué hacer, no tenía adónde ir. Llegué a pensar que estaba loca, y que todo lo que había pasado y todas mis sospechas eran producto de mi imaginación.

»Entonces me vine a Cardelores. Conseguí trabajo, un sitio donde vivir, comencé la facultad, me busqué un pasatiempo... Y ahora tú vienes aquí a recordármelo todo con tus preguntas, a querer saber lo que yo intento olvidar.

»¿Por qué me haces esto? ¡Basta ya! Ahora sabes el porqué de mi respuesta: sí, es una cesárea. Y no, no sé si tengo un hijo. ¿Estás satisfecho? ¡Espero que esta historia compense lo que invertiste en la puta cita, porque es todo lo que obtendrás de mí! —exclamó poniéndose de pie.

Describir la expresión de Fausto en ese momento no era fácil.

Estaba más que estupefacto. Una avalancha de sentimientos lo atormentaba, a cuál más violento. Sintió ganas de abrazar a Helena hasta fundirla en su pecho, ganas de matar a quienes tanto daño le habían hecho, empezando por su padrastro y terminando por ese médico hijo de puta.

Y él se consideraba cínico... Al lado de ellos, era un ángel.

No podía creer que existiese tanta maldad... Levantó la cabeza y vio cómo Helena recogía su chaqueta del suelo.

—¿Qué haces?

La joven volvió a secarse las lágrimas.

—Me marcho. Y, por favor, déjame en paz... La calle es libre y no puedo impedirte que pases, pero ten la bondad de no dirigirme la...

—¿Qué? ¿Esto es todo lo que pasará?

Ella pestañeó.

—No vamos a follar, eso había quedado claro.

—¡No quiero follar!

—Entonces ¿qué quieres?

Fausto meneó la cabeza confundido. Entendía que Helena hubiese necesitado ignorar el destino del bebé si es que había sobrevivido cuando estaba en un momento de gran vulnerabilidad, pero... ¿no era hora de empezar a investigar?

—¡Joder, Helena! Lo que quiero es que no te des por vencida. ¿Cómo puedes andar por la vida sin saber la verdad?

Ella abrió unos ojos como platos por el asombro.

—¿Cómo te atreves a juzgarme? ¡Tú no tienes ni idea de lo que he pasado! Eres un maldito muñequito al que le ha ido bien desde que nació, y pretendes darme lecciones de cómo encarar la vida. Pero ¿quién te crees que eres, *Fausto*? —le gritó furiosa.

—No sabes nada de mí —dijo él con voz tensa.

—¡Apuesto a que jamás has tenido que enfrentarte con algo así! Un fantasma siempre presente, el añorar a alguien a quien no conoces, alguien que no sabes si existe pero que camina junto a ti a cada paso que das. No sabes si te mintieron, no sabes si tu mente te juega malas pasadas, pero eso que pretendes olvidar sigue ahí, hazlo lo que hazlo, siempre hay algo o alguien que te recuerda que...

Helena no pudo continuar, porque Fausto ya no podía escucharla. Se había ido alejando de ella hasta que las palabras lo golpearon tanto que no tuvo adónde huir.

Arrinconado por completo, se encontró con la puerta de la habitación a sus espaldas y no dudó. Se metió allí y cerró con un sonoro portazo.

Silencio absoluto.

De pie en la solitaria sala, Helena se encontró sin saber qué hacer.

No esperaba una reacción tan insólita, tan impredecible, por parte de Fausto. Por un momento se dijo que ésa era su oportunidad de escapar, de olvidarse de todo y fingir que no lo había conocido, que no sentía nada, que sus fantasmas no habían regresado.

Cogió su chaqueta y se dirigió a la salida, pero no pudo marcharse.

Algo andaba mal... Volvió sobre sus pasos y se aproximó a la puerta de la habitación tras la cual lo había visto desaparecer de forma inexplicable y repentina.

Sabía que no debía, pero lo hizo. Golpeó suavemente la puerta y esperó. Nada.

Entonces tuvo miedo. ¿Y si le hubiese dado algo? ¿Si hubiese tenido un ataque? Ella lo había visto palidecer súbitamente y llevarse la mano al pecho... «Ay, no. No, por favor.»

No lo pensó más, abrió la puerta y entró.

—¿Estás bien?

Él estaba sentado en el borde de la cama en la habitación en penumbra, con los antebrazos en sus muslos y la cabeza gacha.

Su actitud general era la de un hombre derrotado, abrumado por algo que ella no alcanzaba a comprender.

Cómo él permanecía mudo, Helena se acercó y, cuando estuvo frente a él, volvió a preguntar, intentando disimular el tono aprensivo de su voz:

—¿Qué te sucede?

Fausto alzó la vista y la miró con los ojos nublados por las lágrimas, y a ella se le paralizó el corazón. Ver a ese gigante tan altivo y soberbio en esas condiciones de extrema vulnerabilidad le produjo sentimientos encontrados.

Por un lado se alegró de que fuese humano, y por otro deseó con todas sus fuerzas encontrar la forma de que fuese el de antes con tal de no verlo sufrir

así.

Le tocó el rostro y, para su sorpresa, él se apartó. Se tendió en la cama, de espaldas, con la mirada perdida en el techo de la habitación.

—Puedes marcharte —le dijo—. No debería haberte presionado así... Vete, por favor.

«Ni en un millón de años —pensó Helena—. No me iré sin saber por qué estás así... Ahora seré yo la que presionaré, pero no para que te duela, sino para que lo dejes salir hasta que ya no haya más dolor dentro de ti...»

Rodeó la cama y se tumbó a su lado.

Lo notó tensarse, pero no se movió.

—Vas a vengarte, ¿verdad? —preguntó Fausto con un deje de resignación en su voz.

—Si te refieres a si voy a obligarte a hablar, te diré que no. Sólo me quedaré a tu lado por si en algún momento estás listo para hacerlo. No quiero explicaciones para saciar mi curiosidad, sólo deseo que no sufras porque... —Se detuvo, pues el final de la frase no era algo que quisiese admitir, ni en voz alta ni en voz baja—. Porque no me gusta ver a la gente sufrir.

Fausto no dijo nada al principio. Pasó un minuto, luego dos...

Y finalmente habló.

—Desde que tengo memoria, me enfrento a un fantasma parecido al tuyo —murmuró—. Añorar a alguien a quien no conociste, dudar de su existencia y también de su inexistencia, me es demasiado familiar. También lo es el sentirme engañado, presentir la mentira y temer a la verdad. Pensar que estaba loco, mortificarme por ello. Saber que hay algo inexplicable, que no puedes soslayar, que te acompaña siempre a cada paso que das. Querer saber y a la vez querer ignorar, porque confirmar tus sospechas puede transformar tu vida, tu forma de ver el mundo, tu sistema de creencias... Puede cambiarlo todo y que te encuentres de pronto sin saber ni quién eres ni hacia dónde vas...

Las manos de Helena se crisparon sobre el cubrecama. No entendía de quién hablaba, pero sabía muy bien de qué.

Fausto hizo una pausa. Ella no se atrevía a moverse, ni siquiera para mirarlo.

—Hasta ahora siempre había creído que era mejor no saberlo. Acallé todas mis preguntas y me volví medianamente funcional —dijo él de pronto—. Claro que no podía durar eternamente...

Ambos volvieron la cabeza al mismo tiempo y se observaron en silencio.

«Qué ironía —pensó Helena—. En la misma cama, pero no disfrutando, sino padeciendo... Quien habría imaginado que todo iba a ser tan distinto de lo planeado...»

—No podía durar porque tú viniste a poner mi mundo patas arriba, Helena —dijo Fausto en un susurro—. Sabía que no iba a salir indemne de esto, pero no sospechaba cuán afectado podría quedar después de que tú pasaras por mi vida... Ahora sé que eres peor que un terremoto.

Ella no sabía si eso era bueno o era malo. No necesitó pedirle que se lo explicara, porque él continuó:

—Y, perdido por perdido, está claro que ahora querré saber.

Esas enigmáticas palabras al parecer iban a ser las últimas, porque volvió la cabeza y cerró los ojos.

Helena tragó saliva. Se sentía confundida, pues a su propio dolor se le sumó el dolor de él. ¿Cómo podía sufrir por alguien a quien apenas conocía? Ni siquiera entendía por qué estaba así, de qué le estaba hablando... O, mejor dicho, de quién. Pero no se quedaría con las ganas de entender qué era lo que había causado, y tampoco con el dolor, claro que no.

—¿Qué es lo que querrás saber? —le preguntó.

Fausto inspiró hondo, y luego se lo dijo.

—Qué fue de mi madre.

Por unos segundos, el silencio se adueñó de ambos, porque Helena quedó tan impresionada que no le salían las palabras adecuadas para seguir indagando.

—Qué fue de tu madre... —se limitó a repetir, incrédula, mientras procesaba esa información.

Él tanteó en la cama hasta que encontró la mano de la joven y la apretó, y como si eso fuese lo que necesitaba para infundirle fuerzas, continuó hablando.

—No la conocí. Crecí creyendo que mi madre había muerto, y ni siquiera recuerdo el momento puntual en que recibí esa información... Simplemente lo sabía, eso era todo. Y no sabía mucho más... No la recuerdo, y sólo vi una fotografía. Era una mujer hermosa, de mirada triste... Se llamaba Elizabeth Meyer.

Helena le acarició el dorso con el pulgar y luego se atrevió a preguntar:

—¿Cuándo murió?

—Supongo que cuando era muy pequeño. No sé mucho más, y cuando quise saberlo, cuando quise indagar, me encontré con un muro insalvable: mi padre.

En el rompecabezas de mi memoria, ella no está, pero su presencia sí — confesó.

—Y algo la ha traído aquí... Aquí y ahora —afirmó Helena en un susurro sin dejar de mirar el perfil del hombre, que parecía intensamente perturbado.

Entonces él se volvió y clavó la mirada en ella.

—Tú la has traído. Tú y tus fantasmas, tú y tus demonios...

—Los que tú has despertado.

Silencio... Ambos sabían que tenía razón.

—Y ahora es tarde. Ya no podrán volver a dormir, y lo sabes... La única forma de salir de esto es saber la verdad.

—No estoy tan segura de eso —replicó la joven de inmediato.

Por unos segundos se miraron mientras sus corazones latían al unísono y sus respiraciones se acompasaban.

Entonces Helena siguió el camino que su instinto le marcaba.

Se acercó a Fausto, apoyó la mejilla en su pecho y lo rodeó con su brazo.

Por un instante, él se agitó, pero luego la calma volvió a instalarse y ambos se quedaron dormidos.

Helena despertó entre los brazos del hombre que con sólo una pregunta había logrado derribar sus muros.

Muros que había construido para protegerse y que por su culpa ya no existían. Claro que en el derrumbe hubo efectos colaterales: también los de él habían caído.

Y allí estaba, durmiendo con la placidez de una criatura.

Ella observó las largas pestañas, los labios entreabiertos, el pelo revuelto... No habían follado, pero entre ellos había pasado de todo.

Se incorporó despacio, sin dejar de contemplarlo. No pudo evitar deslizar sus dedos por la barba tupida, y suspiró.

Estaba claro que no estaba hecho para ella. Era demasiado bueno para ser verdad...

Verdad. La verdad.

La verdad tampoco era una opción para Helena. No estaba lista para ella, no sabría qué hacer con ella.

A esas alturas de los acontecimientos, la verdad no le servía a nadie. Le

había dado vueltas al asunto años atrás y había llegado a una aterradora conclusión: cuanto más pasaba el tiempo, la verdad más se alejaba.

Y, en ese punto, la verdad sería una auténtica desgracia.

Si descubriera que ese bebé había sobrevivido, si encontrara al médico y se enterara de que ellos lo tenían, de que ellos se lo habían quitado... ¿Qué haría? ¿Arrancaría a esa criatura de los brazos de unos padres que él consideraba amorosos para arrastrarlo a una vida llena de incertidumbres? Si los denunciara, ¿cómo podría asegurar que el niño no sufriría? ¿Cómo podría garantizarle la infancia que él se merecía?

«Ya tendría casi cinco años. Ya habría lazos entre ellos demasiado fuertes... —había pensado más de una vez, antes de enterrar esas consideraciones—. No tendría el valor para apartarlo de ellos.»

A veces estaba segura de que él no había sobrevivido, y casi que prefería que fuese así. Deseaba creerlos, de verdad quería hacerlo y espantar las dudas. Pero otras... Había algo que la atormentaba. «No venía de nalgas», de eso estaba segura. «Hasta el último minuto sentí sus pies arriba, dando patadas...»

Dos días antes el niño se había encajado. Helena notó algo extraño, una presión extra contra sus costillas, un golpeteo rítmico que no la dejó dormir en toda la noche y se lo hizo saber al médico. «Se ha dado la vuelta. Eso quiere decir que falta menos», le indicó.

Se había sentido feliz. Era sólo una niña, pero le hacía mucha ilusión convertirse en madre, pues ya no estaría nunca más sola y tendría un motivo para no volver a la calle y a la delincuencia. Lucharía para seguir adelante por su bebé.

Pero todo resultó mal, y lo peor era que no podía asimilarlo. Sentía que le habían mentado y, cuando intentó averiguar la verdad, nadie le hizo caso.

Entonces se protegió de la única forma que sabía: tratando de ignorar.

No siempre lograba contener los recuerdos, sofocar las dudas, pero aun así había conseguido encauzar su vida hasta que «Fausto» llegó y lo cambió todo.

Había causado enormes estragos en la tranquilidad mental de Helena, pero allí estaba, durmiendo como un bendito.

Y ni qué decir de lo que le había hecho a nivel físico. Una atracción enfermiza que la hizo olvidarse de sus penas, de sus prejuicios, de sus principios.

De pronto se encontró recordando cómo horas antes habían compartido un

acto tan íntimo. Se había abandonado, se había sometido sin restricciones al placer que le anticipaba esa boca lamiendo su sexo... Con un poco de vergüenza, evocó cómo lo había agarrado de la nuca para obligarlo a penetrarla más con la lengua, y un calor intenso la sofocó.

En cierta forma, era un alivio el hecho de saber que entre ellos no iba a pasar nada más, pues cuanto más lo contemplaba más se convencía de que una sola vez no les iba a bastar a ninguno de los dos.

Finalmente, la verdad, esa verdad de la que ambos venían escapando como de la peste, los había terminado salvando de cometer un gran error.

La verdad... Ahora que había compartido sus dudas, que por primera vez las había asumido frente a otro ser humano, ¿se atrevería a enfrentarse a ella?

Claro que esa noche no se quedaría a averiguarlo.

Se bajó de la cama sigilosamente para no despertarlo y luego cogió sus cosas y huyó.

—Y eso, básicamente, es todo. La señorita López ha hecho su contraoferta y ha venido personalmente al despacho a decírmelo.

—Así que «básicamente» tendré que tirar a la basura la friolera de diez mil... —dijo Fausto con el ceño fruncido.

Le jodía tener que hacerlo, aunque en ese momento había otras cosas más importantes que ocupaban su mente, por lo que se lo tomaba con relativa calma.

—No te quejes, que podría haber sido peor. La señorita López...

—Deja de nombrar a esa mujer. Parece que seas su abogado y no el mío...

—Otra vez la tontería. Soy tu abogado, pero ella es... Es una chica muy simpática, nada más.

—Así que «simpática»... —se burló Fausto al tiempo que se cruzaba de brazos y se recostaba en su sillón—. Lo que en tu idioma es «Me gusta la señorita López». No temas, fóllatela, que no me enfadaré. Eso sí, no te pagaré honorarios; considera que será un polvo de diez mil pavos a mi costa.

—Eres un jodido hijo de...

—... del patriarcado —completó Fausto en un impulso que lo hizo sentir un poco ridículo—. Lo sé, ya me lo han dicho.

—¿Del qué? —preguntó Daniel Oliver sorprendido.

—Olvidalo. Y termina de atar ese asunto de *tu* señorita López, que ya me tiene hartó.

—No es *mi* señorita López, Fausto. Basta ya.

—Pero te gusta.

—Y a ti te gusta una trastornada que te escupe a la cara. Tú sí que eres raro...

Helena. ¿Por qué tenía que hacer referencia a ella? Era como una confabulación absurda para que no pudiera olvidarla. El abogado que la mencionaba, el color del mar esa mañana, idéntico al de sus ojos, la naranja que había exprimido en el desayuno... Eso y mil cosas más.

Desde el domingo que no hacía otra cosa más que pensar en ella, en lo que podría haber pasado y por su culpa ya no pasaría.

No sólo no se la había follado; le había contado detalles de su vida, sus más profundas heridas y sus miedos más arraigados. Y había escuchado la historia de ella... La conmovedora y cruel historia de Helena.

No sólo le había prestado su oído; sin que ella lo supiese había hecho algo más...

No tenía muchos datos. Un pueblo con un único hospital. Un médico y su esposa, que se habían mudado repentinamente. Una casa en las afueras.

Estaba algo confundido con las fechas. Helena no parecía tener más de veinte años, así que le encomendó al detective que buscara una criatura menor de cinco años. No le había quedado claro si era un niño o una niña... Tal vez ni siquiera la propia Helena lo supiera.

Maldición, no tenía siquiera su apellido. Claro que podría averiguarlo... Y también su dirección actual y su verdadera edad. Necesitaba esos datos, y no sólo para proporcionárselos al detective.

Simplemente quería saberlo todo de ella.

No se resignaba a no verla más. De hecho, estaba haciendo esa búsqueda para tener un pretexto para volver a hacerlo. De algún modo le preocupaba más hallar el derrotero del hijo de Helena que... lo otro. A «lo otro» le tenía más y más miedo a medida que pasaban los días.

—Oye, Daniel. Necesito toda la información que puedas conseguirme de «la trastornada» —le dijo mientras almorzaban juntos en la clínica.

—Fausto, por favor...

—En la comisaría deben de tener todas sus señas. Habla con tus amigos de la poli y consígueme...

—¿Estás loco? Escúchame... Estás obsesionado con esa chica. ¿No ibais a hacerlo sólo una vez? No me digas que te dejó plantado el sábado...

Fausto hizo una mueca. Daniel estaba metiendo el dedo en la llaga.

—No lo hizo. Pero tampoco follamos. Y es todo lo que tengo que decir al respecto.

—¿Y lo del detective tiene que ver con ella? ¿También le has pedido a él información para localizarla?

—Yo puedo localizarla. Sólo necesito información que ella no me dará voluntariamente, ¿entiendes? Lo del detective es por otro asunto —mintió.

—No me digas que Sabrina te está siendo infiel...

Sabrina.

Había estado esquivándola sistemáticamente porque no soportaba enfrentarse a su realidad. Helena había logrado que su proyecto de vida pasara de ser brillante a un completo fracaso.

Maldita Helena.

—Ojalá lo fuera. De esa forma... Olvídalo. No quiero ser maleducado, pero tengo una cirugía...

—Entiendo. Es decir, entiendo que quieres deshacerte de mí, pero te lo dejaré pasar —le dijo su amigo poniéndose en pie—. Y trataré de averiguar lo que me pides, como siempre. Pero, Fausto, ten cuidado, por favor...

El aludido hizo un gesto de fastidio y el abogado se marchó del consultorio más que preocupado.

Cuando se quedó solo, Fausto cerró los ojos y recordó la belleza y el fuego que había descubierto bajo la inocente faldita rosa. La textura de sus labios tersos e hinchados, su deliciosa humedad, esa pequeña mata de vello rojizo... Sus gemidos de placer, esa forma algo autoritaria de marcarle el camino de su disfrute, la espalda arqueada. Su boca. Sus senos. El vientre perfecto, o casi... La cicatriz.

La cicatriz que lo había arruinado todo.

¿O no? ¿Tendría una nueva oportunidad con Helena algún día? ¿Sería eso posible?

«Nunca pierdas la esperanza», se dijo mientras recordaba ese tatuaje que tanto le había llamado la atención desde el día que la vio por primera vez.

No lo haría, no perdería la esperanza.

Mantendría como fuera la llama encendida, aunque ella le recordara el fuego que escondía Helena entre las piernas.

Esperanza tenía una extraña virtud: llamaba en el momento en que Helena más la necesitaba.

Era una especie de ángel de la guarda que había llegado a su vida en el momento justo. Sólo esperaba algún día poder retribuirle esa ayuda... La historia de Esperanza era dramática, y Helena se preguntaba hasta qué punto sería real. En la anterior conversación le había creído cada palabra, pero los días habían pasado, y ya no estaba tan segura...

Esperanza era una mujer perturbada y Helena quería desentrañar el misterio de esos cuarenta años de aislamiento, si es que así había sido.

—Esperanza, quiero ayudarte —le dijo en cuanto oyó su voz—. Tal vez si te esforzaras, podrías recordar...

—Querida, no quiero recordar. Recordar duele, ya te lo he dicho...

—Ya lo sé. Pero si tu encierro es una injusticia, querría...

—Nadie puede hacer nada, Helena. Deben de estar todos muertos ya. No tiene sentido.

—Pero me dijiste que tu hijo no...

—Es una simple intuición. No me hagas caso...

La joven suspiró. No sabía qué pensar.

—Entonces ¿cómo puedo ayudarte?

—Contándome algo bonito —le respondió la señora al instante.

Algo bonito... Lo más bonito que le había pasado no se lo podía contar, pues era algo muy íntimo y, además, todo había terminado tan mal...

¿Cómo decirle a Esperanza lo atraída que se sentía por un hombre del que ni siquiera conocía su verdadero nombre?

—No sé qué decirte. He pasado unos días difíciles...

—¿Por qué, cariño?

—Pues... Recuerdos que hacen daño, como bien dices tú. Y lo cierto es que no estoy preparada para hablar de mi pasado, Esperanza. Además, tú quieres que te cuente algo bonito, y no tengo nada para ofrecerte...

—¿Estar enamorada no es bonito?

A Helena casi se le volvió a caer el teléfono. ¿Es que Esperanza se proponía sorprenderla o perturbarla cada vez que hablaran?

—No sé por qué...

—Soy un poco bruja. Además, una chica tan encantadora como tú debe de tener muchos pretendientes.

Helena rio aliviada. Esperanza sólo estaba adivinando, pero de todas formas había logrado clavarle la espinita de la duda.

—Alguno ha habido, pero nada serio —respondió sin comprometerse demasiado.

—Estoy segura de que pronto encontrarás al amor de tu vida, ya lo verás.

—No creo en ese tipo de amor, Esperanza. Creo en la atracción, la pasión, y tal vez el compromiso, pero que algo dure toda la vida, eso sí que no... Lo único permanente es el cambio.

—Buena frase... Aunque existen amores que no cambian, que permanecen inmutables a través del tiempo. El amor de madre, por ejemplo —dijo la mujer con un deje de melancolía.

Helena tragó saliva. Otra vez Esperanza lograba que su alma temblara con unas pocas palabras. Necesitaba salirse por la tangente, desviar la conversación como fuera, pues temía desmoronarse. Por esa vez iba a desaprovechar la oportunidad de que la señora hablara de su supuesto hijo porque la propia Helena no podría soportar sus propios demonios.

Cambió de tema de la peor manera. ¿Sería su inconsciente el que hablaba por ella?

—Tengo que admitir que tienes poderes de bruja, ¿sabes? Me has pillado; me gusta un chico. Un poquito. Un poquito mucho. Pero no podemos estar juntos, así que no cuenta como «pretendiente» —le contó, intentando sonar despreocupada.

—¿Te has acostado con él?

Dios santo. Esa mujer era increíblemente perceptiva. «Casi... Hemos estado tan cerca», recordó, pero se limitó a responder sin comprometerse.

—Digamos que lo he besado.

—¿Y por qué dices que lo vuestro es imposible?

—Porque somos muy diferentes, Esperanza. Como el agua y el aceite, y además... —Se interrumpió de pronto porque se dio cuenta de que estaba diciendo demasiado, y que incluso estaba contándole a una casi desconocida cosas que ni siquiera quería admitirse ella misma.

—¿Además qué, niña? —insistió la señora intrigada.

Helena suspiró.

—Pues... que nos hemos hecho confianzas que impedirían que nuestra relación prosperara, de todos modos. Podríamos decir que entre ser amigos o amantes, elegimos lo primero.

—Pero... ¿por qué no ambas cosas?

Buena pregunta. No lo sabía, pero tenía claro que no podía volver a ver a Fausto porque... «Porque sabes que te enamorarás de él», se dijo consternada. ¿Cómo era posible algo así, si ella no creía en el amor?

—No se puede tener todo, así que mejor nos quedamos sin nada —murmuró más para sí que para su interlocutora.

—Discrepo, pero bueno, si habéis quedado como amigos, pronto sucumbiréis...

—¿Cómo?

—A la pasión, querida. Una vez que te toca, estás perdida. Puede que no creas en el amor romántico, Helena, pero la fuerza arrolladora de la pasión te arrastrará. Tarde o temprano lo hará...

Y, tras esa especie de vaticinio, la anciana soltó una risita y colgó.

Helena se quedó pensando... En realidad no había hecho otra cosa más que pensar durante todo el fin de semana. Pensar y sentir. Sentir y echar de menos. Echar de menos y recordar. Recordar y desear...

Cómo deseaba a ese estúpido hijo de... del puto patriarcado, porque no había duda de que era un machista, un déspota, un clasista... Se empeñaba en ver los defectos y olvidarse por completo de las virtudes que tanto la cautivaban.

Empezando por la lengua y terminando por esa increíble forma de abrazarla, como si no quisiera que se marchase nunca más.

El latido de su corazón, la respiración agitada, el dolor en sus ojos. Las ganas... Eso la confundía. ¿Cómo era posible que hubiese renunciado al sexo en aras de la curiosidad?

Porque así lo veía Helena. No se le pasaba por la mente que pudiese haber algo más, porque su propio sistema defensivo se lo impedía. ¿Cómo podría asimilar que un hombre que le había dicho que entre ellos no habría lugar más que para un polvo hubiese renunciado a él sólo para conocerla mejor?

Era imposible. Nadie jamás había insistido en penetrar esa fortaleza, ni siquiera sus amigos. Y ese tal «Fausto» lo había logrado fácilmente. Debía de haber enloquecido para abrir así su corazón ante un desconocido.

«Eso debo recordar: es un desconocido. Me atrae, me gusta, ¡mierda! Estoy loca por él, pero no podrá ser porque lo ha arruinado...»

La aparición de su amiga Cynthia en la habitación interrumpió sus cavilaciones.

—He contraofertado los diez mil y han aceptado. Dentro de unos días firmaremos el acuerdo extrajudicial.

—Felicidades. Tu equipo de tatuar para lanzarte por tu cuenta está a la vuelta de la esquina...

—Pues sí. Sólo lamento que esto termine porque no veré de nuevo al abogado guapo.

—¿No eras lesbiana? —se burló Helena sin poder evitarlo.

—Por ese tío lo dejaría en suspenso, en serio. Me gusta tanto que voy a

empezar a pensar en eso de ser bisexual...

—Eres bisexual, Cyn. Te lo he dicho muchas veces... —le recordó.

—Como sea. Espero que esta vez no me falles y me acompañes a su despacho, Helena. Estará el doctor Gastaldi allí y necesito tu apoyo moral.

—No lo haré. Lo prometo.

—Para asegurarme, iremos juntas. Así, de paso, te evitas encuentros ardientes como el del otro día...

—Basta, Cynthia.

—Vamos, admite que ese tío te encanta.

—No es así. Fue como una mala cita a ciegas, como uno de esos encuentros concertados por Tinder que no resultan bien. Y punto —le dijo a su amiga con firmeza.

—Punto y coma, tontita. Porque esto sigue, que no te quepa duda —afirmó Cynthia convencida—. Y, si tengo razón, con ese equipo para tatuar que me compraré gracias a la bendita demanda, te haré uno gratis: un hermoso punto y coma para que tengas presente que esto es sólo una pausa para tomar impulso. No tengo idea de por qué se frustró el sábado, pero estoy convencida de que esto va a crecer, Helena.

La joven se la quedó mirando atónita.

—¿Es que estoy rodeada de brujas? ¿Qué es esto? ¿El puto Salem? —preguntó con las manos en alto.

—No lo sé, cariño. Lo que sí sé es que has cambiado y se te nota. Es como si el amor estuviese en el aire a tu alrededor. Creo que ha llegado el momento de que pierdas la cabeza por alguien.

Helena suspiró.

«Perder la cabeza por ese hombre sería un suicidio. Ya no hay vuelta atrás, ya no obtendría sólo placer si estuviésemos juntos. Simplemente no podría vivir sin él... Si no lo hemos hecho y siento que me falta el aire si no proviene de su boca, no quiero ni pensar qué sucedería si...»

No quería pensarlo, no quería hacerse más preguntas.

Helena sólo quería mirar hacia delante y olvidarse para siempre de que existía esa boca.

Fausto Gastaldi era un hombre que siempre lo había tenido todo bajo control. Salvo la inquietante sensación de que su madre no estaba muerta, no había experimentado jamás algo que lo desestabilizara, hasta que conoció a Helena.

Sobre lo primero, ya había comenzado a actuar. Se enfrentaría a sus miedos y confirmaría o desearía sus sospechas gracias al detective privado con el que había tenido el acierto de contactar.

Era consciente de que, si no se hubiese topado con Helena, habría continuado así, esquivando esa especie de mácula en su proyecto de vida perfecto. Había sobrevivido treinta y siete años con eso; podría haber continuado de esa forma, por supuesto. Pero, claro, había tenido que aparecer su segundo factor desestabilizante, y sobre ése no sabía cómo actuar.

Es decir, aparentemente había quedado claro que elegir saber había significado el fin de su plan de «follar una vez y olvidar». Todavía se preguntaba cómo había caído en la trampa de la curiosidad y se había perdido la oportunidad de follarse a Helena.

No podía explicarse su conducta, y mucho menos lo que había sucedido después. ¿Confiarle la historia de su vida a una casi desconocida? ¿Cómo había logrado que abriera su corazón de piedra y se sincerara?

Había dormido casi toda la noche con ella en sus brazos y, a pesar de su evidente excitación, no había intentado tocarla. ¿Desde cuándo tenía ese tipo de consideraciones con una mujer?

Cierto que él mismo había marcado las reglas y se las había saltado olímpicamente, pero también podría haber hecho el intento de «recalculas» y marcar nuevas condiciones.

Después de todo, un poco de «conocimiento» sobre la vida de la chica, sobre su pasado, su presente, sus intereses, sus sueños..., ¿qué daño podía hacerle?

«Podrías enamorarte —le susurró su voz interior—. Si es que no lo has hecho ya...»

Dios santo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había caído en su propia trampa. ¡Debería haberse retirado antes de esa cita, debería haber huido de ella como de la peste después de lo del puto chicle!

¿Por qué demonios había dejado nacer el deseo? ¿Por qué, habiéndolo reconocido, de todos modos lo había dejado crecer? Sabía que no podía gustarle alguien como ella y que lo que le provocaba era insólito, pero podría haberla esquivado como venía haciéndolo con el fantasma de su madre muerta, que para él no lo estaba.

Debería haber ignorado esos sentimientos, pero no lo hizo. Y ahora era prisionero de ellos.

¡No debería haber preguntado! Tal vez si se la hubiese tirado, en ese momento no estaría haciéndose esas preguntas que lo torturaban.

¿Qué haría? ¿Cómo demonios haría para olvidarse de Helena?

Y, de pronto, se dio cuenta de que en el fondo no quería hacerlo. ¡Mierda! Si hasta le había pedido al detective que investigara sobre la criatura que ella había dado a luz, y que sospechaba que no había muerto como intentaron hacerle creer. Sin duda que lo había hecho para mantener el contacto con ella. Era la excusa perfecta, aunque no estaba seguro de cómo se tomaría Helena su iniciativa.

Aun así, valía la pena exponerse a su agradecimiento o a su furia. Era capaz de todo para volver a verla.

¿Que podría enamorarse? Ni siquiera sabía qué era eso. Nunca había estado enamorado, sólo se había sentido atraído o caliente. Sí que era verdad que con Helena sentía además otras cosas, pero no alcanzaba a definir las. Si hubiera tenido que hacerlo, habría dicho que era una especie de obsesión, pero ahora no estaba tan seguro de que fuera a pasársele con un polvo.

Ya no tenía argumentos para convencerla de acostarse con él para poder seguir con sus vidas, y lo sabía. Era perfectamente consciente de que si quería tenerla debía apelar a otras cosas, pero no sabía a qué.

Y no lo sabía porque no estaba seguro de hasta dónde podía y quería llegar con ella.

Así que, tras varios días de luchar contra sus sentimientos y sus impulsos, Fausto se encontró con dos certezas: la primera, Helena. Quería más de Helena y no pararía hasta conseguirlo. No sabía cuánto más, pero estaba dispuesto a pagar las consecuencias de todo lo que hiciera con respecto a ella.

La segunda... La segunda era Sabrina.

Fausto se enfrentó a la realidad que había atisbado, pero en ese momento era como una bofetada en plena cara. Se rindió a la evidencia: no podía casarse con Sabrina.

Eso era algo que iba más allá de Helena y de lo que esperaba tener con ella. Esa certeza partía de la seguridad de que no quería casarse y que no soportaría hacerlo con su prometida.

En ese momento lo tuvo claro: no necesitaba ni procrear, ni alguien que atendiera sus requerimientos. Entonces ¿por qué demonios debía casarse?

«El mandato, diría la loca de Helena. Como buen hijo del patriarcado que soy, quiero perpetuar el modelo de familia que sirve al sistema», se dijo, y no pudo evitar una sonrisa al recordar sus palabras.

Bueno, debía reconocer que era algo machista, pero lo del «mandato» se lo pasaba por el forro de los cojones. No había duda de que el estatus era algo que le preocupaba, pero saldría del paso... Su círculo social estaba compuesto de matrimonios, y muchos de ellos con hijos, lo cual lo excluía por completo al encontrarse sin una pareja estable.

«Que les den. Siempre habrá una acompañante circunstancial para determinados eventos, y fuera de ellos me relacionaré con mis amigos divorciados como Oliver... No voy a casarme, joder», se dijo.

No entendía cómo se le había podido cruzar por la mente que la vida familiar era para él. Tampoco comprendía cómo había elegido a alguien como Sabrina, a la que, aunque era guapísima, no le encontraba ninguna otra gracia.

Reconocía que era una mujer exitosa y sería una compañera ideal..., pero no para él.

Fausto tenía otras necesidades, y no había sido capaz de verlas hasta que había llegado Helena. No tenía muy claro cuáles eran, únicamente sabía que sólo de estar junto a ella la adrenalina corría por sus venas como un torrente imparable.

«Maldita bruja, ¿qué me has hecho?», pensó.

Lo que fuera, ya no estaba a tiempo de impedirlo.

Reconocerlo plenamente significó un gran alivio, y fue el impulso que necesitaba para ir a hablar con Sabrina.

Le dijo que era urgente, y se dirigió al apartamento que ella tenía en el centro, que también era su oficina.

—¡Cariño! —lo recibió ella con la alegría habitual.

Fausto pensó que lo que se había propuesto no le iba a resultar sencillo, y

acertó, pero estaba preparado para eso.

—Sabrina, siéntate, por favor. Tenemos que hablar.

Ella lo hizo con una sonrisa. Al parecer, el «tenemos que hablar» no significaba problemas en su universo, o, si así era, lo disimulaba muy bien.

—Dime, querido. ¿Es sobre los jazmines? Porque si es eso, yo...

—No es sobre los jazmines —la interrumpió—. Pero sí tiene que ver con la boda.

—Te escucho y tomo nota —dijo ella al tiempo que estiraba el brazo para buscar su libreta—. Estoy dispuesta a considerar cada cosa que...

—No habrá boda. Lo siento, pero...

Ella se puso lívida de golpe, y Fausto temió que le fuera a dar algo. Tras unos segundos de estupor, se atrevió a preguntar:

—¿Estás bromeando? Dime que ésta es una de tus bromas...

Él negó con la cabeza. Esa pregunta era la comprobación que necesitaba; Sabrina ni siquiera lo conocía. Él no era un bromista ni por asomo, y el hecho de que ella lo mencionara le pareció totalmente fuera de lugar, como si cada cosa que decía estuviese guionizada por alguien que no lo conocía.

—No hago bromas, Sabrina. Como te decía, lamento mucho...

—¿Lamentas mucho qué? ¿Qué demonios lamentas? —gritó ella furiosa poniéndose de pie y con el rostro desencajado—. ¿Es otra mujer? ¿Es más joven, más guapa que yo?

Fausto era tan cínico que había anticipado todas sus preguntas, todas sus reacciones.

—No hay otra mujer con la que me quiera casar. No la hay y no la habrá. Sabrina, hacía tiempo que estaba evaluando el formar una familia, y cuando te conocí pensé que serías la esposa ideal. Y lo sigo pensando, sólo que no serás mi esposa, sino la de otro tío afortunado que...

—¡Cállate! ¡Eres un hijo de puta! Si no es por otra mujer, ¿por qué cancelas la boda? ¡No me mientas! —exclamó ella dolorida y llorosa.

—Pues... he reflexionado y he decidido que no estoy hecho para el matrimonio. No deseo una vida familiar tranquila como creía. Necesito... otras cosas —dijo sin faltar a la verdad, aunque no lo contó todo. No podía decirle simplemente «Necesito a Helena».

—¿Qué quieres decir? ¿Qué necesitas? Yo puedo dártelo todo, mi amor...

Había pasado del «hijo de puta» al «mi amor» tal como Fausto había previsto. De eso precisamente estaba hablando también; no soportaba una

mujer tan predecible, una vida tan predecible.

—No puedes dármelo, Sabrina, porque todavía no estoy seguro de saber qué es. Sólo sé lo que no es...

—Fausto, hablémoslo mañana con más calma. Piensa bien qué es lo que deseas. ¿Quieres viajar? ¿Recorrer el mundo? ¡Yo te acompañaré!

—No necesito pensarlo, es una decisión tomada. Y va más allá de correr aventuras en otros sitios.

—Entonces ¿es la variedad? ¿Quieres tener una amante? ¡Puedo soportarlo! Me romperás el corazón, pero ahora ya lo estás haciendo.

Fausto inspiró hondo. No quería una amante, quería... Dios, cómo quería a Helena.

Y allí, en la oficina de Sabrina, tuvo una certeza que lo abrumó: quería a Helena, quería poseerla de todas las formas posibles. No sabía si eso era estar enamorado, obsesionado o qué. Sólo sabía que necesitaba a esa mujer.

—Olvídalo. Es mejor ahora que después...

—¡Pero me estás plantando en el altar! ¡A mí, que he organizado decenas de bodas de éxito!

—Seamos realistas: estábamos comprometidos pero no habíamos fijado fecha. No te estoy plantando en el altar... A propósito, puedes quedarte con la sortija —le dijo con calma.

—¡Canalla! ¡Eres un malnacido, un maldito hijo de puta!

No era novedad, ya lo sabía.

Como también sabía que no le estaba haciendo un daño permanente a Sabrina. Tal vez una herida, pero no muy profunda. No sintió culpa, no sentía compasión por ella.

Tal vez había en él rencores ocultos que hacían que le pasara factura con esa indiferencia y ese cinismo.

—Es cierto, y en ese caso te estás salvando. Saldrás de ésta, lo sabes bien. Diles a todos que me has dejado, invéntate el motivo que quieras.

—¡Les diré que te he dejado porque eres gay! ¡O porque eres un desalmado! ¡Les diré que me has pegado! —gritó ella fuera de sí.

—¿Te atreverías a denunciarme por algo que no he hecho jamás? —le preguntó sin poder evitar un tono de hastío, pues hasta eso había previsto.

—¡Soy capaz de eso y de mucho más! —dijo ella furiosa—. Mira lo que hago...

Y así, sin más, se dio a sí misma un sonoro bofetón.

—Te has pegado tú misma —dijo él con abrumadora calma.

—¡Pero no es lo que le diré al juez!

Fausto se encaminó a la puerta.

—Puedes decirle lo que quieras, pero te aviso que he grabado toda esta conversación con mi móvil. Puedes salir muy malparada... —fue lo último que le dijo antes de marcharse.

Y, mientras se subía a su coche, todavía podía oír las maldiciones de Sabrina.

El último pensamiento que le dedicó Fausto era el colmo del cinismo: se dijo que, para ser una dama de sociedad, Sabrina era muy malhablada.

Helena intentaba olvidar, pero no podía.

Todo le recordaba a Fausto. ¿Por qué había sido tan imbécil de saltarse sus propias reglas? Ahora no podía dejar de pensar en él y en su triste infancia sin madre.

Tampoco podía quitarse de la cabeza ni de la piel su maravilloso aroma ni el aterciopelado tacto de su lengua en su boca y en su sexo.

No tenía a nadie con quien hablar de todo lo que sentía. Cynthia la juzgaría duramente, y con Esperanza le daba pudor.

Hablaba con la mujer casi a diario, pero no tocaban temas del pasado como si hubiesen acordado no hacerlo. Sin embargo, las conversaciones con Esperanza eran siempre muy reconfortantes, y Helena disfrutaba de sus consejos y de su sabiduría.

Hubo sólo una cosa que la distrajo del recuerdo de Fausto y lo que podría haber sido y no fue: Sam, el dueño de GataPaka, había decidido darle una oportunidad como comediante.

Había presenciado una improvisación y le había parecido que la joven estaba más que lista para dar un buen espectáculo, así que le había ofrecido presentarse ese sábado.

Ella ansiaba esa oportunidad, pues el *stand-up*, que había comenzado como un pasatiempo, podía tal vez ser en el futuro un medio de vida. Sobre todo ahora que ya no acompañaba a Rocco en los malabares callejeros... Temía encontrarse con Fausto y caer en la tentación de seducirlo.

Se había quedado con las ganas metidas en el cuerpo, y cada vez que se

tocaba lo hacía pensando en él.

«Alto ahí. Destierra a ese hombre de tu mente de una vez y concéntrate», se dijo minutos antes de que comenzara el *show*.

Y durante un buen rato lo logró.

Salió al escenario con tanta adrenalina que le picaban los dedos, pero eso no le restó nada; al contrario, fue un plus.

La gente dejó de comer y de beber en cuanto la vio. Se ganó al público desde el primer instante, cuando entró haciendo malabares con tan sólo un par de naranjas y mordiéndose la lengua como si fuese la mar de difícil.

Helena había hecho unos cambios de último momento en su rutina, llevada por un impulso. El *stand-up* era para ella una forma de hacer catarsis tan efectiva como la terapia que no se podía pagar en ese momento, así que lo utilizó para liberar tensiones y demonios también.

Empezó el monólogo hablando sobre su actividad en los semáforos, y contó la anécdota del chicle. Se sintió muy segura de sí misma y muy orgullosa de poder hablar de lo que tanto la afectaba, en clave humor. Lo usó como un disparador algo picante, para luego seguir con el tema del machismo.

—... Y lo peor es que era guapo. Guapo no, lo siguiente. Y va y me deja un chicle mascado de propina... Estaba mojada, muy mojada..., quiero decir la goma, no yo. Bueno, ¿a quién quiero engañar? Yo también. Puta goma de mascar mojada con su saliva... No sabía si metérmela en la boca o en otro sitio, joder. Habría intercambiado fluidos con ese ejemplar toda la tarde, pero no de esa forma precisamente. Le habría dado mis naranjas y mis melones también (o, mejor dicho, mis limones), pero el tío se marchó y yo me quedé haciendo globitos, cuando lo que habría querido era usarlos con él. En fin, esto es así. Una se expone al trabajar en la calle, sobre todo siendo mujer en esta sociedad o *zoociedad* machista y misógina, a tratar con estos hijos del patriarcado que ladran en la calle y en el trabajo maúllan... «Miau, miau, señor jefe, sí, señor, sí...» Ay, machos alfa de lomo plateado, barba de leñador, voz de espartano, hambre de náufrago y enorme espada de gladiador, maullando como gatitos... Todo un espectáculo.

El público se reía a carcajadas, no sólo por lo que decía, sino por cómo lo decía. Era naturalmente graciosa, y abrumadoramente llamativa así como estaba, ataviada de negro, con un pantalón ajustado, top de cuero de imitación y botas hasta la rodilla. Se sabía dueña de una estructura física privilegiada, pero no le sacaba partido más que a su vientre, siempre al aire. Claro que esa

noche era diferente por lo especial. No quería sacarle partido a su cuerpo, sino a su talento, así que se había puesto guapa más para sí misma que para el público.

—Feminista, sí... Con deciros que mi posición preferida es yo arriba y abajo el patriarcado... Claro que soy consciente de que aquí me estoy metiendo en un berenjenal porque yo digo feminista y muchos oyen «lesbiana/*feminazi*/malfollada». Otros con el oído más aguzado también oyen «resentida/androfóbica/fea», y dejadme deciros que... tienen razón. En una o dos... o tal vez... tres... Vamos, salta a la vista, lo asumo: cuatro de esos conceptos me van muy bien, pero no os diré cuáles, pues todos combinan perfectamente con estas botas *triturapenes*... ¿Algún macho alfa que quiera probarlas? Me encantaría oíros aullar, no maullar, para variar.

El público rio deleitado, pero Helena tuvo que hacer una pausa. Contuvo el aire, y caminó por el escenario de espaldas a la gente, mientras su cabeza iba a mil.

«Joder, joder, allí está él. Fausto... ¿Qué hace aquí? Dios santo, acabo de hablar de él. ¿Habrá estado presente desde el principio? ¿Lo habrá oído todo?», se preguntó en ese par de segundos que necesitó para reponerse después de divisarlo sentado entre el público.

Inspiró profundamente, hizo de tripas corazón y continuó con su monólogo según lo previsto. Volvió a sentirse orgullosa de sí misma, porque el hecho de poder seguir adelante con semejante elemento perturbador lo sentía como una verdadera hazaña.

Durante la siguiente hora no sólo cumplió su rutina a la perfección, sino que también interactuó con la gente en un divertido *feedback* lleno de dobles sentidos. Pero se cuidó muy bien de no hablarle a él directamente, aunque estuvo muy tentada de preguntarle: «A ver, caballero, sí, usted, el bombón de la mesa seis. ¿Qué hace tan solito ahí? Suba al escenario, que me gustaría jugar con sus pelotas..., ejem, disculpe, enseñarle a hacer malabares con estas pelotas». Pero no lo hizo, aunque sí se ruborizó sólo de imaginarse tocándolo... ahí abajo.

El público estaba encantado y aplaudió a rabiar, sobre todo cuando Helena terminó el espectáculo mostrando que no era una simple malabarista aficionada al realizar una complicada rutina de equilibrio con el micrófono que resultó un éxito.

Cuando terminó, le dirigió a Fausto una desafiante mirada, que estaba

segura de que no sería la última de la noche.

Ese sábado Fausto tenía la intención de esperar a Helena a la salida de GataPaka. Podría haberla llamado, pues Daniel Oliver le había conseguido su número, su nombre completo y hasta su edad, pero prefirió ir personalmente y apelar a recursos más contundentes que unas simples palabras.

Helena Miller, nacida en Santa Bernardina, el 18 de abril de 1997. Veintiuno, sólo veintiún putos años, pero llenos de vivencias y, por lo que ella había contado, la mayoría traumáticos.

Era demasiado joven para... para lo que fuera. Para cualquier tipo de relación que entablasen, ya fuera amistosa o sexual. La cuestión es que no podía mantenerse apartado de ella.

Habría deseado tener su dirección, pero el informante que su abogado había conseguido en la comisaría no había querido decirle más, así que allí estaba, en GataPaka, a las nueve y media, porque no estaba seguro de a qué hora salía ella de trabajar.

Un letrero rodeado de luces led en la puerta lo sorprendió: HOY, A LAS 22.00 HORAS, DEBUT DE HELENA MILLER, y, más abajo: PRESENTACIÓN DE SU *SHOW* DE *STAND-UP*: «MACHIRULO A LA LICUADORA».

Se quedó mirando el cartel con la boca abierta. ¿Así que era la noche del debut de Helena? ¡Y con un espectáculo provocador! No se lo perdería por nada del mundo.

Cambió de planes, por supuesto. Ya no la esperaría fuera, sino que presenciaria el *show*. Claro que intentaría pasar desapercibido, para no perturbarla demasiado. Se preguntó si no estaría exagerando... Tal vez eran sus propios deseos de perturbarla los que le hacían tomar tales precauciones.

«Tal vez no se le mueva un pelo si me ve. Quizá ya ni piense en mí, aunque hayan pasado sólo unos días...», se dijo con cierto pesar.

Pidió una mesa algo apartada, cuidándose muy bien de no cruzarse con Rocco, que estaba como otras veces tras la barra.

Era la segunda ocasión que lo esquivaba esa semana, ya lo había hecho en

el semáforo el día anterior, cruzando con luz ámbar, cuando había pasado por allí con la esperanza de ver a Helena.

No era que le tuviese miedo al chico, sino más bien otra cosa. Tal vez se sentía algo en falta, pues se daba cuenta de que él pretendía llegar a más con Helena, exactamente igual que él.

Una camarera le llevó una cerveza, y, en cuanto se marchó, Helena apareció en el escenario sin que nadie la anunciara, haciendo tonterías con dos naranjas.

Fausto se quedó con la boca abierta mirándola. Estaba deliciosa con ese atuendo... Pantalones de cuero y botas. Por Dios... La ropa se le pegaba como una segunda piel dejando a la vista su vientre, como era habitual. Se había peinado como la última vez que la vio y la tuvo en sus brazos, con una cola de caballo tirante de la que colgaba una trenza interminable.

Toda ella brillaba bajo las cálidas luces que seguían todos sus movimientos.

Fausto no pudo evitar reír como todos ante los cómicos intentos de la joven de hacer malabares con las naranjas, sobre todo porque sabía que podía realizarlos con facilidad y sólo fingía esforzarse mucho.

La vio acercarse al pie del micrófono y su corazón comenzó a latir con fuerza cuando oyó su voz presentándose ella misma. Su mirada se perdió en su cuerpo perfecto y el mundo desapareció para él. Sólo quedó Helena y su belleza exótica, que, cuando la vio por primera vez, él no supo o no quiso reconocer.

En ese momento cayó en la cuenta de lo que había detrás del desprecio que creyó sentir al conocerla: miedo. Miedo a que pudiese gustarle tanto alguien tan diferente. Miedo a la felicidad, a la libertad de Helena. Miedo a no experimentar jamás la verdadera pasión.

La observó embelesado, y sólo salió de su ensimismamiento cuando la oyó decir «muñeco de pastel de bodas» y, acto seguido, contar la anécdota de... ¡del chicle!

Fausto no salía de su asombro. Allí, en el escenario, Helena hablaba de él como si nada. ¡Porque no había duda de que se refería a él! Se quedó petrificado al principio sin saber si indignarse o reírse. Primó lo segundo, por supuesto, pues, como todos los presentes, terminó soltando la carcajada. Claro que cuando mencionó la palabra «mojada» de forma ambigua, sintió algo más

que hilaridad. Una erección comenzó a formarse dentro de sus pantalones al recordar lo «mojada» que podía ponerse Helena.

Intentó concentrarse en el monólogo y trató de calmarse, pero no lo logró. Ni siquiera se enfadó cuando ella dejó entrever que lo consideraba un misógino y un machista, porque sólo podía pensar que le había afectado lo suficiente como para abrir el espectáculo con una anécdota referida a él.

Eso alentó a Fausto en su afán de redefinir su relación con la joven, así que, cuando terminó el *show*, se fue al coche a esperarla.

No tardó mucho en divisarla. Salió con Rocco, por supuesto, pero no tardó en despedirlo.

Cuando Fausto se bajó del vehículo para ir a su encuentro pudo oír que él le decía «¿Vamos directos a casa?», a lo que ella le respondió: «Hoy no. Tengo algo que hacer», y acto seguido sus ojos se clavaron en él, que no supo cómo reaccionar. Se quedó parado, sin hacer nada, mientras el chico lo miraba con odio; toda su atención se había quedado detenida en la pregunta inicial. ¿Cómo que «Vamos directos a casa»? ¿Es que esos dos vivían juntos?

No hubo tiempo para más consideraciones porque Rocco intentó protestar, y la joven lo acalló de inmediato: «Sé perfectamente lo que hago, así que vete a casa o donde quieras».

Otra vez lo de «a casa». Eso lo confundía y lo sublevaba a partes iguales, pero el asunto era que Helena se quedaba, y estaba claro que era por él.

Finalmente el chico se marchó, y ellos se encontraron frente a frente.

—¿Qué quieres? —lo increpó ella con cara de pocos amigos.

—¿Vives con ése? —inquirió él sin prestar atención a la pregunta.

—No es asunto tuyo, pero sí. Vivo con Rocco y con otras personas. Ahora dime, ¿qué demonios haces aquí, Fausto?

Se sintió algo aliviado, inspiró hondo y luego respondió con sinceridad:

—He venido a verte, a hablar contigo. Te marchaste sin despedirte y no pudimos resolver nada.

Ella frunció el ceño.

—No había nada que resolver. Quedó todo dicho cuando elegiste hacer preguntas, curiosar en mi vida...

—Y contarte la mía. Lo sé, lo sé... —admitió—. Escúchame, por favor. Cuando te propuse lo que te propuse para liberarnos de esta especie de obsesión, creí equivocadamente que conocer detalles de nuestras vidas sería incompatible con..., bueno, con lo que íbamos a hacer.

—Follar y olvidar, puedes decirlo. Una sola vez, sin preguntas, sin detalles, sin reproches... Yo estuve de acuerdo con eso y tú fallaste. Fin del asunto —dijo ella muy resuelta—. Y ahora, si no te importa, quiero marcharme a...

Hizo un ademán como para esquivarlo y seguir, pero Fausto no se lo permitió.

—Has estado fabulosa esta noche.

Helena se detuvo y arqueó una ceja.

—¿Lo viste desde el principio? —le preguntó.

—Sí. Me sentí muy halagado cuando me mencionaste...

—Me burlaba de ti, por si no lo notaste.

—Lo noté. Pero por alguna razón mi mente sólo registró lo de mi saliva en tu... boca, y eso me alteró bastante. En realidad, no pienso en otra cosa desde el sábado, Helena.

La joven se rascó el cuello incómoda.

—Déjame pasar.

—Eso quería pedirte precisamente: que me dejaras pasar. Terminemos lo que empezamos porque, si no, voy a enloquecer —le confesó intentando disimular lo desesperado que se sentía.

—Es tarde.

Fausto la cogió de la muñeca y puso el tatuaje frente a sus ojos.

—Aquí dice: «Aún estás a tiempo».

—De desistir. De olvidarnos del asunto de una vez.

—Yo tengo otra interpretación. Creo que podemos suprimir la estúpida regla de no conocernos mejor y seguir adelante. No lo veo para nada incompatible con...

Pero Helena lo interrumpió. Si permitía que continuara hablando seguro que la iba a acabar convenciendo, y no quería. Él ya había removido lo suficiente dentro de ella para considerarlo terriblemente peligroso.

Debía asumir que ese hombre estaba fuera de su alcance incluso a nivel de cama. No podía poner en peligro su estabilidad mental, y mucho menos con la clara tendencia a depender de aquello que la gratificara y le diera placer. No conocía nada más adictivo que ese hijo del puto patriarcado, y se lo iba a quitar del cuerpo y de la cabeza como fuera.

—Incompatible —repitió con una sonrisa irónica—. Has dado en el clavo. Somos completamente incompatibles en todos los aspectos. Eres demasiado

formal para mi gusto, eres machista, dominante, petulante...

—Creo que lo diferentes que somos es lo que genera esta atracción — comenzó a decir Fausto.

Pero Helena levantó la voz y lo cortó:

—... y aburrido. Eres francamente aburrido y no sería buena idea continuar con esto, porque prefiero sospechar que terminaría bostezando y no comprobarlo directamente. Quedémonos con la idea de que podrían haber estallado fuegos artificiales y no con el recuerdo de un fosforito apagándose —le espetó, dejándolo sin palabras.

«Punto para Helena», se dijo satisfecha. Lo había dejado anonadado, y debía aprovechar la oportunidad para huir.

Pero, por alguna razón, no podía moverse.

Tal vez eran sus ojos grises, que brillaban demasiado, o esa expresión entre decepcionada y dolida. Se lo veía triste, apesadumbrado, y algo dentro de ella se rompió. Estuvo a punto de cogerlo de la mano y pedirle que la perdonara, que todo lo que había dicho era mentira, pero no tuvo el valor.

Y, de pronto, él habló.

—«Donde no puedas amar no te demores»... —murmuró con calma—. Es uno de tus tatuajes, ¿no es cierto? El de la espalda. Parece que es tu lema, entonces... Haces bien, Helena. No te demores.

El marcador volvió a cero, mientras ella se quedaba mirando cómo Fausto se marchaba derrotado.

El detective tenía noticias buenas y malas.

Sobre el asunto de la madre de Fausto, había encontrado un certificado de defunción del año 1985. Eso era bastante extraño, porque, aunque jamás nadie se lo había dicho, él creía que ella había muerto mucho antes y por eso no la recordaba.

Eso lo destrozó. Si había estado con él hasta esa fecha debería recordarla, pero no podía. No había lugar para las dudas, sin embargo: existía un certificado de defunción, el que nunca se había atrevido a buscar, y eso supuestamente probaba que su madre había muerto. No obstante, no explicaba la extraña sensación que seguía teniendo de que ella aún vivía... Además, no le terminaba de cuadrar el hecho de que encontrar ese certificado le hubiese

costado tanto trabajo al detective. Según él, estaba enterrado en el fondo de un archivador, como para que nadie lo encontrara en el registro. De todas maneras, aún no estaba todo dicho, y el hombre se comprometió a seguir investigando.

Y sobre lo de Helena... Lo mismo. Noticias buenas por un lado, porque había identificado quién podía ser el médico, tras descartar varios profesionales por una cosa u otra. Lo malo era que ese hombre había muerto recientemente, y en el extranjero.

Fausto se bebió su copa y sonrió, pero con tristeza. Aunque el detective insistió en que buscaría a su esposa, él sabía que quizá no tendría la oportunidad de contarle a Helena ni las buenas ni las malas noticias.

Cuando ella le había dicho que la aburría, con ese mismo tono insolente que había utilizado anteriormente, cuando discutieron en el semáforo, él sintió una vergüenza inconmensurable.

De pronto la vio tan joven, tan bella, tan libre. Talentosa, resiliente, fuerte. Él era un cínico de treinta y siete años, malhumorado y bastante cansado. Harto de su trabajo, que lo obligaba a tratar con gente superficial y a veces tonta. Harto de su vida predecible y tranquila, de seguir el rebaño. Lo de romper con Sabrina había sido la única rebelión de su vida, y no se arrepentía de nada, pero se sentía muy solo.

«Joder, ¿qué estoy haciendo? —pensó en ese momento—. Casi le estoy rogando a esa chica que me permita entrar en su vida. Pero ¿es que no tengo espejos? Podría ser su padre. Ella parece que sea más joven y yo más viejo... Su frescura y mi hastío, qué mala combinación. ¿Cómo no aburrirla? Pasando entre sus piernas, tal vez, pero ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podría aguantar esperando siempre el puntapié que me quitara de en medio? Dios, esta crisis de la mediana edad me va a terminar matando. Ya ha aniquilado mi autoestima, mi amor propio, ¿qué más se llevará? Tengo que huir de aquí porque estoy a punto de romperme. Soy patético, ridículo... No puedo ofrecerle nada, nada puedo coger. Basta de perder el tiempo y hacérselo perder a ella...»

Su orgullo estaba herido, pero no muerto, y en ese momento se hizo con el mando de la situación. Había tomado una decisión en caliente y se había marchado jurándose no volver a verla, pero al día siguiente se encontró flaqueando. Y al otro estaba francamente arrepentido. Y, un día después, completamente desesperado.

No podía concentrarse, así que canceló todas sus citas y se quedó en casa

encerrado, con las persianas bajadas para no percibir que había vida bullendo fuera, para que los árboles y las plantas no le recordaran el verde de los ojos de esa mocosa hechicera.

Tardó veinticuatro horas más en asumirlo: estaba irremediablemente enamorado de Helena.

Enamorado. Ahora lo entendía. Significaba que sería ella o no sería ninguna. Que el orgullo se masticaba y se tragaba. Que no podría parar hasta comprobar si le arrancaba un bostezo o un orgasmo.

Y, luego, si resultaba que ella no sentía lo mismo, se resignaría a la vida gris que ya tenía predestinada. Más gris que nunca, porque ahora no habría ni amante esposa, ni hijos, ni nada. Tampoco habría vida de soltero, vida disipada, sin preocupaciones. Lo que tendría serían jornadas interminables y noches eternas y febriles por los recuerdos.

Lo intentaría, claro que lo haría. Una vez más, iría a por ella, porque tal vez aún estaba a tiempo, como decía el tatuaje.

Esa mañana se levantó, se duchó, se recortó la barba y llamó a su secretaria para decirle que todavía tenía tos y gripe. Luego se enfundó unos vaqueros desgastados, se miró al espejo y después se los quitó. Ése no era él... Ni siquiera sabía por qué los tenía. Se puso un pantalón de vestir azul, camisa blanca sin corbata y americana.

Estaba a punto de sacar el Audi, pero en el último minuto se cambió al Mini que había sido de su madre. La única extravagancia que se permitiría ese día, a ver si le traía suerte.

Como no sabía dónde vivía ella, decidió probar a encontrarla directamente en la facultad. Esperó una hora y no la vio ni salir ni entrar, así que no aguantó más y bajó del coche. Era casi mediodía y había estudiantes por doquier.

Le bastó con echar una mirada alrededor para darse cuenta de que difícilmente podría hallar a alguien entre tanta gente, así que se dirigió a la conserjería, decidido a inventarse algo para que le dijeran cuándo y dónde sería la próxima clase de Helena Miller.

Esperó pacientemente en la fila y, cuando le tocó el turno, se llevó la sorpresa de su vida. Una morena muy guapa lo miró con furia, puso los brazos en jarras y luego le espetó:

—¿Qué hace usted aquí? ¡No me diga que se ha arrepentido, porque soy capaz de cualquier cosa...!

Fausto miró por encima de su hombro porque en un primer momento no

podía creer que se estuviese refiriendo a él.

—¿Qué hace? ¡Le estoy hablando a usted, doctor Gastaldi!

Cuando oyó su nombre, se la quedó mirando con los ojos desorbitados, sin poder entender a qué se refería ni de qué lo conocía.

—¡Si viene a negociar otro trato, no pienso escucharlo! Para eso están nuestros abogados, y usted fue el que aceptó pagar los diez mil para no ir a juicio...

Fue decir «abogados» y cayó en la cuenta. Esa chica era nada más y nada menos que la jodida señorita López, que la casualidad había situado en la jodida conserjería de la jodida Facultad de Psicología en la que estudiaba Helena.

Eso y decir que estaba jodido era casi lo mismo.

—¿Es que piensa quedarse callado todo el rato? ¡Dígame a qué ha venido de una vez! —le exigió la señorita López, a todas luces enfadada.

A Fausto no le pasó desapercibido que ella no cuestionaba cómo la había localizado; simplemente quería saber qué hacía allí.

Titubeó. No quería preguntar por Helena a alguien que lo conocía, por supuesto. Porque estaba muy claro que la señorita López lo recordaba, aunque él no podía hacerlo. Era normal, pues él percibía la parte, no el todo. Para Fausto, sus pacientes eran una nariz, un par de pechos, un vientre... Pero se suponía que con la señorita López había interactuado tras la intervención, y, sin embargo, estaba seguro de que ésa era la primera vez que veía a esa mujer en su vida.

—He venido por casualidad... Y bendita casualidad, pues ahora me explico por qué no recordaba haber hablado con usted antes; en verdad no la conozco. Usted no se presentó en mi consulta a reclamarme nada, de eso estoy seguro — le dijo con calma.

La muchacha lo miró visiblemente indignada.

—¿Que no me presenté? ¡Claro que lo hice! Fui con el rostro arruinado por la fina naricilla respingona que me dejó, y ¿qué obtuve? ¿Una disculpa? ¿Una nueva nariz acorde con mis facciones? ¡No! Simplemente me cerraron la puerta en la cara... Tuve que recurrir a otro médico, que me ayudó gustoso — le recriminó la morena.

«Sí, ya lo creo... Ese cretino de Octavio Camps haría cualquier cosa para perjudicarme, incluso poner a esta mujer en mi contra», pensó.

—Insisto, señorita López. Yo jamás hablé con usted en mi consulta ni en ningún otro sitio —afirmó, completamente convencido de lo que decía.

—No fue usted el que me despachó con viento fresco, sino su socia.

—¿Mi qué?

—Su socia, la Barbie Malibú...

—No entiendo... ¿Usted fue a mi consulta y la atendió una mujer?

—Así es. Y desestimó mi reclamación de inmediato. ¡Me marché llorando! Claro, ella es tan guapa, tan rubia, con esa naricita tan perfecta y tan proporcionada...

Fausto frunció el ceño y de pronto comprendió. Su secretaria era morena, así que la rubia de la naricita perfecta no podía ser otra más que Sabrina. En aquella época acababan de conocerse y ella pasaba mucho tiempo en la clínica, y con frecuencia lo esperaba durante horas hasta que saliera del quirófano.

No entendía por qué había hecho una cosa así... ¿En qué la beneficiaba? En nada. Bueno, de hecho, Fausto pensaba que no correspondía que le hiciera una nueva cirugía sin coste, porque estaba seguro de que había hecho lo que había podido en aquel momento por esa mujer. Sin embargo, a Sabrina no tenía por qué afectarle, y él creía que se había tomado demasiadas atribuciones.

Recordó lo posesiva que era cuando empezaron a salir, y lo celosa que estaba de sus pacientes... Sí, le iba al pelo. Esa mujer era Sabrina.

Cogió su móvil y buscó una foto de ella.

—¿Era ésta mi supuesta «socia»? —le preguntó a la señorita López mostrándole el rostro de la que había estado a punto de ser su esposa.

La joven asintió.

—Fue muy cruel... Dijo que tenía que estar agradecida con usted por haber logrado que volviese a respirar, y que la que tenía le parecía una nariz «bastante decente»... ¡Bastante decente! Yo estaba traumatizada, ni siquiera me reconocía en el espejo y esa mujer se burló de mí —dijo ella, aún enfadada—. Estoy muy orgullosa de mi raza, y ella me hizo sentir muy humillada ese día...

Fausto estaba indignado con Sabrina y muy decidido a arreglar cuentas con ella a la primera oportunidad que se le presentara, pero en ese momento sólo necesitaba explicarse con la señorita López para poder ir en busca de Helena.

—Señorita, esa mujer no era mi socia, sino mi novia, y sin duda se tomó atribuciones que no le correspondían. Lamento mucho que le hiciera pasar un mal momento...

La mirada de la muchacha pasó del asombro al pánico.

—¡No estará pensando en echarse atrás...!

—¿Cómo?

—Me refiero al arreglo económico. Tuve que pagarle a un buen cirujano para que me solucionara el problema y me quedé sin nada... Espero que

cumpla con el trato, doctor Gastaldi.

A Fausto le rechinó lo de «un buen cirujano». ¡Él era uno, y muy bueno! Con tiempo y las herramientas adecuadas, seguramente habría logrado un mejor resultado, mejor aún que el de su colega incluso.

—Podría echarme atrás, ¿sabe? Acabo de caer en la cuenta de que usted jamás me reclamó directamente. Y yo que me estaba preocupando por mi falta de memoria...

—¿Me habría intervenido gratis en su clínica privada?

—Tal vez.

—Sea sincero...

Fausto se dio cuenta de que la chica no era tonta.

—El doctor Camps tampoco lo hizo gratis, en todo caso. Pero, claro, un malentendido y yo pago los platos rotos...

—¡Usted hizo un mal trabajo en el hospital!

—Hice lo que pude —replicó.

Un hombre que estaba detrás comenzó a impacientarse, y luego toda la fila lo hizo. Fausto se dio cuenta de que ése era el momento preciso para hacerse humo, sobre todo cuando la señorita López le preguntó:

—¿Cómo supo que me encontraría aquí?

La pregunta del millón. No pensaba hablarle de Helena, por supuesto, así que se inventó una excusa para salir del paso.

—No lo sabía. Ya le he dicho que este encuentro es producto de la casualidad... He venido a buscar información sobre la carrera de Psicología —mintió—. Para mi... sobrina. Pero, bueno, creo que lo dejaré para otro día porque hay demasiada gente esperando.

—Espero que el acuerdo siga en pie —murmuró ella, más nerviosa que enfadada.

—Ya veremos —fue lo último que le dijo antes de darse media vuelta y poner pies en polvorosa.

«Menuda casualidad. Nunca me habría imaginado esto, y todavía no sé qué haré con esta información, pero por algún motivo no me importa. Lo único que me interesaba encontrar no he podido hallarlo», pensó al tiempo que bajaba la escalera y se disponía a marcharse. Suspiró, resignado a tener que comerse un plantón en el Mini esperando a Helena. O aparecía por la facultad o por GataPaka, pero no se iría sin verla. Era una cuestión de supervivencia; ya no podía pasar una noche más sin la certeza que necesitaba.

Y parece ser que el destino tuvo muy en cuenta su determinación, porque, en cuanto cruzó la puerta, alguien se estrelló contra su pecho.

Después, todo transcurrió como en cámara lenta.

Unas rastas rojizas, una mirada verde llena de asombro. El objeto de su deseo temblando entre sus brazos.

Por unos instantes se miraron en silencio mientras dentro de ellos las emociones estallaban.

Y luego sucedió.

Fausto no la soltó en ningún momento.

Sólo murmuró su nombre, y se olvidó del mundo. Caminó un par de pasos arrastrándola con él hasta arrinconarla contra una pared y luego se inclinó y se la comió a besos. La besó con desesperación delante de mucha gente, en la calle, a plena luz del día.

Helena se dejó hacer. Su voluntad sencillamente dejó de funcionar. Abrió la boca y se abandonó por completo a esa deliciosa sensación que conocía tan bien: sentirse prisionera de la lengua de ese hombre.

No pudo evitar corresponderle. Una extraña debilidad se apoderó de ella primero, y luego el fuego la recorrió entera.

Le echó los brazos al cuello y le respondió con ganas. Era tan estrecha la unión y tan intensa la forma de besarse que a su alrededor se elevó un murmullo, y de pronto cayeron en la cuenta de que no estaban solos.

El mundo seguía allí. La gente los observaba. Y ellos tenían demasiada ropa.

No hubo un acuerdo explícito, casi no hubo palabras. Sólo un «ven» susurrado al oído, una mano grande apresando una pequeña, unas miradas que lo decían todo.

Fausto mantuvo la puerta del Mini abierta. Helena titubeó sólo un segundo, pero bastó una mirada de fuego para que subiese sin rechistar.

Él arrancó el coche, y luego la tomó de la mano y sonrió.

—Puedes ir olvidando lo que dice tu último tatuaje —le dijo acariciándole la muñeca—. Ya no estamos a tiempo, más bien estamos perdidos, y lo sabes...

Ella se estremeció, pero no se rindió sin provocarlo un poco.

—Aquí, a la vuelta de la esquina, hay un motel por horas. Vayamos y resolvámoslo rápido, que tengo que volver a clase.

Fausto negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Iremos a ese hotel, pero tú no regresarás a clase hoy —le aseguró mientras se ponían en marcha.

Helena lo miró sorprendida.

—No pareces la clase de tío que frecuenta uno de esos moteles —observó.

—No lo soy. Pero se trata de una emergencia... —replicó él con una mirada tan significativa que la joven se ruborizó—. No puedo estar más tiempo con mis manos y todo lo demás lejos de ti, Helena. Sólo necesitamos un poco de intimidad, y cualquier sitio que nos la proporcione estará bien. No importa el lugar, sólo importa estar... juntos.

Tras esa declaración, las palabras sobraron, y cinco minutos después entraban en la habitación en penumbra besándose como locos.

A tuestas, Fausto encendió la luz. No solía hacerlo; era de los que preferían la oscuridad, que ocultaba todo aquello que pudiese hacerlo sentir vulnerable. Pero con Helena todo era distinto. No quería perderse ni una de sus emociones, ni uno de sus gestos, así que tenía que hacer concesiones a sus antiguos hábitos.

Mientras entraban en el parking se había propuesto ir despacio, pero no podía. Imposible fingir calma cuando dentro de sí se agitaba algo demasiado turbulento. Necesitaba desnudarla y recorrerla entera. Saborear cada uno de sus rincones. Besar sus tatuajes, sus cicatrices, la perfección y la imperfección del cuerpo de Helena.

No se anduvo con rodeos; interrumpió el beso un momento sólo para decirle:

—Arriba las manos.

Ella sonrió.

—¿Me vas a asaltar?

—Tal vez —murmuró él jadeante.

—No veo ningún elemento intimidatorio. ¿Tienes un arma?

Dios... Se lo estaba sirviendo en bandeja, así que, igual que hizo aquella noche en la puerta de GataPaka, cogió su mano y la apretó contra su erección.

—Repito: arriba las manos. No me obligues a usarla.

La risa de Helena... Quería registrar ese sonido para recrearlo luego, cuando la echara de menos.

—Esa amenaza me obliga a pensarlo dos veces antes de obedecerte —le dijo sin soltarle el paquete—. Deberías ser más convincente...

Fausto le cogió el rostro con una mano y le lamió los labios.

—Más convincente... Está bien: si le tienes aprecio a tu ropa, obedece antes de que te la arranque.

Eso bastó para que la joven levantara ambas manos, risueña.

En dos segundos y de un tirón, él la dejó en tetas.

—Dios... Nunca usas sujetador... —murmuró excitado.

—No lo necesito —replicó la chica.

—No lo necesitas —confirmó Fausto al tiempo que le acariciaba los senos, jóvenes, firmes..., hermosos. No eran muy grandes, tenían el tamaño perfecto para la estructura corporal de Helena, y jamás se le cruzaría por la mente profanar esa perfección con las prótesis que solían pedir sus pacientes.

Los pezones rosados estaban duros y anhelantes, y él no pudo dilatar más el momento de devorarlos. La enlazó con cierta brusquedad, se inclinó sobre ella y los recorrió con la lengua primero y después succionó.

Helena gimió.

—Eso es... Me gusta. Mucho.

—Vamos a ver si esto también te gusta —susurró él mientras le desabrochaba los vaqueros.

Helena estaba mareada, así que se apoyó en los anchos hombros masculinos cuando él se agachó para terminar de quitarle los pantalones, las bragas y las zapatillas deportivas.

Cuando hubo acabado de desnudarla, no se incorporó. Se quedó de rodillas y apoyó los labios en el pubis de Helena, mientras sus manos ascendían hacia las redondeadas nalgas para impedirle que se apartase. No era necesario, porque ella no hacía otra cosa que adelantar la pelvis pidiendo más.

—Sssí... —dijo jadeando al tiempo que oprimía la cabeza de Fausto contra su sexo, sin poder controlarse.

Él sonrió y alzó la mirada, hasta que se encontró con la de ella.

—Mocosa desvergonzada —le dijo, pero sus ojos sonreían.

—Y tú... demasiado tímido... Vamos, quitatelo todo... —le rogó con la boca seca.

Fausto se puso de pie y obedeció.

Se quitó la camisa, pues la americana la había dejado en el coche. Y luego continuó con los zapatos y los pantalones, mientras Helena lo observaba

sentada en el borde de la cama, con la mirada turbia y el sexo empapado.

Era mejor que en sus recuerdos, mejor que en sus fantasías. De pie, con su ropa interior negra, era como un dios urbano, enorme y letal.

Helena se mordió el labio sin poder evitarlo.

—Todo —le indicó señalando con la mirada la única porción de tela que lo cubría.

Fausto dejó caer sus bóxers al suelo y aguardó expectante. Estaba en sus manos, y le encantaba.

—Vaya... —murmuró ella con los ojos clavados... allí—. Yo seré una desvergonzada, pero tú no eres lo que se dice pudoroso precisamente.

Él se encogió de hombros.

—Soy lo que ves, y es todo para ti —dijo Fausto abriendo levemente los brazos, y Helena se sintió subyugada por la sencilla entrega.

—Ven —murmuró intentando disimular el temblor en su voz.

Fausto se aproximó, pero no lo suficiente, entonces ella cogió su mano y tiró de él hasta que su pene, enorme y erguido, quedó frente a su rostro.

Lo contempló entre extasiada y hambrienta, sin atreverse a tocarlo.

Pero Fausto sí lo hizo. Con una mano le acarició el rostro, y la otra fue directa a su polla.

Helena se quedó sin aire, con las puntas de los dedos doloridas por las ganas de tocarlo. Se contuvo, sin embargo. Era increíblemente erótico verlo acariciándose ante ella, sin vergüenza alguna.

Lo vio rodear el pene con su mano, y luego subir y bajar.

—Por Dios... —dijo Helena con un hilo de voz—. Déjame hacerlo a mí...

Él negó con la cabeza.

—Abre —le exigió con voz ronca.

Estaba disfrutando mucho de ser dominado por Helena, pero ahora le tocaba a él asumir ese rol.

Cuando ella entreabrió los labios y sacó la lengua sensualmente perforada, a Fausto estuvo a punto de darle un infarto. Y cuando la vio lamerlo tuvo que apelar a toda su fortaleza para no metérsela hasta la garganta.

Sentía que estaba a punto de eyacular, y ni siquiera la había penetrado. No podía permitírselo, así que dio un paso atrás y se pasó las manos por el pelo.

—Mala idea —musitó. Estaba claro que asumir un papel más activo le iba a resultar imposible, así que se puso en sus manos otra vez.

Helena sonrió perversamente y su mirada se concentró en lo que tenía

frente a sus ojos y parecía a punto de estallar.

—¿Tienes un condón? —le preguntó.

—¿Qué?

—Que te pongas un condón.

Fausto tragó saliva. No acostumbraba a andar con condones encima.

—¡Mierda! —exclamó contrariado. Si no llevar condón le iba a terminar malogrando la tarde de su vida, se suicidaría.

—No te preocupes. Suele haber en estos moteles... —dijo ella al tiempo que se inclinaba y abría el cajón de la mesilla de noche.

Encontró un par y los puso sobre la cama, pero Fausto no les prestó la debida atención, porque tenía una pregunta que no debería hacer pero no podía contener.

—¿Vienes con frecuencia a estos sitios?

—Sólo cuando quiero follar.

Algo desconocido y oscuro comenzó a formarse en su interior al imaginarla desnuda con otro tío en esa misma cama, con esa misma mirada cargada de deseo.

Tragó saliva mientras observaba cómo ella abría uno de los sobres con los dientes y sacaba el pequeño aro.

«Joder. ¿Cuánta experiencia se puede tener con sólo veintiún años? —se preguntó molesto—. No sé por qué me afecta de esta forma... Bueno, sí lo sé. Porque soy un puto machista, un hijo del patriarcado que no puede tolerar la idea de que otros le hayan dado placer, de que otros la hayan tocado. No es mía, no es mía, ¡mierda! Helena no es de nadie, y ésa es una de las cosas que más me atraen, pero juro por Dios que mataré al imbécil que quiera arrebatármela...»

Ella apenas lo tocó mientras desenrollaba el condón y lo hacía descender a lo largo de su pene completamente erecto. Y, cuando la vio recostarse en la cama y abrir las piernas para él, se olvidó de todo. No le importó otra cosa que no fuese estar dentro de ella.

Se inclinó sobre la joven y, apoyándose en sus propias manos, la penetró hasta el fondo.

Helena se arqueó mientras de su garganta escapaba un prolongado gemido.

«Por fin... Sí, sí, sí... Te tengo. Sobre mí, dentro de mí, tal como había imaginado. Me miro en tus ojos y no me reconozco. ¿Soy esta criatura febril y desesperada? Contigo, sólo contigo. Y no sé por qué intento hacerte creer que

esto no es especial, que hago estas cosas con frecuencia... ¿Por qué trato de transformar lo que hacemos en algo sórdido, vacío? ¡Maldición! No quería enamorarme así, no quería perder la cabeza por ti... No quería porque sé que tarde o temprano vas a hacerme sufrir.»

Pero se preocuparía de eso después. En ese instante sólo deseaba disfrutarlo.

Movió las caderas hasta situarlas en la posición que la llevaría al éxtasis total. Él entendió de inmediato dónde estaba el punto exacto y cuál era la cadencia perfecta, y se movió dentro de Helena hasta hacerla delirar.

Apretó los puños y los dientes, tratando de aguantar, pero se le estaba complicando bastante, sobre todo al oírla gemir mientras se retorció bajo su cuerpo.

Estaba decidido a darle el máximo placer, y sólo cuando estuviese seguro de haberla hecho llegar al orgasmo se permitiría gozar y estallar por fin.

Observarla estaba echando por tierra sus planes, porque contenerse era ya imposible. Cerró los ojos e intentó distraerse con otra cosa, pero ella lo notó ausente y reaccionó.

—Mírame.

—Por favor...

—Quiero que me mires.

—Helena, no puedo... Ya no puedo más...

Se lo veía torturado, y ella comprendió.

—Entonces bésame —le exigió al tiempo que se incorporaba y le metía la lengua en la boca.

Fausto se mantuvo inmóvil unos momentos, disfrutando del sabor y del calor de Helena. Tenía que bajar las revoluciones, pero ella no estaba colaborando demasiado... Bueno, hiciera lo que hiciese, igualmente se iba a sentir así, siempre al borde cuando estaban juntos. Es que todo lo excitaba. Su voz, sus gemidos, su belleza, su cuerpo joven ondulando bajo el suyo. La humedad de su coño, su aroma exquisito.

Cuando él se quedó quieto, ella volvió a recostarse y comenzó a moverse de una forma que lo desquició. Aguantó estoicamente ese movimiento de caderas, y pronto se dio el gusto que tanto deseaba: verla acabar.

Cuando se corría, Helena era todo un espectáculo, ahora Fausto lo sabía. Era la belleza y el erotismo elevado a la enésima potencia. Era una hembra salvaje, con un coño apretado envolviendo su polla. Una boca entreabierta,

unos ojos cerrados... Unos pechos preciosos levemente sonrosados. Era todo. Todo, absolutamente todo.

No pudo soportarlo más y se dejó ir. Se tensó y luego se cernió sobre ella al tiempo que la embestía como un loco, gimiendo roncamente y vaciándose como nunca antes. Con el rostro bañado en sudor en el cuello de la joven, Fausto Gastaldi experimentó algo nuevo, algo único, algo que sabía que se le haría completamente adictivo, de tal forma que si alguna vez le faltara eso lo destruiría.

Fausto Gastaldi hizo el amor por primera vez en su vida.

Hizo el amor con Helena Miller y casi se le escapó un sollozo cuando se dio cuenta de que ya nunca volvería a ser el mismo.

—Tu barba me hace cosquillas.

—¿Qué?

—Tu barba. Pincha un poco y hace cosquillas.

Fausto levantó la cabeza y la miró a los ojos. Todavía no se había repuesto del estallido de placer que lo había sacado de este mundo, elevado hacia las nubes y hecho caer en picado extenuado sobre Helena. Durante un par de minutos no hizo otra cosa que respirar contra su cuello, maravillado por las sensaciones y las emociones que estaba experimentando.

—¿No te gusta? ¿Quieres que me afeite?

—¿Lo harías?

—No. Hace seis años que la llevo y ya me he acostumbrado a recortarla un poco una vez por semana. Odiaba tener que afeitarme a diario.

—Eres muy perezoso.

—Y tú una quisquillosa —replicó al tiempo que se tumbaba de espaldas en la cama.

Helena se puso boca abajo y se apoyó en los codos para contemplarlo. Completamente desnuda, ataviada sólo con sus rastas y sus tatuajes, era una visión sorprendente, y lo sabía.

Fausto extendió una mano y le acarició la espalda... Cuando llegó a las redondeadas nalgas sintió revivir su erección. No podía creerlo... Nunca le había pasado tan pronto.

—Me gusta.

—¿El qué? —inquirió él, y Helena rio.

—¿Por dónde empiezo? Me gustan muchas cosas, pero ahora hablaba de tu barba. Va muy bien con esa tendencia que tienes a ocultarte...

Él no supo qué decir. No era la conversación poscoital más normal del mundo, así que tenía miedo de meter la pata y que se malograra lo que fuera que estuvieran construyendo.

—¿Yo me oculto? ¿Por qué lo dices?

—Bueno, me has dejado con las ganas de ver tu rostro al terminar. ¿Por qué te escondes?

Fausto no podía creer lo perceptiva que era Helena. Se escondía cuando alcanzaba el clímax, siempre lo había hecho, pero nadie lo había interrogado sobre eso hasta el momento. Exponer sus emociones a través de sus expresiones lo hacía sentirse demasiado vulnerable.

—No lo sé. Es una costumbre, creo...

—Una mala costumbre. Quiero verte en el segundo *round*.

Vaya, la pequeña quería un bis. Se lo daría, por supuesto que lo haría, pero de ahí a mostrarse en esa situación... No estaba listo para eso.

—¿Tú crees que lo habrá?

—Yo me encargo.

Fausto no estaba acostumbrado a mujeres con tanta iniciativa, y mucho menos si éstas tenían pinta de adolescente rebelde. Tenía que asumir que debía hacerlo, porque ese asunto con Helena no había hecho más que comenzar.

Con la respiración entrecortada, la observó mientras ella le quitaba el condón y lo anudaba. Tenía una erección casi completa y ella no la desperdició; se la llevó a la boca y lo miró a los ojos.

—Humm... Sabes muy bien.

Él tragó saliva, totalmente entregado. Estaba viviendo sus fantasías sexuales más recurrentes de los últimos tiempos, con la protagonista de todas ellas. Tenía que disfrutarlo...

Le acarició la cabeza mientras intentaba relajarse. El cuero cabelludo era suave, y contrastaba con la rusticidad de las rastas que estaban sujetas a los lacios mechones rojizos.

—Sigo sin entender tu cabello... Pero me gusta —se atrevió a decirle.

Ella se detuvo un instante y le sonrió.

—Lo mismo que yo. No me entiendes, pero te gusto.

Fausto negó con la cabeza.

—Que me gustas no define lo que me provocas, Helena. De hecho, no encuentro las palabras...

—Entonces cállate —le dijo ella al tiempo que volvía a lo que estaba haciendo, con mayor entusiasmo que antes.

Él se dejó hacer, intentando disfrutarlo como se merecía. Era una chica muy hábil, y Fausto se encontró pensando otra vez en sus anteriores amantes. Se

reprendió mentalmente por esa tontería. ¿Qué le importaba? Sólo tenía que gozarlo, no cometer la insensatez de experimentar celos retroactivos.

Cuando se trataba de Helena, primaba esa faceta irracional de su personalidad que tanto lo perturbaba, pues lo hacía sentirse un troglodita. Claro que eso no impedía que se le hinchara la polla como si no hubiese acabado diez minutos antes. Esa boca experta y el deseo que le provocaba eran suficientes para resucitarlo si se moría.

—Detente, por favor.

—Otra vez con eso...

—No quiero explotar en tu cara.

—Si lo hicieras en mi pelo, sería un problema. En mi cara o en mi boca, no —replicó la joven sin pestañear siquiera.

Las palabras de Helena lo encendían más y más. ¿Es que no se daba cuenta de que todo lo que decía y lo que le hacía lo volvía loco? Se pasó la lengua por los labios y luego tomó él la iniciativa. Había llegado la hora de vengarse haciéndola desesperar.

—Para —le ordenó al tiempo que se incorporaba y se situaba detrás de ella.

En un rápido movimiento, le elevó las caderas de forma que de un momento a otro Helena se encontró a cuatro patas, totalmente expuesta.

—¿Qué haces?

—Esto.

Se inclinó y rozó su barba contra ese trasero respingón que le encantaba. Era perfecto, como esculpido a mano. La naturaleza había sido generosa y la había dotado más que bien, a pesar de su delgadez.

Fausto estaba fascinado.

No sólo por tenerla desnuda y dispuesta a todo, sino por estar con ella así, sin más, y por todo lo que le provocaba.

Contempló el tatuaje de la espalda, el de Frida Kahlo: «Donde no puedas amar no te demores». Si eso era una señal, acusaba recibo, pues dedicaría toda su vida a amarla.

La oyó gemir cuando con ambas manos le separó las nalgas. Y luego, cuando su lengua comenzó a explorarla, Helena hundió el rostro en la almohada y se rindió.

—Ay, sí. Por favor, sí, sí, sí...

Fausto la lamió a conciencia. Recorrió la entrada de la vagina y el ano con

su lengua hasta hacerla enloquecer.

Luego buscó sus manos y la obligó a abrirse para él.

Se incorporó y le introdujo el pulgar por detrás muy despacio. Ella se tensó, pero no hizo ningún movimiento para desestimular la invasión.

—Parece que te gusta —observó él al tiempo que presionaba un poco más.

Helena respondió deslizando las caderas hacia atrás en busca de ese dedo que le provocaba sensaciones deliciosas.

—¿Puedo?

La joven levantó la cabeza asombrada. Sabía lo que le estaba pidiendo, pero no esperaba algo así.

—No lo sé —respondió.

—¿Te han hecho sufrir otras veces?

—No.

—¿Entonces?

—Nunca se lo he permitido a nadie. Sería la primera vez.

Vaya, ahora el sorprendido era él. Y no sólo era sorpresa lo que sentía, sino que la cabeza le daba vueltas por las ganas de hacérselo. Se moría por ser el primero...

Pero había algo más... Algo que lo molestaba de sí mismo.

«Tiene razón... Un hijo del patriarcado, eso es lo que soy. Necesito marcarla de alguna forma, quiero dejar mi huella en un sitio donde nadie haya estado. ¿Por qué poseerla si puedo disfrutarla?», se preguntó, completamente disgustado por esa faceta de su personalidad que nunca antes había notado. La tentación era enorme, pero las ganas de ser el hombre que ella se merecía, o al menos el tipo de persona del que Helena pudiese sentirse orgullosa de tener a su lado, lo hizo contenerse.

—Otro día —musitó mientras volvía a inclinarse y se la comía a besos.

—Más... —la oyó pedir entre gemidos.

—¿Quieres más? ¿Más lengua o más polla, Helena? Pídemelo. Dime qué es lo que quieres.

—Todo, todo...

—¡Joder!

Fausto se puso el otro condón que ella había dejado sobre la cama, y, a pesar de que estaba desesperado, la penetró despacio. Esta vez se deslizó dentro de ella centímetro a centímetro, aferrado a su cintura y sin dejar de observar sus cuerpos unidos.

Ella se tocó entre las piernas y con la punta de los dedos le rozó los huevos, lo que puso fin a las buenas intenciones de Fausto de hacerle el amor lentamente.

Se mordió el labio y perdió el control. La embistió con fuerza, estimulado por sus intensos gemidos y los movimientos de sus caderas, que, cuando se retiraba, iban en busca de más.

Acabó antes que ella, pero se mantuvo firme lo suficiente como para disfrutar del intenso orgasmo de Helena.

Cuando se desplomaron boca arriba en la cama, uno junto al otro, estaban exhaustos y maravillados.

—Si así ha sido la segunda, no sé si sobreviviré a la tercera... —dijo Helena entre suspiros, y Fausto no pudo evitar una carcajada.

—Así que habrá tercera...

—Eso depende de ti.

—Creí que confiabas en tus habilidades de resucitación.

—Humm..., jamás las he probado con un hombre de tu edad —replicó ella riendo.

—Eres malvada, ¿lo sabías? —dijo él fingiendo estar dolido.

—Como todas las *feminazis* malfolladas.

—¿Eres una de esas?

—Ya no —respondió la joven al tiempo que se volvía y lo besaba.

Hubo tercera, por supuesto.

Fausto no podía apartar las manos de Helena, y ella no quería que lo hiciera, así que una cosa llevó a la otra y terminaron follando contra la pared de la habitación después de ducharse.

Se contuvieron durante el baño, pero mientras se secaban la pasión se encendió. Él la levantó en vilo y la arrinconó contra la pared, y ella lo envolvió con sus largas piernas y le entregó la lengua.

—No hay más condones —murmuró Fausto frustrado.

—¿Tienes VIH? —preguntó Helena sobre su boca.

—No. ¿Y tú tienes gonorrea?

—Eso está superado.

—¿Qué?

La joven rio y lo dejó con la duda, pero eso no impidió que Fausto, tras meditarlo dos segundos, la penetrara hasta el fondo.

—¿Sabes qué? No me importa. De algo hay que morir...

Helena jadeó, sorprendida. Pensaba que él le daría más vueltas al asunto, pero no. Las ganas pudieron más y allí lo tenía, moviéndose con desenfreno y volviéndola loca.

—No morirás —le susurró al oído—. Además, puedes estar tranquilo porque tomo la píldora.

Fausto se detuvo un momento y la miró. Los celos, los malditos celos estaban allí otra vez.

—¿Por qué? —preguntó sin poder evitarlo

—¿Lo de la píldora? Por desajustes menstruales.

—Vale —gruñó, más aliviado.

—Y para follar sin condón, claro —agregó Helena volviendo a burlarse de él. Le había encontrado el punto débil y se aprovechaba.

—¡Mocosa lunática! —exclamó. Lo había vuelto a pillar, y lo peor era que no sabía si hablaba en serio o no.

—Cállate y hazme de todo, hijo del patriarcado.

Eso bastó para que él volviera a lo suyo y con mayor entusiasmo, si es que eso era posible. Helena lo enloquecía, le gustaba cada vez más. Cada cosa que le decía, incluso las que le resultaban más desalentadoras, le causaban el efecto contrario: lo enardecían, lo subyugaban, lo hacían desear pasarse el resto de su vida adherido a su cuerpo.

Le provocó dos orgasmos, porque a esas alturas de los acontecimientos podía aguantar más. Cuando estaba a punto de eyacular, notó que ella intentaba mantener el rostro apartado para observarlo llegar al clímax. Pensó que podría hacerlo, creyó que podría mostrarle su placer, pero no.

Hundió la cara en el cuello de Helena y acabó fuera, como si su debilidad no lo hiciera merecedor de la gloria de derramarse en ella, como le habría gustado.

No podía mostrarle su lado más vulnerable todavía, sólo esperaba que ella lo entendiera.

—Lo siento —se disculpó—. No sé por qué, pero no puedo...

Ella le acarició la nuca y le susurró al oído:

—No importa. Voy a aceptar lo que me quieras dar... Ni siquiera sé tu nombre y no me he quejado.

Fausto se apartó y la miró a los ojos. ¡Joder! Era cierto. Ella no sabía que él realmente se llamaba como creía.

—¿Quieres saberlo ahora?

—¿Me lo dirías?

—Te daría mi nombre, mi apellido, y hasta el número secreto de mis tarjetas, Helena —le dijo sincero.

—Gracias —murmuró ella sonriendo—. No me lo digas todavía... Me gusta Fausto. Te va muy bien.

Él le correspondió en la sonrisa.

—Seré Fausto entonces —susurró al tiempo que la llevaba en brazos a la cama—. ¿Y tú serás Helena de Troya o el Diablo?

—Si soy el Diablo tendrás que entregarme tu alma.

Fausto la acostó en la cama y la miró a los ojos antes de responder con un nudo en la garganta:

—Ya la tienes, Helena. Ya la tienes.

Se pasaron cuatro horas en ese motel de tercera categoría, donde la gente iba a follar y a nada más.

Pero ellos, además de tener sexo, hablaron.

No obstante, se cuidaron muy bien de no tratar temas personales, o del pasado, o de los fuertes lazos que se empezaban a formar entre ambos.

Conversaron sobre política, sobre humor, sobre cine, sobre tatuajes.

Helena le mostró todos los que tenía y lo exploró a conciencia hasta convencerse de que él no tenía ninguno.

—Debería haberlo supuesto, señor Perfecto... Ni uno solo. Dime, ¿no te gustaría tatuarte algo que te distinga y a la vez te sirva de recordatorio cada vez que lo veas? Mi amiga Cynthia es muy buena en eso —le comentó.

—¿Ella te hizo los tuyos?

—Sólo este último, el de la muñeca.

—Ah... El de «Aún estás a tiempo».

—*Sip*. Aunque ahora que estoy perdida debería pedirle que lo eliminara.

A Fausto se le paralizó el corazón cuando se dio cuenta de que Helena se había hecho ese tatuaje por su causa. No dijo nada, sin embargo. No quería perturbarla y entrar en un terreno más personal en medio de esa charla casi de amigos.

—¿Se puede borrar?

—Humm... Casi nunca queda bien.

—Entonces déjate. Tal vez estés a tiempo para otras cosas y ése sea un buen recordatorio... —le aconsejó.

Helena lo pensó un momento y luego se le subió encima a horcajadas.

—A ver si te decides a hacerte uno... Cynthia está a punto de recibir un dinero importante y se va a comprar un equipo de primera. Puedo pedirle que lo estrene contigo —le dijo sonriendo.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Vamos... Te haría uno aquí —declaró mientras señalaba el tentador

músculo que marcaba la «V» en su pelvis.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me pondría ahí tu amiga Cynthia?

—¿Además de la lengua?

Él rio.

—Además de la lengua.

Ella revolvió los ojos, como si lo estuviese meditando, y luego le respondió intentando contener la risa:

—Tal vez un pastel de bodas con un muñequito encima...

—Joder, Helena. Sí que eres malvada... Una auténtica bruja —se quejó.

Pero, aun quejándose, su cara decía que no había estado tan a gusto con una mujer jamás en la vida.

Y se habría quedado con ella la noche entera y también el día siguiente, y el otro y el otro, pero Helena no podía faltar al trabajo, así que se fueron sobre las seis.

Fausto la dejó en la puerta de la residencia como un novio modelo. Y, al ver el casto beso en la mano que le dejó al despedirse, nadie habría sospechado que habían estado varias horas revolcándose en la cama.

—¿Te veo esta noche en GataPaka? —le preguntó a la joven cuando llegaron a la puerta.

—¿Cómo? ¿No iba a ser «una sola vez»? —dijo Helena risueña, ya que estaba claro para ambos que eso iba a continuar porque lo que les estaba pasando era tan intenso como imparable.

—No he terminado contigo. Tengo una ardua tarea por delante para acabar con la «*feminazi* malfollada» de una vez —replicó él en el mismo tono.

Helena se mordió el labio.

—Mañana entonces —accedió ella.

—¿Al mediodía?

—No puedo. Tengo... tengo un compromiso —se disculpó. Y, al ver la expresión de decepción de Fausto, añadió—: Es con Cynthia, mi amiga. Por lo del dinero que te he dicho...

Cuando habló de dinero, Fausto recordó que también tenía un «compromiso» relacionado con un asunto monetario, sólo que él no ganaría nada, sino que perdería como diez mil pavos. Sin embargo, de alguna forma, eso había dejado de importarle. Se quitaría ese problema de encima y continuaría con su vida.

Con Helena. Su vida continuaría junto a ella, y eso lo llenaba de entusiasmo

y adrenalina.

—Vale. Yo también tengo cosas que hacer, así que... ¿Nos vemos por la noche?

—Cuando salga de GataPaka.

—Iré a por ti a las diez.

Cuando ella abrió la puerta del Mini, él le tomó la mano y la besó en el dorso y luego en la palma.

Helena se estremeció de pies a cabeza, pero lo disimuló muy bien.

—Eso es mejor que un chicle —le dijo guiñándole el ojo mientras descendía.

Se metió en la casa sin mirar atrás de nuevo, porque si lo hacía seguro que se volvía a subir. Se sentía como nunca antes: extenuada, pero con ganas de más. Fascinada no, lo siguiente. Ilusionada, enamorada, caliente... Todo eso y más. ¡Y ni siquiera sabía su nombre! Le gustaba eso de ir descubriéndolo poco a poco, y presentía que habría alguna que otra sorpresa... Sólo esperaba que no hubiese otra mujer, porque eso la devastaría.

«Quiero ser la única en tu vida. Tu amante secreta, si quieres, no me importa. Sé que no encajo en tu mundo, pero en tu cama sí. Voy a disfrutarte mucho, mucho, mucho...», se dijo.

—¿Has venido en un Mini, Helena? —le preguntó Fedora en cuanto entró en la residencia.

—Tal vez —respondió con una enigmática mirada.

Pero la mujer no desistió:

—¡*Rizos!* ¡Tu amiga ha venido en un Mini con un tío buenorro! —exclamó.

Cynthia apareció con rizos y todo en la recepción.

—¿En serio, Helena?

—Bueno..., ya te contaré —dijo esperando a que Fedora se marchara—. Ahora cuéntame tú... Acabo de ver tu mensaje.

—El cirujano vino a verme a la facultad. El de la demanda, no el que me solucionó lo de la nariz. Dijo que me encontró por casualidad, pero no lo creí —le contó a Helena.

—¿Y qué quería?

—No lo sé. Creí que iba a echarse atrás... Todavía no sé si no lo hará. ¿Sabes que no fue su socia quien desestimó mi reclamación? ¡Fue su novia! —dijo Cynthia preocupada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¡Quién sabe! La cuestión es que mañana tenemos que dejar liquidado este asunto como sea. Me acompañarás, ¿verdad?

—Claro que sí.

—No me falles, Helena. Te necesito como nunca antes... La abogada tiene gripe y no podrá ir. Se supone que ha leído el borrador del acuerdo y está todo correcto, pero me hace falta tu rapidez mental para comprobar que es así. ¿Cuento contigo? —le preguntó ansiosa.

Helena asintió. No le fallaría a Cynthia otra vez.

—Ahora cuéntame lo del tío buenorro. ¿Sigues con ese plan de «follar y olvidar»?

Helena hizo una mueca.

—Cyn, tengo que ducharme e ir a trabajar. Sólo te diré que el plan de «olvidar» se ha ido al garete —le dijo al oído a su amiga.

Pero ésta no fue nada discreta, porque le gritó:

—¿Y el de «follar» sigue en pie? ¿En serio, Helena? ¡Helena! ¡No me dejes así! —exclamó Cynthia, pero ella ya no la escuchaba.

Sólo le quedaban veinte minutos para ducharse y recordar...

«Dios mío... Qué tarde tan increíble. Qué hombre tan increíble... No puedo recordar ni por qué lo odiaba. ¿Puede una polla lograr tanto? ¿Puede una lengua hacer que adores lo que no te gustaba?», se preguntó, sorprendida, porque nunca antes le había pasado.

La vida había sido muy dura con ella, pero en ese momento sintió que le sonreía.

Se había pasado la noche soñando con Helena, así que esa mañana no podía dejar de sonreír.

«Joder... Nunca me había sentido así, y jamás se me había pasado por la mente que pudiese ocurrirme con alguien como ella, pero la cuestión es que me fascina. Con rastas y todo. Con su excesiva experiencia. Con ese cinismo que me toca el nervio. Con esa forma de dominarme, que me tiene como un perro pegado a su coño, anhelando más...», se dijo mientras desayunaba.

Y esa noche tendría más, mucho más. No estaba seguro de poder saciarse de Helena, pero sí estaba convencido de que ese día nada ni nadie podría borrarle la sonrisa.

Ni siquiera los diez mil pavos que dejaría en el despacho de su abogado, y que irían directos al bolsillo de la jodida señorita López.

Ni siquiera esa llamada de urgencia del hospital público donde tenía un día de guardia todas las semanas lograría ponerlo de malhumor ese día.

Hacía un par de semanas que no surgía ninguna emergencia que lo obligara a acudir y cumplir con su compromiso, con lo que estaba muy complacido. Trabajar de forma honoraria para eludir impuestos no le hacía mucha gracia, y además le traía problemas, como le había sucedido con la señorita López.

El caso que lo convocaba tenía que ver con otra nariz, en esta ocasión destruida en un accidente de tráfico. Siempre era algo así... O una nariz rota o una mordedura de perro. Hacía lo que podía, y luego no los volvía a ver.

Le había tocado trabajar con un buen equipo esa vez. Ya conocía a la instrumentista, y era amigo personal del anestésista, así que se saludaron con entusiasmo después de no verse desde hacía tiempo.

El doctor David Peretz y él habían estudiado juntos en secundaria, al igual que el abogado Daniel Oliver.

—Oye, Fausto, me encontré con Daniel anoche en Ramona y me contó la putada que te hicieron. Estaba a punto de llamarte por eso —le dijo el anestésista mientras se preparaban.

—¿Te refieres a la demanda? Tú lo has dicho, es una auténtica putada. No he tenido más remedio que llegar a un acuerdo —le comentó.

—Sí, lo sé. Y precisamente por eso quería llamarte. No pagues, ve a juicio.

—¿Cómo?

—Escúchame, conozco a esa chica. Mi novia era su vecina en aquella época, y por eso sé lo que sé: era adicta. Se metía cocaína hasta quedar tumbada... Creo que lo comenté durante la cirugía en cuestión, ¿no lo recuerdas? —le preguntó extrañado.

—No, para nada —respondió Fausto más preocupado por su falta de memoria que por las adicciones de la señorita López.

—Me costó dormirla, estaba pasada de coca ese día. Bueno, para abreviar la cuestión, tú hiciste lo que pudiste con un tabique necrosado por completo por el vicio, colega.

Al oír eso, Fausto se quedó de una pieza. Lo que le había dicho David era una inesperada revelación que lo cambiaba todo. Esa intervención había sido una entre tantas y no le había prestado demasiada atención, pero ahora que mencionaba la necrosis... Sí, algo recordaba.

—Vaya... —murmuró asombrado—. ¿Se lo dijiste a Daniel?

—Le dije que hablaría contigo por este asunto, pero no le mencioné que la chica era cocainómana. Me pareció fuera de lugar hablarlo con él... Ya sabes, no hay que estigmatizar a los adictos, y además era un secreto profesional —le dijo mientras entraban en el quirófano—. Así que, antes de firmar ningún acuerdo, dile que estás al tanto de su pasado y que con esos antecedentes perdería cualquier juicio.

—¿Me estás diciendo que he estado a punto de perder diez mil pavos por no haber recordado o indagado más? —preguntó Fausto sin poder creer lo que oía.

—Pues... Supongo que algún otro asunto debía de acaparar toda tu atención en los últimos tiempos.

Claro. Helena... Estaba tan poseído por la fiebre por Helena que ni siquiera le había dedicado más que una ojeada a la carpeta.

—De todas formas, Fausto, en la historia clínica hablaba de la destrucción del tabique por los golpes de un energúmeno, no de necrosis por el abuso de sustancias. Esto te lo digo yo, que la conocía y até cabos en su momento. Pensé que lo recordarías, pero cuando Daniel me dijo que habías llegado a un acuerdo, me di cuenta de que no... Así que cuenta conmigo para testificar si lo necesitas —le dijo el anestesista por lo bajo.

Fausto estaba encantado. Por poder ahorrarse ese dinero por supuesto, pero más por tener la razón: había hecho lo que había podido con los elementos que tenía a la mano. Lo principal era recuperar la funcionalidad y reconstruir el apéndice de la mejor forma posible, y él lo había hecho. Luego se había lavado las manos, literalmente, y se había olvidado por completo del caso hasta que esa abogada lo llamó.

No podía culparse por no haber registrado en su memoria los detalles que hacían la diferencia, pero sí se reprochaba no haber hecho el menor esfuerzo por encontrar la forma de salir de ese problema. David había acertado: había algo que acaparaba toda su atención en los últimos tiempos, y amenazaba con tener más de eso en los tiempos venideros.

Sonrió ante la perspectiva y le dio efusivamente las gracias a su colega por el dato y por su ofrecimiento de testificar llegado el caso.

Esa intervención de urgencia que iba a realizar de manera honoraria ahora pasaba a valer diez mil pavos, y todo por lo que el anestesista le había dicho. El día había empezado muy bien, y pasado el mediodía se pondría

infinitamente mejor, pues le diría en la cara a la señorita López que no le pagaría y que siguiera adelante con la demanda, que con sus antecedentes era imposible que ganara el juicio. Tal vez incluso hasta podría demandarla, a ella y a Octavio Camps.

Y después se olvidaría del asunto y se dedicaría a Helena.

Cogió su móvil y marcó el número de Daniel Oliver.

«¿Oliver? Me han pasado un dato que lo cambia todo y no le pagaré a la señorita López lo acordado... No, ya no tengo que hacerlo... Sí... Te lo diré, pero la próxima vez investiga mejor, ¿vale? La chica tenía el tabique nasal necrosado por la coca... Exacto, destruido por el abuso de sustancias, y por eso no tuve demasiados elementos en la reconstrucción... Me lo ha dicho Peretz, bueno, en realidad me lo ha recordado, así que no habrá dinero para tu señorita López... Confíésalo, te gusta, y ahora debes de estar lamentando que no pueda salirse con la suya desplumando a tu amigo. Así que, ya sabes, échale un polvo pero no te enamores porque no te conviene... No, no lo suspendas: se lo diré a la cara... No es una crueldad, Oliver. ¡Se lo merece!... Bueno, ¿tú de qué lado estás?... ¡Joder! Eres imposible... Nos vemos en tu despacho a la hora acordada y me desharé por fin de la señorita López... No seré un desalmado, lo prometo. Sólo seré justo... Adiós.»

Sí, estaba resultando un día maravilloso, y eso que justo acababa de empezar.

—¿Estoy hablando con el Diablo?

—¿Fausto? ¿Cómo has conseguido mi número?

—Contactos en la comisaría a la que me arrastraste con tus juegos, Helena Miller —le confesó sin pudor alguno.

—No lo puedo creer... Cynthia me ha dicho que tienes todo el perfil de un acosador y debo darle la razón —le dijo intentando sonar enfadada, pero lo cierto era que estaba encantada de oír su voz.

—Tu amiga es muy perspicaz. ¿Qué estás haciendo ahora? Esta mañana he pasado por tu semáforo y estaba solamente Rocco.

—Bueno, estaba algo cansada...

—¿Y se puede saber por qué, perezosa?

Helena rio.

—Ya sabes por qué. Ahora estoy a punto de entrar a una clase y luego tengo ese asunto con Cynthia...

—Bien. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Supongo.

—¿Y no podría ser esta tarde? —aventuró, a ver si tenía suerte.

—No, porque tú también tienes cosas que hacer y yo debo volver a clase. Eres un muñeco de pastel de bodas bastante ansioso, ¿no? —se burló.

—Vale, continúa riéndote de mí, que esta noche me vengaré de la forma más cruel —la amenazó conteniendo sus deseos de reír y de decirle cuánto la echaba de menos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás?

—Tal vez algo que ayer dejé en suspenso y no hago otra cosa que lamentarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, realmente confundida.

—A tu precioso culo, Helena.

Un calor intenso se adueñó de las mejillas de la joven, que no supo qué decir.

—¿Helena?

Ella inspiró hondo.

—Debo... debo ir a clase —se excusó.

—Vale, no te retengo más.

Helena iba a colgar porque ya llegaba tarde a la clase de Psicopatología, pero no pudo aguantar las ganas decírselo.

—¿Fausto?

—Dime.

—Es tuyo. Mi culo y todo lo demás...

Y, tras esa sorprendente declaración, cortó la llamada y se autopropinó dos bofetadas mentales.

«Menuda feminista estás hecha... Tonta, tonta... ¿Cómo le das a un hombre ese poder?», se recriminó avergonzada.

Y de pronto se dio cuenta de que estaba enamorada de él. Tenía que estarlo, de lo contrario, no podía explicarse su conducta.

No le gustaba para nada encontrarse en ese estado de enajenación, y mientras comenzaba la clase se dijo que el «enamoramiento» debería ser considerado como una enfermedad mental temporal al menos.

Eso que sentía la hacía sentirse vulnerable y débil, pero también le daba mucho placer, así que se reconcilió con la idea de estar enamorada, pero se propuso no hacer tonterías por ese motivo.

Se pasó toda esa hora y media pensando en Fausto, y cuando se encontró con Cynthia para ir al abogado, su amiga no pudo dejar de notar lo rara que estaba.

—¿Qué te traes entre manos, Helena?

—Nada. Vamos, que se nos hace tarde.

Se les hacía tarde, sí, pero aun así llegaron antes que el doctor Gastaldi.

Tenía razón Cynthia, el abogado era muy guapo, y no le quitaba los ojos de encima a su amiga. Pero la miraba raro, como con pena...

Helena se acomodó la colorida falda y se recostó en la silla a observarlos. Qué bonita pareja hacían, ella tan morena y él tan rubio.

Sabía que a Cynthia él no le era indiferente, porque había que ver lo guapa que se había puesto, con vestido y tacones.

En cambio, ella iba como siempre, hecha un desastre. Un top negro de manga larga, pero que dejaba expuestos sus hombros y su vientre, y una falda

larga de colores que se adhería a sus largas piernas. Completaba su atuendo con unas zapatillas Converse negras y una especie de gorro de lana gris.

La extravagancia era su sello personal, y casi rio al notar la expresión del abogado al verla. Era la reacción de todo el mundo, y no sólo estaba acostumbrada, sino que también le gustaba.

En eso estaba pensando Helena cuando de pronto Fausto apareció. Así, sin más, irrumpió en el despacho pidiendo disculpas por el retraso, y cuando la vio simplemente se paralizó.

Ella también se quedó helada por completo. No atinaban a decir nada, mudos como estaban por la sorpresa.

El abogado y Cynthia no pudieron dejar de notar esa extraña reacción.

—¿Se conocen? —preguntó Daniel Oliver asombrado.

Fausto tragó saliva y se obligó a moverse. Carraspeó y luego tomó asiento mientras murmuraba: «Un poco».

Cynthia le dio un codazo a Helena y, cuando ésta la miró, le dijo por lo bajo:

—Si éste es tu muñeco de pastel de bodas, juro que moriré infartada...

La propia Helena estaba a punto de morir infartada o a causa de un ictus. Tenía un montón de cabos sueltos en la cabeza y estaba tratando de atarlos.

«Claro, es médico... Es el cirujano que intervino a Cynthia... El que le dejó la nariz hecha un desastre y ahora le pagará los diez mil... ¡Por eso estaba enfrente del edificio el otro día! Dios santo, tengo que salir pronto de aquí. Que termine ya esta tortura porque, si me sigue mirando de esa forma, juro que enloqueceré», pensó mientras intentaba guardar la compostura.

Y a Fausto se le estaba complicando mantenerla.

«Así que la señorita López es la Cynthia de los tatuajes..., la que estaba esperando ese dinero para comprarse un equipo de tatuar nuevo. Y yo seré el hijo de puta que dentro de unos minutos le dirá a la cara que puede despedirse de eso porque no le daré nada. ¡Joder! ¿Cómo no me di cuenta de que era demasiada casualidad encontrar a Helena por aquí el otro día? Seguro que me odiará por acabar con los sueños de su amiga», se dijo, medio atontado todavía por la sorpresa.

Daniel Oliver sintió de pronto una inmensa necesidad de terminar con ese asunto. Había demasiada tensión en el ambiente entre Fausto y esa chica.

El abogado observó las rastas que asomaban bajo el gorro de Helena y también llegó su turno de atar cabos. Ésa era la chica extraña que tenía a

Fausto medio embobado. ¿Era posible que ella lo hubiese seducido para sacar partido de eso? No lo sabía, pero necesitaba que toda esa gente saliera de su oficina cuanto antes. Bueno, más bien Fausto y la chica, porque la señorita López podía quedarse, y él la consolaría por la decepción del acuerdo anulado.

—Bien, ahora que estamos todos, tengo que anunciarles que mi cliente tiene algo que decirles. Escuchen con atención, por favor. Fausto, procede.

Y Fausto procedió. Ante los asombrados ojos de Daniel Oliver, volvió a carraspear y luego dijo entre dientes:

—¿Dónde hay que firmar?

Oliver pensó que alucinaba.

—¿Qué?

El médico no le contestó de inmediato. Se limitó a abrir la carpeta y a sacar los papeles.

—Es aquí, ¿verdad? Dame tu pluma, abogado.

Daniel se la dio, completamente azorado. No entendía nada... ¿Cómo podía haber cambiado de opinión tan rápido? ¡Si hacía dos horas se estaba regodeando por el dato que le había dado Peretz! ¿Acaso se había vuelto loco?

Lo vio firmar y luego ponerse de pie, y no supo qué hacer.

—Oye, Fausto... Si quieres salimos un momento y hablamos de...

—No. Yo saldré y tú te quedarás —le dijo muy seguro de sí, y luego se dirigió a Helena—: Y tú también saldrás. Conmigo.

Fue terminar de decirlo y Helena se puso en pie de un salto.

—Helena, ¿qué haces? —le dijo Cynthia sorprendida.

Ella la miró con una extraña expresión.

—Tú firma y luego nos vemos... Yo... yo tengo que salir ahora —fue toda su explicación.

Y, a continuación, tanto Fausto como Helena se marcharon como si los llevara el diablo.

Cuando se quedaron solos, Cynthia se apresuró a firmar, no fuera cosa que alguien se arrepintiera.

El abogado parecía desconcertado.

—No entiendo nada —dijo de pronto.

La morena sonrió. Estaba tan adorable con la confusión pintada en el rostro.

—¿Qué no entiende, señor Oliver? Esos dos están locos el uno por el otro.

—¿Usted lo sabía?

—Acabo de enterarme de que el hombre que tiene a Helena trastornada es su cliente. Y, por lo que veo, usted está tan sorprendido como yo...

—No es sólo eso lo que me sorprende —replicó Daniel sin saber si decirle a Cynthia la verdad.

—Entonces ¿qué es?

El abogado vaciló.

—Señorita López, esto es... No sé si...

—Dígamelo ya.

Entonces Daniel no se pudo aguantar. Si lo hacía, Cynthia se iría de su despacho y él perdería la oportunidad de consolarla.

—Mi cliente, el doctor Gastaldi, había considerado anular el acuerdo, y todavía no entiendo por qué no ha procedido a hacerlo...

—¿Qué? —preguntó Cynthia asombrada.

Daniel la miró a los ojos, y se sintió subyugado por los de la joven. Quería ser sincero con ella, y también quería ver su reacción, así que continuó hablando.

—Mire, esta misma mañana hemos descubierto por unos archivos del hospital que su adicción le había destruido el tabique nasal. Mi cliente hizo lo que pudo para reconstruirlo, pero dadas las condiciones en que usted se encontraba, dudo que algún juez lo hubiera hallado culpable de mala praxis, señorita López —le dijo, rogando no haberle hecho demasiado daño con la verdad.

El rostro moreno de Cynthia se tornó de color ceniza.

—Pero... el doctor Camps no me dijo eso... Sólo dijo que el doctor Gastaldi era un inepto, y que debería haberme ayudado cuando fui a pedirle una segunda intervención... Claro que yo no sabía que la mujer que me la negó no era su socia, sino su novia...

—¿Su novia?

—Sí. La que me echó con viento fresco era su novia y yo no lo supe hasta ayer...

Daniel la miró contrariado, pero tuvo que admitir que Sabrina era capaz de eso y más. De hecho, no se llevaba bien con ella, y la boda con Fausto le parecía una malísima idea, aunque nunca había dicho nada.

—Señorita López... La cuestión es que el doctor Gastaldi ha cambiado de idea y usted se ha visto beneficiada... No le demos más vueltas, por favor.

Cynthia tenía lágrimas en los ojos. Se encontraba tremendamente avergonzada y tampoco entendía por qué el doctor Gastaldi le había perdonado la vida, pero de repente se le hizo la luz: Helena. Todo era por Helena.

—Lo ha hecho por ella —murmuró.

—¿Cómo?

—Ha sido por Helena. Creo que está muy enamorado...

Daniel sonrió incrédulo.

—¿Usted cree?

—¿Usted no?

—Bueno, tiene que reconocer que es una pareja bastante extraña. Dos personas no pueden ser más distintas... —le dijo con todo el tacto del mundo.

Pero la respuesta de Cynthia fue asombrosa.

—Sí se puede.

—¿Perdón?

—Mírenos a nosotros. Usted tan rubio, yo bien morena. Usted un prestigioso abogado que ronda los cuarenta, yo una tatuadora principiante con poco más de veinte...

Daniel sonrió. La señorita López era tan encantadora que resultaba imposible no adorarla. Estaba a punto de caer rendido a sus pies, pero se contuvo para ver hasta dónde podía llegar su osadía.

—De acuerdo, pero usted y yo no somos pareja.

—Claro que no —dijo ella sonriendo—. Pero permítame fantasear con la idea, ¿vale? Aunque sea un ratito.

Al abogado casi se le cayó la mandíbula al suelo.

—Señorita López...

—Llámeme Cynthia.

—Vale. Cynthia, tengo que confesarte que yo he fantaseado con esa idea más de un... «ratito».

Ella sonrió satisfecha.

—Lo sabía. Pero déjame a mí confesarte algo...

—Dime —le pidió mientras se acomodaba el paquete con disimulo.

—Se puede ser más diferentes todavía... Con unas diferencias que pueden ser irreconciliables.

Daniel la miró risueño.

—No lo creo. Mira a Fausto y a tu amiga...

—Te demostraré que sí se puede —insistió ella con una cautivadora sonrisa, y luego le preguntó a bocajarro—: ¿Tú eres heterosexual?

Él asintió extrañado, y al instante vio a la joven ponerse de pie y dirigirse a la puerta.

—Eso imaginaba. Yo soy lesbiana —la oyó decir como en sueños.

»Tiene mi número para avisarme cuando esté el dinero en mi cuenta, ¿verdad, abogado? Que tenga una excelente tarde, señor Oliver.

Y se marchó taconeando, dejando al pobre abogado tirado como un felpudo. Del cielo al infierno en unos cuantos segundos... No podía creerlo.

Y tampoco podía resignarse. Quería vengarse de la sucia jugarreta de Cynthia como fuera. ¡Había manipulado sus sentimientos! O, mejor dicho, se había burlado de su deseo. Esa chica lo había hecho caer muy fácilmente, pero él buscaría la oportunidad de redimirse ante sus propios ojos.

Se prometió arreglar cuentas con la señorita López muy pronto.

Sólo esperaba que Fausto hubiese tenido mejor suerte con Helena.

A Fausto no podría haberle ido mejor con Helena porque, mientras Oliver se preocupaba por su suerte, ellos estaban follando en el baño.

Claro que antes de llegar a ese punto había habido un intercambio de palabras poco amistoso.

—¡Oye! ¡Suéltame! —exigió Helena intentando zafarse mientras Fausto la arrastraba de la mano por los pasillos como un poseso, haciendo caso omiso de sus palabras.

De repente se detuvo ante la puerta de lo que parecía ser un baño y, tras echar una rápida mirada alrededor, la abrió y se metieron dentro.

Helena estaba sin aire. Todavía no se había repuesto de la sorpresa de saber que el médico al que su amiga había demandado era su Fausto, que ahora resultaba que de verdad se llamaba Fausto.

Mientras él atrancaba la puerta, ella buscaba en su memoria qué más sabía del doctor Gastaldi. Que era un chapucero arreglando narices... Bueno, eso sería en el hospital, porque el hombre que tenía frente a ella no parecía un profesional abnegado que estaba al servicio de los más necesitados, sino un fabricante de tetas plásticas para ricachonas. Que se había mostrado indiferente ante el sufrimiento de su amiga... Le encajaba, claro que sí. Que tenía una novia que se había hecho pasar por su socia... ¡Una novia!

Helena se puso lívida de pronto.

—¿Tú tienes novia? —fue lo primero que le preguntó sin poder contenerse.

Fausto frunció el ceño. Esperaba cualquier cosa menos esa pregunta en ese momento.

—No.

—¿Tienes esposa, entonces?

—Tampoco. Helena, no estoy con nadie... ahora.

—Ahora —repitió ella, sin estar segura del alcance de esas palabras—. ¿Ahora, cuándo?

—Rompí con Sabrina hace unos días. Y, antes de que me lo preguntes, sí,

tuviste que ver, pero no de la forma en que estás pensando.

—¿Y de qué forma se supone que estoy pensando?

—No la dejé por ti, pero me hiciste reflexionar sobre ese asunto del patriarcado, del mandato... Para hacerlo breve: me di cuenta de que no quiero casarme, ¿satisfecha? Cancelé la boda y terminé mi relación con ella hace unos días —le explicó. No estaba siendo del todo sincero, pues Helena había tenido que ver de otras maneras en esa ruptura, maneras que todavía no estaba dispuesto a confesarle. Justo estaba en la etapa de admitírselo a sí mismo, y le costaba.

—Vaya... Un hijo del patriarcado deconstruyendo su proyecto de vida. Toda una sorpresa —se burló la joven.

Una especie de resentimiento se estaba gestando en su interior y no sabía por qué. En cuanto a su vida amorosa no tenía nada que reprocharle a Fausto. No le había mentido, pues habían quedado en que no entrarían en el terreno personal, al menos cuando acordaron el «plan A». Y, con respecto al «plan B», ni siquiera lo habían hablado.

—Una sorpresa ha sido para mí encontrarte aquí.

—¿Y piensas que para mí no? ¿Seguro que no sabías que Cynthia y yo éramos amigas?

—¿Crees que si lo hubiese sabido habría estado tan dispuesto a confraternizar con el enemigo?

Tenía razón, y Helena no tuvo otra opción más que admitirlo. Claro que de inmediato encontró otra cosa para reprocharle.

—Me mentiste con respecto a tu nombre...

—Sólo a ti se te puede ocurrir que decirte la verdad es mentir, Helena —le dijo él acercándose—. Parece que la casualidad se ha empeñado en que tú y yo nos crucemos, así que la cuestión es saber qué haremos al respecto.

Lo tenía tan cerca que podía percibir su perfume, ese aroma tan masculino que ahora le era muy familiar.

—¿Qué sugieres? —le preguntó casi sin aire.

—Empezar presentándonos como corresponde —murmuró sobre su boca—. Mucho gusto, señorita Miller. Mi nombre es Fausto Gastaldi, cirujano plástico a su servicio.

Helena le puso la mano sobre el pecho y lo miró a los ojos.

—Un placer.

—El placer es todo mío...

—Espero que sea compartido, pero, sinceramente, no creo que su especialidad me sea útil por el momento, doctor Gastaldi. Mucho menos después de lo que le pasó a Cynthia...

A Fausto no le sentó nada bien esa observación sobre su idoneidad profesional. Si hubiese provenido de cualquier otra persona, lo habría rebatido fácilmente sabiendo lo que sabía sobre la señorita López y su adicción, pero tratándose de ella... Ignoraba si estaba al tanto del pasado de su amiga, y lo que menos quería era crear fricciones entre ambas o decepcionar a Helena, así que se calló la verdad.

—No siempre se puede lograr el resultado que uno quiere —le dijo poniendo fin al juego de presentarse—. Y es por eso por lo que le he pagado a tu amiga...

—Sufrió mucho, ¿sabes? Esto era lo mínimo que podías hacer tras tanta mortificación. Perdió todos sus ahorros en la segunda intervención, y ese dinero le servirá para comenzar de nuevo, como te comenté antes de saber todo esto...

Fausto se dijo que eso era lo único que lo consolaba después de haber soltado sus diez mil. Bueno, no sólo era eso. ¿A quién quería engañar? No era altruista su intención, sino todo lo contrario. Temía que Helena no hubiese querido dirigirle la palabra después de haber destruido los sueños de su amiga.

Era un egoísta de mierda, como siempre, pero habría hecho cualquier cosa por conservar a Helena a su lado. Negarse a pagar podría haberla alejado de él por solidaridad con la señorita López, y no había querido arriesgarse a perderla

—Mejor así. Tal vez con su nuevo equipo quiera hacerme un tatuaje ahí abajo como sugeriste ayer... —bromeó, porque estaba seguro de que en su vida se tatuaría el cuerpo.

La joven se mordió el labio. Fue pensar en las partes bajas de Fausto y encenderse. Su sexo ardía y también sus mejillas.

La tensión sexual llegó a su punto máximo cuando Helena deslizó la mano entre ellos y le aferró la polla.

—¿Y qué me harías tú con tu viejo equipo? —le preguntó atrevida. Estaba tan excitada que se olvidó de todo; lo único que le importaba era que estaba entre cuatro paredes con el hombre que la volvía loca.

—Helena... —jadeó él, totalmente subyugado por esa mano que lo estaba

acariciando.

Ella lo agarró de la nuca con la mano libre y le comió la boca.

Cuando Fausto sintió la lengua de Helena invadiéndolo, cuando su saliva entró en contacto con la de ella, terminó de enloquecer.

Le elevó la falda como pudo y deslizó una mano dentro de las bragas. La joven gimió cuando notó su dedo penetrándola.

—Esto está muy húmedo... —dijo él con voz ronca. Y luego, ignorando el gesto de protesta de ella, le retiró los dedos y le ordenó—: Date la vuelta.

Segundos después, ambos se encontraron mirándose en el espejo de ese minúsculo baño de oficina.

Helena, inclinada hacia delante, con ambas manos aferrando el lavabo; Fausto, detrás de ella, con ambas manos aferrando sus caderas. La polla abriéndose paso, implacable, descarada. Sin protección alguna, sin consideraciones. Alentado por los gemidos de la joven, la penetró con fuerza una y otra vez, mientras sus ojos se hacían el amor a través del espejo.

Notó que ella acababa y fue un alivio, porque él ya no podía más. Le puso una mano en el cuello, la forzó a incorporarse, y, haciéndole girar el rostro, le buscó la boca.

Llegó al orgasmo con la lengua en la garganta de Helena y la verga metida en su coño apretado. Se mantuvo bien dentro, mientras se vaciaba con varios bombeos en ese cuerpo estremecido que se pegaba al suyo. Y, cuando ya no le quedaba nada, se quedó así unos segundos, con el rostro hundido en la nuca de Helena respirando entrecortadamente.

Un golpe en la puerta los hizo reaccionar.

Fausto logró guardar su polla aún erecta y empapada dentro de sus pantalones, mientras Helena se acomodaba las bragas igualmente mojadas.

Su ropa interior era un desastre, pero sus manos no estaban mejor.

Volvieron a llamar.

—Un momento —dijo Fausto, y Helena aprovechó ese segundo de distracción para cogerle una mano y lamerle los dedos.

—Qué rico... —la oyó murmurar, y su pene respondió con un empalme fuera de toda lógica, después de haber eyaculado momentos antes.

—No hagas eso... —le rogó él, pero no hizo ni un gesto para detenerla. Al contrario, observaba como hipnotizado esa lengua perforada recorrer su mano mientras sentía su polla a punto de estallar.

Helena respondió metiendo sus propios dedos húmedos dentro de la boca

de Fausto, que se los mordió levemente.

—Auch... —se quejó ella retirándolos de inmediato.

—No puedo creer que hayas hecho eso —susurró él reaccionando al fin—. Eres la chica más increíble que haya conocido jamás.

La joven sonrió y abrió el grifo. Se lavaron las manos juntos sin dejar de sonreír, pero luego salieron muy serios del baño, ante la atónita mirada de la secretaria de Daniel Oliver, que a punto estuvo de no llegar a tiempo al váter por la sorpresa.

En cuanto Fausto dejó a Helena en la residencia de estudiantes, Esperanza la llamó.

La joven contestó algo alarmada, pues generalmente telefoneaba de noche y desde otro número.

—¿Ha pasado algo?

La mujer vaciló un segundo antes de responder.

—Ehh... Bueno, sí. Es que... —Hizo una pausa y luego bajó la voz—. Estoy en el hospital ahora. Te estoy hablando desde el teléfono de una de las chicas del servicio de acompañantes.

—¿Qué te pasa, Esperanza? ¿En qué hospital estás?

—Oh, nada serio. Algo relacionado con mis pulmones... No sé qué hospital es; me desmayé y me desperté aquí. Y no he visto a nadie más que a la enfermera de turno y a la acompañante terapéutica, que apenas me hablan —le contó triste—. Creo que saben que estoy loca.

—Tú no estás loca, ¿sabes? Mira, yo estudio Psicología y te puedo asegurar que...

—Helena, no hablemos de mí, sino de ti. Yo no importo, y además tengo poco tiempo...

—¿Qué dices? —preguntó ella preocupada.

—Que la chica que dejó su móvil olvidado puede regresar en cualquier momento, así que si te corto repentinamente ya sabrás por qué es.

—Me gustaría ir a verte, Esperanza. Intenta averiguar en qué hospital estás, o dime tu apellido y así podré averiguarlo yo.

—Querida... No quiero que nadie me visite, no soportaría ser una carga a estas alturas de mi vida. Y, aunque quisiera, no te dejarían... —le dijo en un susurro—. Si quieres hacer algo por mí háblame de ti, por favor.

Helena suspiró. Estaba muy preocupada por Esperanza, pero cumpliría su deseo si eso podía contribuir a que se olvidara de sus problemas y lograra distraerse un poco.

—Bueno..., han pasado cosas... Esperanza, he descubierto que estoy enamorada de quien no debería.

—¡Lo sabía!

—Es el hombre del que te hablé, el del Mini Morris verde, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? ¿Te he contado que yo también tuve uno? Me refiero al Mini. Era color crema... Una maravilla de coche; se nota que tu novio tiene buen gusto.

—No es mi novio, Esperanza. Es decir... Él y yo... Ya sabes. Pero creo que no iré más allá... —le dijo intentando no parecer apesadumbrada.

—¿Por qué no?

—Pues... Somos muy diferentes. Nuestras vidas lo son, como que no encajamos en otro sitio que no sea... la cama —le confesó algo avergonzada.

—Por favor, niña. No te tenía por una derrotista...

—No lo soy. Lo que sí soy es realista... Esto terminará pronto, y no sé si me gustará que eso suceda.

—Pues lucha. Busca un punto de confluencia, que siempre los hay. Tu mundo y el suyo pueden acercarse si ambos lo deseáis —le aconsejó la sabia mujer—. No renuncies a algo que quieres sin luchar mientras aún estés a tiempo, ¿me oyes? Déjate guiar por tu intuición y por tu corazón, querida.

Al oírla, Helena sintió algo extraño en su interior. Como una especie de recordatorio que iba más allá de su situación con Fausto. Se miró la muñeca y un estremecimiento la recorrió entera.

«Aún estás a tiempo.»

Tal vez estuviese a tiempo, lo que no estaba era lista. No estaba lista para enfrentarse a sus fantasmas.

—Esperanza, yo...

—Oigo pasos, debo colgar. Hasta pronto, Helena.

Y eso fue todo.

La joven se quedó con el teléfono en la mano, pensando... De alguna forma sentía que cada llamada de Esperanza era la clave de algo, pero no sabía de qué.

Sin embargo, no pudo seguir reflexionando sobre eso porque su amiga Cynthia entró en su habitación como un torbellino.

—¡Aquí estás! Dios santo, Helena... Aún no me puedo creer lo que ha sucedido hace un rato. ¿Has estado con él hasta ahora? ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha hablado de mí?

Ella intentó calmarla.

—Tranquilízate, por favor. Para mí también ha sido una sorpresa... ¿Cómo iba a imaginar que el médico de la demanda y el..., bueno, ya sabes, serían la misma persona? Ni siquiera sabía su nombre...

—¿Te acuestas con un tío del que no sabes ni el nombre?

—Sabes que tenía una especie de pacto con él... Oh, Cyn, ya no importa. ¿Tienes tu dinero? —le preguntó.

—Me lo acaban de abonar. He tenido mucha suerte...

—No es suerte, es justicia.

—Vamos, Helena. No me digas que tu médico preferido no te ha dicho nada...

—¿Qué debería haberme dicho? —inquirió extrañada.

Cynthia pestañeó confusa.

—Pues... que podría no haberme pagado, Helena. Le llegó una información de último momento que... Ay, joder, qué difícil es todo esto...

—Dime la verdad de una vez —le exigió.

—Yo no lo sabía, pero... parece ser que mi tabique nasal estaba destruido por... por la droga —le confesó la morena—. En esa época yo andaba siempre pasada de coca y eso hizo estragos en mi cuerpo, así que, cuando me intervino de urgencia, hizo todo lo que pudo. ¡Joder, Helena! Octavio Camps jamás me dijo nada... Insistió en que Gastaldi era un chapucero y en que debía demandarlo.

—Pero ¿por qué ha consentido en pagarte entonces? —preguntó ella extrañada—. Alguna responsabilidad debió de tener...

—No, Helena. Daniel Oliver me ha asegurado que «su cliente» ha obtenido esa información esta mañana y que había decidido anular el acuerdo, sólo que algo lo ha detenido...

—¿El qué?

—¿No te das cuenta, criatura? —preguntó Cynthia sonriendo—. Por Dios, sí que eres tonta... ¡Ha sido por ti!

—¿Qué dices?

—Que Fausto Gastaldi ha cambiado su decisión al verte en el despacho, así que déjame decirte que lo que sea que le estés haciendo a ese hombre lo estás haciendo muy bien, Helena. No parece el tipo de persona altruista que ande regalando dinero así porque sí, y mucho menos si eso indirectamente pone en

duda su idoneidad profesional. Lo ha hecho pura y exclusivamente por ti — afirmó la morena riendo por la expresión de asombro de su amiga.

—Yo... No sé si... No me consta lo que dices, Cynthia —balbuceó incrédula.

—Pues pregúntaselo. Anda, quítate la duda y pregúntale, pero ten una cosa por segura, Helena Miller: para ese hombre eres algo especial. No sé si eso es bueno, pero es la pura verdad.

La conversación con Cynthia dejó a Helena más impactada que la que había mantenido antes con Esperanza.

Y, mientras se preparaba para ir a GataPaka a trabajar, se preguntó cuántas sorpresas más le depararía ese día.

Cuando Helena hablaba con su amiga, Fausto lo hacía con el detective, por teléfono.

—Tengo una pregunta, doctor. ¿Ha visitado usted algún cementerio para buscar la tumba de su madre?

—Sí, lo hice —reconoció Fausto—. La primera vez era un niño, fue cuando murió mi abuela. No lo olvidaré nunca... Había una placa en el panteón familiar que rezaba lo siguiente: «A la memoria de Elizabeth Meyer, amante esposa y madre ejemplar», pero no había fechas ni nada. Creo que esa placa fue lo que reforzó mi teoría de que la muerte de mi madre era una especie de farsa...

—Estoy comenzando a creerlo yo también —admitió el detective—. Las firmas del certificado de defunción son falsas. No hay un solo registro en los cementerios de esta ciudad sobre su madre. Creo que no murió, o al menos no lo hizo cuando a usted le hicieron creer, y le aseguro que voy a averiguar qué sucedió.

Fausto respiró hondo. No sabía si estaba listo para la verdad, pero estaba seguro de que la necesitaba.

—Y sobre el otro asunto... —retomó el detective interrumpiendo sus pensamientos.

—Dígame.

—Tengo novedades. Si no está sentado, siéntese... He encontrado a la viuda del médico —le dijo, y a Fausto estuvo a punto de darle algo cuando

oyó lo que vino a continuación—: Vive a las afueras de Montes del Rey, a unos setenta kilómetros de aquí, en una finca llamada «El Legado». Regresó al país hace unos seis meses, después de enviudar, y se instaló allí. Y aquí viene lo mejor: tiene una niña de cuatro años...

—Una niña de cuatro años —repitió Fausto intentando mantener la calma.

—La seguí mientras llevaba a la criatura a la guardería. Se las veía contentas y muy... compenetradas.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer, doctor Gastaldi. Es una niña preciosa, de cabello rojizo y ojos claros.

—Verdes —murmuró Fausto más para sí mismo que para el detective.

—Exacto, ojos verdes, rizos y pecas.

Fausto tragó saliva. Tenía la boca seca y le faltaba el aire. No debería seguir conduciendo en esas condiciones, y lo sabía.

—Detective, no puedo continuar hablando ahora. En cuanto sepa qué hacer con esa información lo llamaré —le dijo antes de colgar.

De camino a la clínica, Fausto no hizo otra cosa que preguntarse cómo le diría a Helena lo que le acababan de comunicar. Cómo y cuándo, en realidad.

No estaba seguro de cómo se tomaría ella la noticia. Cuando le había encomendado la tarea al detective, lo había hecho sin muchas esperanzas. No creía que pudiese encontrar el rastro, y dudaba que el presentimiento de Helena se cumpliera. Pero ahora tenía la evidencia ante sus ojos. Era realmente abrumador, aunque no definitivo, y sería ella quien debería decidir qué hacer.

Él estaría a su lado y de su lado siempre, pero creía que saber la verdad le haría mucho bien más allá de lo que hiciera con ella.

Lo pensó toda la tarde, y para cuando llegó a GataPaka a esperarla había tomado una decisión: se lo diría, pero no ese día. Pasaría la noche con ella, y cuando estuviese descansada y tranquila le contaría lo que sabía, aclarándole que la acompañaría en lo que ella quisiera. Si quería ignorar la información, la apoyaría. Si quería hacer algo para saber si era su hija, lo mismo. Y si resolvía iniciar acciones para recuperarla, la ayudaría a hacerlo.

Sin embargo, no le parecía apropiado hacerlo hasta el día siguiente, así que se propuso olvidarse también del asunto y concentrarse en la maravillosa noche que tenía por delante junto a esa mujer que había logrado trastornarlo por completo en pocos días.

Mientras esperaba dentro del Audi, recibió un mensaje de su abogado. Bueno, no uno. Tenía varios.

Te he dejado mensajes todo el día pidiéndote que me llamas, pero nada. Supongo que estarás muy ocupado, y creo saber con quién. Sólo quiero decirte que te andes con cuidado... Sé por qué has seguido adelante, y me doy cuenta de lo importante que es para ti esa chica, pero te desconozco, Fausto. Y me das miedo... O tal vez lo que me dé miedo sea que me pase lo mismo con Cynthia. Sí, tenías razón. La señorita López me gusta a rabiar, y más ahora que me ha dado un puntapié en plena cara diciéndome que es lesbiana. ¿Puedes creerlo? Ha intentado seducirme y, cuando me tenía casi entre sus piernas, se ha marchado soltando esa bomba... Fausto, estas chicas no pueden traer más que problemas, y tú y yo somos dos tontos que caeremos a sus pies... En fin, ama y haz lo que quieras como dijo san Agustín, pero no pierdas la cabeza, por favor.

Fausto sonrió. Demasiado tarde le llegaba el consejo, pues ya la había perdido. Estaba loco por Helena.

Al parecer, la convocó con el pensamiento, pues al levantar la vista la vio acercarse, escribiendo en el móvil y sonriendo. Se preguntó con quién estaría hablando, quién la haría sonreír... Los celos se apoderaron de él y, mientras bajaba del Audi, se obligó a controlarlos.

Helena se veía extraña y maravillosa.

Se había puesto unos vaqueros de tiro alto desgarrados en varias partes, zapatillas deportivas y un suéter de hilo que no le llegaba a la cintura. Hacía un frío que era para morir, y ella con el vientre al aire.

Llevaba las rastas sujetas en una coleta, pues su cabello estaba demasiado largo y llevarlas sueltas era una molestia.

Cuando vio a Fausto su sonrisa se hizo más amplia.

—Hola, doctor —le dijo pícaro.

Él la atrajo hacia sí tomándola de la cintura

—¿No tienes frío, mocosa descocada?

—No cuando estás cerca —fue su provocativa respuesta.

Él disimuló su turbación preguntándole con quién se estaba mensajeando.

Helena rio.

—El perfecto acosador en acción, ¿eh? —se burló—. Pero como muestra de mi buena voluntad te lo mostraré.

Fausto cogió el móvil y leyó:

Lo que no te he dicho esta tarde es que el abogado me ha tirado los tejos. Bueno, reconozco que yo hice lo mío para que así fuese, pero cuando lo tenía listo para darle el palo y meterlo en el saco, le dije que era lesbiana y lo pasé del fuego al hielo en dos segundos. Sólo te lo diré una vez, Helena: tenías toda la razón. No soy lesbiana, sino bisexual. Y ese hombre me vuelve loca, loca, loca...

Helena le quitó el móvil y le impidió seguir leyendo.

—Como le cuentes esto a tu abogado, eres hombre muerto.

—No me atrevería. Vosotras dos sois unas brujas...

Helena se encogió de hombros y luego le echó una mirada al Audi.

—¿Es automático?

—Así es.

—Nunca he conducido un automático.

—Ah, pues puedes hacerlo cuando quieras.

—¿En serio? Dame las llaves.

Fausto la miró asombrado.

—¿Ahora? ¿Quieres hacerlo ahora?

—Has dicho que cuando quisiera.

Era cierto, así que le dio las llaves y, mientras ella se acomodaba en el asiento del conductor, él lo hacía en el del acompañante.

—Bien, para empezar, ponte el cinturón, que no por ser automático estás exonerada de ello —le indicó. Y mientras ella obedecía le explicó—: ¿Ves que la palanca está en la «P»? Bueno, ahora, pisas el freno y arrancas... Bien, muy bien. Ahora pones la «D» y es como cualquier otro coche, sólo que él se encarga de cambiar las velocidades y tú te ocupas del freno y el acelerador.

Helena inició la marcha tímidamente, pero luego adquirió confianza.

Fausto no le quitaba los ojos de encima... Se veía totalmente apetecible con esa carita de concentración y los ojos brillantes.

—Dobla aquí, a la derecha —le ordenó.

—Entendido.

—Lo haces muy bien, Helena. No parece que sea la primera vez... Ahora a la izquierda... Así, perfecto.

—Pero lo es. No sabía que podía hacerlo...

—¿Conducir un automático? —le preguntó—. Mantente a la derecha.

—No, conducir un coche en general.

Fausto la miró sin dar crédito.

—¿No tienes carnet?

—No —respondió ella muy ufana.

—¡Maldición! ¡Detén el coche ahora mismo! —exclamó alterado—. ¡Aquí no, por el amor de Dios! Aparca allí, detrás del escarabajo blanco...

Helena meneó la cabeza disgustada.

—No era para tanto —le dijo mientras frenaba.

¿Que no era para tanto? Esa chica estaba loca, pero Fausto tuvo que reconocer que eso era parte de su encanto.

Se bajó del coche y ella hizo lo mismo. Se cruzaron delante del vehículo.

—Mocosa imprudente —dijo él por lo bajo.

—Cobarde aguafiestas —lo acusó Helena entre dientes.

Fausto no pudo soportarlo más. Alargó el brazo, la agarró de la nuca y, acercándola a su cuerpo de la forma más ruda, le comió la boca.

Se sentó de lado con el único propósito de observarlo.

Era tan, pero que tan atractivo... Así como estaba, con la blanca camisa desabrochada, al igual que la americana, se lo veía demasiado apetecible. Tanto que Helena se preguntó si podría mantener las manos alejadas de él hasta llegar a... ¿Adónde irían?

—¿Adónde nos dirigimos? —le preguntó.

—A casa.

—¿A casa? ¿Y dónde es eso?

—Estamos llegando.

En efecto, en ese instante Fausto giró y abrió un pesado portón con un mando a distancia que sacó de la guantera.

Helena se quedó con la boca abierta.

—¿Aquí vives? Por Dios... ¿Eres millonario o algo así?

La carcajada de Fausto resonó en el vehículo.

—Nada de eso. Vivo de mi trabajo; ésta es la casa familiar que heredé hace tiempo, y no me he mudado más por inercia que por otra cosa.

—Pues esto me parece una mansión. ¿Con quién vives? ¿Tienes sirvientes o algo así?

Fausto aparcó en la entrada y bajó del coche. Helena hizo otro tanto, mirando asombrada la casona que se erigía frente a ella.

—Vivo solo —le explicó mientras abría la puerta y se apresuraba a quitar la alarma—. Y, antes de que insistas, te diré que no me encargo de nada, ni de la cocina ni de la limpieza. Una mujer y su hija vienen tres veces por semana en mi ausencia y...

Se interrumpió de pronto al ver a Helena en el medio de la sala, mirándolo todo con una extraña expresión.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Ella se volvió e hizo una mueca.

—Eres un...

—¿Hijo del patriarcado?

—Sí, también. Pero además eres demasiado... rico.

Fausto frunció el ceño al notar su tono de decepción.

—¿Por qué me parece que eso no te gusta?

—Porque no me gusta.

—Pues tranquila, porque no lo soy.

—¿Seguro?

—Sí, Helena. Dios santo, no sé por qué tengo que estar justificándome sobre la forma en que vivo —dijo lanzando las llaves sobre la mesa de centro —. Tienes demasiados prejuicios...

Ella se encogió de hombros y luego admitió:

—Tienes razón.

Fausto sonrió satisfecho.

—Bien. Ahora dime, ¿te preparo una ensalada? Sé que no comes nada que tenga ojos, así que...

—¿Has pensado hasta en darme de cenar? —le preguntó ella incrédula.

Él se acarició la barba. Se sentía algo avergonzado... Nunca se había preocupado por esos detalles, hasta que Helena llegó a su vida.

—Sí... Es que... Pensé que no habías cenado, y como eres vegana...

Helena sonrió.

—Lo soy. Pero hoy precisamente tenía pensado comer carne. En barra —le dijo con una pícaro mirada.

Lo hizo caer, por supuesto.

Se quitó la americana y la tomó en sus brazos, impetuoso.

—Ven aquí...

Pero Helena estaba con ánimo juguetón esa noche, así que se alejó, dejándolo algo confuso sobre sus verdaderas intenciones.

—Oye... Sólo piensas en follar, ¿verdad?

Fausto se sintió súbitamente incómodo, y muy culpable. ¿De veras era un jodido hijo del patriarcado que sólo pensaba en eso? Creía que no era tan así, pero lo parecía. Tenía que disimular un poco para no espantarla.

—Pensaba que... pensaba que tú también querías... —murmuró.

—Sí, pero podemos hablar antes, ¿no? O bailar...

Él estuvo a punto de caerse al suelo del asombro.

—¿Bailar? ¿En serio, Helena?

—Por supuesto. ¿Ese equipo funciona?

Él asintió.

—Puedes sincronizar tu móvil —le indicó.

Ella le guiñó el ojo y luego seleccionó lo impensado.

Ni en sueños Fausto se podría haber imaginado que Helena elegiría algo así. Las primeras notas de la canción se hicieron oír, y él se quedó atónito.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven sonriendo mientras él se acercaba con las cejas arqueadas—. ¿No te gusta *Bailar pegados*? Si es de tu época...

Logró el efecto buscado, por supuesto, porque Fausto se detuvo y la observó indignado.

—¿De mi época? No puedes ser tan venenosa...

La fresca risa de Helena y sus manos atrayéndolo no lo dejaban enfadarse como debería.

—¿Por qué? ¿No eras ya un joven al inicio de los noventa?

—Helena, era un niño. Tengo treinta y siete... —le aclaró al tiempo que la enlazaba por la cintura y se pegaba a su cuerpo.

—Treinta y siete —repitió ella pensativa.

Por unos momentos no hablaron, sólo se limitaron a mecerse al ritmo de la música, uno en brazos del otro. Para él era extrañamente discordante bailar una lenta de los noventa con una *millennial* medio hippie, medio roquera, sobre todo cuando era consciente de la enorme brecha generacional que existía entre ellos.

—Sé que casi te doblo la edad, y eso no me hace sentir cómodo precisamente —le confesó de pronto, algo triste.

—A mí no me importa —replicó Helena de inmediato—. Pero me he quedado pensando que mi madre cumpliría cuarenta dentro de unos días... Esta canción le gustaba mucho...

Era la primera vez que ella voluntariamente hacía referencia a algo de su pasado, y eso sorprendió mucho a Fausto. No obstante, era evidente que no se sentía cómoda haciéndolo, así que le preguntó con voz suave:

—¿Quieres hablar de eso?

Ella lo pensó un momento mientras Sergio Dalma derramaba azúcar en la romántica canción y ellos continuaban bailando pegados, fundidos el uno en el otro.

—No, la verdad es que no —fue la terminante respuesta.

—Entonces ¿de qué quieres hablar?

La atmósfera se puso súbitamente densa y sensual cuando ella respondió:

—No quiero hablar.

Fausto tragó saliva y se separó unos centímetros para poder mirarla a los ojos.

«Dios... Qué hermosa es, y cómo me pone que me mire así. Al diablo la diferencia de edad, al diablo el pasado y el futuro. Sólo me importa el ahora, que es cuando la tengo entre mis brazos, con todo el tiempo del mundo para disfrutarla como se debe», pensó.

Y luego la tomó de la mano y la llevó a su habitación.

Horas después, Helena se despertó y miró a su alrededor algo desconcertada. Sí..., estaba en la cama de Fausto. ¡En la mismísima cama de Fausto Gastaldi, joder!

Y, a juzgar por los brazos que la rodeaban, por el bulto que descansaba contra sus nalgas y por el calor que sentía en la nuca, él no estaba nada lejos. Más bien se encontraba adherido a su espalda.

Helena intentó desasirse sin despertarlo, pero no lo logró.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó él somnoliento.

—Al baño. Vuelve a dormir...

La retuvo unos momentos y luego se relajó y se volvió a adormecer. Helena se bajó de la cama y se dirigió al baño de puntillas. Se miró al espejo... Se veía bastante bien. Desnuda, sonrosada y adormilada.

Se lavó los dientes con el único cepillo que encontró y, al poco tiempo de sentarse en el váter, Fausto entró.

—¡Joder! ¿Es que no hay intimidad en esta casa? —se quejó ella cerrando las piernas avergonzada.

Él se le plantó enfrente, con el miembro erecto frente al rostro de la asombrada joven.

—Eres muy malhablada, ¿sabes? Te echaba de menos y he venido a ver qué estabas haciendo.

—¿Qué voy a estar haciendo? ¡Meando! Cosa que tú, evidentemente, no podrás hacer con ese..., con esa..., con tu... Bueno, ya sabes —dijo provocándole a Fausto una carcajada.

Aún riendo, empuñó su pene y le preguntó:

—¿Te refieres a esto? Puedo orinar perfectamente. Si tú me enseñas, yo te

enseño...

Helena cogió un trozo de papel y se secó desde atrás para no tener que mostrarle nada.

—Eres un cerdo. Muévete... —le ordenó al tiempo que se ponía de pie y vaciaba la cisterna.

Regresó a la cama y se tapó hasta la cabeza, enfadada consigo misma porque por un momento había estado a punto de comerle la polla como una desesperada.

¿Es que no había tenido bastante con lo que habían hecho desde que entraron en esa habitación? Se estaba volviendo insaciable por su culpa, pero ¿qué podía hacer sino disfrutarlo? Eso precisamente había hecho desde que él había cerrado la puerta y se había sentado en un sillón de lectura que tenía junto a la ventana.

—Desnúdate, Helena —le había ordenado con voz ronca.

Ella obedeció. Se quitó hasta la última prenda mientras él la devoraba con los ojos.

—¿Tú no vas a hacer lo mismo? —preguntó la joven cuando vio que no se movía. Sólo se limitaba a observarla, hambriento.

Fausto negó con la cabeza.

—Después. Ven aquí.

Cuando Helena se aproximó, él sonrió.

—Eres hermosa —le dijo al tiempo que rozaba su pubis con la punta de los dedos. Ella se había depilado por completo, así que los tatuajes destacaban en todo su esplendor—. Mariposas en el sexo... Qué apropiado.

—El camino de la felicidad —bromeó ella acariciándole el sedoso cabello.

Él la miró con los ojos encendidos.

—Me queda claro que es aquí donde reside la mía —afirmó mientras le abría el coño con los pulgares y descubría el hinchado clítoris.

La estimuló con la lengua hasta que ella acabó entre sollozos, y luego la situó a horcajadas sobre él, desabrochó su pantalón y la penetró.

Se movieron al unísono, mientras entrelazaban sus lenguas. Era absolutamente maravilloso, perfecto en todos los sentidos.

Helena le desabrochó la camisa y pegó sus senos al pecho velludo y musculoso. Sus cuerpos encajaban tan bien... Nunca se había sentido tan unida a un hombre ni tan feliz.

Lo oía gemir cada vez que ella descendía y apretaba los músculos en torno a la hinchada polla.

—Helena... Ya no puedo más.

—Quiero verte acabar... No te escondas, por favor —le rogó.

—No puedo...

—Sí puedes. Estás conmigo.

Esas dos palabras bastaron para que él se entregara por completo, sin restricciones.

Echó la cabeza hacia atrás y le mostró su placer.

Era todo un espectáculo ver el orgasmo de ese hombre. La boca entreabierta, los ojos cerrados, las venas del cuello en total tensión... Los gemidos, los jadeos, y un sonido gutural y masculino que emergía desde el fondo de la garganta.

Helena acabó también sin siquiera moverse, sólo por mirarlo. Y, cuando llegó la calma, Fausto se puso de pie y la llevó adherida a su cuerpo hasta la cama.

La tumbó y luego la miró a los ojos. Intensamente...

—Estoy contigo —musitó antes de darle un beso profundo y volver a empezar.

Lo habían hecho durante dos horas, se ducharon juntos y luego cayeron extenuados, al menos hasta ese momento, en que, después de regresar del baño, Fausto se metía en la cama a su espalda y la atraía hacia sí.

No se le había bajado ni un poquito.

Helena volvió la cabeza y sonrió.

—Tu amigo no descansa, ¿no?

Fausto le robó un beso, al tiempo que deslizaba una mano entre las piernas de la joven.

—Por tu culpa —la acusó—. Y no te hagas la sorprendida, que tú también quieres más.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Por dos cosas. Primero, porque te has lavado los dientes en mitad de la noche... Eso, aquí y en China muestra una clara intención de pecar. Y, segundo, porque tu cuerpo te delata... Tienes el coño empapado, Helena.

Y, sin más preámbulos, la penetró.

La embistió con fuerza durante algunos minutos, pero no la dejó acabar. Se la sacó de golpe y, cuando ella protestó, él le acarició el ano con un dedo y le

dijo al oído:

—¿Quieres acabar? Yo quiero esto.

Helena gimió. No sabía si le iba a doler o no, y tampoco si le iba a gustar, pero él lo deseaba, y no supo negarse a esa especie de chantaje. Echó las caderas hacia atrás indicándole su acuerdo al dedo que la había empezado a penetrar, mientras la torturaba la idea de estar haciendo algo sólo por complacerlo. Algo que no había hecho nunca, pues le parecía de lo más invasivo y violento.

«Nunca pensé que accedería... Dejar que me folle por el culo sólo para hacerlo feliz... Estoy completamente perdida. ¡Ni siquiera me reconozco! Tendré que analizarlo en terapia cuando pueda pagármela, pero ahora lo único que quiero es hacerlo gozar», pensó.

Fausto intentó ser delicado y al principio lo logró. Abrió el camino a fuerza de dedos y saliva, y cuando la sintió lista la penetró. Centímetro a centímetro, hasta el final...

Ella se mostró reticente al principio y muy participativa después. Demasiado participativa... La oyó gemir y pedir más, y se volvió loco.

La puso boca abajo y situó ambas manos bajo su cuerpo hasta llegar a tocarle el sexo con los dedos, lo que hizo que instintivamente la joven comenzara a moverse contra ellos buscando su placer. La embistió como un salvaje jadeando en su cuello y, cuando la notó acabar, se dio cuenta de que ese culo pequeño apretando su polla era más de lo que podía soportar. Trató de detenerse, en un desesperado intento de dilatar más el momento, pero no lo logró. Acabó cuando se la estaba sacando, entre las redondeadas nalgas.

Por unos momentos sintió que se iba de este mundo. Fueron sensaciones tan intensas que creyó morir... Pero no murió. Se pusieron de costado y él le besó el cuello, los hombros... Y cuando ella quiso alejarse no se lo permitió.

—Esto está muy... mojado. Déjame ir a lavarme —pidió Helena en un susurro.

Pero Fausto no le hizo caso, y la retuvo con más fuerza.

—Dormir pegados... es dormir —canturreó somnoliento, haciendo evidente alusión a la canción que habían bailado juntos horas antes.

Ella sonrió. Era adorable el nuevo Fausto bromista y un poco cerdo. Se apretujó contra él, dichosa, y luego ambos se rindieron al sueño.

—Oye, dormilona...

Helena intentó cubrirse la cabeza con la almohada, pero Fausto no se lo permitió.

—Arriba, vamos —insistió—. Tenemos que hablar...

Esas palabras activaron de golpe el mecanismo que la hacía despertar.

Abrió los ojos y vio a Fausto sentado en el borde de la cama. Al parecer, se había duchado porque tenía el cabello mojado, llevaba una bata blanca de felpa y tenía muy buen aspecto.

Al notar que sonreía, Helena sintió alivio... «Tenemos que hablar» nunca presagiaba algo bueno, pero en esa ocasión no parecía tampoco nada grave.

—Hablares después de una ducha —le dijo al tiempo que se arrastraba fuera de la cama. Pero él le cogió una mano y se la besó.

—Buenos días, mocosa.

—Buenos días. Por favor, pon las sábanas a lavar, que esto huele fatal.

Fausto alzó las cejas.

—Me pregunto por qué será.

Helena le sacó la lengua y se metió en el baño. Detrás de ella entró Fausto y se sentó en la tapa del váter.

—¿Qué haces?

—Te miraré mientras te duchas.

Ella resopló y, al ver que no tenía intención de marcharse, terminó resignándose, se recogió el cabello y comenzó a ducharse.

—Vaya pervertido —murmuró mientras se enjabonaba los pechos.

—Lo soy —confesó él con una elocuente mirada.

—Y también un mentiroso... Sé que me has ocultado algo.

¡Chan! No se lo iba a decir, pero finalmente se había decidido a hacerlo. Pondría negro sobre blanco y lo haría en ese instante.

—Helena...

La expresión de Fausto cambió por completo. Ya no estaba regalándose la

vista con su cuerpo enjabonado, sino que se veía tenso y preocupado. Resultaba más que claro que se sabía pillado en falta...

—Quiero que seas sincero conmigo —le dijo Helena sin dejar de enjabonarse—. Cynthia me dijo que podrías no haberle pagado, pues tenías todos los elementos como para ganar un juicio. ¿Es eso cierto?

Él abrió unos ojos como platos y luego se rascó la cabeza. Parecía bastante aliviado.

—Supongo que el *bocachancla* de Oliver se lo dijo. Se ha pasado por los cojones lo del secreto profesional y me va a tener que oír...

—La que te quiere oír soy yo. ¿Por qué lo hiciste?

Lo vio suspirar y luego cruzarse de brazos.

—Bueno, ¿por qué no? Me dijiste que ella tenía pensado destinar el dinero a su negocio y...

—Por favor... ¿A quién quieres hacerle creer que eso es parte del «fondo Fausto Gastaldi» para ayudar a jóvenes emprendedoras? Tú no eres del tipo altruista...

Fausto se llevó la mano al pecho fingiendo estar dolido por sus palabras.

—Dime la verdad. ¿Lo hiciste por mí? —insistió mientras cerraba el grifo y abría la mampara.

Se miraron a los ojos unos instantes... Luego él bajó la vista y observó todo lo demás, sin poder evitarlo.

—Te he hecho una pregunta —reclamó Helena, obligándolo a volver a centrarse—. ¿Lo hiciste por mí?

—Helena...

—¿Sí o no? No es tan difícil.

—Bueno..., sí.

Ella sonrió aparentemente satisfecha, pero igualmente siguió con las preguntas.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues no lo sé... Tal vez porque la señorita López es importante para ti y tú eres importante para mí... —confesó algo reticente. Helena lo obligaba a abrir su corazón, y eso dolía—. No quería que te enfadaras...

Ella meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Me das tu bata?

—¿Te traigo una?

—Quiero la tuya.

Fausto se la quitó y se la dio. Si lo quería en pelotas, lo tendría en pelotas. Le daría lo que quisiera a esa chica, y estaba seguro de que ella lo sabía.

—Gracias. Así que lo hiciste por miedo a perderme... ¿No es así?

—Básicamente, sí —admitió Fausto.

Helena salió de la ducha y se soltó las rastas. La sonrisa le llegaba a las orejas.

—Te gusto de veras, ¿eh? —se burló. Y luego se puso de puntillas frente a él y le besó el mentón—. Diez mil pavos... Joder.

Fausto la rodeó con sus brazos e inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Decir que me gustas es quedarse corto —comentó él con voz ronca—. Esto va más allá de eso, Helena...

—¿Cuánto más allá?

Era una pregunta difícil, pero Fausto tenía la respuesta. En ese momento todo se le presentó tan diáfano como el agua que minutos antes recorría el cuerpo de Helena.

No era de eso de lo que quería hablarle esa mañana, por supuesto. Lo que quería era decirle lo del detective y su impactante descubrimiento como había previsto el día anterior, pero en ese instante supo que primero tenía que obtener la seguridad de que permanecerían juntos.

—Te lo diré en tres palabras, o mejor cuatro... Ven a vivir conmigo.

Era evidente que Helena no se lo esperaba, porque lo miró como si estuviese loco y luego dio un paso atrás.

—Tú no quieres que yo me mude.

—¿No? Pues te lo acabo de pedir y, si lo deseas, te lo puedo repetir: quiero que te mudes a esta casa, Helena. Que vivas conmigo a partir de hoy.

—Pero... ¿por qué? —le preguntó ella espantada.

—Otra vez con los porqués... Bien, ¿quieres motivos? Te daré motivos. Tengo motivos prácticos, como por ejemplo: quiero follarte por las noches y por las mañanas, y tienes que saber que soy de los que almuerzan en casa, así que...

—Espera, espera...

—No. Tengo motivos... sentimentales. Tú me encantas, eres ocurrente, eres brillante. Quiero quedarme tonteando hasta el amanecer, quiero dormir contigo entre mis brazos, quiero contarte mis cosas y quiero que tú me cuentes las tuyas...

—Espera, por favor...

—Tengo motivos que ni yo comprendo. Quiero dormir haciendo la cucharita entre sábanas pegajosas, enredarme en ese extraño cabello tuyo, reírme con tus bromas, asustarme con tus locuras, comer hierba junto a ti... Y puedo seguir, ¿eh?

Helena estiró la mano y le tapó la boca.

—No sigas... No puedo —murmuró mientras recorría con los dedos su barba tupida—. Tú y yo somos distintos... No creo que funcionara.

Fausto cerró los ojos.

—Helena...

—¿Qué?

—No voy a presionarte más hoy, pero quiero que sepas que seguiré pidiéndotelo. Así que dime al menos que lo pensarás, ¿vale?

—Es que...

—Piénsalo, por favor.

Ella asintió.

—Vale.

Y eso para él fue suficiente, al menos en ese momento. Todavía le faltaba encarar una conversación bastante más difícil que ésta, si no, habría seguido insistiendo.

El asunto del detective y sus hallazgos era algo que no podía dilatar más...

—¿Me haces café y tostadas? —la oyó preguntar justo antes de meterse el cepillo de dientes en la boca.

—Claro.

La conversación quedaría para después del desayuno entonces. Sí..., después de un buen café se lo diría. Buscaría las palabras correctas y con todo el tacto del mundo le contaría a Helena que era muy probable que tuviese una hija a tan sólo una hora de allí.

Apareció vestida en la cocina, y Fausto la miró desilusionado.

Él estaba ataviado sólo con sus bóxers negros con la esperanza de echarle un buen polvo mañanero antes de desayunar.

La vio atarse las zapatillas sentada en uno de los taburetes y por un momento le pareció una niña, lo que hizo que se avergonzara de sus lujuriosos

pensamientos.

Cuando él pasó a su lado, ella le palmeó una nalga.

—Vaya culo hermoso...

Fausto la miró sorprendido. Jamás nadie le había dicho algo así.

—El mejor culo. Bueno, eres el tío más guapo de todos con los que he follado.

Por alguna razón, esa observación no le gustó para nada. Tal vez porque se centró más en la última parte que en la primera.

—¿Y con cuántos has follado?

—¿Tíos?

—¿Es que lo has hecho también con mujeres?

—Sólo dos veces. La primera para probar, y la segunda para comprobar que no me gustaba.

Fausto no daba crédito a lo que oía.

—¿Y qué más has hecho? ¿Orgías? ¿Sadomasoquismo?

Helena rio alegremente y mordió una tostada.

—¿Sado? No, no me atrae. Pero sí he participado en un trío.

A Fausto se le cayó la mandíbula al suelo.

—¿Te has acostado con dos tíos, Helena?

—No, con una pareja. Ésa fue la primera vez que estuve con una chica, pero, como te decía, no me gustó mucho...

Él estaba atónito. La observaba masticar despreocupadamente su tostada mientras él estaba a punto de infartarse.

—¿Lo has hecho con la señorita López?

—Pero qué cerdo eres... Cynthia es mi amiga, no mi...

Se detuvo de pronto y, de inmediato, él preguntó:

—¿Qué ibas a decir?

—Que es mi amiga, no mi amante, pero luego he recordado que Rocco también es mi amigo y...

Fausto no pudo soportarlo más. Se puso de pie tan de golpe que derramó su café.

—¿Te has acostado con Rocco, Helena? —le preguntó al borde del estallido.

Ella se encogió de hombros y untó otra tostada.

—Un par de veces, y por aburrimiento. Entre él y yo no hay nada más que amistad ahora... A ver tú. ¿Qué me dices de ti, doctor Gastaldi?

Fausto inspiró profundamente. Estaba molesto. Más que molesto, celoso. Así que era cierto lo de que habían sido *follamigos*... Su faceta evolucionada le decía: «¿Qué importa lo que haya hecho antes?». Pero tenía que reconocer que en el fondo seguía siendo un maldito hijo del patriarcado que quería poseerla por completo. Ser el dueño de su pasado, de su presente, de todo. Saber que ella había gozado lo suyo antes de conocerlo lo afectaba demasiado.

—Te aseguro que ni remotamente tengo tu experiencia. Lo mío ha sido variado, pero dentro de lo tradicional —le respondió algo tenso todavía.

—Pues qué pena, porque lo que no hayas hecho antes ya no lo harás —declaró Helena muy segura de sí misma.

—¿Cómo?

—Que ahora eres mío y sólo me follarás a mí.

Por alguna razón, esa afirmación le resultó sumamente reconfortante. Era como una declaración de exclusividad, de fidelidad, de posesión. Le gustó que Helena plantara bandera en su vida. ¡Mierda! Si era eso lo que más deseaba: tenerla sólo para él eternamente.

—Supongo que eso es recíproco, ¿no?

Ella asintió.

—Por supuesto. Y no necesitas controlarme haciendo que me mude a tu casa, pues yo sólo quiero estar contigo. De hecho, no pienso en otra cosa, y eso me está volviendo loca... —se lamentó—. Pero, viva donde viva, ten presente que lo que me ata a ti son las ganas, no tus intentos de dominarme.

Fausto tragó saliva. Si ésa era una declaración de amor al «estilo Helena», bienvenida fuera.

La miró en silencio... Por momentos le parecía una niña y, en otros, toda una mujer. Estaba completamente subyugado por ella.

Y por estar así de enamorado le era muy difícil iniciar esa conversación que tenía pendiente. Debía hacerlo, sin embargo. La posibilidad de que esa niña fuese la hija de Helena era real, y ya no podía soslayarla.

Se armó de valor y comenzó.

—Helena...

—¿Tienes un bolígrafo?

—¿Un bolígrafo?

—Sí, ya sabes... Eso que tiene tinta incorporada y sirve para escribir. ¿Tienes uno? Se me acaba de ocurrir una idea para mi *show* y no quiero que se

me escape —le explicó—. Normalmente me lo grabo en mi móvil, pero se me estropeó el micro.

—En mi... en mi despacho. Pasillo, segunda puerta...

—Gracias.

Helena se marchó corriendo y él se quedó con la verdad en el borde de los labios.

¿Cómo encararía el asunto? Sabía que tenía que elegir cuidadosamente las palabras, pues era un tema demasiado delicado.

No tuvo que pensar mucho.

Cuando Helena regresó, traía en sus manos el disparador ideal.

—¿Ésta era tu madre? —le preguntó mostrándole el portarretratos con la única foto que conservaba de ella.

Él asintió.

—¿Y ése es el mismo Mini Morris que conduces tú, antes de que lo pintaran de verde?

—Sí.

La joven hizo una pausa mientras caminaba por la cocina sin dejar de mirar la foto.

—¿El número cinco pintado en el capó qué significa?

—La verdad es que no lo sé.

—Oye, perdona que te lo pregunte, pero... ¿has pensado en indagar un poco más sobre ese asunto? Es que... mirando la foto he sentido algo extraño; de pronto he entendido esa sensación tuya de que... No me hagas caso.

Fausto tragó saliva. Había llegado el momento.

—Precisamente de eso quería hablarte, Helena. He contratado a un detective...

—¿De veras? ¿Y ha podido averiguar algo?

—Del asunto de mi madre, no mucho. Pero no fue sólo eso lo que le encomendé buscar —le explicó acercándose—. Le pedí que averiguara también lo tuyo...

Ella frunció el ceño.

—¿Lo mío? ¿Cómo lo mío?

—Escúchame, Helena. El médico del que me hablaste ha muerto, pero el detective halló a su mujer...

—Espera.

—Hace muy poco regresó al país... Vive en Montes del Rey, a una hora de

aquí...

—No sigas.

—Y no volvió sola... La acompaña una niña.

Fausto esperó a que Helena dijera algo, pero no lo hizo. Simplemente se lo quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas y un ligero temblor en los labios.

—Esa niña tiene unos cuatro años, así que perfectamente puede...

—¡Cállate!

—Helena —murmuró él al tiempo que levantaba la mano con la intención de acariciarla, pero ella no se lo permitió. Dio un paso atrás con los ojos brillantes, y luego se agachó y buscó su mochila.

—¿Qué haces? Espera...

Pero ella estaba ciega y sorda, y así se encaminó hacia la puerta, hasta que él la detuvo.

—Aguarda, por favor —le pidió agarrándola del brazo, y entonces Helena se volvió con el rostro transfigurado por la furia y le cruzó la cara de un bofetón, mucho más fuerte que el que le había propinado aquel día en el semáforo.

Y después de eso simplemente estalló.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Te odio! —gritó Helena fuera de sí.

Fausto se quedó como petrificado, mirándola en silencio, mientras ella continuaba su andanada de insultos.

—¡Maldigo el día que te conocí, Fausto Gastaldi! ¿Por qué? ¿Por qué has tenido que arruinarme la vida de esta forma?

Al oírla acusarlo de algo tan grave, él reaccionó.

—¿Arruinarte la vida? ¿En serio, Helena? Yo no...

—¡Sí! ¡La vida que logré construir con lo poco que quedaba de mí! Me he pasado años tratando de olvidar, de ignorar todo aquello que me hacía daño, y tú vienes y lo destruyes todo..., ¡todo! —exclamó roja por la furia.

—Lo siento —murmuró él con una calma que estaba muy lejos de experimentar—. No era mi intención hacer eso.

—¡No era tu intención! ¿Sabes por qué? Porque haces lo que te sale de los cojones y no te detienes a medir el daño que puedas causar. ¡Ni siquiera me preguntaste si quería!

—Di por sentado que querías saber... Tú me hablaste de tus dudas, y yo creí...

—¡Jamás debería haberte contado nada! Te dije lo que jamás le había confesado a nadie, y tú usas esa información para intentar destruirme... —lo acusó entre sollozos.

A Fausto se le rompió el corazón al verla llorar así.

—Por favor, no llores... Ven, vayamos a la sala y hablemos...

Helena se desasíó furiosa.

—¡No! ¡No quiero hablar contigo! ¡Ni siquiera quiero seguir viéndote la cara!

Él no supo qué hacer ni qué decir, pero Helena sí.

—Lo has arruinado. No sólo mi vida, sino lo poco que podríamos haber construido tú y yo...

—No digas eso.

—¡Es la verdad! ¡Jamás podría volver a confiar en ti!

—Y yo jamás pensé que reaccionarías así. Esperaba que fuese algo desestabilizante para ti, pero creí que sabrías asimilar la información de otra manera... —le confesó Fausto dolido.

—¡De otra manera! ¿Cómo puede reaccionar alguien a quien le acaban de mover el suelo bajo sus pies? —le preguntó con los ojos como brasas—. No tienes ni idea del daño que me has hecho, y no te lo perdonaré jamás.

Él pestañeó, acusando el golpe.

—Helena...

—Te has metido con lo que no debías. Has pisoteado mi derecho a administrar mi vida y mis recuerdos como yo quería... —le dijo ella sollozando al tiempo que se acercaba a la puerta.

Fausto no podía creer que Helena fuera a marcharse así, transida por la furia, dominada por la rabia.

—¿Qué haces?

—Me voy —dijo ella secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Olvídate de que me has conocido, que yo haré lo mismo.

Él contuvo el aire.

—No me pidas eso. No podré hacerlo...

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy exigiendo. No me busques nunca más...

—Pero... ¿qué harás con lo que sabes? —le preguntó intentando retenerla—. Porque lo hecho hecho está. Ahora sabes que hay una posibilidad de que esa niña sea...

—¡Cállate! —gritó ella tapándose los oídos—. ¡No quiero escucharte!

—Pues tendrás que hacerlo, Helena. Ya no puedes ignorarlo...

Ella temblaba de la cabeza a los pies.

—No es asunto tuyo, Fausto Gastaldi. Tú, tu detective y la maldita información que a partir de ahora se transformará en mi pesadilla podéis iros a la mierda.

Y, después de decir esas duras palabras, abrió la puerta y salió.

Pero Fausto no se resignaba, y salió tras ella, con sus bóxers negros como único atuendo.

Hacía un frío de mil demonios, pero a él no le importó.

La joven llegó al portón y se volvió.

—Ábreme.

—No lo haré. Entremos y hablemos como personas civilizadas...

—Te he dicho que me abras, que quiero marcharme.

—Por favor, Helena. Me estoy congelando... Esto no puede quedar así. Ven conmigo —le rogó.

—Es tarde. Demasiado tarde...

La vio lanzar su mochila al otro lado del portón de hierro y luego trepar con gran habilidad. La vio saltar a la calle y, cuando estuvo en la acera, la vio mirarlo a través de la verja con la decepción pintada en el rostro.

—Si te queda un poco de respeto hacia mí y mis sentimientos, no te me acerques. Si tengo que rogarte, te lo ruego: no intentes ponerte en contacto conmigo porque me harás más daño todavía —le advirtió.

Y, sin esperar respuesta, echó a correr y se perdió entre la gente.

Fausto se quedó inmóvil, sin registrar las miradas de curiosidad de la gente que pasaba. Se sentía completamente devastado.

Había cometido un gran error y no tenía idea de cómo enmendarlo.

«¡Mierda! ¡No pensaba que le iba a hacer tanto daño saberlo! Ni siquiera me ha dejado ofrecerme a ayudarla a recuperar a su hija. Dios santo... ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo demonios haré para que me perdone?», se preguntó desesperado.

Había cometido un error, pero por alguna razón no podía arrepentirse.

A sólo una hora de allí había una niña pelirroja que llevaba la sangre de Helena. Una criatura que ella había parido cuando era una adolescente y que le habían arrancado de los brazos sin que pudiese hacer nada para impedirlo.

En el fondo de sí mismo, guardaba la esperanza de que ella reflexionara y se tomara las cosas de otra manera.

«Le daré tiempo. Me haré pedazos por dentro pero respetaré su dolor, respetaré su deseo de que me mantenga lejos de ella... Aunque me esté muriendo, no la buscaré. Eso sí, no voy a renunciar a Helena jamás... No podría aunque quisiera, maldita sea», pensó.

Esa tarde llamó a su abogado y lo puso al tanto de todo. Estaba seguro de que Helena en algún momento buscaría a su hija y querría recuperarla, así que él iría un paso por delante. Además, necesitaba tener algo en el punto de mira, un objetivo relacionado con ella que lo ayudara a cumplir con lo que se había propuesto: respetar sus deseos.

—Es algo... complicado, Fausto. Y puede llevar mucho tiempo...

—No entiendo por qué. Hoy en día, un examen de ADN puede tardar...

—No es lo que tarde el resultado, sino que obliguen a la otra parte a someter a la niña a la prueba. Además, no es un bebé... Cuanto más tiempo tarden, más vinculada estará a su familia adoptiva, más respetarán sus deseos y más costará recuperarla —le dijo el abogado—. No quiero engañarte: Helena no lo tendrá fácil...

—Eso contando con que quiera recuperarla —murmuró Fausto, completamente descorazonado—. Porque por ahora no quiere ni oír hablar de ello.

—Dale tiempo...

—Pero me acabas de decir que el tiempo juega en nuestra contra.

—¿Nuestra, Fausto? ¿Nuestra? —preguntó Daniel Oliver sorprendido—. Estás perdido, tío.

—Ojalá no lo estuviese, porque Helena no quiere verme. Me dijo que me odiaba y que no la buscara... Me acusó de haberle arruinado la vida al decirle que tal vez su hija estuviese viva y muy cerca —le dijo sin intentar ocultar siquiera su pesar.

—Tienes que calmarte y tener paciencia... Es ella quien determinará qué sucederá de ahora en adelante.

—Lo sé, pero... Mira, si logras anotarte un tanto con la señorita López, trata de sonsacarle algo —le rogó a su amigo—. Cómo está, qué piensa hacer... Si me echa de menos.

—Fausto, nada me gustaría más que anotarme un tanto con Cynthia y, espero hacerlo el sábado, de hecho. Pero no voy a arruinarlo intentando sonsacarle nada... Además, no estarías jugando limpio: tienes que respetar el deseo de Helena —le aconsejó Oliver.

Claro, era fácil decirlo, sobre todo cuando tenía una cita el sábado con la despampanante señorita López. En cambio, él tendría que quedarse solo con su alma y sus penas.

Maldijo su suerte, maldijo a Oliver y hasta maldijo a Helena.

Sabía que se aproximaban unos días terribles y unas noches de pesadilla, y se preparó para padecerlos.

Helena sentía que estaba viviendo en medio de una pesadilla. Quería despertar y no podía.

Vagó por la ciudad el día entero y, cuando llegó la noche, la encontró hecha un ovillo en un portal desconocido, deshidratada y aterida.

Las lágrimas surcaban sus mejillas, y se sentía como en carne viva. Fausto había hecho pedazos su coraza, la que tanto trabajo le había costado construir. No sólo la había enamorado, sino que le había arruinado la vida.

Ahora estaba a la deriva, sola y desorientada. Le dolía su estabilidad perdida a causa de una verdad que no estaba preparada para oír. Y le dolía el hecho de saber que por ese motivo ya nunca volvería a confiar en él, ya nunca más estarían juntos... Por primera vez había levantado la barrera de sus defensas y lo había dejado entrar. Había permitido lo que había jurado que jamás haría: que un hombre se adueñara de su cuerpo y de su corazón, dejando de lado sus prejuicios y un poco también sus principios. Se dio cuenta cuando aún estaba a tiempo, y continuó sabiendo que tarde o temprano pagaría con mucho dolor su debilidad. Había llegado ese momento... Lo había perdido todo.

Se quiso morir como tantas otras veces en que la desesperación se había apoderado de ella. Su instinto de supervivencia primó para su fortuna, porque cuando salió de esa especie de trance se decidió por fin a hacerlo.

Se secó las lágrimas y levantó la cabeza. Caminó hasta el hogar estudiantil y recogió sus cosas. Luego le escribió una carta a Cynthia explicándole que necesitaba estar sola y que durante unos días no encendería su móvil. Y por último fue hasta GataPaka y entró por la puerta trasera.

Por suerte, no se topó con Rocco.

—¿Puedo hablar contigo, Sam?

—Por supuesto. ¿Qué te ha pasado? Tienes mal aspecto...

—Gracias. Mira, necesito marcharme unos días... No quiero mentirte, tal vez sea por más tiempo.

—Helena, yo...

—No quiero que te comprometas a guardarme el puesto, sólo quiero que me anticipes el pago de este mes. ¿Puede ser?

—Sabes que sí. Pero necesito saber que estarás bien...

Ella sonrió tristemente.

—Yo también lo necesito. Y precisamente es lo que voy a averiguar... Necesito saber cuán bien puedo estar.

—No te entiendo.

—No te preocupes...

Sólo estuvo unos minutos allí. Mientras se comía un bocadillo, Samuel le pagó, y, tras despedirse, se marchó tan sigilosamente como había llegado.

No se dirigió a Montes del Rey, sino a su Santa Bernardina natal.

Esa noche durmió en el único hotel del pueblo y a la mañana siguiente fue directamente a la casa que había sido de su madre.

Cuando su padrastro apareció por la puerta, ella lo miró por primera vez sin un atisbo de miedo.

—He venido a decirte que eres un hijo de puta. Y a pedirte que me des de inmediato la cadena y la medalla de mi madre.

Se la veía tan decidida que el hombre ni siquiera titubeó.

—¿Sólo quieres eso?

—Por ahora, sí. Después ya veremos...

La sorprendió que ese infeliz aún no hubiese vendido las únicas joyas de su madre... ¿Sería posible que ese perverso tuviese su veta sentimental?

No se hizo más preguntas con respecto a él. Ni siquiera se merecía uno solo de sus pensamientos. Todos los hombres que había conocido la habían decepcionado o le habían arrebatado algo. Y algunos, ambas cosas, como su padrastro y como Fausto Gastaldi.

Ese hombre le había hecho un daño inconmensurable... Le había arrebatado su vida tal como la conocía, y había puesto una información en sus manos con la que no había sabido qué hacer al principio. Se desorientó, se desesperó... Pero luego reflexionó y allí estaba, a punto de tomar el autobús para ir a Montes del Rey y dirigirse a la única casa de empeños de la zona.

Y fue así cómo entró con las joyas de su madre y salió con un fajo de billetes. Necesitaba dinero para mantenerse, porque lo que tenía que hacer quizá le llevara tiempo. Se alojó en una pensión, y luego comenzó a buscar.

Preguntó, sonsacó, espió. En sitios tan pequeños no era difícil obtener información. Durante dos días se dedicó a seguir el rastro de la viuda del médico que acababa de llegar del extranjero, hasta que finalmente la encontró.

Desde una parada de bus observó la guardería y cada coche que llegaba, hasta que la reconoció. La mujer bajó de una camioneta azul cuatro por cuatro, y luego abrió la puerta de atrás.

Un segundo después la vio, y de inmediato se llenó de certezas.

Frente a sus ojos, a unos diez metros de distancia, estaba su hija, que caminaba alegremente de la mano de la mujer que se la había arrebatado.

Por unos momentos Helena se quedó inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas, observando la escena.

Vio cómo la mujer se despedía efusivamente de la pequeña, quien parecía tan feliz que brillaba. Era perfecta... Tenía el cabello rojizo y sorprendentemente largo, lacio en la raíz y con las puntas rizadas.

A esa distancia Helena no pudo distinguir el color de los ojos de la niña, pero estaba segura de que eran idénticos a los suyos. El pelo sí lo era, aunque el de Helena era lacio y, cuando era pequeña, también bastante fino, no como el de la niña, que era abundante y le llegaba a la cintura.

Su corazón comenzó a latir muy deprisa, tan rápido que pensó que se descompondría allí mismo. Pero no lo hizo, permaneció de pie, sin atinar a otra cosa que mirar.

Y fue así cómo observó casi sin aire que la mujer del médico, después de dejar a la niña en manos de su maestra, se volvía y comenzaba a caminar hacia ella. No hacia la camioneta, sino hacia el sitio donde Helena se encontraba.

Ella intentó huir, pero sus piernas no le respondieron, así que se quedó allí, temblando, hasta que la mujer se detuvo enfrente y le dijo:

—Hola, Helena. Por fin... Te estaba esperando.

Por unos momentos pensó que era un sueño. Eso no podía estar sucediendo... Gina Febles le estaba hablando con toda la calma del mundo, y hasta había alegría en su mirada, como si de verdad la hubiese estado esperando.

—Te veo algo incómoda, y lo entiendo. Pero no temas... —le dijo la mujer con dulzura—. Ven conmigo, por favor.

La joven la miró asombrada.

—¿Contigo? ¿Adónde? —preguntó con un hilo de voz.

—A casa. Tenemos que hablar tú y yo.

—No lo entiendo...

—¿No lo entiendes? Pues te lo explicaré: hemos regresado por ti. Si tú no

hubieses venido, nosotras te habríamos buscado cuando nos mudásemos a Cardelores —le dijo Gina al tiempo que le señalaba la camioneta—. Ven, Helena. Tenemos poco más de tres horas, antes de volver a buscar a Hannah.

«Hannah. Hannah. Hannah.» El nombre que ella quería ponerle si era una niña...

El nombre se quedó grabado en la cabeza de Helena y luego ya no pudo pensar. Se dejó guiar por la mujer, y subió a la camioneta intentando contener las lágrimas. Ninguna de las dos habló, pero la joven no dejó de observar cada detalle que hacía que Hannah se tornara más y más real... El Minion que colgaba del espejo, la sillita en el asiento trasero, un libro para colorear, migas de galletas por todas partes...

Se le hizo un nudo en la garganta, y así permaneció hasta que llegaron a El Legado. Y, en cuanto cruzaron el portón, Helena supo que su vida cambiaría para siempre.

Nada estaba saliendo como esperaba. Estaba en medio de una situación límite, una situación inimaginable para ella.

Sentada en la cocina del enemigo, moviendo una bolsita de té mientras dentro de su cabeza un torbellino de pensamientos que se agolpaban.

«Me esperaba... ¿Qué demonios quiere decir eso? ¡Me robaron a mi hija de la forma más impune! ¡Me hicieron creer que había muerto! Y ahora esta mujer me dice que me buscaba, que me esperaba... Me estoy volviendo loca, esto debe de ser una especie de alucinación o algo así... Estaba acechando y en pie de guerra y ahora estoy aquí como si nada, a punto de tomar un té con la mujer que me hizo tanto daño... No me lo explico. No, no, no...», se dijo.

—Tranquila, querida. Te lo explicaré todo... —dijo Gina sentándose al otro lado de la mesa.

—¿Cómo podrías...? ¿Cómo puedes explicar lo que me hicisteis tu marido y tú? —preguntó intentando controlar la indignación que por momentos se apoderaba de ella.

—Mi marido... Helena, mi marido era un hombre desesperado. Tenía una enfermedad con muy mal pronóstico y no quería dejarme sola... Al principio, todo iba a ser como te lo dijimos: aguardaríamos a que salieras del reformatorio y te acogeríamos en casa. Pero luego él dijo que estabas demostrando demasiado apego y a la vez te volvías cada vez más inestable...

Hizo una pausa al ver el rostro de la joven congestionado por la furia.

—Por favor, te pido que te controles y me escuches. Cuando termine podrás

decir y hacer lo que tú quieras —le pidió Gina con calma—. Creo que lo decidió en el último momento... Un acto lleno de egoísmo en el que me vi envuelta y comprometida sin desearlo realmente. Sí, Helena, te hicimos creer que Hannah había muerto... Con la complicidad de un par de compañeros del hospital que le debían favores, Leo logró hacerse con la pequeña...

—¡Me la arrancaron del vientre! ¿Cómo fueron capaces de algo así? —preguntó ella con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Sí, así fue. Al principio creímos que no sobreviviría, pero finalmente lo hizo. Y, cuando supimos eso, cuando vimos que Hannah se aferraba a la vida, Leo tomó una decisión terrible, pero tengo que confesarte que no he logrado arrepentirme de haber aceptado...

—Me encerrasteis... Me quitasteis de en medio...

—Él dijo que sería lo mejor para ti. Que no podrías hacerte cargo, que en el fondo seguías siendo una adicta...

—¡No lo era! Jamás volví a consumir nada...

—Lo sé, Helena. No dejamos de hacerte una especie de seguimiento... Nos aseguramos de que terminarás tus estudios, de que comenzarás una carrera universitaria...

Helena dejó de llorar y abrió la boca. Pero no logró decir otra cosa que: «¿Cómo?», con un hilo de voz.

—Leo dejó un fideicomiso para ti y otro para Hannah. No obtuviste una beca, Helena. Nosotros hemos pagado tus estudios...

La joven se puso de pie, presa de la indignación.

—No puede ser... En el reformatorio me dijeron... Yo solicité...

—Lo sé. No queríamos que lo supieras, pero Leo murió hace seis meses y yo decidí regresar por ti —murmuró Gina conmovida.

—No lo entiendo... No entiendo nada.

—Helena, te lo explicaré con total sinceridad. Amo a Hannah con toda el alma... La quiero más que a nada en el mundo y por eso estoy aquí otra vez —le explicó—. Cuando me quedé viuda me di cuenta de que si algo me pasara... Bueno, si yo muriese, la niña quedaría en manos de la hermana de mi esposo... No quiero entrar en detalles al respecto, sólo te diré que no deseo que Hannah termine en esa familia. No puede acabar allí bajo ningún concepto...

Hizo una pausa cuando por la puerta de la cocina entró un border collie blanco y negro que no parecía tener más de seis meses.

—Ven, *Gatito* —dijo Gina sonriendo—. Hannah le puso ese nombre...

Helena se quedó mirando al animal sin poder reaccionar, por lo que la mujer continuó hablando.

—Así que pensé que había llegado el momento de que la niña conociera a su verdadera madre —le dijo. Y luego agregó—: Yo sé que tú puedes ir a la policía y denunciarme por complicidad en el horrible hecho de haberte quitado a tu hija.

La joven volvió la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Ten por seguro que así lo haré en cuanto salga de aquí —afirmó.

—Puedes hacerlo. Llevará algo de tiempo conseguir una orden para una prueba de ADN, pero finalmente se hará. Yo iré a la cárcel y tú habrás demostrado a todo el mundo que tu corazonada era cierta, pero... ¿y Hannah? ¿Has pensado qué pasará con ella? Porque ten por seguro que ningún juez te dará la custodia inmediata de la niña... Tienes veintiún años, un trabajo a media jornada, y nada más... No tienes un lugar donde vivir, Hannah no te conoce... —le dijo—. Ella terminaría en una institución o en manos de mi cuñada, muy lejos de aquí. Para cuando tú te estabilizaras, ya sería tarde, pues la pequeña ya habría sufrido el peor daño: haberse separado de la que cree que es su mamá.

—Pero... ¡ella es mi hija!

—Claro que lo es. Y también es evidente que no sería lo mejor para Hannah que yo desapareciera de su vida. Tampoco sería lo mejor para ti, si lo piensas un poco, porque, como te dije, nada te aseguraría que te dieran la custodia inmediata, Helena.

Ella movió la cabeza confusa.

—Entonces ¿qué pretendes? ¿Que desaparezca? ¡No lo voy a hacer! —exclamó.

—No quiero que lo hagas. Tú eres mi mejor opción si a mí me llegara a pasar algo... Hannah acaba de perder al que creía su padre y eso me hizo pensar en mi propia muerte como una posibilidad real. ¿A ti te parece que le haría bien otra pérdida, sea de la índole que sea? ¿Caer en manos de desconocidos? Yo no lo creo...

—Dime qué es lo que quieres de una vez. Dímelo ahora porque, de aquí, me iré a buscar un abogado para ponerte la denuncia. Lo que me hicisteis tu marido y tú no puede quedar impune. ¡Me importa un carajo la maldita beca, fideicomiso o lo que sea! ¡No lo necesito! Puedo hacerme cargo de...

—Habla con tu abogado; él te dirá por qué pueden tardar mucho tiempo en concederte la custodia de Hannah... Para cuando lo logres, ella tendrá poder de decisión... ¿Crees que querrá irse con una desconocida? No, elegirá a la familia que le hayan asignado, y, si es la de mi marido, pobre niña..., la colmarán de bienes materiales pero no de cariño...

Helena se agarró la cabeza entre las manos. No sabía qué hacer...

—Me robaste a mi hija, Gina. No quiero hacerle daño, pero no voy a renunciar a ella...

—No quiero que renuncies. Mira, lee estos papeles... Así te convencerás de que he vuelto a buscarte para involucrarte en la crianza de Hannah. Con este acuerdo nos beneficiaremos las tres, Helena...

Y, sin decir más, puso delante de la joven una carpeta.

Helena la abrió casi por inercia y se puso a leer...

Veinte minutos después terminó y permaneció en silencio durante largo rato, intentando asimilar esa especie de propuesta que Gina le hacía por el bien de la niña.

Y luego habló.

—Esto dice que... A ver si lo entiendo. Quieres que vayamos ambas a la policía...

—No a la policía, sino directamente a la justicia, cada una con un representante legal —puntualizó Gina, interrumpiéndola.

—Pero podrías terminar condenada.

—Lo sé. Condenada sin prisión, si ambas decimos que se trató de una adopción ilegal y no un robo de bebés.

—Ambas sabemos que lo fue, pero digamos que miento y digo que, en lugar de optar por una adopción tradicional, te cedí a mi hija para que la hicieras pasar por tuya...

—Así es. Y que queremos deshacer esa irregularidad... De esa forma, quedaría claro que Hannah es tu hija, Helena.

—Pero eso no me asegura que me la den...

—Más bien podría afirmar que no te la darán en tus circunstancias actuales, pero podrías nombrarme su tutora, como pone ahí, de manera temporal. De esa forma, ella no sufriría una segunda pérdida, y tú podrás entrar en su vida...

Eso último fue lo que hizo que Helena dejara de negar con la cabeza ante cada cosa que Gina decía.

—¿A qué te refieres con entrar en su vida?

—Puedes verla cuando lo desees. Puedes venir y quedarte todo el tiempo que quieras...

—¿Mudarme aquí?

—Por mí estaría bien, pero preferiría que regresaras a Cardelores y terminaras tus estudios. De esa forma, tendrás más armas para demostrar que puedes hacerte cargo de Hannah en un futuro cercano —le explicó Gina—. De todas maneras, mi idea es ir a vivir a Cardelores para cuando la niña empiece primaria, para estar cerca de ti y porque me gustaría enviarla al colegio Jean Piaget...

Helena la miró sorprendida. Ese colegio era el que habría elegido si hubiera estado en su mano hacerlo. Era el mejor centro de estudios laico del país, pero bastante inaccesible desde el punto de vista económico.

—¿Lo entiendes, Helena? Con este acuerdo que redactó mi abogado (tú puedes hacer que el tuyo lo analice y modifique), Hannah será la más favorecida... No perderá a una madre, ganará otra. Su verdadera madre... A la única que podría legarle mi más preciado tesoro de ser necesario...

Gina sonaba más que convincente, pero Helena estaba demasiado dolida como para considerarlo de inmediato.

—Haces que parezca sencillo, pero a mí no me engañarás de nuevo. No hay nada que me garantice que como su tutora no la alejes de mí.

—Los papeles lo harán, pero hay más... Querida, Hannah sabe que existes y, si quieres, puedes conocerla hoy mismo —le anunció la mujer.

Helena no paraba de sorprenderse. Cada cosa que Gina decía hacía que las emociones de la joven se descontrolaran.

—¿Qué sabe?

—Que yo soy su mami del corazón, pero que su mamá de la barriguita eres tú.

—¿Cómo?

—Te seré sincera, no le ha dado demasiada importancia al asunto. No ha preguntado por qué no estabas con nosotras, se lo ha tomado como una información y nada más... No creo que entienda el alcance de ese dato, pero la cuestión es que tienes la puerta abierta para conocerla. Y cuando te digo eso no sólo me refiero a hoy, Helena. Puedes ir y venir cuantas veces quieras y lo necesites, puedes hacerte un sitio en la vida de Hannah...

La perplejidad de Helena no tenía límites. Su té se había enfriado por completo y ella seguía intentando asimilar lo que Gina le decía.

Tras algunos minutos donde su mente fue a mil por hora, finalmente logró decir:

—Quiero que nos conozcamos hoy mismo... Sobre lo otro, no te prometo otra cosa más que esperar hasta mañana y hablarlo con mi abogado.

Para Gina pareció ser suficiente, porque sonrió y se puso de pie.

—Me parece bien. Ahora, dime, ¿has comido? ¿Tienes hambre?

—No tengo hambre. Y no creas que te he perdonado o que te perdonaré, Gina. Lo que me hicisteis tu marido y tú...

—Créeme, Helena: lo sé. Sólo espero que prime el sentido común y el amor a Hannah en tu decisión. Que el rencor no te nuble el juicio y que, si quieres vengarte, no lo hagas dañando a Hannah —le dijo suavemente.

—Puedes estar segura de que lo que menos quiero es dañar a *mi* hija —respondió Helena poniendo especial énfasis en la palabra «mi».

—Bien, entonces estaremos de acuerdo en más de una cuestión... Por lo pronto, ¿qué te parece si vamos a buscarla juntas? Podríamos pasar antes por el centro comercial y comprarle un bocadillo y alguna tontería...

Helena asintió.

Por primera vez en su vida, se mostró contenida y razonable y se sorprendió a sí misma con esa reacción. En ese momento no se parecía en nada a la Helena impulsiva e iracunda que le había cruzado la cara de una bofetada al hombre al que amaba y luego se había marchado saltando por encima de una verja.

En ese breve lapso de tiempo que había transcurrido desde que había visto a Hannah en la puerta de la guardería hasta ese momento, en que se subía a la camioneta junto a Gina, sintió que había madurado demasiado.

Aún sentía rabia y desconfianza, pero su corazón le decía que lo que la mujer le proponía era algo que debía pensar con calma, pues ahora Hannah sería lo más importante de su vida, y también lo más preciado, igual que para Gina...

Sí, ambas tenían algo en común: su amor por Hannah.

Y eso por el momento era suficiente como para no correr a la comisaría y denunciarla por habérsela robado.

—Se lo he enviado con el *e-mail* que me ha pasado Cynthia, señor Oliver. Ahí está el acuerdo que me proponen sobre... Bueno, supongo que ella ya se lo habrá comentado.

—En primer lugar, Helena, deja de llamarme «señor Oliver». Dime Daniel, y trátame de tú, por favor. Y, sí, Cynthia me ha contado tu historia... Cabe decir que no ha hablado de otra cosa desde que la has llamado esta tarde. La has dejado muy impresionada...

—Lo imagino. Cynthia puede ser muy locuaz y poco discreta, así que ten cuidado con lo que le dices... Pero es tan encantadora y buena como parece, eso te lo puedo asegurar —le dijo Helena con cariño.

—Ejem... Eso ya... Bueno, estoy empezando a comprobarlo —murmuró el abogado algo avergonzado—. Tengo que confesar que Fausto ya me había adelantado algo, Helena.

Ella suspiró. Sabía que sucedería. Sabía que tarde o temprano Fausto entraría en la conversación con el abogado, y estaba preparada para eso.

—Si no te molesta, me gustaría dejar a Fausto fuera de todo esto.

—¿A qué te refieres?

—A que necesito que me asegures que esto quedará entre nosotros, Daniel. Yo te pagaré tus honorarios como cualquier...

—Está sufriendo como un perro —la interrumpió el abogado—. Ten un poco de piedad... No sabe ni dónde estás, tienes el móvil apagado...

—Por ahora no quiero hablar con nadie —fue la terminante respuesta de Helena—. Estoy abocada a la tarea más difícil de mi vida y no tengo tiempo ni ganas de considerar nada más.

Daniel Oliver no tuvo el valor para insistir. Simplemente le dijo que estudiaría el documento de inmediato, y que ese mismo día le respondería.

Helena respiró aliviada. No quería hablar con Fausto porque era tanto lo que lo echaba de menos que seguramente le rogaría que se reuniera con ella. Sin embargo, lo que estaba haciendo era algo que debía hacer sola.

Ese «algo» era nada más y nada menos que marcar presencia en la vida de su hija.

Desde el momento en que sus ojos se habían encontrado en la puerta de la guardería, había habido una increíble conexión. Había sido como mirarse en un espejo... Hannah lo notó, por supuesto. Era una niña muy perspicaz...

—Tú te pareces a mí —fue lo primero que le dijo—. Claro que mi pelo es más bonito; el tuyo es extraño.

«No entiendo tu pelo», le había dicho Fausto días antes, y Helena no pudo dejar de recordarlo hasta en ese momento, tal vez el más significativo de su vida.

—Lo es, ¿verdad? Estaba pensando en cortármelo... Tal vez puedas ayudarme.

—Pero no me dejan usar tijeras grandes... —se quejó Hannah haciendo pucheritos—. ¿No es cierto, mami?

Gina la cogió de la mano.

—Tal vez podamos cortarle el pelo a Helena entre las dos —dijo con voz ahogada.

—¿Helena? Ella es... ¿es la que me hizo en su barriguita? —preguntó la pequeña con inocencia.

Helena y Gina se miraron y luego asintieron. Hannah pareció satisfecha, y observó a la joven con renovado interés.

—¿Qué pone ahí? —le preguntó la pequeña señalando su muñeca.

Helena sonrió.

—Pone: «Aún estás a tiempo» —le respondió.

Hannah se llevó un dedo a la boca y suspiró.

—Me gustan más los tatuajes que tienen dibujos...

—Tengo un par de dibujos por ahí... Más tarde te los enseñaré si quieres.

—¡Sí que me gustaría! Yo me haré uno cuando sea mayor —parloteó alegremente la niña mientras Gina la subía a la camioneta.

Helena se sentó junto a ella, temblando por la emoción.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me pondré a Peppa Pig aquí —dijo señalando su rodilla, lo que hizo que la joven riera—. Y tal vez me ponga aquí la letra de mi nombre...

Le mostró a Helena su pequeña muñeca.

—Tú y yo compartimos la letra «H» al inicio de nuestros nombres —le indicó ésta—. ¿Qué te parece si pido que me la dibujen aquí, bajo el otro por

el que me has preguntado?

—¡Yo lo haré! ¿Puedo hacértela con boli?

—¡Claro! Qué bien que ya sabes escribir tu nombre. ¿Y yo puedo hacértela a ti?

—Vaaale... ¿Puedes pintarme también a Peppa Pig?

—Lo intentaré.

Y, de esa forma tan sencilla, Helena y Hannah se conocieron y sellaron el inicio de una relación que con el tiempo seguro se tornaría entrañable.

Desde luego que fue más fácil de lo que Helena esperaba... Gina tenía razón, la niña se lo tomaba todo de una forma muy natural. En su candidez infantil no se haría preguntas todavía... Para cuando lo hiciera y se las planteara a ella, la joven esperaba que el vínculo fuese lo suficientemente fuerte como para poder darle las respuestas más sinceras.

Helena se dio cuenta de que en su cabeza el trato con Gina ya estaba firmado, pero necesitaba la opinión del abogado. De todos modos, fuera cual fuese su consejo, ella tenía claro que no haría nada que dañara ni la estabilidad emocional ni la rutina de la niña. Si hubiera tenido las garantías de que Hannah no sufriría, no habría dudado en denunciar a Gina, pero dadas las circunstancias era evidente que lo tenía que pensar.

No obstante, el resto de ese día no hizo otra cosa que dedicarse a su hija.

Jugó, cantó, dibujó una pequeña Peppa Pig en la rodilla de la pequeña y una «H» en su manita. Le cortó la comida, le sirvió el zumo, peinó su largo cabello... Y también permitió que Gina le cortara las rastas para deleite de Hannah, que las fue recogiendo una a una y las guardó con mimo para «jugar a peluqueras con sus amigas».

A Helena le pareció de lo más antinatural e incómodo dejar que Gina le cortara el pelo, pero habría hecho cualquier cosa por Hannah. Tal vez incluso hasta podría algún día perdonar a Gina por el daño que le había causado, pero era muy prematuro siquiera plantárselo en ese momento.

—Te ha quedado bonito, Helena, pero ya no pareces la Sirenita —dijo la pequeña con una nota de decepción en la voz.

—¡Pero, Hannah, no hay quien te entienda! —la reprendió Gina riendo.

Helena intentó contener la sonrisa, pero no pudo.

—¿Y qué te parece si me lo pinto de verde? Hace tiempo que lo vengo pensando... —le insinuó a la niña, que batió palmas entusiasmada.

—¡Verde agua! ¡Volverás a ser una sirena! —exclamó muy contenta, y luego

se dedicó a peinarla.

Cuando llegó la hora de ir a dormir, la niña le pidió con entusiasmo:

—¡Quédate a dormir, por favor! Te haré un sitio en mi cama...

Eso a Helena la llenó de alegría y, tras ver a Gina asentir, accedió gustosa. No durmió en la misma cama que su hija, pero improvisó una en el suelo y se quedó a su lado, cogiéndola de la mano hasta que se durmió.

Después de eso, se la quedó mirando durante más de una hora, completamente maravillada, hasta que recordó que Daniel Oliver le había pedido que lo llamara a las once.

Entonces se vistió y salió con sigilo de la casa para hablar con el abogado. Claro que, fuera cual fuese su opinión, la decisión ya estaba tomada: la felicidad de Hannah estaba por delante de la suya propia, y también de su dolor.

Cuando Helena lo llamó, Oliver justo salía de casa de Fausto.

Había ido a visitarlo y había estado a punto de contarle lo que sabía, porque lo vio tan mal que temió que su amigo terminara cayendo enfermo. Pudo contenerse, sin embargo, pero aprovechó la visita para darle algún que otro consejo.

—Fausto, mírate. No te reconozco... Estás demacrado, ojeroso... ¿Cuándo vas a dejar de recriminarte cosas? —le preguntó.

—¿Cuándo? Cuando Helena conteste el puto teléfono. Como te he dicho antes, dejé pasar tres días, Daniel. Tres malditos días respetando su silencio, su soledad, su período de reflexión o lo que fuera, pero ya no aguanto más. La llamo y salta automáticamente el contestador. ¿Cómo puedo saber que está bien al menos? Tu querida señorita López me ignoró cuando la llamé a la facultad, y el imbécil de Rocco amenazó con golpearme cuando quise preguntarle sobre ella... Todas las puertas se me han cerrado. Helena no ha ido ni siquiera a GataPaka y ha abandonado la residencia de estudiantes en la que vivía... —se quejó, al borde de la desesperación.

—¿Y no has pensado que puede estar... buscando a su hija? —le preguntó Daniel con cautela, intentando no delatarse.

—Lo he pensado, claro. Pero ¿no tendría que haberme pedido los datos del detective primero? Ah, no sé qué pensar, Daniel. Estoy realmente preocupado

—le confesó.

—Estás más que preocupado, Fausto. Estás enamorado de esa chica y no puedes vivir sin ella...

Fausto lo miró con la tristeza reflejada en la mirada.

—¿Y de qué me sirve? Es evidente que a ella no le importo. Es más, estoy seguro de que me odia, y hasta debe de haber cambiado de número de móvil para no tener que...

—¿Sabes que tu actitud es pésima pero te prefiero así? Pareces más... humano. Dime, en el caso hipotético de que Helena reflexionara y quisiera recuperar a su hija..., ¿estarías dispuesto a apoyarla? Porque difícilmente podría siquiera plantárselo en su situación...

La respuesta de Fausto fue terminante:

—Me casaría con ella si fuese necesario. ¡Mierda! Me casaría con ella de cualquier manera, pero resulta que no me quiere ni ver, y yo no sé qué voy a hacer...

—No desesperes. Estoy seguro de que ella recapacitará sobre la niña y también sobre ti, y si lo hace la ayudará mucho saber que estás dispuesto a hacerte cargo —le insinuó tratando de no comprometerse.

—Ojalá sea así, y ojalá pueda sobrevivir hasta entonces —fue la pesimista respuesta.

Daniel se marchó con el convencimiento de que la felicidad de su amigo estaba irremediabilmente ligada a la felicidad de Helena, y que él haría lo posible por contribuir a ello.

Estaba más seguro que nunca de que Sabrina había sido un error y que, gracias a Helena, Fausto se había salvado de una vida miserable junto a esa bruja. La odiaba, realmente la odiaba, y el día anterior había tenido que poner a prueba su temple cuando ella lo había llamado para decirle que su abogado contactaría con él, pues quería demandar a Fausto.

—¿Por qué motivo quieres demandarlo? —le había preguntado sorprendido.

—Por incumplimiento de promesa de matrimonio —fue su insólita respuesta.

Daniel había estado a punto de mandarla a la mierda, pero contó hasta tres antes de responderle con voz calmada:

—Hazlo, pero te advierto que se van a reír bastante en el juzgado y en varios otros sitios cuando esto trascienda... Cambia de abogado, Sabrina. Un

buen profesional te aconsejaría desistir de interponer una demanda de ese estilo en pleno siglo XXI.

Estaba seguro de que lo único que quería Sabrina era molestar, y si había utilizado una excusa tan estúpida había sido porque Fausto no debía de atender sus llamadas.

La mujer se había puesto furiosa y lo había insultado.

—Un mal abogado lo eres tú, además de un pésimo amigo de tu representado. ¿Sabes qué haré? Hablaré con el dueño del circo, no con el payaso. Iré directamente a la casa de Fausto, ya que no tiene la decencia de devolverme las llamadas, y ni siquiera aparece por la clínica para evitarme.

A Daniel se le borró la sonrisa. Lo que menos necesitaba Fausto era tener un enfrentamiento con esa mujer.

—Déjalo en paz, que no está pasando un buen momento. Sabrina, tienes que aceptar esta negativa con la cabeza bien alta, dignamente, y no con berrinches que no conducen a nada —le había dicho, pero lo único que había logrado era que ella le cortara la llamada.

Daniel Oliver apretó los dientes y rogó para que a esa demente no se le ocurriera ir a casa de Fausto.

Ojalá Helena pudiese resolver todos sus asuntos y regresar antes de que eso sucediese. Y, una vez más, se encontró pensando en que ella era lo mejor que le había podido pasar a Fausto.

Definitivamente, la quería en la vida de su amigo, y él haría todo lo que estuviese en su mano para hacerlo realidad cuanto antes.

Por eso, cuando la joven lo llamó, le dio su parecer con total sinceridad.

—He hablado con el abogado de la señora Febles... El acuerdo extrajudicial me parece bueno. He añadido lo del colegio Jean Piaget para que quede asentado el compromiso, y que la tutoría podría ser revocada en cuanto estuvieras en condiciones de reclamar la custodia de la niña. Me parece que estaría bien que nombraras a otro tutor por si a ti te pasa algo, para que alguien de tu confianza pudiese supervisar la crianza de Hannah si fuese necesario...

—Así que puedo firmarlo —afirmó más que preguntó Helena.

—Sí, no está viciado de nulidad, así que puedes proceder si lo has pensado bien.

—No tengo muchas opciones si pienso en la estabilidad de Hannah, ¿o sí?

—dijo ella con amargura.

—Lo que te hicieron no tiene perdón, Helena, pero estás en lo cierto. Se merecería la cárcel si eso no fuese devastador para la pequeña... En fin, esto es lo que pasará cuando firmemos: el caso lo llevará el juez Baillón, que es un amigo personal y me lo ha anticipado. La señora Febles será condenada, pero no irá a la cárcel, y a ti no te sucederá absolutamente nada porque eras menor de edad y en estado de vulnerabilidad extrema. Tienes que mantener tu versión de que le cediste voluntariamente a Hannah a los señores Febles, pero, al no haberse concretado la adopción por la vía legal, quieres reclamar la maternidad de la criatura. Habrá que hacer una prueba y luego llegará la hora de homologar el acuerdo extrajudicial por el cual Hannah cambiará el apellido y la señora Febles asumirá la tutoría hasta que estés en condiciones de hacerte cargo. Se nombrará un psicólogo y un asistente social para que sigan el caso... Sería ideal que te graduaras y consiguieras un trabajo estable, te instalaras por tu cuenta y todo lo demás. De todas formas, aunque estuviesen las condiciones dadas no te darían la custodia de inmediato, pues tendrían en cuenta el estado emocional de la niña y los lazos afectivos con su madre adoptiva... Todo ha de hacerse de forma gradual, sin cambios bruscos, ¿entiendes? Si así se hace, todo saldrá bien...

—No sabes cuánto te agradezco que me representes en esto, Daniel.

—Estoy a tus órdenes, Helena, ya lo sabes.

—Lo sé. Y sobre lo otro...

—¿Él qué?

—Eso de nombrar a alguien para que supervise la crianza de Hannah si a mí me pasa algo, o se haga cargo de ella si a Gina o a mí nos sucede lo peor...

—Dime, que tomo nota para ponerlo en el acuerdo.

—Fausto Gastaldi —dijo ella sin dudarle, dejando al abogado mudo por la sorpresa durante un instante.

—Helena... Él está terriblemente preocupado...

—Por favor, Daniel. No me hables de Fausto ahora... No quiero pensar en él porque terminaré de derrumbarme —le rogó la joven.

Fue bastante convincente porque logró acabar la conversación con el abogado sin volver a oír mencionar al hombre que le había causado tanto sufrimiento y tanta felicidad a la vez.

Pero, después de colgar, no pudo soportarlo más y, sentada en el porche de Gina, se puso a llorar.

Lo echaba de menos... Había intentado dejar de pensar en él, pero no lo

había logrado. Ni siquiera en el instante en que había cruzado la primera palabra con Hannah había logrado deshacerse de su recuerdo, y por un segundo se encontró deseando que él estuviera allí, tomándola de la mano, infundiéndole confianza.

Estaba enamorada de Fausto Gastaldi, y también le estaba muy agradecida... Él sería el artífice, el principal responsable de la felicidad de los días venideros junto a su hija, y de su tranquilidad mental. Le había demostrado que no servía de nada ignorar, porque la verdad estaría siempre acechando, buscando ser revelada. Era cierto que se había tomado atribuciones que no le correspondían, pero ahora entendía que había sido con la mejor de las intenciones, y gracias a eso Helena había podido abrazar a Hannah y tal vez tendría la dicha de contar con su cariño algún día.

Algún día... Algún día, no muy lejano, se presentaría en casa de Fausto, le pediría perdón por haber sido tan cruel y le haría el amor con desesperación. Porque no tenía duda alguna de que amaba a ese hombre y jamás podría olvidarlo.

Un golpe a sus espaldas la hizo volverse, y vio a Hannah a través del vidrio de la puerta, en pijama y con un elefante de peluche en la mano.

Se secó las lágrimas y entró en la casa.

—¿Qué haces despierta? —le preguntó agachándose junto a ella.

—¿Y tú? No estabas en la cama del suelo...

—Hablabas por teléfono con un amigo, no quería molestarte —le respondió.

—¿Era tu novio? —preguntó la niña, curiosa.

—No, no lo era.

—Pero ¿tienes uno?

Helena sonrió, triste.

—Supongo... Quiero creer que sí, pero lo cierto es que fui muy grosera con él y debe de estar muy enfadado —le confesó.

—¿Es el que me puso en tu barriguita?

Dios... Con sólo cuatro años y medio le estaba haciendo preguntas demasiado comprometidas. ¿Cómo decirle que el chico que la había dejado embarazada murió de sobredosis y que ni siquiera recordaba su nombre completo?

—No. Pero es alguien que me importa mucho, Hannah.

—Deberías pintarte su nombre en la mano también —sugirió la pequeña guiñándole un ojo con picardía.

—Buena idea. Tengo una amiga llamada Cynthia que hace unos tatuajes preciosos. Le pediré que me ponga una «H» y una «F» aquí, en la mano, debajo de estas letras... Se llama Fausto, ¿sabes?

Hannah revolvió los ojos y luego dijo:

—Me gusta —y a continuación pasó el dedo sobre la frase en la cara interna de la muñeca de Helena fingiendo saber leer—. Todavía... tienes... mucho... mucho... tiempo...

Estaba tan encantadora que la joven no pudo evitar reír y besarle la frente.

—Muy bien... Lees muy bien, Hannah. Y espero que tengas razón y todavía esté a tiempo de que Fausto me perdone...

—Con lo guapa que estás con tu nuevo corte de pelo, seguro que te perdona. Pero no vuelvas a decir groserías, porque mamá nos va a lavar la boca con jabón —le recomendó en un susurro.

—No lo haré —le prometió Helena guiñándole el ojo, y luego, cogidas de la mano, subieron la escalera.

A Helena le temblaba la mano cuando la levantó para llamar al timbre.

Los acontecimientos de los últimos días habían hecho estragos en su temple y en sus emociones, y la chica que estaba a punto de dar el siguiente paso en pos de su felicidad no era la misma que se había marchado de allí hecha una furia hacía sólo unos días.

En ese breve lapso de tiempo había pasado una vida... Todos sus sueños junto al hombre al que amaba se habían hecho añicos. Se había derrumbado por completo y vuelto a levantar. Se había enfrentado a sus miedos más profundos, había luchado contra su sed de venganza, y había entrado en la vida de lo único que rescataba de su pasado: su hija. Hannah no era ya un presentimiento, sino una realidad tan tangible como esa manita que durante dos noches no había soltado la suya mientras dormían.

Habían creado lazos fuera de toda lógica. Una conexión única entre dos seres que jamás se había separado del todo... Frente a los asombrados ojos de Gina, madre e hija jugaron, rieron y hablaron como si se conociesen desde siempre, y cuando llegó la hora del papeleo no hubo ni un atisbo de duda.

Todavía no había quedado todo finiquitado, pero Helena se marchó de Montes del Rey llena de certezas y con una promesa hecha a Hannah, con los ojos llenos de lágrimas: volver el siguiente fin de semana y todos los demás.

Volvió a Cardelores con Daniel Oliver, que se había trasladado para facilitar la rápida resolución del acuerdo. En el trayecto hablaron de muchas cosas, y la joven descubrió en el abogado una persona en la que se podía confiar. Después de todo, era el mejor amigo de su hombre, y el hombre de su mejor amiga... Le abrió su corazón a Daniel contándole lo arrepentida que estaba de su reacción al enterarse de la verdad.

—Helena..., no te mortifiques por eso —le dijo comprensivo—. Fausto sabrá comprenderlo y, si es necesario, perdonarte.

—No estoy tan segura. Fui demasiado cruel —replicó ella apenada.

—Créeme que lo hará. Yo he sido su paño de lágrimas estos días, y te

aseguro que cualquier señal de tu parte será bien recibida.

—¿Tú crees?

—Podría poner mi firma en ello —fue su convincente respuesta—. Pero hazlo cuanto antes, por favor. Temo que enloquezca si no sabe de ti...

Helena sonrió tímidamente.

—¿Y qué me dices de Cynthia? ¿Son honorables tus intenciones con respecto a mi amiga?

Daniel rio.

—Bueno..., las mías son honorables, pero no sé si puedo decir lo mismo de las tuyas. Creo que Cynthia se está divirtiendo a mi costa...

—Es probable.

—Ni siquiera estoy seguro de poder tener una oportunidad con ella —se quejó—. Sigue insistiendo en que es lesbiana.

Ahora le tocó el turno de reír a Helena.

—Yo te sugeriría que no desistieras —le aconsejó—. El premio es grande...

Un suspiro precedió a la respuesta del abogado.

—Lo sé.

Helena sonrió al recordar esa conversación de horas antes. Después de que llegaron a la ciudad pasaron por el juzgado y firmaron unos papeles, y finalmente la joven quedó libre.

Lo primero que hizo fue resolver su situación en GataPaka. Samuel la recibió encantado y le devolvió su puesto.

—Estás radiante, Helena. Me encanta que te hayas cortado esas horribles rastas.

Ella observó su imagen en el amplio espejo del salón. Tenía razón su jefe: se veía genial con su nuevo corte de pelo. Su cabello lacio y rojizo apenas le rozaba el cuello y le daba estilo.

—Mañana empiezo, ¿vale? Necesito resolver algunas cosas...

Sam estuvo de acuerdo, así que Helena se marchó a la residencia de estudiantes a suplicarle a Fedora que la readmitiese.

La mujer aprovechó la situación y su antiguo encono hacia la joven para hacerse de rogar.

—Ya le he dado tu habitación a otra estudiante. Una chica decente, de buena familia...

—Entonces tendré que buscar otro sitio —dijo Helena con un suspiro.

—Pues sí.

—Y me llevaré a Rocco conmigo...

Las palabras mágicas lograron el efecto deseado.

—¡No! Es decir..., ya veré qué hago... Te pondré una cama en el desván...

—Mi antigua habitación, Fedora, o dormiré en la de Rocco.

La mujer maldijo por lo bajo y luego le tendió la llave.

—¿No se la habías cedido a una chica decente?

Fedora ni siquiera se molestó en darle una explicación.

—Cierra la boca y págame —le espetó, y cuando ella le dio el dinero volvió a concentrarse en el *Candy Crush*.

Helena se había duchado y preparado con esmero para el momento que tanto había esperado. Todas sus prendas le parecieron poco adecuadas para lo que tenía que hacer, así que cuando su amiga llegó, tras los abrazos de rigor, se dedicaron a elegir el atuendo perfecto.

Finalmente se puso un vestido, pero no uno cualquiera. Era una especie de camisa larga color verde con un mandala dibujado, unos *leggings* negros debajo y unas botas hasta la rodilla.

—Helena, estás espléndida. Ponte esta chaqueta... —le aconsejó Cynthia tendiéndole una de color negro.

Ella la miró con ojo crítico.

—No es de cuero auténtico, ¿verdad? Ya sabes que aborrezco esos trofeos especistas.

—Tranquila... Es sintético, al igual que las botas.

Helena se miró en el espejo... Esperaba verse mayor, pero no. No representaba más de dieciocho... Sin embargo, en ese punto de su vida se sentía más madura, más sabia. Tenía una hija de casi cinco años y había conocido a un hombre que le hacía sentir cosas increíbles.

En los últimos días su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y estaba segura de que ya nada podría borrarle la sonrisa.

—Cyn... Tienes que dejar de ser tan malvada con Daniel... —le dijo a su amiga antes de marcharse.

—Mira quién me lo sugiere... La bruja más bruja de Brujilandia. Ahora que el guapo «señor Oliver» es tu abogado, te has puesto de su parte...

—Estoy de la tuya, morena, y por eso te lo digo. Deja de hacerle creer que eres lesbiana, que el pobre ya no sabe ni dónde está contigo.

—Lo estoy asando a fuego lento, pelirroja. Y cuando esté a punto ya le

demostraré cuán bisexual soy...

—Vale, pero no lo asustes. Mira que estos caballeros son algo tradicionales...

—Dos muñecos de pastel de bodas, eso son Gastaldi y Oliver. Menudo trabajo tendremos tú y yo para quitarles los prejuicios a esos dos.

Tenía razón su amiga, pero Helena quería hacerlo. Sería un gran placer volver a tensar el hilo que hacía que Fausto estuviese siempre en vilo y a merced de sus ocurrencias.

Claro que no sería esa noche. Esa noche Helena buscaba el perdón, y por eso en ese momento estaba a punto de hacer sonar el timbre del portón de Fausto.

Pero no lo hizo, porque de pronto el portón se abrió y un coche se detuvo a su lado con la clara intención de entrar. Helena se quedó mirando cómo bajaba el cristal de la ventanilla y una rubia asomaba la cabeza y la increpaba:

—¿Qué quieres?

La joven observó el mando a distancia que había abierto el portón en la mano de la mujer y ató cabos rápidamente. La última novia de Fausto, con quien había estado a punto de casarse... Sabrina. Ésa era la mismísima Sabrina.

—Te he preguntado qué es lo que quieres. Si es vendernos algo, puedes ahorrarte el discurso, porque ni mi prometido ni yo necesitamos nada.

Helena tragó saliva. Tenía ganas de bajarla del coche de los pelos, sobre todo cuando la oyó decir «mi prometido» refiriéndose a Fausto, pero se contuvo. La antigua Helena, la que trepaba por las verjas y daba bofetadas, seguro que lo habría hecho, pero esta nueva Helena no. Así que se limitó a decir «nada» y a dar un paso atrás mientras observaba cómo Sabrina se metía en la casa y cerraba el portón.

Bueno, sabía que no lo iba a tener fácil, pero eso no se lo esperaba. Estaba preparada para enfrentarse al rechazo de Fausto, pero no a una rival, y menos del calibre de la bellísima Sabrina.

Una verdadera Barbie esculpida a bisturí... Y, por primera vez en su vida, Helena sintió la cruel mordedura de los celos. Nunca había experimentado tal inseguridad y eso la impactó.

No podía creer que Fausto y ella se hubiesen reconciliado en los cuatro días que ella se había ausentado. Tal vez nunca habían roto el compromiso...

La joven no supo qué hacer. ¿Se habría equivocado Daniel Oliver al

decirle que Fausto estaría dispuesto a perdonarla? ¿O había sido ella quien había errado al haber interpretado esas palabras como una posibilidad de retomar la relación?

Por unos momentos permaneció de pie apoyada en el muro, dudando, pero luego se decidió y encendió su móvil para telefonar a Daniel.

Sonaron varios timbrazos y luego saltó el contestador. Colgó sin dejarle mensaje, y en ese momento algo le llamó la atención. Tenía treinta y dos llamadas perdidas.

Hasta ese instante sólo había usado su móvil en esa semana para llamar al abogado y después había vuelto a apagarlo. Jamás había notado que Fausto hubiera intentado contactar con ella tantas veces... Revisó el WhatsApp pero no encontró nada... Como suponía, no era un tío de redes sociales.

Lo que sí encontró fueron varios mensajes en su buzón de voz y, con las emociones a flor de piel, se dispuso a escucharlos.

«Helena, me vas a tener que perdonar, pero no puedo respetar tus deseos. No puedo estar sin saber de ti, sin saber si estás bien... Por favor, necesito que me llames.»

«Mierda, Helena. Te he estado llamando durante todo el puto día. No puedes hacerme esto, joder. Sólo quería ayudarte... Hazme saber al menos dónde estás.»

«Soy yo otra vez. He intentado hablar con la señorita López y con tu amigo Rocco. Ninguno de los dos sabe dónde estás, o al menos no quieren decírmelo. ¿Quieres que llame a la policía? Maldición...»

«Mira, no me llames a mí, pero al menos hazlo a tus amigos. Si al menos supiese que has ido a buscar a... a la niña... Ojalá lo hagas. Quiero que sepas que si es así yo puedo ayudarte en lo que sea necesario. Pídeme lo que quieras. Dinero, apoyo moral, lo que sea...»

«Llámame, por favor. Sólo eso... Marca mi número y luego cuelga. De esa forma sabré que... Joder, Helena, no me hagas odiarte...»

«No puedo. No puedo odiarte porque yo... Necesito que me perdones, por favor, aunque no logro arrepentirme de haber ido tras la verdad, te lo confieso. Ni siquiera encontré mi verdad, sólo la tuya... No merezco que me apartes de tu vida por eso... No sé qué hacer, te lo juro... Sí, estoy borracho... Necesito que me llames...»

Había más mensajes, todos del mismo estilo, sólo que cada vez más desesperados.

Helena pensó que un hombre que estuviera retomando la relación con su ex no podía dejarle a otra mensajes como éstos, llenos de desolación y tristeza, así que tomó una decisión y la puso en práctica.

No se marcharía, claro que no. Al menos, no hasta salir de dudas.

Miró a un lado y a otro y, como vio que no había nadie, escaló el muro y la verja y luego saltó al jardín.

—¡Joder!

No había calculado bien, y se raspó una rodilla contra la grava. Se puso de pie y observó sus *leggings* rotos y la pequeña herida. No era un gran daño, así que sopló para quitarse la tierra y luego caminó sigilosamente hasta la casa.

Como estaba oscuro, desde fuera podía ver la actividad dentro de la sala iluminada.

Vio a Fausto sentado en el sofá, y a Sabrina detrás poniendo sus manos en los hombros de su hombre, y sintió ganas de gritarle que no lo hiciera o la mataría. Sin embargo, no fue necesario, porque él se puso de pie en cuanto la rubia lo tocó.

Se lo veía demacrado y muy molesto. Helena no podía oír lo que decían, pero estaba claro que Sabrina quería seducirlo y él parecía no estar nada dispuesto. La vio ir hasta él e intentar tocarle el rostro, y también vio a Fausto rechazarla con un gesto.

Tuvo ganas de besarlo por eso. Bueno, por eso y porque estaba absolutamente apetecible, con un chándal negro y una camiseta gris. Despeinado, ojeroso, con la barba algo desigual...

Sabrina parecía estar de acuerdo con los lujuriosos pensamientos de Helena, porque, después de observarlo con deseo, dijo algo y luego fue hasta el bar y sirvió dos vasos de whisky. Eso sí se lo aceptó Fausto, que se lo bebió todo de golpe y luego le tendió el vaso para que le pusiera más.

Eso no pintaba nada bien... Vio sonreír a Sabrina. Sólo le faltaba relamerse como una gata y saltar encima de él, pero pareció darse cuenta de que tenía que ir con calma, así que hizo otra cosa.

Helena observó a la rubia dirigirse hacia la ventana donde ella se encontraba y, por un momento, pensó que había sido descubierta... Pero no. Lo que hizo fue acercarse al equipo de música y encenderlo.

La joven apenas podía oír algo, pero vio la oportunidad y decidió aprovecharla. Se presentó ante sus ojos tan nítida que deslumbraba... Sacó su

móvil y conectó el Bluetooth. Pasó el dedo por la pantalla y encontró lo que buscaba.

Y todo resultó.

Vio a Fausto levantar la cabeza asombrado y luego a Sabrina volver al equipo con el ceño fruncido y cambiar la canción.

Helena volvió a seleccionar *Bailar pegados* y Fausto se puso de pie como impelido por un resorte.

Sabrina se mostraba confundida e irritada. Por tercera vez manipuló el dispositivo, y Helena por tercera vez lo sabotó con esa canción que era tan significativa para Fausto y para ella.

Luego supo sin ningún género de dudas que él era tan suyo como siempre y se preparó para tomar posesión del hombre que amaba como si fuese la hija predilecta del jodido patriarcado.

Cuando vio a Sabrina a través de la mirilla de la puerta estuvo a punto de no abrirle. Se recriminó a sí mismo no haber contemplado pedirle que le devolviera el mando a distancia del portón y las llaves cuando se separaron.

Bueno, no lo había hecho entonces, así que lo haría en ese momento.

Abrió decidido a no dejarla entrar, pero al parecer ella tenía otros planes, porque se metió en la casa antes de que él lograra abrir la boca.

—Hola, querido.

Fausto puso los ojos en blanco con fastidio. Lidar con Sabrina era algo que no necesitaba justo en ese momento, en que estaba desesperado por no saber siquiera el paradero de Helena.

—No te he invitado, que yo sepa.

Pero ella ni se inmutó.

—Antes tampoco me invitabas y cada tanto te daba alguna de estas sorpresas.

Él sacudió la cabeza resignado y cerró la puerta.

—Sabrina, no estoy de humor para tus juegucitos, así que devuélveme el mando y las llaves, por favor.

La rubia lo miró con ternura.

—Lo haré cuando me marche, no temas. Pero antes quiero asegurarme de que estás bien... Le he preguntado a Daniel por ti y me ha dicho que no estás pasando un buen momento, así que he venido a decirte que puedo perdonarte, cariño.

Fausto la miró como si estuviese loca.

—Acabo de pedirte mis cosas. ¿Qué te hace pensar que quiero que me perdones?

—Es que te veo tan mal... Déjame reconfortarte.

No tenía ánimos para soportar tanta tontería, así que se desplomó en el sofá y cerró los ojos.

—Te haré unos masajes —dijo Sabrina, y antes de que él pudiese negarse,

ella apoyó ambas manos sobre sus hombros.

—¿Puedes parar, por favor? —le pidió poniéndose de pie, mientras se preguntaba cómo había podido dejar que alguna vez lo tocara.

Sabrina se acercó e intentó acariciarlo, pero esa vez pudo detenerla antes.

—Basta de una vez.

La vio suspirar, pero sabía que ella estaba muy lejos de resignarse. Lo que haría sería cambiar de estrategia, pero no se daría por vencida hasta que él explotara.

—Tienes que relajarte, Fausto —la oyó decir mientras trasteaba en el bar—. Bebe un trago y cuéntame tus penas.

Un trago. Eso era lo que necesitaba, y con urgencia.

Se lo despachó en tres segundos, pero de contarle sus penas a ella ni hablar.

—Sírvenme otro y vete —le exigió.

Ella lo hizo, obediente, y luego tuvo la infeliz idea de poner música, o al menos lo intentó, pero en cuanto comenzaron los primeros acordes el equipo se volvió loco y cambió de canción.

Fausto no podía creerlo. Oír esa horrible canción y recordar los maravillosos momentos vividos junto a Helena bailando en esa misma sala fue todo uno.

Oyó a Sabrina soltar una palabrota y volver a intentar poner su música con idéntico resultado.

Sergio Dalma. *Bailar pegados...* Helena.

Fausto se puso de pie de un salto, como si una fuerza extraña lo hubiese obligado a reaccionar.

—¿Qué demonios sucede? —oyó preguntar a Sabrina, como en sueños. La vio manipular el aparato y, cuando la canción de Helena volvió a sonar por tercera vez, él tuvo la absoluta certeza de que ella estaba allí.

De dos zancadas, llegó a la puerta y, cuando la abrió y se encontró cara a cara con la mujer que lo volvía loco, su corazón estalló.

Por unos segundos no hicieron más que mirarse, mientras todo a su alrededor se detenía y se desdibujaba. Y luego reaccionaron al mismo tiempo.

Se fundieron en un abrazo de película... Helena pegada a su cuerpo. Su aroma, su calor... Se desintegró entre sus brazos. Sollozó como un niño. Le besó la frente, los ojos, y cuando reclamó su boca oyó a lo lejos los insultos de Sabrina.

Se detuvo sólo un instante. Por un segundo dejó de besar a Helena, y bastó una mirada y una palabra para que la rubia huyera aterrada.

—Vete.

Nunca había logrado imponerse tanto con tan poco.

Cuando se quedaron solos, él volvió a enlazar su lengua con la de Helena. Se besaron una y otra vez, sedientos el uno del otro. En ese instante, el pasado desapareció por completo y, con él, los enfados y los rencores.

Helena se adhirió con brazos y piernas a Fausto, quien, aferrado a las nalgas femeninas, caminó hasta la puerta que Sabrina acababa de cerrar con un fuerte golpe y la apoyó contra ella, oprimiéndola con su cuerpo.

Abandonó la boca de Helena para llenarle el rostro de besos.

—Dios santo... Casi me matas, mocosa. Te lo juro, casi me matas...

Ella lo miró a los ojos y le acarició el cabello, la frente...

—No era mi intención... Todavía no puedo creer todo lo que ha pasado en estos días —musitó mirándolo con ternura.

—Cuéntamelo, por favor... Cuéntamelo todo, Helena... ¿Dónde has estado? ¿Por qué tenías el móvil apagado? —Y de pronto notó la diferencia en el aspecto de la chica y preguntó sorprendido—: ¿Y qué le ha pasado a tu pelo?

La dejó en el suelo y acarició las sedosas puntas.

—¿No te gusta? —preguntó ella confundida, pues creía que él odiaba sus rastas.

—Me gusta. Todo en ti me encanta, y lo sabes, pero... ¿por qué?

La joven suspiró.

—¿Lo del pelo? Mi vida ha cambiado por completo, así que cortármelo me pareció una buena idea. Pero no te emociones, que aquí no acaba el cambio... Antes del fin de semana pasará de rojo a verde —le anunció.

Fausto la miró asombrado.

—¿Verde? Joder..., Helena, me muero por saber qué ha pasado...

Ella se mordió el labio.

—Te lo contaré luego. Por ahora sólo te diré «gracias». Gracias, Fausto, por ponerme la verdad delante de los ojos. Gracias por no odiarme a pesar de que fui una bruja contigo. Gracias por...

—Helena... —murmuró él conmovido, sujetándole el rostro con ambas manos—. No podría odiarte jamás... Yo te...

Tenía un nudo en la garganta y no pudo continuar. Las palabras de amor no

pasaron de los labios, pero tampoco hizo falta, pues sus ojos lo decían todo.

Y así permanecieron unos instantes, adorándose con la mirada mientras las últimas notas de *Bailar pegados* dejaban de sonar.

—¿Sabes lo que quiero ahora? —le preguntó la joven con una sugerente expresión—. Saber si eso duro que siento aquí, contra el vientre, es por mí o ha sido la rubia y su escenita de seducción...

Fausto sonrió. La soltó y dio un paso atrás mientras aferraba el bulto con su mano.

—Esto es por y para ti —le dijo y, después, con un ágil movimiento, la alzó en brazos como si fuese una pluma.

Le rozó la rodilla sin querer y ella hizo un gesto de dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado.

—Hum... Pequeños daños colaterales —respondió ella señalando la herida—. Tu muro es más alto de lo que recordaba.

—Tienes suerte de tener en casa a un médico. Ven a la cama, que te examinaré.

La llevó a la habitación, le quitó las botas y los *leggings* y luego le limpió la herida y la desinfectó.

—¿Quieres que te lo sople o quieres que te lo bese? —le preguntó de una forma tan encantadora que todo en ella tembló.

Se sintió como una niña y eso le gustó, porque haber descubierto la existencia de Hannah le había dado mucha alegría pero también cierta inseguridad al tener en sus manos una responsabilidad para la que no se sentía del todo preparada. Ahora sabía que él estaría allí para cuidarla, cosa que la reconfortó enormemente.

—Quiero una tirita en realidad —le respondió—. Pero deseo que me soples y me beses en otro sitio...

Él le puso la tirita y luego terminó de desnudarla. La recostó en la cama e, inclinado sobre ella, le recorrió el cuerpo, primero con la mirada y después con la mano.

—¿Es aquí donde quieres que te bese y que te sople? —le preguntó deslizando la mano entre las piernas de Helena.

—¡Sí!

—Si te lo hago, ¿me lo contarás todo luego?

—Te lo prometo.

Fausto le sonrió malévolamente y después se abocó a la tarea que tanto

deseaba. Le abrió las piernas y la estimuló con la lengua primero, y cuando la notó empapada tanto por la saliva como por sus propios fluidos, sopló.

Eso fue demoledoramente erótico para ella. Perdió el control, elevó la pelvis y sostuvo el rostro del médico entre sus piernas hasta estallar en un orgasmo increíble.

Con la vista nublada por el placer, lo vio incorporarse y quitarse la camiseta y los pantalones.

—No llevas ropa interior —observó mientras lo devoraba con la mirada.

—No la necesito. Desde hace varios días casi no salgo de casa —le confesó Fausto, y Helena pudo percibir en su mirada todo el dolor que había experimentado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, porque sabía que ese dolor se lo había causado ella.

—Fausto...

—Dime —le dijo él mientras se cernía sobre el cuerpo femenino.

—Si de mí dependiese, no saldrías de casa por mucho tiempo. Te ataría a esta cama y me aprovecharía de ti... Necesito una sobredosis de Fausto Gastaldi —susurró acariciando la enorme polla que se apoyaba sobre su vientre.

Al oírla decir su nombre de esa forma, algo dentro de él se removió. Sería un maldito hijo del patriarcado por pensar así, pero en ese momento la sintió más suya que nunca, y a la vez sintió que Helena lo marcaba como de su propiedad.

Le abrió las piernas y se introdujo en ella. Tomó posesión de la que reconocía como la mujer de su vida de una forma salvaje y voraz. La penetró una y otra vez, gruñendo y jadeando contra el cuello de la joven: «Mía, mía, mía...».

En el momento previo a derramarse en ella, se incorporó, la miró a los ojos y se atrevió a decir lo que su mente y su corazón gritaban desde hacía tiempo.

—Por Dios, Helena... Cuánto te amo —murmuró sobre su boca mientras permitía que ella fuera testigo de todo su placer.

Tumbados de lado en la cama, se miraban a los ojos y no hacían más que sonreír, completamente deleitados por los momentos vividos minutos antes.

Fue ella quien rompió el hielo, o, mejor dicho, el fuego.

—Sabía que me amabas. Lo sabía...

Él rio.

—Tú lo sabes todo, bruja del demonio.

Helena le acarició el rostro, los labios...

—No todo. La información más importante de mi vida provino de esta boca...

Fausto contuvo el aire, pues se dio cuenta de que había llegado el momento de oír lo que tanto deseaba saber.

—¿Y qué has hecho durante todos estos días con esa información? —le preguntó intentando sonar despreocupado, aunque no lo logró del todo.

—He conocido a Hannah.

Y luego le contó cada cosa que había sucedido. Cada momento, cada detalle. Cada una de sus dudas y también de sus certezas. Le habló de su dolor y también de lo feliz que fue. Le habló de la ayuda de Daniel Oliver, y de cómo había resuelto acceder al plan que Gina había trazado.

—No estoy convencida del todo de haber obrado bien... Es decir, cada tanto me asaltan unos deseos de venganza que me hacen querer deshacer ese acuerdo y decir la verdad: que me robaron a mi hija y me hicieron creer que había muerto —le confesó mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Pero luego piensas en ella y en el daño que podría causarle que la separaran de esa mujer...

—Sí. Y eso me hace centrarme —admitió—. No tenía salida, Fausto. No me sentía capaz de hacerle daño a esa pequeña... Si la vieras... Es algo fuera de este mundo. Es mi antes y mi después.

Él la abrazó con fuerza, y Helena apoyó la mejilla sobre su pecho.

—Tú eres mi antes y mi después —murmuró Fausto besándole el pelo—. Así que sé lo que sientes. Pero cuéntame más... Se parece a ti, ¿verdad?

Helena cogió su móvil de la mesilla de noche y le mostró una foto. Le había hecho infinidad de fotografías cuando ella no lo notaba, y también se habían hecho varios selfis juntas.

—Dime tú si se parece...

—Joder... Es una *minitú*. ¿Cuándo la verás de nuevo?

—Cada fin de semana iré a Montes del Rey a verla. Y durante la semana me quedaré aquí y trataré de terminar mi carrera lo antes posible... Dentro de

un año y medio ya ni siquiera tendré que viajar, pues se instalarán aquí, en Cardelores, para que Hannah comience primaria en el Jean Piaget —le contó entusiasmada.

—Ese colegio está a la vuelta de la esquina desde aquí.

—Lo sé... Podrás conocerla si quieres entonces, si todo va bien...

Fausto la cogió del mentón e hizo que volviera la cabeza y lo mirara a los ojos.

—¿Entonces? Helena, quiero llevarte a Montes del Rey cada fin de semana. Prometo guardar la distancia que tú decidas para que puedas interactuar con Hannah libremente, pero no me dejes fuera de esto, por favor —le pidió.

Ella lo miró fascinada.

—¿Te gustan los niños?

—Los niños, no. Me gustas tú y todo lo que haya salido de ti o esté relacionado contigo. Incluso la señorita López...

Esa observación la hizo reír.

—¿Sabes que Cynthia y Daniel...?

—Uf, claro que lo sé. El mayor disgusto de mi vida, pero ya no hay nada que hacer —le dijo con una cómica expresión de resignación—. En fin, ¿me permitirás formar parte de esta nueva etapa de tu vida, Helena?

Ella asintió.

—¿Sin restricciones? —insistió.

—Lo quieres todo, ¿verdad?

—Absolutamente todo. Incluso a dos mocosas pelirrojas o peliverdes. Las quiero más. A ambas.

—¿Tuyas? —dijo Helena incrédula—. Eres un puto hijo del patriarcado, ¿te lo he dicho ya?

—Entre otros insultos... Destaco especialmente «muñeco de pastel de bodas», pero te perdono porque fue parte de tu etapa de «*feminazi* malfollada», que espero haya llegado a su fin —repuso con una sonrisa.

—Te sugeriría que te cercioraras... Creo que sigo estando un poquito malfollada... —lo provocó.

Y, durante la siguiente hora, Fausto se aseguró de que no volviera a presentarle esa queja nunca más.

Fue una noche larga y caliente. Durmieron a ratos, cuando se hizo imperioso recobrar las fuerzas para ir a por más.

Fausto estaba descontrolado. Helena se había convertido en poco tiempo en una especie de vicio para él.

Tal vez había tenido que ver el hecho de que por primera vez había sentido que podía ser él mismo. Se le había caído la máscara y se sentía cómodo mostrándose vulnerable o perverso, según sus deseos le ordenaran. Nunca había experimentado el sexo de esa forma con nadie, porque desde pequeño le habían inculcado que a las mujeres que un hombre amaba no se les hacían ciertas cosas.

Con Helena había descubierto que las mujeres amadas también tenían deseos morbosos y, contrariamente a lo que se habría esperado de él, eso lo fascinó por completo.

Se permitió mostrarse dominante, como cuando la cogió del cabello desde atrás y la penetró por el ano, o cuando le folló la boca hasta ver sus lágrimas caer. Y se comportó como un perfecto sumiso permitiéndole a ella meterle un dedo a él sin rechistar, o contemplando inmóvil y completamente extasiado cómo Helena lo cabalgaba.

Se mostró tal cual era cuando acabó sobre sus pechos, con los ojos húmedos y la garganta seca de tanto gemir. Disfrutó tanto que deseó que jamás amaneciera para continuar follándola lentamente en un interminable y sensual abrazo.

Nunca había deseado tanto a una mujer después de tenerla. Helena era adictiva e imprescindible para seguir viviendo, y ser consciente de eso lo inquietó un tanto, pero ya no podía hacer nada más que gozarla y no pensar en el mañana.

Porque en el fondo de sí mismo le tenía un poco de miedo... No a ella, sino a perderla. Sabía que era demasiado joven y un poco loca, y esas cosas que tanto le gustaban podrían abrir una brecha entre ellos en el futuro. Debía dejar

de ser tan acartonado, tan estructurado... Se propuso relajarse más, dejarse llevar. Tal vez con un poco de esfuerzo podría terminar siendo menos aburrido y predecible.

«Joder, nunca me había sentido tan inseguro. Es mi lado machista el que piensa que no podré satisfacerla del todo. Es tan sexual y experimentada... Tan caliente, tan perversa... Dios... Va a acabar conmigo. Me voy a morir de amor entre sus piernas, entre sus brazos. Imposible desearla más...», pensó profundamente conmovido por lo que ella le hacía sentir.

Si hubiese sabido que los pensamientos de Helena eran muy similares...

«Qué guapo eres... Me mojo sólo con mirarte. Nunca me he sentido tan miserable como cuando vi a esa rubia despampanante intentando seducirte. Y ahí fuera estaba yo, tan pequeña y desastrosa, con lágrimas en los ojos y sangre en la rodilla, rogando para que no lo consiguiera. Casi me muerdo cuando te vi en la puerta, mirándome como si fuese lo mejor del mundo. Me sentí preciosa como nunca bajo esa intensa mirada. Y, cada vez que te siento dentro, tomo posesión de ti y ruego a la vida que me permita seguir disfrutándote...»

Estaban tan enamorados que les dolía tocarse y también no hacerlo. Sensibilizados por completo, a ratos no hacían otra cosa que contemplarse sin hablar, pero diciéndoselo todo con los ojos. Y en otros momentos no podían parar de follar, como si fuesen bestias en celo, sin posibilidad de control alguno.

La desesperación era tal que Fausto temió partirla en dos al embestirla de esa forma. Se detuvo un segundo y ella aprovechó para deslizarse por la cama y atrapar su polla con la boca. Observarla tendida bajo su cuerpo chupándosela lo ponía a mil, sobre todo cuando ella deslizó la lengua por los huevos y gimió deleitada.

—Si continúas con eso acabaré en tu cara. Para ya...

—Hazlo en mi boca. Ahora.

Con los puños crispados sobre la cama, él adelantó la pelvis y con la polla en la garganta de Helena, y sin dejar de mirarla, eyaculó. Estaba tan maravillado contemplándola relamerse que cuando ella se movió lo pilló por sorpresa. La vio incorporarse y agarrarlo por la nuca con las dos manos... No se esperaba eso. Un beso profundo con la boca llena de su propio semen.

Era incapaz de rechazarla. Los besos de Helena eran increíbles, calientes «nivel dios», pero tener que degustar sus fluidos fue algo demasiado morboso.

Cuando ella se separó y la vio con la boca mojada y los labios hinchados, se sintió tan excitado que él mismo volvió a besarla. Al carajo los prejuicios... Con Helena no existían los tabúes, ni siquiera en las palabras.

—Adoro el sabor de tu leche...

—No puedo decir lo mismo —dijo él sonriendo—. Me siento un poco violado...

—Violado te sentirás cuando me siente en tu cara y comience a moverme.

—No puedo esperar a que lo hagas.

Ella no era de generar expectativas y no cumplirlas, por lo que montó la cara de su hombre y se frotó contra sus labios y su lengua hasta correrse a gritos. Luego se deslizó hacia abajo y se apoyó en el velludo pecho masculino.

—¿Te has quedado a gusto, Helena?

—¿Por qué? ¿Ya te has cansado?

—Ni hablar. Continúo a tu disposición... Puedes hacerme y pedirme lo que tú quieras, cuando tú quieras.

—¿Incluso volver a masturbarme sobre tu cara?

—Especialmente eso. Me encanta cómo huele tu coño cuando estás así de caliente.

Fue como si una descarga eléctrica recorriese el cuerpo de Helena de la cabeza a los pies.

Nunca un hombre había tenido el poder de excitarla con las palabras, sin tener siquiera que tocarla. Fausto Gastaldi tenía ese poder, y eso la asustaba. Es que sentía que ya no podría vivir sin él..., ¡no podría disfrutar del sexo si no era con él! ¿Y si se aburría y buscaba otro coño y otro olor? No, no lo permitiría. Ese hombre era suyo, suyo, suyo... Jamás se había sentido tan posesiva.

—Si eso no arruinara lo guapo que eres, te tatuaría mi nombre en la frente —le dijo, sincera.

Fausto la miró sorprendido.

—Vaya mujer más posesiva... Hay otras formas, como, por ejemplo, un anillo en el dedo —le insinuó con cautela.

—No, prefiero algo más permanente y notorio... Creo que tendré que conformarme con crearme que eres mío y desear que mueran todas las que te puedan rondar.

Él le acarició el pelo.

—No existe nada a mi alrededor, mocosa. Todo mi mundo está repleto de

Helena —murmuró, y a ella le bastó esa declaración para dormirse sobre él, con una sonrisa en los labios.

Se estaba vistiendo después de una ducha necesaria y reconfortante, mientras Fausto preparaba el desayuno en la cocina, cuando el teléfono sonó.

Número desconocido.

—¿Hola?

—¡Helena! Me tenías tan preocupada, criatura...

Esperanza... Se había olvidado por completo de la anciana. ¿Cómo había podido ser tan desconsiderada? Tenía que acabar con esa tendencia a pensar sólo en sí misma.

—Lo siento, Esperanza. Estoy bien... Sólo he estado algo... ocupada.

—¿Con el chico guapo del Mini?

Helena sonrió.

—Algo así —admitió. Ya habría tiempo para contarle lo de Hannah—. ¿Y tú cómo estás?

—Igual. Oye, Helena... No lo dejes escapar, ¿vale? Sé que estás enamorada y también que ese hombre te conviene...

—¿Por qué dices que me conviene?

—Bueno, alguien que sabe apreciar la belleza de un Mini tiene una sensibilidad muy especial. Te lo digo yo, que tuve uno... ¿Te lo he contado?

—Sí. El tuyo era color crema, ¿verdad?

—Así es. Color crema y con un número cinco pintado en el capó... Qué coche más maravilloso...

Fue oírla y de inmediato experimentar una sensación de vacío en el estómago, y toda la habitación dando vueltas. Helena aferró el teléfono con fuerza mientras el corazón amenazaba con salirse por la boca.

Por unos momentos se quedó paralizada. Paralizada, muda y completamente sofocada.

Esperanza pareció notar que algo no iba bien porque la pausa se prolongó demasiado.

—¿Helena?

Nada. No podía hablar. Lo que sentía era algo imposible de describir...

—¿Estás bien, querida?

Se obligó a reaccionar, así que contestó mientras salía de la habitación en bragas y se dirigía al despacho de Fausto.

—¿Un número cinco, Esperanza? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, mi número de la suerte. Me lo hice pintar para hacerlo más especial aún... Claro que no imaginaba que eso precisamente sería el origen de mi desgracia.

Helena se detuvo frente al escritorio y cogió el portarretratos con la foto de la madre de Fausto. Sí, allí estaba. Un número cinco dentro de un círculo, pintado sobre el capó. Pero la última frase de Esperanza la distrajo de esa impactante imagen y la obligó a preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

—Pues... A mi esposo se le metió en la cabeza que el mecánico, el joven que me pintó el número cinco en el coche, era mi amante... Pasábamos mucho tiempo juntos porque también se ofreció a enseñarme a conducir, pero jamás hubo nada entre nosotros...

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió que después de doce años de matrimonio me quedé embarazada y mi marido se convenció de que el mecánico era el culpable. Influenciado por su madre primero, intentó hacerme abortar, pero el niño se aferró a mi cuerpo y a la vida, y sus píldoras no sirvieron a sus fines. Luego me separó de él y me encerró... Esas otras píldoras sí sirvieron, porque me ayudaron a apartarme de la realidad durante un buen tiempo... Para cuando no tuvo más remedio que reconocer que el pequeño era su viva imagen ya era tarde... —dijo Esperanza con un suspiro—. Ay, Helena... No tiene sentido hablar de eso...

La joven tragó saliva y le pidió con voz ahogada:

—Esperanza, no me hables de eso pero sí dime dónde estás ahora, por favor.

—Ya te he dicho que en el hospital...

—¿Qué hospital?

—No lo sé.

Bien, por ese camino no estaba consiguiendo nada. Helena sabía que el tiempo apremiaba, pues las conversaciones con Esperanza solían ser breves.

—Escúchame. Tienes que decirme cómo te apellidas y yo te buscaré —le pidió.

—No servirá de nada, querida... Ni siquiera es mi nombre. Él lo compró, como todo lo demás...

—¿Cómo?

—Hace mucho que me llamo como una de mis criadas de aquella época. Ya me he acostumbrado...

Helena caminaba por la habitación como si estuviese poseída.

—Esperanza, necesito que me des algún dato que me ayude a...

No pudo continuar, porque unos gritos al otro lado de la línea le indicaron que alguien había llegado de improviso:

—¡Es mi teléfono! ¡Jamás vuelva a tocarlo! Qué falta de respeto...

—Lo siento mucho...

—Es usted una...

Silencio. Silencio total. Habían colgado.

La joven se quedó mirando el teléfono sin saber qué hacer. ¡Estaba segura de que esa mujer era la madre de Fausto!

Se sintió realmente aterrada cuando se dio cuenta de que probablemente la tuvieran demasiado vigilada en adelante y ya no pudiese coger prestado un teléfono para volver a llamarla.

¡Joder! Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

Marcó el número que le aparecía en la lista como el de la última llamada recibida y se aclaró la garganta mientras trataba de serenarse. Tenía que jugar esa carta muy bien si quería ganar.

—¿Hola?

—La llamo de la secretaría del Ministerio de Defensa. Acabamos de recibir una amenaza de bomba desde ese número de móvil, y no es la primera vez, así que le advierto que he dado parte a la policía...

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Es que yo no he sido! ¡Es una anciana que estoy cuidando en el hospital que me ha cogido el móvil! ¡Yo no lo sabía! — exclamó una joven al otro lado de la línea.

—Eso se lo tendrá que explicar a la policía cuando la encuentre, porque están intentando localizar la ubicación exacta...

—¡Yo se la digo! ¡Es el Hospital Americano! ¡Vengan y les mostraré quién es la culpable! Por favor, tienen que creerme... Me ha robado el móvil para hacer esa amenaza —dijo «la voz» entre sollozos.

—No se mueva de ahí, iremos a comprobarlo de inmediato —le ordenó—. Pero estaría bien que nos adelantara su nombre y el de la anciana bromista...

—Yo me llamo Sofía Adel, y la mujer es la señora Esperanza.

—¿Esperanza qué más?

—¡No lo sé! Yo sólo la cuidó por las mañanas...

Helena se dio cuenta que de allí no podía sacar más información, pero no podía quejarse, porque había obtenido lo suficiente como para localizar a Esperanza. Quitó la foto del portarretratos, volvió corriendo a la habitación y terminó de vestirse mientras su cabeza iba a mil. Sus *leggings* estaban rotos, así que sólo se puso las botas y el vestido camisero. Mientras se arreglaba el pelo, se hacía preguntas y no encontraba respuestas. ¿Cómo se lo diría a Fausto? ¿Cómo se le dice a alguien que crees haber encontrado viva a su madre muerta?

No tenía ni idea. Sólo sabía que tenía prisa y que debían salir de inmediato hacia el Hospital Americano.

Entró corriendo en la cocina y él la miró sorprendido.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Y en ese momento Helena se dejó guiar por su intuición. Sería ella quien eligiera qué decir y cómo decirlo.

—¿Tú confías en mí?

—¿Cómo?

—Si confías en mí, Fausto. Dime sí o no.

—Sí, por supuesto. ¿Qué demonios...?

—¿Tenías una sirvienta llamada Esperanza hace muchos años?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Esperanza qué? Necesito su apellido.

—Helena, no lo entiendo...

—Su apellido, Fausto. Su apellido...

Él la observó en silencio durante un par de segundos, y luego respondió:

—Lagares, creo. Sirvió en esta casa hace mucho... Creo que hasta que yo cumplí los cinco. Entre ella y mi abuela se hicieron cargo de mí, pero tenían la misma edad... Debe de estar más que muerta.

Helena cerró los ojos.

Ya no le quedaban dudas, Esperanza era la madre de Fausto. Y, si no lo era, al menos conocía la historia de esa mujer. Tenía que encontrarla.

—Fausto, no me preguntes nada ahora. Sólo ve a la habitación y vístete, que tenemos que ir al Hospital Americano.

A él se le derramó el café.

—No entiendo qué demonios...

—¡Haz lo que te digo ya!

Parece que a gritos era bastante convincente, porque él al fin se lo tomó en serio y a los cinco minutos iban montados en el Mini rumbo a la verdad.

—Helena, necesito que me expliques...

Fausto insistía, pero ella era demasiado testaruda.

—Te he dicho que confiaras en mí, ¿no?

—Yo te pedí lo mismo hace poco y...

—¿Reproches, doctor? ¿Justo ahora?

Él se detuvo en el semáforo en que la había visto por primera vez y ese recuerdo bastó para hacerlo sonreír.

—Vale... No te haré reproches, pero tienes que decirme...

—Te lo diré cuando llegemos. No me preguntes más.

Circularon unos cuantos minutos en silencio, pero Fausto no se resignaba.

—¿Te encuentras bien, mocosa?

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que me has pedido que te llevara a un hospital, y se me acaba de ocurrir que quizá estés enferma o algo así.

Helena suspiró.

—No temas. No soy yo la enferma...

—Entonces ¿es alguien que conoces? ¿Quién?

Helena lo fulminó con la mirada. Esos ojos verdes tenían un poder increíble sobre él.

—Vale... No preguntaré más.

Y pocos minutos después entraban en el Hospital Americano.

Helena se dirigió a la recepción y Fausto fue detrás.

—Sígueme la corriente —le ordenó por lo bajo.

—Ningún problema.

Ella inspiró hondo, decidida a todo. Le sonrió a la enfermera y luego le pidió:

—Señorita, necesito ver a la señora... Esperanza Lagares. Está ingresada aquí desde hace unos días.

Fausto volvió la cabeza y la miró como si estuviese loca, pero Helena ni

siquiera pestañeó.

La mujer le sonrió mientras introducía el nombre en el ordenador.

—Está en la habitación 201, aquí, en la segunda... —se interrumpió de pronto y se caló las gafas—. Ah, no... Lo siento, pero esa señora tiene prohibidas las visitas.

La joven se temía algo así, por lo que tenía una mentira preparada.

—Mire, soy la nieta de esa señora y le exijo que me permita verla.

—No soy yo la que le ha prohibido las visitas, sino su médico de cabecera.

—Quiero hablar con ese médico.

—No es posible.

—Insisto.

—No está aquí. Ni siquiera trabaja en este hospital.

Fausto miraba a una y a otra como si de un partido de tenis se tratara. No entendía nada... Helena estaba preguntando por una mujer de más de cien años, si no le fallaban los cálculos, y no tenía ni idea de por qué ni para qué. Sólo sabía que mentía al decir que era su abuela, y que estaba decidida a todo.

Se rascó la barba confuso mientras observaba cómo Helena no se daba por vencida, a pesar de la firmeza con que la enfermera le negaba el acceso.

—Escúcheme bien: he traído a otro médico porque deseo una segunda opinión —mintió la joven sin cortarse un pelo—. Doctor Gastaldi, muéstrele sus credenciales a la señorita.

—¿Mis... credenciales? —preguntó él, que no esperaba tener que participar activamente de la situación.

Helena lo miró con el ceño fruncido.

—Sí, doctor. Su carnet. Lo que certifica que usted es médico.

Fausto sacó su cartera y buscó el dichoso carnet.

—Aquí tiene.

La enfermera lo miró por delante y por detrás, y luego se lo devolvió.

—No dudo de que sea médico, pero de todos modos no puedo dejarlo pasar.

Helena se inclinó tanto sobre el mostrador que los pies le quedaron colgando.

—Usted no sabe con quién se ha metido... —dijo amenazante.

—No lo sé ni me importa —replicó la mujer.

Bueno, eso se estaba poniendo bastante peligroso, pensó Fausto mientras observaba cómo se había formado una fila detrás de ellos que ya empezaba a

dar muestras de su descontento. Fue por eso por lo que decidió intervenir. Helena era impredecible, capaz de todo, hasta de provocar un escándalo que los condujera a todos a la comisaría. No estaba preparado para volver a ver las rejas tan pronto...

—Por favor, sea razonable —le dijo a la enfermera, condescendiente—. Permítame que hable con mi colega telefónicamente para que me habilite a...

—Les he dicho que no. Aquí pone «prohibida cualquier tipo de visita», y al médico sólo se lo contacta en caso de emergencia.

—Es que esto es una emergencia —argumentó, algo fastidiado—. Y usted no puede impedir que entre colegas nos comuniquemos... ¿Cómo se llama el médico de cabecera?

—Si no lo sabe, no seré yo quien se lo diga.

Era más terca que una mula, y más insolente que Helena, pero él no dejaría que se saliera con la suya. Ya le estaba tocando los cojones su actitud.

—Mire, enfermera. Hágame el favor de...

Y, mientras ellos discutían, Helena aprovechaba la ocasión y se escurría por la escalera sin que nadie lo advirtiese.

No tardó más de dos minutos en llegar al segundo piso y encontrar la habitación 201.

En el pasillo, una joven de pelo negro hablaba por teléfono; se veía muy angustiada.

—Y ahora vendrá la policía y no sé cómo lo haré para demostrar que no he sido yo, sino la vieja loca... —la oyó quejarse.

Eso le demostró que iba bien encaminada, así que no vaciló. Entró sin que nadie la viera y se encontró cara a cara con una anciana de cabello blanco y rostro afable, que leía un libro.

—¿Esperanza? —preguntó con un hilo de voz.

La aludida levantó la cabeza y sonrió.

—¿Helena?

La joven corrió a abrazarla.

—¿Cómo me has encontrado? Hace muchos años que yo no...

Helena se secó las lágrimas que empezaban a asomarle sin poder evitarlo y la interrumpió:

—No tengo mucho tiempo; vendrán a sacarme de aquí. Pero necesito preguntarte, necesito saber...

—¿Qué, querida?

—Tu esposo..., ¿se apellidaba Gastaldi?

Esperanza se llevó una mano al pecho, impresionada.

—¿Cómo lo has sabido?

Helena se desplomó en la silla contigua a la cama.

—¿Por qué estás aquí, Esperanza? ¿Cómo es que no has salido en casi cuarenta años? —le preguntó.

—Ya te lo he contado... El doctor y su madre me encerraron.

—¿El doctor?

—Mi marido. Mi marido era médico...

—Bien, lo entiendo. Lo que no comprendo es cómo sigues aquí después de tanto tiempo.

—No vivo aquí, sino en un asilo... Pero no siempre viví allí. El día que tuve a mi hijo me llevaron a otro lugar, un manicomio. Ya te lo he dicho: mi marido estaba convencido de que el niño no era suyo, así que cuando se dio cuenta de que eran dos gotas de agua vino a buscarme. Claro que yo fui tan estúpida de decirle que lo denunciaría y me iría muy lejos con mi hijo, y con eso me cavé mi propia tumba. Volvieron las píldoras y la locura... Pasaron más de cuatro años y me llevaron al asilo, donde todos me llamaban Esperanza. Parece que en la ficha figuraba con ese nombre... En el momento no lo supe, pero mucho tiempo después, cuando por accidente oí mi supuesto apellido, me di cuenta de que el doctor me había dado la identidad de nuestra criada...

Unos gritos en el pasillo hicieron que Esperanza interrumpiese su relato, y Helena supo que ya no había tiempo.

—Te sacaré de aquí, Elizabeth —le dijo tocándole la mano, y no pudo decir más porque en ese instante entró Fausto seguido de un guardia de seguridad, la joven que aún estaba al teléfono y una enfermera.

El guardia intentó coger a Fausto del brazo, pero éste se zafó y le dijo con los dientes apretados:

—No vuelva a tocarme, infeliz.

Eso aparentemente bastó para que el hombre diese un paso atrás y lo dejara tranquilo.

La anciana no le quitaba los ojos de encima a Fausto. Parecía haber visto un fantasma.

—El doctor... —murmuró impresionada. Era evidente que el parecido de Fausto con su padre era notorio.

Helena se puso de pie y sacó la foto de su bolsillo, se la dio a la mujer y ella sonrió. A falta de palabras y de tiempo, ésa fue la forma que encontró de decirle a Fausto quién era esa mujer.

—¡El Mini! —exclamó pasando la mano por la imagen como si eso pudiese rescatar los buenos momentos que seguramente vivió entonces. Pero enseguida volvió a mirar a Fausto, y su rostro se transfiguró.

Helena giró la cabeza y vio a su hombre pálido como un papel, aferrándose a una silla para no caer, con los ojos brillantes y la frente perlada de sudor.

Estaba claro que se había dado cuenta de lo que sucedía, había captado el mensaje y miraba a su madre como si fuese un fantasma.

—Helena... —dijo la anciana con cautela—. Ése no puede ser él..., ¿verdad?

La joven la cogió de la mano.

—No, Elizabeth. Él es...

No pudo continuar. No sabía si la mujer estaba lista para conocer a su hijo, y a juzgar por la expresión de Fausto él no estaba ni remotamente preparado para encontrarse con su madre, pero al menos no estaba enfermo. Bueno, hasta ese momento...

—Es mi novio, el chico del Mini —le dijo, y cuando Fausto posó sus ojos sobre ella, sorprendido, Helena los cerró por un momento en una muda súplica: ir despacio.

—Pero se parece mucho a alguien... —repuso Elizabeth mirándose las manos con nerviosismo—. A alguien que conocí y que me hizo mucho daño...

La joven tragó saliva.

—Lo sé. Y a mi novio le gustaría oír esa historia... —dijo con paciencia—. Ven, acércate...

Fausto se aproximó tambaleante y se sentó en el borde de la cama. Parecía haber recobrado el control de su cuerpo, y eso tranquilizó a Helena. La enfermera de turno decidió que ellos estaban de más, así que hizo salir al guardia y a la acompañante terapéutica murmurando: «Vuelvo dentro de unos minutos», antes de salir tras ellos.

—Me decías, antes de que la habitación se llenara de gente, que el doctor Gastaldi y su madre te encerraron el día que diste a luz...

—Ajá —admitió la anciana recelosa. Se notaba que la proximidad de Fausto la perturbaba.

—Y que te dieron muchas píldoras, de modo que estuviste algo «ida»

durante un buen tiempo...

—Sí.

—Tu esposo pensaba que el niño no era suyo, y por eso te metieron en un manicomio, ¿no es cierto?

—Así es. Él creía que yo tenía algo con el mecánico, el que me pintó este cinco en el Mini, pero no era verdad, jamás tuve nada con ese hombre... ¿De dónde has sacado esta foto, querida? —preguntó de pronto curiosa mientras levantaba la imagen y la examinaba con cuidado.

—Te lo diré después. Ahora cuéntanos tú... Cuando tu esposo, el doctor, se dio cuenta de que el bebé se parecía a él quiso buscarte, pero cuando le dijiste que lo denunciarías y te marcharías con el pequeño te dio más píldoras y te dejó en ese sitio durante muchos años...

—Cuatro o cinco años, creo yo. Y luego me cambiaron a un asilo y me pusieron Esperanza Lagares... Yo tenía una criada llamada así —dijo la mujer con tristeza. Se notaba que rememorar todo aquello la perturbaba.

—¿Y el doctor iba a visitarte?

—No iba a verme, creo que sólo traía las píldoras... Pero hace unos años dejó de venir y en su lugar se presentó otro doctor... Otro médico, pero las mismas píldoras que él había dejado recetadas.

Fausto no decía palabra. Permanecía inmóvil y en silencio, con los ojos puestos en esa mujer. En su madre... No podía creerlo. Ni en sus mejores sueños ni en sus peores pesadillas habría imaginado algo así. Lo que sí esperaba era saber qué había sido de ella, o encontrar a alguien que supiese por qué había sido una especie de tabú en su familia.

—¿Y qué hiciste todos esos años en el asilo, Elizabeth?

La mujer vaciló.

—Puedes decirlo delante de él. No hay ningún problema.

Un largo suspiro, y luego la confesión:

—Intentar morirme para no recordar.

El rostro de Fausto permaneció imperturbable, pero Helena sabía que la procesión iba por dentro. Era imposible no sentir nada.

—Pero aquí estás, y estás viva...

—Sí, pero estoy muy enferma, Helena.

Y, tras esa declaración, Fausto le habló por primera vez a su madre.

—¿Qué tiene?

Ella lo miró con curiosidad.

—Un catarro... —y luego le indicó a Helena que se aproximara y le susurró al oído—: De verdad se parece mucho a él...

La joven sonrió.

—Se llama Fausto.

Y, en ese momento, el rostro de la anciana se transformó.

—No puede ser...

La mujer le apretó la mano, alarmada.

—¿Qué pasa?

—Así se llamaba mi bebé...

Fausto se puso de pie y se volvió. Ya no podía soportarlo.

En ese momento entró alguien en la habitación.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—¿Y usted quién es? —preguntó Fausto a su vez.

—El médico de cabecera de la señora.

Fausto se le aproximó y le señaló la puerta.

—Salgamos un momento. Necesito hablar con usted.

Era lo que necesitaba para salir de allí y no terminar de enloquecer.

—¿Helena?

La voz de la mujer hizo que ella volviera a centrarse.

—Dime.

—Tu novio se llama como mi bebé.

—Elizabeth..., volveré dentro de un momento —le dijo, y luego salió de la habitación.

En el pasillo se encontró con Fausto y el médico.

—Yo no sé nada. La familia de la señora lo dejó todo en manos de un albacea. Un fideicomiso... Se me paga puntualmente, y también al asilo.

—Tengo que hablar con ese albacea. Esa mujer es... es de mi familia. Necesito sacarla de aquí y del puto asilo de inmediato.

—No sé si será conveniente. Tiene un carcinoma pulmonar...

Helena ahogó una exclamación y Fausto extendió la mano y apretó la suya con desesperación.

La miró a los ojos y ella intentó transmitirle todo su amor en ese momento. Después de unos instantes, se volvió hacia el médico y le exigió:

—Quiero ver la historia clínica. Esa señora no es Esperanza Lagares, sino Elizabeth Meyer. Y yo soy Fausto Gastaldi, su hijo.

—¿El doctor Fausto Gastaldi?

El asintió.

—Acompañenme.

Momentos después, ambos se enteraban de que a la madre de Fausto le quedaba muy poco tiempo de vida.

Fausto permanecía con los codos apoyados sobre las rodillas separadas y el rostro cubierto.

Estuvo así durante largos minutos, tras leer la historia clínica e intercambiar con el médico de cabecera y el internista las distintas posibilidades en cuanto a los pasos que seguir en el tratamiento de su madre

—Cuidados paliativos, doctor Gastaldi. Es todo lo que queda por hacer, y en el asilo tal vez no puedan...

—Me la llevaré a casa —fue su terminante respuesta.

Habían contactado con los responsables del asilo telefónicamente y éstos quedaron en darle al albacea el teléfono de Daniel Oliver, para que solucionara el tema de la verdadera identidad de Elizabeth y comenzara a mover el papeleo para sacarla de allí. Fausto se quedó sin palabras cuando le dijeron que la anciana había sido declarada incapaz hacía muchos años, y era el albacea designado por un familiar ya fallecido el encargado de la tutoría. Pero no se detuvo más de lo necesario en averiguar sobre ese asunto, pues le urgían otras cosas. Ya habría tiempo después para hallar culpables, aunque sabía que era demasiado tarde para que los causantes de esa locura pagaran por lo que habían hecho.

El abogado fue el último en ser contactado, y fue Helena quien le habló, pues Fausto no parecía tener ya fuerzas para continuar.

Y así había quedado después de que los médicos se habían marchado para darles un poco de intimidad para procesar el dolor.

—Fausto..., tienes que sobreponerte —le dijo Helena con suavidad, acariciándole el cabello.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Es duro... Ahora te entiendo. Hay verdades que al principio son difíciles de digerir.

—Ya tendrás tiempo para hacerlo. Ahora lo que tienes que hacer es disfrutar de tu madre el tiempo que le quede de vida.

Él asintió.

—Quiero tenerla en casa hoy mismo.

—Esperemos que Daniel pueda lograrlo. Tal vez sea el albacea quien deba autorizarlo —le dijo con cautela, porque sabía que los tiempos para la ley poco tenían que ver con la justicia—. Pero hay algo que tienes que hacer antes...

—¿El qué?

—Decírselo, Fausto. Eso...

—¿Tú crees?

—Él médico eres tú. Pero, si me preguntas a mí, yo creo que en su lugar querría saber la verdad... En un principio tal vez se impresione, pero podrá soportarlo. Pudiste hacerlo tú, pude hacerlo yo con lo de Hannah... Elizabeth es fuerte, y a cualquier persona le gustaría saber que tiene un hijo. Te lo digo yo, que me ha tocado vivirlo.

Él se puso de pie y caminó por la habitación.

—Es que no sé cómo.

—Ya encontrarás las palabras. Vamos...

Helena ya estaba llegando a la puerta cuando Fausto la detuvo.

—Aguarda... Tienes que decirme cómo la has encontrado... Ni siquiera el detective pudo descubrir una sola pista.

La joven lo miró con dulzura.

—Fue casualidad, nada más... Más tarde te lo contaré, pero creo que el destino se había empeñado en cruzarnos a ti y a mí, doctor Gastaldi —le dijo, y luego no pudo reprimir el impulso; se puso de puntillas y le echó los brazos al cuello—. Te amo con todo mi corazón. Te has metido tan dentro de mí que si quisiera arrancarte no sabría cómo. Estaré a tu lado en esto...

Él la abrazó y le susurró al oído:

—¿Sólo en esto, Helena? Dime que estarás siempre a mi lado, por favor...

Fausto necesitaba certezas porque acababa de recibir la sacudida más fuerte de toda su vida, y aunque ella no creía en eso de «y vivieron felices para siempre», por fin entendía lo que significaba amar a alguien de tal forma que sus propias convicciones pasaran a un segundo plano.

—Sí. Estaré a tu lado en esto y siempre...

Y eso bastó para que él recobrara las fuerzas y la cogiera de la mano para enfrentar el momento más difícil de su vida.

Elizabeth Meyer estaba confusa e intensamente perturbada. La intempestiva

presencia de Helena junto a su novio, que era tan parecido a su marido cuando era joven, y que para colmo se llamaba como su hijo, había sido demasiado para ella. Y haber tenido que rememorar todo su pasado también le había resultado muy duro. Además..., ¿cómo era que la chica había descubierto quién era antes de ser Esperanza Lagares? No lo entendía.

No pudo concentrarse en la lectura de nuevo, por supuesto. Estaba muy intrigada esperando que Helena regresara, pero ya había pasado casi una hora y no había aparecido.

La acompañante terapéutica no le dirigía la palabra después de haberla acusado de ser la causante de que la policía estuviese a punto de detenerla.

Bueno, eso tampoco lo entendía, pero le preocupaba menos que el hecho de que Helena no apareciera tal como le había prometido.

No tuvo que seguir esperando demasiado, porque, como si la hubiese llamado con el pensamiento, la joven se presentó en la habitación junto con su novio, el tal Fausto, cuyo rostro le era tan familiar.

—¡Helena! Pensaba que ya no vendrías...

—Elizabeth, te prometo que ya no te desharás de nosotros tan fácilmente —dijo la aludida guiñándole el ojo. Luego se dirigió a la acompañante y le ordenó—: Sal, por favor.

—Me han encomendado cuidar de esta mujer, así que...

Helena la interrumpió con una expresión nada amigable y luego le dijo:

—Abajo te busca la policía. Y más vale que te apresures, porque creo que estás en problemas...

La chica se tragó el chicle de la impresión, y luego se marchó a la carrera.

—¿La policía? Pero ¿qué ha hecho?

—Es una bromista. Parece que llama a instituciones gubernamentales para decir que hay una bomba...

—¡Válgame Dios! Me ha parecido que me acusaba a mí de eso hace un rato. No entendía nada...

—Ya ves... —dijo Helena encogiéndose de hombros ante la mirada de extrañeza de Fausto—. Elizabeth... ¿Sabes que me gusta mucho tu verdadero nombre? Te va muy bien...

—Casi lo había olvidado, como casi todo en mi pasado. De los últimos momentos de mi vida anterior, lo único que me gusta recordar es a mi bebé moviéndose dentro de mi vientre —dijo la anciana melancólica—. Ya no esperaba quedarme embarazada a los treinta y nueve años y, sin embargo, se

hizo el milagro. No murió en el parto como me dijeron al principio, pero nunca tuve la oportunidad de saber más de él...

Helena miró al aludido como diciéndole «es tu momento», y él comprendió. Se sentó en el borde de la cama de su madre, que involuntariamente se retrajo un poco ante la cercanía de ese gigante que tanto se parecía al hombre que alguna vez amó y que también seguramente llegó a odiar.

Fausto inspiró profundamente para armarse de valor y luego le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

Elizabeth lo observó confusa.

—El novio de Helena.

—¿Y qué más sabes? —insistió él suavemente.

—Que te llamas como mi bebé.

Por interminables segundos se hizo un profundo silencio, hasta que finalmente Fausto lo rompió con cuatro palabras:

—Yo soy tu bebé.

Y, como si un dique se hubiese roto dentro de su alma, las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

Ver a su hombre llorar fue demasiado fuerte para Helena, quien dejó de concentrarse en la reacción de Elizabeth para acercarse a él y pasarle un brazo por los hombros e infundirle fuerza.

Fausto giró la cabeza y le besó la mano, y luego ambos se volvieron a observar a Elizabeth, que parecía estar procesando la información recibida con el ceño fruncido y una extraña mirada.

—Elizabeth Meyer, tú eres mi madre. Y esa foto que tienes en el libro es la única que he podido conservar de ti... —le dijo con voz ahogada—. Me dijeron que habías muerto, pero yo presentía que no era así. Te apartaron de mí, haciéndonos un daño inmenso a ambos, pero la casualidad ha hecho que la mujer que amo te trajera a mi vida... Por favor, no me niegues tu cariño porque lo he echado de menos desde que tengo uso de razón.

Fueron tan sinceras sus palabras que Helena no pudo evitar un sollozo.

«Y temías no saber cómo decírselo... Es la declaración de amor filial más bonita que se ha hecho jamás. Dios santo, es imposible amarte más de lo que ahora lo hago», pensó conmovida.

Y, así, con lágrimas en los ojos, los dos observaron cómo Elizabeth procesaba lo que Fausto le acababa de decir.

—Mi... bebé... Eres mi bebé... Mi bebé... Por eso te pareces tanto a él...

Eres Fausto... Eres mi pequeño... ¡Oh, Dios mío! ¡Mi hijo! —exclamó inclinándose hacia delante para tomar el rostro de Fausto con ambas manos—. ¡Mi Fausto! Mi hijo...

Él lloraba abiertamente mientras intentaba sonreír, toda una proeza. Estaba tan sensibilizado por lo que estaba pasando... No lo podía creer. Tomó ambas manos de su madre y las besó una y otra vez.

—Tenemos mucho de que hablar... Ya no te separarán de mí —murmuró, y luego la abrazó y hundió el rostro en el cuello de la anciana sin poder parar de llorar.

«Los hombres no lloran», le había dicho su padre desde que era niño, pero acababa de descubrir que era un hijo de puta y todas sus lecciones de vida habían sido una farsa, así que se permitió el lujo de llorar como un bebé entre los brazos de su madre, que quizá pronto lo dejaría para siempre.

Helena tampoco podía dejar de llorar, al ver a ese hombretón hermoso que consideraba suyo siendo acunado por la diminuta Elizabeth Meyer, que parecía extasiada por completo.

Le acarició el cabello una y otra vez, y luego lo separó de sí para poder observarlo mejor.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó tan conmovida como él.

Fausto no podía hablar y tampoco sabía qué decir, así que Helena fue quien respondió.

—Cuando hoy me has dicho lo del número cinco... Yo había visto esa foto en su casa, sabía cuánto lo había afectado no haber podido conocerte, sabía tu historia, la que tú misma me habías contado... Era imposible que no fueses tú, Elizabeth —les explicó a ambos.

—¡Querida! ¡Es Dios quien te ha enviado! —exclamó la mujer, que no hacía otra cosa que acariciar el rostro de su hijo—. Sí..., ¡eres mi niño adorado! ¡No sabes cómo he pensado en ti! Te he añorado sin haberte visto nunca hasta desesperar... Y eso traía más píldoras a mi vida, y más ganas de irme para siempre por no tenerte a mi lado. ¡Oh, qué alegría! ¡Qué día más feliz!

Y Helena, que no creía en divinidades, tuvo que admitir que ese encuentro debía de haber sido orquestado por ángeles por lo menos. Pensó en Hannah y pudo sentir en el alma lo mismo que Elizabeth experimentaba en ese momento.

Se acercó y le besó la frente.

—En efecto, Elizabeth... Éste será el primero de muchos días felices. Tenemos tanto de que hablar... Vosotros tenéis mucho de que hablar...

Pero en los minutos siguientes no hicieron otra cosa más que llorar.

Y, cuando Helena vio a Fausto sentarse en la silla, apoyar la cabeza en el regazo de su madre y cerrar los ojos, entendió que era un buen momento para salir sigilosamente y dejarlos solos.

«Ojalá puedan pasar mucho, pero que mucho tiempo juntos», deseó con todas sus fuerzas. Y luego sacó su teléfono, pues necesitaba oír con urgencia la voz de Hannah.

Helena no sospechaba que el tiempo sería menor del que esperaban y deseaban. Fausto tampoco, por supuesto, así que organizó su vida en torno a Elizabeth y su enfermedad como si ella fuese a mejorar.

Le costaba creer que el destino pudiese arrebatársela de nuevo tan pronto, por lo que se la llevó a su casa en cuanto pudo y se dedicó a consultar a los mejores especialistas a nivel mundial sobre la dolencia de su madre.

También contrató a seis cuidadoras (dos por turno), todas profesionales de la salud muy cualificadas, que además destacaban por su calidad humana y su bagaje cultural, para hacer más ameno el tiempo que Elizabeth tuviese que pasar en cama.

Durante los primeros días se entrevistó con mucha gente, intercambió impresiones, pidió consejos, investigó. Helena lo acompañó en todo durante la semana, pero el fin de semana hubo de partir para estar con Hannah, así que Fausto se encontró por primera vez en su vida con su madre en la gran casona familiar, rodeado de personas extrañas que lo invadían todo, y con un sentimiento inexplicable de desolación.

Intentó racionalizar lo que le sucedía, pues le costaba entenderlo. Tenía a su madre por fin. Elizabeth ya no era un fantasma, no era una sensación o un presentimiento, era una realidad. Pero, claro, su salud era frágil y él quería hacer lo imposible para que ella recobrara la vitalidad y, de esa forma, darle una mayor calidad de vida. Los lazos se estaban formando rápidamente y le parecía insólito experimentar sentimientos tan fuertes hacia una desconocida... Tal vez era porque esos sentimientos habían estado siempre ahí, esperando, y ahora solamente habían despertado.

Por otro lado, sentía un odio inaudito por alguien a quien había creído amar: su padre, y esa emoción lo estaba destruyendo por dentro, ya que iba más allá de la decepción por la putada que les habían hecho, pues hacía tambalear los cimientos sobre los que había fundado su vida y su sistema de creencias.

De alguna forma había justificado el silencio de su padre sobre la mujer que le había dado la vida, pues intuía que lo estaba protegiendo de una verdad poco agradable, pero ahora descubría que había sido un hombre muy cruel. Un verdadero sádico, un egoísta... De su abuela no habría esperado otra cosa, pero de su padre, que alardeaba de su integridad y de su hombría de bien... Era un mentiroso. Había secuestrado a su madre y fraguado su muerte aprovechando la de la sirvienta. El detective lo había investigado, y habían llegado a la conclusión de que, cuando Esperanza Lagares falleció, el doctor Franco Gastaldi había comprado a la familia la identidad de la mujer para poder dársela a su esposa y que nadie le siguiera el rastro jamás.

Fue así como la criada terminó en una fosa común, y en el panteón de los Gastaldi apareció una especie de placa conmemorativa sin demasiados detalles. A partir de ese momento, desapareció Elizabeth Meyer de la faz de la tierra. Un hijo de puta había resultado ser su padre, y el corazón se le llenaba de odio cuando pensaba en él, aunque era consciente de que poco podía hacer para reparar ese daño.

Elizabeth era una anciana, estaba muy enferma, y además su estabilidad mental era bastante frágil, pues tenía grandes lagunas y había padecido depresión durante muchos años.

Pero, aunque pueda parecer extraño con tantas cosas en las que pensar, ese primer fin de semana sin Helena le estaba resultando calamitoso por su ausencia más que por los recuerdos dolorosos.

Pasó horas insomne en su cama, mientras ella visitaba a su hija. En algún momento se le cruzó por la mente ir a buscarla, pero se contuvo, pues era consciente de que no podía interferir en su vida de esa forma.

Lo habían hablado antes de marcharse. Ella se lo había dicho y él había escuchado y asentido, pero ahora se le antojaba un verdadero disparate la propuesta.

—Me parece que lo mejor es que te dediques a tu madre todo lo que puedas, Fausto. No te digo que abandones por completo tu trabajo, pero ¿qué tal si sólo vas medio día? Yo podría acompañarla cuando tú no estés, así

nunca estará sola... Desde el viernes hasta el lunes estaré en Montes del Rey, ya lo sabes, y tú podrás aprovechar para estar con ella y tratar de que todos estos años separados se compensen con tiempo de calidad. Y no albergues odio en tu corazón hacia los que os hicieron esto... Claro, es más fácil decirlo que hacerlo, ¡si lo sabré yo! Me toca el mismo ejercicio: perdonar y olvidar, en pos de la felicidad de otra persona. Alguien muy importante, que se merece lo mejor de lo mejor...

—Lo haré, claro está, pero... ¿cuándo conoceré a Hannah? ¿Cuándo te veré a ti? —había preguntado, no del todo convencido.

—Cuando todo esto pase, cuando Elizabeth esté mejor, yo misma traeré a la niña. Y a mí me verás... poco. Fausto, necesitáis estar solos, deciros muchas cosas... Tienes que contarle tu vida a tu madre. Ya habrá tiempo para ti y para mí más adelante... Ahora nos preocupan y nos ocupan dos personas que merecen toda nuestra atención. No será fácil borrar años de ausencia, pero a fuerza de cariño todo es posible... ¿O no crees en el poder del amor?

¿Si no creía? ¡Claro que creía! Era gracias al amor de Helena que había tenido el valor de enfrentarse a sus fantasmas y hacer que ella hiciese lo mismo. Pero no se sentía capaz de hacer esa especie de pausa en su relación, porque eso era lo que Helena parecía proponerle. Lo aterraba esa posibilidad, y no se molestó siquiera en disimularlo.

—Creo que sin tu amor no podré sobrevivir, mocosa. Quiero estar con mi madre, quiero darle mi afecto, que me conozca, conocerla... Pero contigo junto a mí en todo momento... Además, quiero acompañarte en tu proceso junto a tu hija. ¿No te gustaría eso?

Helena había sonreído con tristeza, mientras parecía evaluar lo siguiente que fuese a decir para no hacerle daño.

—Fausto, tendrás toda la vida para dedicarte a mí y también a Hannah si así lo quieres, pero no sabes cuánto estará Elizabeth con nosotros... No temas, no te dejaré solo. Acompañaré a tu madre todo lo que pueda, pero ahora debemos pensar en las personas que amamos y nos necesitan tanto, más que en nosotros mismos...

—Yo te necesito, Helena. Y te amo... No creo que pueda hacerlo si no te tengo cerca en todo momento...

—Pues tendrás que aprender a amar de otra forma. Amar comprendiendo. Disfrutar de todo tipo de amores. Amar sin poseer, amar con calma. Dejar de querer ser el centro del universo, ceder el control. Querer con menos ímpetu y

más paciencia cuando sea necesario. Aprender a esperar. Tomar distancia. Priorizar. Entender dónde hay tiempo y dónde no lo hay. Amar sin reservas, y con menos pasión. Querer tranquilamente como si hubiese una vida por delante, pero con la conciencia de que no la hay, Fausto. Te pido prisa, te pido calma. Te pido distancia, pero estaré más cerca que nunca... Ahora no es nuestro momento, sino el de Elizabeth y el de Hannah... Lo nuestro puede esperar.

Las palabras de Helena le habían hecho mucho daño. ¿No había dicho que no lo iba a abandonar? Le proponía verse por la tarde cinco minutos, cuando él fuese a relevarla del cuidado de su madre. Le proponía no verse los fines de semana, ni pasar las noches juntos. Le proponía cosas que él no estaba seguro de poder soportar.

En el torbellino de los siguientes días, en el que tuvo que tramitar con el albacea designado por su padre el traspaso de la tutoría de Elizabeth, no tuvo ni tiempo de considerar lo que se le avecinaba, pero ese sábado por la noche, en que su madre dormía plácidamente, él sentía que se desangraba por la ausencia de Helena.

Sabía que lo de Hannah era importante, imprescindible y necesario, pero no podía evitar echarla de menos. Ahora que la tensión de los primeros días había pasado y que Elizabeth parecía estable e incluso habían hablado largas horas de lo que había sucedido, en su mente sólo estaba Helena.

Tal vez debería coger el toro por los cuernos, dejar a Elizabeth en manos de sus cuidadoras e ir a Montes del Rey en ese mismo instante. Sí, eso le pareció una buena idea y estuvo a punto de concretarla. Claro que en el último minuto primó la cordura, así que se emborrachó y durmió como un bendito hasta el domingo al mediodía.

Pobre Fausto. Ciertos aspectos de su personalidad, de la que su padre había forjado con duras palabras y peores ejemplos, seguía intacto.

Si hubiese sabido que Elizabeth tenía los días contados, seguramente habría pasado la noche entera con su madre en sus brazos, y no pensando en cuántas ganas tenía de echarle un buen polvo a Helena.

Para Helena tampoco fue fácil ese proceso que se inició de forma tan repentina, pero lograron organizarse bien, a instancias de ella sobre todo.

Helena cuidaba a Elizabeth por las mañanas, para que Fausto pudiese ir a la clínica. No le pesaba para nada acompañar a la anciana... Seguían teniendo conversaciones interesantes, algunas cómicas, otras llenas de dolor. El tiempo con Elizabeth nunca era tiempo perdido para Helena... No necesitaba ir, pues ella estaba atendida de forma permanente, pero quería hacerlo y no faltaba casi nunca a la cita.

A eso de las dos, Fausto volvía a la casa y, tras una breve despedida, casi siempre en la escalera, ella se marchaba a la facultad. Por la noche iba a GataPaka y en ocasiones a clases de *stand-up* a altas horas.

Seguía con su *show*, que ahora era los viernes, y le estaba resultando exitoso y rentable, además de darle grandes satisfacciones. Pero su mayor fuente de alegría era su hija.

Llegaba a Montes del Rey a primera hora del sábado y volvía el lunes cerca del mediodía, de modo que dormía dos noches junto a Hannah y pasaba dos días jugando y hablando con ella.

Era una niña tan despierta que daba miedo a veces, pero también era tan adorable que daban ganas de comérsela a besos.

Tenía salidas insólitas, y muy a su pesar Helena tuvo que reconocer que Gina había hecho un buen trabajo. Se notaba que la pequeña había crecido rodeada de amor, estimulada en todo su potencial, y que nada le había faltado.

Hannah se había criado feliz, y a la joven le dolió reconocer que tal vez ella no hubiese podido darle ni la mitad de esa dicha. Estaba claro que tenía que pasar la página del pasado y encarar el futuro junto a su hija, que esperaba que fuera igual o mejor.

Era una relación extraña la que mantenían durante los fines de semana, ya que Hannah y ella parecían más bien hermanas que hacían travesuras y las

escondían de Gina, que al parecer era la figura «adulta» que tenía la ardua tarea de disciplinarlas.

Helena era consciente de que no tenía ni idea de cómo ser madre, y por eso eligió acercarse a Hannah desde otro punto y muy despacio. Eran las mejores amigas del mundo, y poco a poco el amor fue ganando terreno a los rencores, a los reproches, a lamentar lo que no fue. La joven se enfocó en lo que podía llegar a ser de ahí en adelante, y de pronto todo marchó sobre ruedas.

Aunque ese fin de semana, el segundo que pasaba lejos de Fausto desde que Elizabeth entró en su vida, le estaba resultando muy difícil no coger el primer bus y meterse directamente en su cama.

Lo echaba de menos de una forma que ya le resultaba incómoda en el cuerpo. Estaba algo arrepentida de las reglas que ella había ayudado a marcar, de los límites autoimpuestos. Había sido una actitud madura y altruista la suya, pero ella no lo era. Ni madura, ni altruista, y lo que deseaba en ese momento era que él la besara hasta perder el sentido.

Habían pasado un par de semanas complicadas, llenas de trámites, visitas de médicos y demás, así que no habían tenido tiempo para... nada. Ganas sí, por supuesto, y ambos lo leían mutuamente en sus ojos cada vez que se cruzaban.

Pero ella se había mantenido firme, y Fausto parecía entregado, dispuesto a dejarse guiar por la intuición de esa «mocosa» que parecía tenerlo todo muy claro, pero lo cierto era que no lo tenía.

Por eso, lo primero que hizo el lunes por la mañana cuando llegó a Cardelores fue preguntarle a Daniel Oliver la dirección de la clínica de Fausto.

—¿Le darás una sorpresa? ¿No temes que se infarte? —le había preguntado divertido.

—En realidad estoy muy preocupada por mi salud, y por eso iré a ver a mi médico de cabecera.

—¿En serio? ¿Qué tienes? —la interrogó Oliver preocupado.

—Una extraña inquietud en todo el cuerpo que sólo una persona puede curar. Tú debes de saber de qué se trata, pues Cynthia de vez en cuando padece del mismo mal...

Daniel Oliver había soltado una carcajada y le había pasado los datos por WhatsApp en cuanto cortaron la comunicación, así que en ese momento Helena

estaba sentada muy derechita en la elegante, blanca y minimalista sala de espera del doctor Gastaldi.

La recepcionista la había mirado de arriba abajo antes de preguntarle si tenía cita.

—No. Pero esperaré...

Y eso hizo, mientras dos rubias gemelas estilo Barbie la miraban incrédulas.

Es que una chica que parecía no superar la mayoría de edad, con el cabello y los ojos verdes, botas Converse y un atuendo estilo militar era lo más extraño que habían podido encontrar jamás en ese lugar.

Helena suspiró y se miró las uñas pintadas de negro, cuyo esmalte había visto mejores días. Lo mismo sucedía con los *leggings* de camuflaje y el enorme abrigo que le llegaba hasta los tobillos, bajo el cual sólo llevaba un top negro de licra.

Las chicas se susurraron algo al oído y luego sonrieron. Estaba claro que se burlaban de ella, pero a Helena no le importó.

Y justo en ese momento se abrió la puerta y salió una elegante señora, seguida del apuesto doctor Gastaldi, del que se despidió con sendos besos en las mejillas.

Helena no se movió, pero para Fausto fue como un imán. Fue verla y tanto su actitud como su expresión cambiaron. Dejó de ser el médico que se lucraba con la belleza y se transformó en el hombre que amaba a esa belleza de ojos enormes y labios perfectos, de vientre al aire y pelo verde, de tatuajes y ropa estrafalaria, que para él concentraba todo lo mejor del mundo en sólo un metro sesenta y siete de estatura.

Movió la cabeza sin poder creer lo que veía y luego se mordió el labio y se acercó con la bata desabrochada y ambas manos en los bolsillos al lugar donde ella se encontraba sentada.

—Señorita Miller —dijo con voz ronca—. No la esperaba...

Las dos Barbies carraspearon al unísono.

—Nos toca a nosotras —señaló una de ellas—. ¿Verdad, Melisa?

Su hermana asintió efusivamente.

—A nosotras, Marisa —repitió.

Pero Fausto parecía que ni siquiera las hubiera visto.

—¿Puedo ayudarla? —insistió al ver que ella permanecía en silencio.

Y entonces Helena reaccionó.

—Espero que sí. Verá... Se trata de una emergencia. Estoy segura de que estas dos señoritas sabrán comprenderlo...

—¿De qué clase de emergencia se trata, señorita Miller? ¿Dónde le duele?
—preguntó Fausto, tentado. A esas alturas era muy difícil ignorar los resoplidos de indignación de sus pacientes. ¿O ya debería descartarlas como tal? Porque si de algo estaba seguro era de que su única ocupación desde ese instante sería Helena.

Entonces ella se quitó el abrigo con un rápido movimiento, le sujetó ambas manos pillándolo desprevenido, y, sin cortarse ni un poco, se las colocó sobre sus senos.

—Aquí. Me duele el corazón... —le dijo mirándolo a los ojos mientras las gemelas y Laura, la recepcionista, no podían evitar una exclamación.

Fausto contuvo la respiración. Dios... No podía creer lo que estaba sucediendo. Permaneció con las manos en los pechos de Helena, sin saber si, dadas las circunstancias, le estaría permitido follársela delante de todos o debía buscar un poco de privacidad. Y es que, en el universo paralelo que solían habitar cuando estaban juntos, todo era posible... Por suerte, primó lo segundo, así que la soltó, recogió su abrigo y le señaló el camino a la salida con la mano.

—¿No me va a atender, doctor? —le preguntó ella sorprendida mientras tomaba el abrigo que él le tendía.

—La atenderé en otro sitio. Me ocuparé de su corazón y de todo lo demás, descuide —respondió él con una sonrisa. Y luego se quitó la bata y se la arrojó a la recepcionista—. Laura, deles una nueva cita a las señoritas Henderson, si así lo desean.

La aludida se puso de pie sorprendida.

—Pero, doctor... ¿De verdad se marcha?

Fausto le señaló a Helena divertido.

—¿No está claro que se trata de una emergencia? Haga lo que le digo —le ordenó, y luego cogió a Helena de la mano y les sonrió a las asombradas gemelas—. Que tengan un buen día.

Y, después de eso, se marcharon riendo.

Terminaron en el mismo motel por horas de la primera vez, tras discutir en el coche sobre el lugar al que dirigirse. Fausto quería ir a un hotel de verdad y Helena a su casa, pero cuando sus bocas se juntaron se dieron cuenta de que

era urgente dar rienda suelta a la locura que se desataba cuando se tocaban, y el motel de mala muerte era su mejor opción.

Ése fue el primero de los encuentros clandestinos de Fausto y Helena, pero no el último. De una forma u otra, se las ingeniaban para burlar sus propias reglas, para mover sus propios límites.

Otra noche lo hicieron en el coche de Fausto, en la playa, cuando él fue a buscarla a GataPaka de improviso. Lo que iba a ser una especie de mamada terapéutica, pues ahora el «enfermo» era él, terminó siendo una follada con todas las de la ley, en la que Helena lo cabalgó hasta que acabaron juntos, gritando.

Una vez, incluso, lo hicieron con Elizabeth en la otra habitación, y con dos cuidadoras rondando. En esa ocasión no follaron precisamente, sino que Fausto se limitó a observar cómo Helena se masturbaba para él, que permanecía sentado en el sillón de su habitación, consumido por las llamas. Estaba viviendo una de sus fantasías más recurrentes, y estuvo a punto de explotar cuando ella lo hizo. Se contuvo, sin embargo, y luego, de rodillas a sus pies, bebió sus jugos como desesperado.

De esa manera encontraron la forma de no sucumbir el uno sin el otro. Les quedaba claro que sus prioridades tenían que ver con sus seres queridos, pero mantener completa distancia no era ya una opción, y ambos lo sabían.

Y eso los ayudó a sobrevivir, sin dejar de disfrutar la tarea que el destino les había encomendado: crear lazos con Hannah y con Elizabeth, intentando borrar todos esos años que personas sin escrúpulos les habían robado.

Lo estaban haciendo bien, porque tenían lo más importante a su favor, colándose en todo, rodeándolo todo...

Tenían el amor, y eso les bastaba.

El mes y medio que Elizabeth vivió con Fausto lo hizo rodeada de amor. Del amor de Helena, que la visitaba cada día, y del de Fausto, su hijo, su bebé grande.

Se reconcilió con su pasado, agradecida por la dicha de haberse encontrado por fin. Era consciente de que pronto partiría, pero estaba tranquila porque sabía que lo dejaba en las mejores manos: las de la increíble, la maravillosa Helena.

Elizabeth la consideraba una especie de ángel, y la quería con verdadera devoción. Era mutuo, por supuesto. Ambas tenían muchas cosas en común, pero la que más les importaba era un machista de mucho cuidado llamado Fausto Gastaldi.

La anciana tuvo la oportunidad de tener largas conversaciones con su hijo, y también de darle consejos. Consejos que iban en dirección contraria a los que le había dado el padre en su momento, y tal vez también la bruja de la abuela.

Le contó toda su vida junto a Franco Gastaldi, le habló del odio de Agatha, su suegra, del malentendido, del encierro. Fausto lloró entre sus brazos sin poder evitarlo. También pasó por momentos de enfado, de furia, de destructiva e inútil ira, pero ella supo contenerlo.

Y hablaron de Helena también.

«Ella es una joya, cariño. Es algo precioso y único... Una mujer libre como pocas, que va a traer a tu vida otro tesoro. Es fuerte, valiente... Ha logrado sobreponerse a todo. Sólo tienes que amarla, Fausto. No intentes adueñarte de ella, no intentes poseerla. No reniegues de su pasado porque eso también ha contribuido a que sea la mujer que es. Tampoco reniegues del tuyo, porque eso hará que sepas apreciarla más. Sólo tienes que acompañarla, disfrutarla... No sabes cuán feliz me hace que os queráis, que os respetéis, y que no podáis mantener las manos alejadas el uno del otro... —le había dicho Elizabeth con una sonrisa pícaro—. No hay una sola forma de vivir, hijo mío. Vosotros encontraréis la que mejor os encaje, y si falla podéis volver a intentarlo. Tenéis tiempo, tenéis ganas... Muchos años por delante, que debéis vivir como si no los tuvierais. Cuidaos mutuamente. No podríais haber elegido mejor...»

Fausto se había sentido muy conmovido y a la vez reconfortado por las palabras de su madre, sin sospechar que serían las últimas.

Elizabeth murió mientras dormía la madrugada del jueves. Al parecer, le falló el corazón.

Durante las exequias, Fausto estuvo inconsolable. Creía que tendrían más tiempo... Helena supo exactamente lo que pensaba, así que se dedicó a impedir que la culpa anidara en su corazón.

«Has hecho de sus últimos días los más felices de su vida. Se ha ido en paz, sin una larga y dolorosa agonía... No lamentes nada, Fausto. Nada.»

Eligió incinerarla, pues no quería que sus restos descansaran cerca de los

del hijo de puta de su padre, así que, después, en una sencilla ceremonia, echaron sus cenizas al mar. Sólo ellos, Daniel, Cynthia y el detective estuvieron presentes, nadie más. Para el mundo, Elizabeth Meyer estaba muerta hacía mucho, y Fausto no tenía interés en que le ofrecieran condolencias personas que no la habían ni amado ni apreciado.

Días después, los papeles se adecuaron a la realidad y, de forma póstuma, Elizabeth Meyer volvió a ser la que nunca debería haber dejado de ser. Fausto hizo retirar la placa conmemorativa que había mandado poner su padre, y clausuró para siempre el panteón de los Gastaldi. Él tampoco quería yacer jamás allí, junto a esos seres execrables que pronto iba a olvidar.

Estaba decidido a acompañar a Helena a Montes del Rey ese fin de semana, pero ella no se lo permitió.

—Creo que debes descansar... Y yo necesito preparar a Hannah para conocerte. Tal vez el próximo...

—¿Es que no le has hablado de mí, Helena? ¿Nunca?

Ella no respondió. Sólo se limitó a mirarlo enigmáticamente y, tras besarle la frente, se marchó.

Fausto se quedó triste como nunca. Se sentía solo, vacío... Daniel Oliver le hizo compañía el sábado, pero el domingo cedió a las demandas de la exigente señorita López, que le estaba tatuando todo el cuerpo, así que cuando su amigo se marchó se dispuso a pasar un día de mierda, como lo eran todos sin Helena.

Segundos después de salir Oliver, el timbre sonó.

—¿De qué te habrás olvidado? —musitó Fausto al tiempo que apretaba el botón que abría el portón y ponía la cafetera a funcionar.

Por un momento, e inexplicablemente, sintió una extraña paz, como si todas las piezas del rompecabezas de su vida encajaran de pronto. Miró la foto de su madre, que tenía en una repisa... No era la foto del Mini, sino una reciente, donde ambos posaban con una enorme sonrisa.

«Gracias, mamá. Gracias por haber esperado hasta conocerme...», pensó, y luego caminó despacio hacia la puerta, a la que acababan de llamar.

Y cuando la abrió se llevó la sorpresa de su vida.

Una niña pelirroja con un cerdo de peluche cogido por la oreja y una mochila a la espalda. Una niña de ojos verdes y tenues pecas. Una niña que apenas levantaba un metro del suelo.

Allí estaba, en la puerta de su casa, y le sonreía.

—Tú eres el novio de Helena —le dijo la pequeña señalándolo con el

dedo de la mano libre.

Fausto asintió, aunque no parecía tratarse de una pregunta, sino de una afirmación.

—¿Y tú quién eres? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz, aunque no le quedaba duda alguna sobre la identidad de esa criatura.

—Soy su bebé. Ella me hizo en su barriguita y ahora me ha comprado esta Peppa Pig —le anunció levantando el juguete—. ¿A que es bonita? ¿Sabías que no es cierto que haya muerto?

—¿Cómo? —preguntó él asombrado.

—Peppa Pig —explicó Hannah con paciencia—. El cerdito que tiene una manzana en la boca en el supermercado no es ella, por suerte, sino otro que alguien se va a comer. Nosotras no, porque no comemos nada que tenga...

—... que tenga ojos. Sí, ya lo sé —completó Fausto, y al verla sonreír se animó un poco más—. ¿Y dónde está ella?

—¿Peppa?

—No, Helena. ¿Dónde está?

Hannah no tuvo que responder, porque la aludida salió de entre unas plantas, con el verde cabello lleno de madreselvas que se le habían enganchado.

Fausto la observó sin poder ocultar su admiración. Estaba preciosa...

—¡Sorpresa! —le dijo, alegre, y luego le echó los brazos al cuello y lo besó.

Él no sabía cómo reaccionar. Por un lado se moría de ganas de meterle la lengua en la boca y las manos por todo el cuerpo, pero allí abajo había una pequeña espectadora que...

Cuando él la buscó con la mirada, no la encontró, pero desde dentro de la casa se oyó la cantarina voz gritando:

—¡Helena! Aquí huele muy bien... ¿Podemos desayunar otra vez?

Y, hasta avanzada la noche, en esa casa no hubo ni besos de lengua, ni manos por todos lados, pero sí muchas risas y mucho amor.

El primer domingo que la dejó con Fausto fue porque le tocaba teñirse el cabello y temía que a Hannah se le ocurriese hacer un berrinche como la vez anterior, que quería que se lo pusieran rosa también a ella.

Se fue tranquila, porque ellos parecían tener un idilio sin fisuras, cosa que a veces se volvía en contra de Helena, que no podía más que disfrutarlo.

Los dejó viendo a Peppa Pig en la tele de la sala y por un momento se le ocurrió que a Elizabeth le habría encantado ver su casa con peluches y lápices de colores por todos lados.

«Y a mí me habría gustado que Hannah te conociera, Elizabeth... No sabes cuánto», se dijo con nostalgia. Como sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, se despidió rápidamente y se marchó.

Fausto se quedó a solas por primera vez en su vida adulta con una mujer de menos de dieciocho años, y la verdad es que estaba un poco nervioso.

Y Hannah no hizo otra cosa que contribuir a ese estado de ánimo, como era habitual.

—Fausto...

—Dime.

—¿Te casarás con Helena?

Él estuvo a punto de atragantarse con una palomita de maíz, y tras meditarlo un instante se decidió por la verdad. Hannah era de las que apreciaban la sinceridad, y lo sabía.

—Si ella quiere... Pero me temo que no es de las que se casan.

—¿Se lo has preguntado con la sortija en la mano y de rodillas?

—No. ¿Crees que debería hacerlo? —dijo esperanzado.

Hannah revolvió los ojos y luego le respondió.

—No... Se reirá de ti.

Bueno, no sólo apreciaba la sinceridad, sino que era honesta también.

—¿Ves?... No tengo suerte con las mujeres —se quejó—. Tú tampoco me quieres...

La niña se sentó en sus rodillas y le tocó la barba con las dos manitas.

—Yo sí te quiero, pero eres un poco viejo.

Vaya, seguía muy bien los preceptos de la honestidad brutal, igual que su madre, y eso lo hizo sonreír.

Hannah volvió a dirigir su atención al televisor, pero no por mucho rato.

—¿Tú me dejarás traer a mi perro *Gatito* a tu casa alguna vez?

Él asintió. Le permitiría lo que fuera, incluso traer a un perro al que su nombre le negaba su condición de cánido de una forma aberrante.

—Mira que suelta muchos gases —le advirtió la niña, seria—. No se dice «pedos», se dice «gases».

Fausto no pudo evitar soltar una carcajada. Era increíblemente graciosa esa pequeña, y definitivamente eso podría compensar el mal momento de tener que oler los pedos del perro.

—Pues... Nos aguantaremos. Todo sea por tener a *Gatito* con nosotros —le respondió a Hannah.

La niña pareció satisfecha y por unos momentos permaneció en silencio, pero luego hizo la pregunta del millón. Una pregunta que ni en sueños Fausto se esperaba. Algo que lo removió hasta los cimientos y lo dejó tan atónito como emocionado.

—Fausto...

—¿Qué?

—¿Puedo llamarte «papá»?

Era consciente de que le debía una respuesta y no podía pensarlo mucho, pero a la vez era muy importante que le dijera lo correcto. Claro que no encontró otra cosa que preguntarle, al más puro estilo Helena:

—¿Por qué?

Hannah se volvió a mirarlo.

—Porque yo tengo dos mamás, pero no tengo ningún papá —le explicó con sencillez—. Y tú me gustas mucho.

«Qué declaración de amor más encantadora... Digna hija de su madre ha resultado. Es tan brillante y tierna como ella. ¿Cómo no adorarla? ¿Cómo no adorarlas a ambas?», pensó con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú también me gustas, Hannah. Bueno, lo cierto es que te quiero, y de verdad me gustaría que me llamaras «papá» —admitió con voz ahogada.

—Vale.

Hannah se acomodó contra su pecho para seguir mirando la tele, pero no le

duró demasiado el sosiego.

—Ahora que serás mi papá, ¿podrías hacer algo por mí para que todos sepan que lo eres? —le preguntó sin mirarlo.

Fausto sonrió. ¿Quería su apellido? Vaya, se lo daría de mil amores. Y eso seguramente le traería aparejado lo que tanto deseaba, casarse con Helena.

—Por supuesto, lo que tú digas.

La niña saltó de alegría y le besó la mejilla.

—Un tatuaje. Eso quiero...

—¿Cómo? ¿No eres demasiado pequeña para eso? —preguntó él asombrado.

—Yo no me haré uno, que eso duele. Te lo harás tú... —le explicó ella paciente—. A ver esa manita...

Más que una manita era una manota, pero él ya no era dueño ni de su cuerpo ni de su voluntad. Menudo macho alfa estaba hecho, si en su casa y en sí mismo mandaban dos mujeres.

Hannah le tocó la cara interna de la muñeca y le anunció:

—Aquí.

—¿Ahí, qué? —preguntó Fausto temeroso.

—Ahí te pondrás: «Papá de Hannah», con una «H» delante y otra al final, porque mi nombre se lee igual de los dos lados...

Mierda. No tenía escapatoria, y lo sabía.

—¿Y a Helena la llamarás «mamá»? —le preguntó en un último intento de distraerla de la locura del tatuaje.

Hannah lo miró risueña.

—No. Helena es *mi* Helena... —declaró sin más.

La niña siguió parlotando alegremente, pero en ningún momento se olvidó de su propósito. Ni ese día ni los siguientes, para desgracia de Fausto, que una tarde de lluvia se encontró a merced del nuevo equipo de Cynthia.

—¿Seguro que quieres ponerte eso? —le preguntó ella burlona.

—Cállate y hazlo de una vez.

La morena le hizo la «H» y luego volvió a acicatearlo.

—Todavía estás a tiempo, puedo ponerte «Helena».

—No soy el papá de Helena, joder. Además, prefiero complacer a la hija antes que a la madre, con eso te lo digo todo, así que deja de importunarme.

La risa de Cynthia le hacía temblar la mano, así que la chica tuvo que serenarse con una observación que lo dejó temblando a él:

—Espero que quede mejor que lo que me hiciste en la nariz...

Brujas. Eran todas unas malditas brujas, pero las amaba. Bueno, no a la señorita López, que era el delirio de su amigo Daniel Oliver y su peor pesadilla, sino a las otras dos... Hannah y Helena. Sus dos amores.

Salió de allí algo mareado y con el sello de Hannah sobre su piel. Helena ya había dejado el suyo la noche anterior, y de una forma menos dolorosa y mucho más placentera...

Habían hecho el amor en la planta baja, para ser más exactos, en el garaje, para que la niña no se enterara. Ya habían pasado el mal rato una vez de que casi los pillara atraída por los ruidos, así que no correrían riesgos. Hannah tenía el sueño demasiado ligero...

Fausto la tumbó sobre el Mini, donde un día lo había sacado de quicio por pelar una naranja sentada en el capó. La observó por unos momentos fascinado por su belleza y por todo lo que la vida le había deparado en los últimos tiempos.

—Ay, mocosa, ¿qué me has hecho? —le preguntó, pero sus palabras estaban muy lejos de la queja.

—Pregunta mejor qué te haré. Porque te haré de todo, *papá* —replicó ella sonriendo.

—Dios santo... No sé si podré con vosotras, pero te juro que me dejaré el pellejo intentándolo.

—Por ahora empieza quitándote la ropa. Del pellejo ya hablaremos...

Se quitó la ropa, pero lo cierto fue que mucho no hablaron.

Pero hicieron. Vaya si hicieron...

Follaron como animales sobre el capó del Mini, con la lengua demasiado ocupada como para emitir más que sonidos guturales y jadeos ahogados. Momentos antes de acabar, Fausto levantó ambas piernas de Helena y las colocó sobre sus hombros para penetrarla profundamente mientras se miraban a los ojos.

—¿Lo sientes, Helena? ¿Sientes cuánto te deseo?

Claro que lo sentía. Su vagina se notaba tensa y desbordada, a la vez que húmeda. Fausto la penetraba con embestidas largas y profundas, llevándola al borde del delirio una y otra vez. Entraba despacio y, cuando salía, se quedaba un par de segundos fuera hasta hacerla desesperar hasta el punto de obligarlo a volver elevando su pelvis.

—Te... has... propuesto... volverme... loca... —lo acusó entre jadeos.

Él colocó las manos en la parte de atrás de sus rodillas y la obligó a abrir las piernas al máximo. Se veía increíblemente sexy así, abierta y sonrosada, con media verga dentro.

—Dime que eres mía —le exigió Fausto, consciente de su poder en ese momento, pero no logró que ella claudicara de inmediato.

—Tienes mi... amor... y mi... fidelidad —admitió mientras se movía en busca de ese orgasmo esquivo.

—Quiero más, lo quiero todo —dijo él fuera de sí.

—Mi placer... Te doy mi placer... si me dejas... llegar...

Fausto ya no aguantaba. Perdería ese pulso una vez más, porque Helena era imposible de doblegar, y en el fondo eso le encantaba. Se cernió sobre ella y, aferrándole ambas manos, las elevó por encima de su cabeza y le susurró al oído: «Algún día habrá un signo muy, pero que muy visible que indique cuán mía eres». Y luego acabó gimieando su nombre, prisionero de sus piernas, de sus brazos, de su amor.

Estaba claro que él hablaba de matrimonio, pues no era la primera vez que lo hacía. Pero Helena se aprovechó de las circunstancias, y al día siguiente marcó la cita con Cynthia para que le hiciera el tatuaje que le había prometido a Hannah.

Fausto no podía creer que de veras fuera a perder la virginidad en ese ámbito.

—¡Todavía no estaba listo!

—Humm... Creí que sí, como anoche me hablaste de marcas visibles y sellos de propiedad...

—¡No me refería a eso!

—Ya lo sé, pero de pronto recordé que tenías pendiente ese asunto. Tú quieres marcarme a mí, Hannah quiere hacerlo contigo... El patriarcado en su máximo esplendor —se burló Helena riendo.

Y por eso no tuvo más remedio que rendirse ante las promesas realizadas y sus propios deseos. Su castigo fue la implacable aguja de Cynthia, y el premio la carita de satisfacción de Hannah cuando lo vio.

—¡Qué bonito! —exclamó la pequeña entusiasmada—. ¡Mi nombre!

A Fausto se le olvidó el dolor, las molestias y la sensación de estar faltando a sus convicciones al ver la alegría de la niña.

—Ahí lo tienes, tal como te había prometido —dijo él orgulloso.

Hannah lo abrazó y lo besó.

—¿Te ha dolido mucho?

—No... —mintió descaradamente, porque lo cierto era que sí le había dolido un montón.

—Eres muy valiente, papá.

Cada vez que la oía llamarlo así se derretía lentamente, y cuando eso sucedía levantaba la mirada y se encontraba con la de Helena, entre burlona y conmovida.

Es que ella sabía que Fausto se estaba redescubriendo, estaba replanteándose su vida, sus aspiraciones... Haber encontrado las respuestas en torno a su madre, junto al hecho de haberse enamorado de ella, había cambiado toda su existencia.

Seguía siendo un posesivo de cuidado, que consideraba suyas tanto a Hannah como a la propia Helena, pero algo en él había muerto para dar paso a una nueva forma de entender el mundo y las relaciones humanas.

Gracias al poder transformador del amor, Fausto Gastaldi había dejado de ser un cínico y un machista y había comenzado a vivir como quería, como sentía, y no como se esperaba de alguien como él. Estaba aprendiendo a dejar salir al hombre sensible que había sofocado siempre y a entender la masculinidad como algo muy distinto de lo que antes creía.

Sin querer, se encontró disfrutando. Sí, disfrutando. Por primera vez Fausto descubrió la alegría de hacer las cosas por puro disfrute, y de valorar a las personas por encima de las apariencias y del estatus.

Dejó de juzgar, enterró sus prejuicios y se reconcilió con las diferencias. Entendió que la experiencia pasada era necesaria para el venturoso presente que estaba viviendo, y que el futuro se construía en el día a día... junto a Helena.

Fue así cómo una vez se puso unos vaqueros y una camiseta para dar una conferencia, por simple comodidad. Aprendió a montar en bicicleta, sólo para poder enseñarle a Hannah, y cambió unas vacaciones en París que había planeado regalarle a Helena por unas en Orlando para poder disfrutar con la pequeña.

Y una tarde cualquiera se encontró sonriendo detrás de un almohadón con el que se había tapado el rostro para no oler los gases de un perro llamado *Gatito* mientras las risas de sus chicas lo invadían todo, y por fin entendió lo que era la felicidad.

Todos los tatuajes de Helena cobraron sentido en ese momento: «Nunca

pierdas la esperanza», «*Girl Power*», «*Carpe Diem*», «Aún estás a tiempo», «Donde no puedas amar no te demores».

Había una historia en el cuerpo de la mujer que amaba, y por eso cada noche los recorría con ternura y deseo a la vez. Esa historia, contada en tinta y piel, embellecía a Helena de tal forma que ante sus ojos se tornaba más y más perfecta conforme pasaban los días, y sus sentimientos hacia ella crecían hasta hacerle estallar la cabeza, la polla y el corazón.

La vio sacar al perro entre risas y ordenarle a Hannah que subiese a bañarse. La observó recoger unos juguetes del suelo, y luego mirarse al espejo y sonreír ante su flamante cabello violeta. Miró su cintura perfecta, rodeada de tatuajes, y esa gracia natural al caminar. Sus bragas de Peppa Pig idénticas a las de su hija, sus pies descalzos, sus increíbles ojos verdes...

Ella lo pilló contemplándola y sonrió.

—¿Te gusta lo que ves, hijo del patriarcado? —le preguntó acercándose con un peluche de Hannah en la mano.

A él le costó responder, como le pasaba siempre que la emoción lo embargaba.

—Más de lo que te imaginas.

Helena se sentó en sus piernas y frotó su pequeña nariz contra el rostro barbudo.

—¿Y esa lúbrica mirada es sincera en los placeres que anticipa? —le preguntó sensual.

—Espero estar a la altura, chica del semáforo.

La respuesta pareció resultarle satisfactoria, porque lo abrazó y luego le susurró al oído:

—En tu despacho, dentro de media hora.

Y luego se bajó de un salto y corrió escaleras arriba, dejando a Fausto más convencido que nunca de que allí donde se hallara Helena, en ese preciso lugar, sería donde también residiría su propia felicidad.

Epílogo

—Joder, Cynthia... ¡Eso duele!

—Para ti, soy la señorita López —replicó ella con evidente acritud.

—Espera, espera... Para, por favor.

La morena frunció el ceño y detuvo la aguja.

—Hannah..., ¿puedes hacer que tu padre se esté quietecito y callado cinco minutos? No necesito más.

La niña rio y acarició el rostro congestionado de Fausto.

—Duele mucho, ¿verdad? —le preguntó con ternura.

—No imaginas cuánto... —se quejó él, exagerando—. Ha sido demasiado para un solo día. ¿Falta mucho..., señorita López?

—Puedes mirar, ¿eh?

—Deja, que me impresiona —murmuró resignado.

Y, poco después, Cynthia se quitó las gafas al tiempo que sonreía satisfecha.

—Mira, Hannah. A ver qué te parece...

La niña se inclinó y leyó:

—«Papá de Hannah y Mia»... ¡Ahora sí! —exclamó alborozada—. Por fin está completo, y se ve muy bonito.

Chocó los cinco con su tía Cynthia, que se marchó muy contenta a esterilizar el equipo.

Fausto alzó la muñeca y observó el brillante tatuaje. Tenía razón Hannah, se veía muy bien.

Y, por supuesto, ahora estaba completo y eso era una especie de metáfora de su vida, de su maravillosa vida junto a Helena. Cuatro años juntos, dos hijas preciosas... ¿Qué más podía pedir?

Allí tenía a la mayor, su aliada, su compañera. Con casi nueve años, Hannah era su orgullo. Tan brillante como su madre, pero además bondadosa, cosa que no podía decirse de Helena, que continuaba siendo tan bruja como siempre.

Y esa bruja lo había hecho el hombre más feliz sobre la faz de la tierra cuando seis meses antes dio a luz a Mia. La pequeña era tan guapa como su hermana, pero un verdadero dolor de cabeza. Es que les había salido llorona... Sin ir más lejos, Fausto se había pasado la noche anterior con ella en brazos, paseándola por toda la casa.

«Quién me ha visto y quién me ve... Menudo macho alfa estoy hecho, joder. Cambio pañales mejor que cualquiera, preparo biberones... Soy el niño perfecto, incluso soy mejor que Helena», se jactó para sus adentros, porque en voz alta no se atrevía.

Como si la hubiese llamado con el pensamiento, Helena apareció por la puerta y el rostro de Fausto se iluminó. Fue como si se hiciese de día... Cuando ella entraba en su campo visual siempre era así, y los demás no podían dejar de notarlo y sonreír.

—¡Hola, mis amores! ¿Ya está listo? —preguntó mientras se acercaba con la bebé apoyada en su cintura.

Fausto le mostró la muñeca sin dejar de observarla con admiración. Era una chica que atraía miradas fuera donde fuese, con su cabello rojo que se ondulaba sobre la espalda y esos increíbles ojos verdes. Su cuerpo lleno de tatuajes y el plano vientre siempre al aire seguían siendo su sello personal, y él continuaba tan enamorado como hacía cuatro años.

—Aquí lo tienes, mocosa. Como vosotras dispusisteis...

Helena lo observó con ojo crítico.

—Muy bonito. Y lo mejor de todo es que queda espacio para más. Tienes todo el brazo para...

Fausto la miró con unos ojos como platos.

—¿Qué? ¿Tú estás loca? ¡No habrá más!

Ella rio.

—¿Por qué no? ¡Se te da muy bien criar niños! Podemos ponerles nombres cortitos para que no sufras. Teo, Eva...

—¡Por eso! ¡Porque los tengo que criar yo, joder! —exclamó—. Helena, que ya no puedo más...

—Tonterías. Si yo puedo hacerlos, tú puedes atenderlos —lo provocó por el solo hecho de sacarlo de quicio, porque lo cierto era que ella tampoco quería más—. ¿Verdad, Hannah?

A la niña la divertía ser cómplice de su madre, pero no por mucho tiempo, pues no soportaba ver sufrir a su papá.

—Se te da muy bien, papi. Helena tiene razón...

Por extraño que pareciese, y aunque hacía ya tres años que Hannah vivía de forma permanente con Fausto y Helena, jamás la llamaba «mamá». Para ella, Gina era su «mami», y Helena jamás quiso interferir o forzarla a que la llamara de otra forma. No necesitaba más certezas que el amor que se tenían, que era entrañable y poco tenía que ver con la manera de nombrarla.

La pequeña visitaba con frecuencia a Gina, que se había mudado a sólo unas calles de la casa de los Gastaldi, y de manera muy natural fueron encontrando la forma de relacionarse sin que nadie sufriera.

En realidad, el único que sufría en ese momento era Fausto, que movió la cabeza incrédulo. Estaban confabuladas, se burlaban de él... Bueno, el que reía último reía mejor. Quería ver la cara de Helena cuando le mostrara lo que tenía para mostrarle.

—Lo que se me da muy bien es empezarlos, pero creo que es hora de dejar ese tema, ¿vale? Nada de ampliar la familia, y mucho menos cuando te has negado sistemáticamente a ser mi esposa —le recriminó.

Ella puso los ojos en blanco.

—Esposa, esposa... La palabra es muy elocuente, quiere decir «grilletes» —replicó Helena burlona.

Mia se puso a llorar y Helena comenzó a mecerla.

—Ya ves... Mira cómo se ha puesto al oír la palabrita prohibida —dijo aprovechando la situación—. Asustas a las niñas con eso...

Fausto la miró indignado.

—¿Yo las asusto? Hannah, ¿te asusta que papá le diga a Helena que la ama y quiere casarse con ella? —le preguntó a su hija, que apenas podía disimular la risa, pues sabía lo que venía.

—Pues... no. No me asustas, pero sabes que ella no quiere...

Helena sonrió.

—Exacto. Hannah lo tiene claro... —dijo triunfante—. Ya te lo he dicho: me casaré contigo cuando Cynthia te tatúe un muñequito de pastel de bodas en las partes bajas...

Y en ese momento, la aludida entró y besó a la bebé y a Helena, lo que impidió que Fausto soltara la sorpresa. Siempre tan inoportuna la señorita López... Ése habría sido el momento ideal.

—A ver, Gastaldi. Deja que te cure...

Le puso una pomada en la muñeca y luego una especie de adhesivo.

—No se te ocurra mojarlo. Y no te rasques, ¿vale? —le recomendó—. Lo mismo te digo para el otro...

Tras las palabras de la morena se hizo un profundo silencio. Lo único que se oía era a Mia lloriqueando, y Cynthia se mordió la lengua cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—¿Qué otro? —preguntó Helena, que no salía de su asombro.

Su amiga cogió a Hannah de la mano y, tras murmurar: «Vamos a dejarlos solos», salió con la niña de la habitación.

Fausto se puso de pie sonriendo. Ahora sí había llegado su momento.

—¿No lo imaginas?

Helena dio un paso atrás, y Mia dejó de llorar y observó a su madre con interés. Se daba cuenta de que algo estaba sucediendo; era una bebé muy perceptiva.

—No... Es decir..., ¿otro tatuaje? ¿Cynthia te ha hecho otro tatuaje?

Él asintió al tiempo que se aproximaba a ellas.

—¿Qué? ¿Cuál? ¿Dónde? —preguntó Helena exaltada.

Y ése fue el momento de gloria de Fausto. Ella lo había desafiado, él había aceptado ese desafío, y ahora disfrutaría de las mieles del triunfo.

—Mocosa... No querrás que te muestre mis partes bajas ahora y aquí, ¿no?

...

Helena lo observó espantada y luego dirigió su mirada a la entrepierna de Fausto.

—No me digas que...

Él volvió a asentir.

—No lo creo... De verdad no puedo creerlo, Fausto —murmuró completamente azorada.

—No me dejas otra opción que mostrártelo.

Y eso hizo.

Se abrió la cremallera y bajó un poco los bóxers, no mucho, sólo lo suficiente para que apareciera un poco de vello oscuro y luego un pequeña zona depilada con un adhesivo, justo sobre la «V» del abdomen que ella tanto admiraba.

Helena no pudo resistir la tentación de inclinarse y despegarlo... ¡Y allí estaba! Un pequeño pastel con los novios encima, besándose. El muñequito llevaba pajarita y sombrero de copa, y la chica un vestido blanco y un velo. Era una especie de caricatura, graciosa y delicada a la vez.

La joven se la quedó mirando boquiabierta.

—¿Y bien? ¿Vas a cerrar la boca o voy a tener que meterte algo dentro, como esta mañana? —preguntó Fausto sonriendo.

Ella la cerró y volvió a tapar el tatuaje, aunque le habría gustado que le metiera algo dentro, la verdad.

—Finalmente lo has hecho... —murmuró, todavía asombrada—. Y en tus partes bajas...

—Partes bajas a las que les tengo un gran aprecio y hoy las manos de tu amiga han profanado, bajo la atenta mirada de nuestra hija, que no se ha perdido detalle —se apresuró a aclarar—. Así que, Helena Miller, no te queda otra opción más que honrar tu promesa y fijar fecha...

Helena tragó saliva. No sabía por qué le tenía tanta aversión al matrimonio, si estaba enamorada y completamente segura de que lo que estaban construyendo era tan sólido que duraría toda la vida.

Es que el matrimonio representaba todo lo que el patriarcado quería imponer para perpetuar la opresión de la mujer. Era un símbolo del dominio del macho, y el punto de partida de la desigualdad.

Sin embargo, parecía ser importante para Fausto... Al menos, era lo suficientemente relevante como para que él se sometiera a lo que consideraba una tortura sólo para obtener un «sí».

Y en sus partes bajas... Bueno, se lo daría. Se lo había prometido, así que lo haría.

Y de pronto se dio cuenta de que quería hacerlo. Es decir, no le importaría complacerlo... Era el hombre de su vida, el padre de sus hijas, su amante, su mejor amigo. ¿Por qué no? En cierta forma, era un poco suya, aunque nunca lo admitiría.

—Septiembre —dijo con un hilo de voz—. El 11, y sin mucha pompa, que no hay nada que mostrar.

Fausto la rodeó con sus brazos, incluyendo a Mia al estrecharla, que se puso a lloriquear otra vez.

—Gracias, Helena. Por tu «sí», por nuestras hijas, por existir... —susurró en su oído, conmovido, aunque sabía que había forzado un poco ese consentimiento.

—Has roto con otro de tus prejuicios, y yo te lo había prometido... —dijo ella, y luego lo besó tiernamente—. Esta noche espérame despierto, que yo te pondré la pomada cicatrizante...

—Prefiero tus besos —fue la respuesta de él. Pero de pronto cayó en la cuenta de lo de «espérame despierto», así que preguntó—: ¿Tienes *show* de *stand-up* hoy?

Helena lo miró sonriendo y luego le plantificó a Mia en los brazos.

—No, campeón. Hoy es 8 de marzo y me iré a la marcha con Hannah, así que te quedarás con Mia...

Fausto miró el paquetito que Helena le acababa de dejar con el terror reflejado en el rostro. Era la primera vez que se quedaba a solas con Mia sin la ayuda de Hannah, que sabía resolverlo todo tan bien... Seguía siendo un poquito machista y un poquito inútil, debía reconocerlo.

—¿Es necesario que te lleves a Hannah? —preguntó nervioso.

—Por supuesto —afirmó. Y luego se volvió y llamó a su hija—: ¡Ven, Hannah, que ya nos vamos!

La niña apareció de inmediato con una radiante sonrisa. Se notaba que había estado escuchándolo todo, pero igualmente preguntó:

—¿Os vais a casar?

—Por supuesto —admitió Helena—. Una promesa es una promesa...

Hannah aplaudió encantada y luego abrazó a su madre por la cintura.

—Sabía que la cumplirías —le dijo feliz.

Helena también lo estaba. Mucho. Cada vez más... Pero se cuidó muy bien de disimularlo.

—Bien, ha llegado el momento. ¿Cuál es nuestro grito de guerra, Hannah?

—¡Abajo el patriarcado, que va a caer, va a caer...! —exclamó Hannah dando saltitos.

Ambas se despidieron a besos de un exmacho alfa que ahora era el hombre de sus vidas y caminaron alegremente por la calle llena de colores para unirse a una legión de mujeres en pie de guerra, la imparable marea feminista, que cada año crecía más y más.

Si habéis llegado hasta aquí, debo daros las gracias

Ah, qué satisfacción tan inmensa y qué tristeza a la vez... Llegar al final me provoca sentimientos encontrados y una agri dulce sensación.

Es que por un lado cuando escribo es como si leyera: estoy deseando avanzar hasta el desenlace para saber qué va a pasar. Pero por otro, el llegar a este punto significa tener que decir adiós.

Es duro dejar atrás una historia que me acompañó durante tanto tiempo, primero en la fantasía y después en el papel. Es difícil tener que abandonar a personajes que quise tanto... Llámenme loca, pero siempre que termino se me da por preguntarme si ellos podrán seguir solos sin mí, sin la mano que los guía invariablemente hacia momentos felices. ¿Y si se desvían del camino? Dejarlos por su cuenta representa todo un riesgo, y no puedo dejar de sentirme culpable por eso. La despedida entonces puede transformarse en un «hasta luego», aunque solo sea por la esperanza de tener que retomar para encaminarlos de nuevo.

Para mi fortuna, el decirle adiós a la historia significa decirles «hola» a ustedes. Cuando pongo punto final es que me encuentro con los lectores, y esa viene a ser la parte dulce de la situación. ¡Ahí es cuando empieza el disfrute! Y si ese encuentro se produce de la mano de Esther Escoriza y Editorial Planeta, mejor que mejor. ¡Muchas gracias a mi editora por hacerlo posible una vez más!

El tiempo de ocio y qué hacer con él no es un asunto menor. Pasamos la mayor parte del día durmiendo o trabajando, así que es un privilegio que dediquen su atención a mis letras en esas pocas horas que restan. Muchas gracias, queridos lectores, por darme la oportunidad de introducirme en vuestras vidas con cada una de mis historias.

Un agradecimiento súper especial a mi amiga Vicky Fraga por su apoyo incondicional, y a mi familia que siempre acompaña la locura del proceso creativo con una indulgencia que no me merezco.

Espero que les haya gustado la historia de Helena y Fausto, y que esperen

con entusiasta expectativa la próxima vez que a las musas se les ocurra visitarme.

¡Hasta pronto!

MARIEL

Biografía



Mariel Ruggieri irrumpió en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, *Crónicas ováricas*, una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, *Por esa boca*, nació como un experimento de blog

que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Esencia, *Entrégate*, una novela casi autobiográfica y también su proyecto más amado.

Enraizados sus orígenes en el viejo continente, la sangre italiana que corre por las venas de la autora toma protagonismo en la pasión que imprime en las escenas más candentes, que hacen las delicias de los lectores del género. Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, y trabaja en una institución financiera.

Otros títulos de la autora: *Morir por esa boca* (Zafiro, 2014), *La fiera* (Zafiro, 2014), *Atrévete* (Esencia, 2015), *La Tentación* (2015), *Tatuada en mi alma* (2015), *Paulina, cuerpo y alma* (2015), *Corazones en la arena* (2015), *Todo por esa boca* (2015), *El Granizo* (2016), *Nada prohibido* (2016), *Cuidarte el alma* (2017), *Tres Online* (2017) y *Descalzos en la nada* (2017).

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en

<www.facebook.com/MarielRuggieri>.

Referencias a las canciones

Bailar pegados, Ediciones Musicales Horus, S. A., interpretada por Sergio Dalma. (*N. de la e.*)

Macho Alfa
Mariel Ruggieri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Mariel Ruggieri, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico: enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20230-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



índice

Sinopsis	
Portadilla	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

Epílogo

Si habéis llegado hasta aquí...

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!